¡¡¡POR QUÉ A MÍ, SEÑOR!!!

MARTINA LEIVA



¡¡¡POR QUÉ A MÍ, SEÑOR!!!

Primera edición.

¡¡¡Por qué a mí, señor!!!

©Martina Leiva

©mayo, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Capítulo 1

Sebas

—No, no, otra cosa no, por favor —suplicaba mientras intentaba arrancar el coche, obviamente sin conseguirlo. Esa era la gota que colmaba el vaso, un mes de mierda que terminaba con otra cosa más.

Hay un dicho popular que la gente nombra cuando algo que estaba perfectamente planeado y salía mal, que no era otro que: *"me ha mirado un tuerto"*. Bien, pues a mí no es que me haya mirado uno, no, a mí me había tenido que mirar una excursión. Pero no una de esas que van cuatro o cinco en grupo, sino de esas que se ven en los monumentos más famosos de las principales ciudades, que son treinta o cuarenta personas juntas, porque lo mío ya no era ni medio normal.

Mi nombre es Sebastián, Sebas para los amigos, y a mis veintisiete años, os puedo jurar que estoy viviendo el peor mes de mi vida, pero creo que empezaré a contaros todo desde el principio, para que así me podáis entender mejor.

Patricia, mi novia de toda la vida, bueno ahora ya mi exnovia. Nos conocimos en el primer año de carrera, ambos estudiábamos Ciencias de la Información, y lo que empezó como una amistad de compañeros, se convirtió en una relación amorosa en poco tiempo. Cuando terminamos nuestros estudios ya éramos una pareja consolidada y tuvimos la suerte de encontrar trabajo enseguida. Yo, como periodista deportivo en uno de los periódicos con mayor tirada nacional; ella, en una revista de moda, pero no una cualquiera, que mi chica también había apostado fuerte, y empezó en una muy famosa, como redactora de las noticias que abarcaban los desfiles de moda más importantes.

Con la vida laboral medianamente resuelta, decidimos que nos iríamos a vivir juntos, y nos pusimos a buscar piso, uno que pudiéramos pagar. Mi abuela, que por aquel entonces ya contaba con una edad, al enterarse de que quería independizarme, tuvo una charla con mi madre, acordando que, si ellas dos se iban a vivir juntas, el piso lo ponía a mi nombre.

Pensaréis que es normal que una madre decida irse a vivir con su hija, pero es que, mi familia no era lo que se podría decir típica, os cuento.

Mis padres llevaban separados más de quince años, mi progenitor se había vuelto a casar y tenía una hija de seis años, que tenía locura con mi madre, y que se quedaba con ella cada vez que tenía ocasión. Mi madre, por el contrario, seguía soltera, y se llevaba a las mil maravillas con toda la familia, incluida la actual esposa de mi padre y su suegra.

Bueno, a lo que iba, que me pierdo más que Spiderman en un descampado. Como iba diciendo, mi abuela y mi madre se fueron a vivir

juntas, y el piso de ella fue para mí. No es que estuviera el barrio de Salamanca, pero estaba en una zona que, sin ser de alto *standing*, estaba habitada por gente con una capacidad monetaria por encima de la media.

Como os podéis imaginar, estaba un poquito anticuado, así que, con el dinero que tenía ahorrado, le hice unas cuantas reformas y actualicé el mobiliario, ese que compramos a gusto de los dos y en una de esas tiendas tan famosas en las que tienes que llevártelos tú y montarlos en casa. No era el Palacio de Versalles, pero para vivir los dos teníamos suficiente, en esa casa llegaron a vivir hasta cinco personas y nosotros, de momento, éramos dos.

Si os preguntáis por qué pagué yo solo todas las reformas, el motivo no es otro que, ella decía que, si la casa era mía, pues lo pagara yo, y cuando tuviéramos un hogar a nombre de los dos, ella pondría su parte.

El día que sucedió todo, iba de camino a una entrevista a uno de los jugadores revelación de uno de los torneos de tenis más conocidos entre los seguidores de este deporte. Cuando estaba llegando hasta el hotel en el que íbamos a realizar el reportaje, me di cuenta que había olvidado la grabadora en casa, por suerte tenía tiempo suficiente para ir y volver sin llegar tarde, así que di media vuelta en la primera rotonda que encontré y puse rumbo a mi casa, de nuevo.

Al llegar, y al no tener tiempo para buscar aparcamiento, dejé el coche en doble fila, total sería solo un minuto, el tiempo de subir, coger la grabadora y volver a bajar. Fui a pulsar el botón del ascensor, cuando se abrió de repente, y me llevé la sorpresa de mi vida, dentro estaba Patricia, con el hijo

del dueño de la revista en la que trabajaba, que resultaba ser su jefe directo y bastante acaramelados, por cierto, con dos maletas.

—¿Qué significa esto, Patricia? —fue lo único que fui capaz de pronunciar, me había impactado tanto la imagen, que no podía pensar en nada.

—Estamos espesitos hoy, ¿no Sebas? Pues hijo, no te estoy pidiendo un máster en ingeniería técnica para entenderlo. Me voy. Arriba te he dejado una nota, ahora tenemos prisa, que al final vamos a perder el avión.

Van a perder el avión… ¿Qué avión? Patricia no me había comentado nada de que tuviera que salir de viaje, y mucho menos con su jefe... Sí, tenía que ser eso, que les hubiera surgido algún trabajo de última hora y tuvieran que estar de inmediato en ese lugar, por eso lo del avión y el viaje.

Salí corriendo del ascensor y abrí la puerta de mi casa apresuradamente, tenía tanta prisa por encontrar la nota, que ni siquiera me fijé en que había una pila de cajas en la misma entrada. No encontraba nada, ni en la mesa del salón, ni en nuestro dormitorio, así que me fui a la cocina, por si acaso la había dejado allí. Efectivamente, en la nevera, sujeta con un imán, se encontraba la dichosa nota. Cuando la leí, no sabía si reír o llorar, pero mejor que lo juzguéis por vosotros mismos, porque lo que ponía era…

"Sebas, me voy. Me he enamorado de Sergio. Mañana pasará una empresa a recoger mis cosas, espero que no te molesten donde las he dejado. Intenta ser feliz sin mí".

Sí, me había abandonado con esas letras, como el que no coincide con su pareja por el trabajo y le deja una nota diciéndole que tiene la cena en la nevera y que no se olvide de poner la alarma antes de salir. Fue patético. Y yo pensando que las cosas nos iban bien… ¡Si hasta habíamos hecho planes de boda! ¿Se podía ser más iluso que yo? Ya te digo yo que no.

¿Pensáis que eso era todo? Pues no podéis estar más equivocados. No sé el tiempo que permanecí con la notita entre las manos, ni las veces que la leí, pero cuando me di cuenta de a lo que había ido y miré el reloj, pasaban treinta y cinco minutos de la hora en la que concertamos la entrevista, y encima no podía avisar a nadie, porque el móvil lo había dejado en el coche. Cogí la grabadora y bajé corriendo por las escaleras, intentando llegar lo antes posible para hacer mi trabajo.

—¡Me cago en todo lo cagable! —exclamé en alto. No estaba el coche, yo lo había dejado allí, pero no estaba, en su lugar, había una pegatina de esas que ponen cuando la grúa hace su trabajo.

Recapitulemos: me había quedado sin novia, mi coche se lo había llevado la grúa y, encima, no tenía móvil para poder avisar y justificar mi retraso en el trabajo. Paré un taxi, y le indiqué que me llevara hasta el hotel, pero como el día empezó torcido, continuaría de la misma manera, y nos pilló un atasco de aúpa. En fin, que cuando llegué, había pasado ya una hora de la que acordamos y, por lo tanto, el jugador ya no podía atenderme. Por mucho que lo intenté, le supliqué, y lloré, no había nada que hacer, sus horarios eran los que eran y sus compromisos igual, así que me fui tal y como había venido, sin entrevista y sin reportaje.

Sin más dilación, me propuse recuperar mi coche y mi teléfono, y lo que se suponía que sería de lo más fácil y rápido, se convirtió en una odisea de casi dos horas, el coche no aparecía por ninguno de los depósitos de la ciudad, al final tuve que presentar una denuncia por robo, la pegatina de la grúa que estaba en el suelo era antigua y no correspondía a la retirada de mi coche.

Y aquí estaba ahora, intentando arrancar el coche de mi madre, que me lo había prestado, después de ir a comprarme un móvil nuevo y de hacer un duplicado de la tarjeta al centro comercial más cercano.

Empezaba a tirarme de los pelos. ¿Por qué todo me pasaba a mí? ¿Acaso el destino no iba a dejar nada para nadie? Pues al parecer, no.

Capítulo 2

Sebas

Esperando a los del seguro, así me encontraba. No había pasado todavía por la redacción del periódico, pero tenía claro como el agua que, el fotógrafo que habían asignado para realizar las labores gráficas del reportaje, con el que además no me llevaba muy bien, ya habría puesto al día a mi jefe, a saber, lo que le había contado. En cuanto pudiera, lo pondría al día sobre lo que me había ocurrido y por qué no había podido acudir a la entrevista. Era la primera vez que me sucedía algo así en todo el tiempo que llevaba trabajando en el periódico, y esperaba que no me lo tuvieran muy en cuenta.

—¿Qué le pasa al coche? —me preguntaba el chico de la grúa que había venido a socorrerme.

—No arranca, hemos llegado hasta aquí perfectamente, pero ha sido repostar, y ya no quiere hacer nada —le respondí, esperando que me sacara del atolladero, porque tenía una cola detrás digna de un concierto de

Aerosmith, pero era de coches, querían repostar y no podían, el mío estaba en medio.

—Como va a arrancar, alma de cántaro. El coche es de gasolina y le has echado diésel. Me lo tengo que llevar al taller, pero desde ya te adelanto que la reparación te va a costar un pico. Hay que cambiar el depósito y limpiar todo el motor, y en un coche tan antiguo… no sé yo si te va a merecer la pena. De todos modos, el presupuesto te lo enviaremos por correo en cuanto lo tengamos listo.

—¡Madre mía de mi vida! Como que estaba acostumbrado al mío, que es diésel y este es el de mi madre… Espero que no tardéis mucho en presupuestarlo, porque me va a matar cuando lo sepa —le expliqué al chico, que me miraba como diciendo que a él le importaba un pimiento lo que le estaba contando, que había que ser tonto para cometer un fallo así, y es que mi cabeza ya no daba más de sí.

Tomé mis cosas del asiento del copiloto y fui a casa de mi madre, a ver como se iba a tomar todo. Paré un taxi y le di la dirección, por el camino fui rezando todo lo que me enseñaron para la Primera Comunión, y esperaba que me sirviera.

—Hola cariño mío. ¿Qué te trae por aquí a estas horas? ¿Vienes a comer? —me dijo mi abuela Amelia, llenándome de besos la cara, cuando me vio al abrir la puerta.

—Ni ganas de comer tengo, abuela. ¿Dónde está mi madre? —pregunté, temeroso, y mi abuela, que me conocía mejor que yo, me miró analizando

mis gestos.

—¿Qué le has hecho al coche, Sebas? —Joder con la abuela, que parecía pitonisa, ya podría haberme adivinado lo de Patricia.

—Hombre, el hijo pródigo ha vuelto a casa. Algo has hecho, empieza a largar ya, y sin rodeos, que ya sabes lo que me cabrea —dijo mi querida madre, que tenía un carácter tan ácido como un limón recién recolectado.

—Yo también me alegro de verte, mamá. Es un placer venir a tu casa y que me recibas con tantísimo cariño —nótese la ironía con la que hablé.

—¿Te ha contado algo, Amelia? Porque tengo la impresión de que a este hijo mío le han sucedido muchas cosas hoy —dijo mi madre, mirándome muy seria y esperando a que hablara.

—Que me han pasado muchas cosas, dice… ¡Todas, mamá, me han pasado todas! —exclamé y, juro por lo más sagrado que, si no lloré fue porque ya tenía una edad, porque por falta de ganas no era.

—Pues, fíjate que mala suerte, que tu abuela y yo le hemos dado el día libre a la adivina. ¿Nos lo vas a contar ya o llamamos a Jorge Javier Vázquez para que te haga la entrevista? —No se podía tener más mala leche en un cuerpo tan chico. Porque sí, la señora Marta, que no medía más de un metro cincuenta, en su versión de llavero acumulaba un kilo de mala leche por cada centímetro de altura.

—No sé ni para que vengo, me hubiera ido mejor ir a confesarme con el padre Marcos, por lo menos sería más amable que ustedes. La una, como si fuera una estatua, y la otra soltando sapos y culebras por esa boca. ¿No me veis la cara? Pues un poquito de compresión, por favor.

—Sebas, hijo, siéntate, te pongo un café y nos cuentas todo. Y tú, Martita, cariño, sé un poquito menos desagradable. Échate un novio o cómprate un aparatito de esos que dan gustito, que se te está agriando el carácter. Ahora dicen que los hay hasta con música, igualito que, en mis tiempos, que se iba el mozo a la mili y como no te pusieras unas bragas de esparto… —esa era mi abuela, que pasaba de un tema a otro sin despeinarse.

—Un café no, abuela, mejor una cerveza, que lo que tengo que contaros es muy fuerte.

—Hijo, o empiezas o me voy a ver la telenovela, que perdérmela para que luego no cuentes nada, no lo voy a consentir —¿Os he dicho ya que mi madre era toda comprensión? Pues eso, no hay nada más que añadir.

—Patricia me ha dejado, se ha largado con su jefe, y lo ha hecho dejándome una nota en la nevera, como si fuera la lista de la compra.

—¡Te lo dije! —exclamó mi abuela, a la que Patricia, no le había caído nunca bien, decía que era una interesada, y que el tiempo le daría la razón y, por mucho que me peleé con ella para defenderla, se la ha dado.

—¿Cómo que te ha dejado con una nota en la nevera? No se puede tener menos clase. Ahora, que como me la eche a la cara… le va a faltar calle

para correr. Con lo bien que la hemos tratado siempre, y tú, que la tenías como una reina. ¿Qué quería ella, zapatos de firma? Pues que se los hubiera comprado con su dinero, que para eso lo gana mejor que tú y no ha aportado nada a la economía familiar…—empezó con su retahíla, porque amable no era, pero que nadie le tocara a su niño, porque entonces salía la leona que llevaba dentro.

—No, si eso no es todo. La entrevista que tenía que hacer a ese jugador, no he podido hacerla porque, como me la encontré mientras que volvía a casa a por la grabadora, y me dijo lo de la nota que me había dejado, pues se me fue el santo al cielo y llegué tarde, con lo cual no me pudo atender. Lo de mi coche ya lo sabes, por cierto, vengo de hacerme con un móvil nuevo, aunque con el mismo número —me adelanté a la pregunta que, con total seguridad, me iban a hacer las dos —. Así que ya estoy operativo de nuevo, en cuanto lo cargue, que viene sin batería. Y ahora, viene lo "mejor".

—Miedo me da cuando has entrecomillado lo mejor —murmuró mi madre.

—Tu coche… me lo he cargado —dije sin paños calientes, directo a la yugular.

—Creo que he escuchado mal, pues no me ha parecido oír que se ha cargado mi coche —dijo mi madre sonriendo, pero se le fue borrando la sonrisa de la cara en cuanto me vio como asentía con la cabeza.

—Ha sido en la gasolinera. Tenía tantas cosas en la cabeza de lo que me había sucedido hoy, que cuando reposté, en vez de gasolina le eché diésel,

creyendo que era mi coche —lo solté y respiré aliviado, me había quitado un peso de encima.

—Pero digo yo, que eso se podrá arreglar, ¿no? —preguntó mi abuela, mi madre no articulaba palabra, y temiendo estaba que lo hiciera. Los gritos se iban a escuchar en medio Madrid, y en el otro medio no se escucharía por el ruido de los coches, que, si no, también.

—Se puede, abuela, pero el coste es tan elevado que, en un coche tan viejo como el de mi madre, no va a merecer la pena —contesté, y entonces mi madre me miró.

—Mi coche andaba perfectamente, no es una avería que le haya salido, es una que has provocado tú. Espero que tengas ahorros, porque lo quiero aparcado en mi puerta, y funcionando por supuesto, antes del lunes. Ahora, me voy a ver la telenovela antes de que se me suba la tensión —soltó y se dio media vuelta para salir. Sinceramente, esperaba que su reacción fuera peor. Estaba seguro que dentro de un rato vendría a decirme que lo pagaríamos entre los dos, y cuando fuéramos a recogerlo, terminaría por pagarlo ella entero. Ladraba mucho, pero mordía poco.

—Anda, siéntate que te voy a poner un buen bocadillo de tortilla, que la hicimos para almorzar y ha quedado más de la mitad —me dijo mi abuela, que la conocía tan bien como yo.

—Sabes que tengo dos manos muy hermosas, ¿verdad? —le dije a mi abuela, pero ella hizo caso omiso, abrió el pan y le puso la media tortilla

que quedaba. No tenía hambre cuando llegué, pero al ver ese bocadillo, me levanté por la mayonesa.

Capítulo 3

Sebas

Me comí el bocadillo, antes de que me marchara y tal y como había supuesto, mi madre volvió a la cocina para hablar conmigo.

—Perdóname mi salida de tono de antes, Sebas, pero es que la noticia de Patricia me ha dejado descolocada. ¿Notaste algo antes de que se fuera? Quiero decir, si estaba más esquiva, menos cariñosa o algo así —me preguntaba después de disculparse conmigo. Sabía que le tenía mucho cariño, y que el palo había sido igual de fuerte para ella que para mí.

—Nada, mamá. Es verdad que Patricia no era muy cariñosa que digamos, pero seguía como antes, ni me esquivaba ni nada por el estilo. Es más, antes de ayer estuvimos hablando de boda, de como le gustaría que fuera, pero, ahora que lo pienso, tal y como me estaba indicando que la quería, creo que se la imaginaba con Sergio, porque yo tendría que hipotecarme hasta que nuestro primer hijo tuviera nietos. ¿Por qué soy tan idiota? —le contesté a mi madre.

—No eres idiota, hijo, eres un hombre enamorado.

—Si lo miro fríamente, creo que ya no estaba enamorado de ella, que era más costumbre y el no salir de mi zona de confort. Sinceramente, me ha dolido más la forma en la que me ha dejado que el hecho de que me dejara. Pero claro, me he quedado completamente descolocado, y no tenía mi cabeza donde la tenía que tener, por eso lo de mi coche, lo del tuyo, lo del trabajo… Que esa es otra, a ver lo que me voy a encontrar mañana en el periódico —le contaba a mi madre, y empezaba a agobiarme muchísimo —. No te preocupes por lo de la reparación de tu coche, que tengo dinero ahorrado y yo la pagaré.

—Eso, ahora mismo es lo de menos. Vamos a ver cuánto sale la reparación, porque si es más de mil euros, no lo vamos a reparar, si al final no lo cojo para nada, llevaba en el garaje más de seis meses sin moverlo. Lo damos de baja y listo, sabes que lo tenía porque fue un regalo de tu padre, era más sentimental que funcional lo que me unía a él, y ya va siendo hora de que supere lo de la separación. No te vayas a pensar que sigo enamorada de tu padre, o con esperanzas de que vuelva, que no es eso. Es la pereza que me daba, y me sigue dando, de buscar pareja. Sé que las comparaciones son odiosas, pero tengo la sensación de que voy a comparar a todos los hombres con él. Nosotros nos separamos porque se nos acabó el amor, como cantaba la Jurado, pero no por terceras personas ni nada por el estilo, que su relación con Carmen empezó mucho después de que nos separáramos, si incluso vino a decirme que había conocido a alguien que le gustaba mucho, que si yo veía bien que lo intentara con ella —me dijo mi madre, con una sonrisa en los labios. Todo lo que había dicho era cierto, habían sido un matrimonio ejemplar, y muestra de ello era la amistad que los unía ahora, en la que

también habían incluido a la mujer de mi padre, y a la que mi madre trataba como a una hermana.

—Mamá, me voy a marchar ya, que quiero pasar por el periódico antes de que mi jefe se vaya, porque ya debe estar envenenado por el compañero que tenía que hacer el reportaje conmigo, que no sé por qué, pero me tiene una tirria horrorosa —le dije, levantándome y dándole un beso a las dos, que a pesar de lo distintas que son, eran el pilar de mi vida y donde buscar apoyo cada vez que lo necesitaba.

El periódico quedaba a unas cuantas manzanas de donde vivía mi madre, así que decidí ir dando un paseo, necesitaba que se me aclararan las ideas. Tenía claro que, dar una excusa no me iba a servir de nada, así que decidí que hablaría con mi jefe de hombre a hombre, quiero decir, contándole absolutamente todo, y esperaba que comprendiera que un mal día lo tiene cualquiera.

—Buenas tardes, señor Echevarría. ¿Puedo pasar? —dije tímidamente al abrir la puerta, después de llamar y que me diera permiso.

—Puedes y debes, además espero que traigas una buena excusa para lo que has hecho, porque te prometo que como no sea así, te traerá consecuencias, y no serán nada buenas —me dijo, en un tono que indicaba que estaba bastante enfadado. Mi jefe, Víctor Echevarría, era un hombre de unos sesenta años, que se quedó viudo hacía ya muchos años, y sin hijos. Tenía un carácter muy seco y serio, pero también era muy comprensivo y, aunque te tuviera que dar un jalón de orejas alguna vez, si veía que el motivo era algo comprensible, no tomaba medidas drásticas.

—Señor Echevarría, hoy no ha sido mi día. No le voy a dar excusas, porque sería mentirme a mí mismo, prefiero contarle la verdad. Esta mañana, cuando estaba llegando al hotel, me di cuenta de que me había olvidado la grabadora en casa, que estaba cargando de la noche anterior, así que me volví, tenía tiempo de sobra, pero cuando llegué a mi casa, me llevé una sorpresa muy desagradable… —le conté todo lo sucedido, y el pobre hombre no sabía si reír o llorar, me miraba sin salir de su asombro.

—No sé qué decirte, Sebas. La verdad es que, cuando a uno se le cruza el día, no hay nada que podamos hacer para remediarlo. Pero piensa en positivo, si ella se ha mostrado así contigo, has tenido suerte de que saliera de tu vida antes de que hubiera daños colaterales —me dijo, haciéndome entender que, si hubiera hijos de por medio, la cosa se podía haber complicado más, entre otras cosas porque tendría que tenerla siempre presente en mi vida, porque de mi hijo no me iba a separar nunca, por mucho daño que ella me hubiera hecho.

—Pienso que me ha hecho más daño la manera que ha tenido de decirme las cosas que el hecho de que lo haya hecho, en sí. Pero es que, hoy me siento como mi homólogo de La Sirenita, el cangrejo Sebastián, que mi vida para detrás y a cámara lenta —le dije, y provoqué que una carcajada saliera de lo más profundo de su ser. En mi vida había visto a mi jefe reír de esa manera, y al final me contagió.

—Eso es bueno, que el sentido del humor no lo pierdas. He acordado otra entrevista para mañana a la misma hora. Sabiendo como eres, y por mucho que otras personas hayan querido malmeter, le dije que te había tenido que

suceder algo importante, de otra manera habrías estado en esa entrevista a la hora citada. No me falles mañana, Sebas, o tendré que tomar medidas, y no dejes que un cúmulo de mala suerte pueda arruinarte la vida —me dijo, ofreciéndome la mano para cerrar el trato y despedirme.

—Muchas gracias, y cuente con ello. Media hora antes estaré allí, para que vea que no es habitual en mí no cumplir con mi deber —le aseguré, estrechándole fuertemente la mano para terminar con esta conversación.

Tenía una sensación agridulce, por un lado, me reconfortaba que mi jefe me hubiera entendido, pero por otro, llegar ahora a mi casa, encontrarme con que Patricia no estaba, y que sus cosas ya no ocuparían los armarios o la encimera del baño, me producía un sinsabor y una angustia de la que no sabía cómo iba a poder deshacerme de ella.

Me encontraba a punto de subir a mi casa, cuando noté una mano en mi hombro, que me sobresaltó sobremanera. Era mi amigo de toda la vida, Héctor, que había vuelto y me estaba esperando.

—¿Qué haces tú aquí? —le dije, sorprendido por su aparición.

—Macho, llevo todo el día llamándote, y tienes el teléfono apagado o fuera de cobertura —me dijo mi amigo, después de darme un abrazo.

—Si tú supieras… Venga, sube y nos tomamos una cerveza en mi casa. Vamos a ponernos al día, y pedimos pizza para cenar —le conté a Héctor, que me miraba con incertidumbre, y a punto de soltar la pregunta del millón, esa que estaba seguro que no dejaría pasar.

—¿Y Patricia, otra vez está de viaje? Sé que soy muy pesado, pero tanto viaje me huele mal, desde siempre. Además, tengo que contarte algo, que no te va a gustar y que me vas a negar, pero traigo pruebas…

—Se ha ido, me ha dejado. Por lo que he podido saber, está liada con Sergio, su jefe. Pero mejor lo hablamos arriba con esa cervecita, que la historia es muy larga —lo interrumpí, abriendo la puerta del ascensor para que pasara. Cuando le contara todo, iba a alucinar.

Capítulo 4

Sebas

Subimos en el ascensor hasta mi planta, en completo silencio. Héctor no quería decir nada que me hiciera daño, y yo me moría por ver esas pruebas que decía que tenía de la infidelidad de Patricia. No es que fuera masoquista, ni mucho menos, pero no quería seguir viviendo en la ignorancia, y todo aquello que me sirviera para ir aclarando cosas, era bienvenido.

—¿Me vas a contar ya lo que te ha pasado hoy? —me preguntó Héctor, al que su vena cotilla lo estaba delatando.

—Y tú, ¿me vas a enseñar ya esas pruebas que tienes? —le repliqué, y ambos empezamos a reírnos, éramos tan iguales y nos conocíamos tan bien, que los dos sabíamos que la curiosidad nos podía.

—Empieza tú primero, y ahora te cuento y te muestro lo que yo sé. Y cuando todo esto quede aclarado, nos olvidamos del tema por completo, te aseguro que no voy a dejar que me hables más de esa arpía —me decía

Héctor, mientras que yo iba hasta la cocina por dos cervezas y unas olivas, que a los dos nos pirraban.

—Pues la verdad es que el día ha sido movidito, tengo unas ganas enormes de que lleguen las doce de la noche…

Empecé a contarle todo con pelos y señales, sin dejarme absolutamente nada en el tintero, dejándolo completamente asombrado, y no solo por lo de Patricia, sino por todo con lo que me había seguido sorprendiendo la vida.

—Joder, macho, es digno del guion de una película de bajo presupuesto.

—Ni que lo digas, menos mal que mi jefe me ha entendido, y que mi madre me ha dicho que no va a reparar el coche, porque si no, me hubiera tirado por la ventana. El poco dinero que tengo ahorrado, y que se suponía que era para la boda, lo quiero dejar ahí para un imprevisto.

—Ese dinero lo vas a disfrutar tú, por lo menos una parte, porque no pienso dejar que te quedes en Madrid durante las vacaciones, ya nos buscaremos un viaje baratito para irnos a la playa, tú déjamelo a mí. Oye, pero una duda, si te compraste el móvil e hiciste el duplicado, ¿por qué no está operativo?

—Porque tengo que cargarlo, venía casi sin batería, y lo apagué por si tenía que hacer alguna llamada urgente —le dije a Héctor, y cuando lo miré a la cara, supe que iba a hacer una de las suyas, y no me equivoqué.

—*Cárgalo, cárgalo. Sin batería está. Cárgalo, cárgalo, o no podrás llamar. Sin poderte localizar. Eso sería un putadón…* —se puso a cantar con la canción de la famosa película para niños en la que la protagonista congelaba todo lo que tocaba, y me tuve que tirar al suelo. Este Héctor era único, era capaz de sacarse de la manga una letra en cuestión de segundos, como acababa de comprobar.

—La madre que te parió, Héctor, me duele hasta la mandíbula de reírme. Pero no te creas que se me ha olvidado, enséñame las supuestas pruebas —le dije, sin poder para de reír.

—Aquí las tienes, y son de días distintos. Por lo visto, tu novia no sabía que yo vivía allí, o pensó que sería mucha casualidad que los viera, siendo Milán tan grande, lo que ella no podía ni intuir es que mi empresa era una de las patrocinadoras del evento, y que yo, por nada en la vida, le diría que no a una fiesta —me explicaba, mientras me ofrecía su móvil, para que viera las fotos. En ellas, se mostraban Sergio y Patricia, como si fueran una pareja consolidada, como si ninguno de los dos tuviera a nadie esperando su regreso. Recordaba ese viaje al que, en principio iban para un fin de semana, pero que se alargó por culpa de la climatología, que obligó a suspender varios desfiles, que se realizaron cuando mejoró el tiempo. O al menos esa fue la versión oficial, aunque tampoco me dijo que iba con su jefe, sino que lo llevaría a cabo sola.

—¿En cuánto más me habrá mentido? Me siento como si fuera gilipollas —le explicaba a mi amigo mis sentimientos. Nunca había tenido secretos para él, y así seguiría siendo, pero una duda me asaltó —¿Por qué no me lo contaste antes?

—Estabas ciego, Sebas. Por mucho que yo te hubiese contado o enviado las fotos, siempre lo habrías negado, y necesitaba tenerte cara a cara, para que, en caso de que ella quisiera darle la vuelta a la tortilla, no permitirlo. Sabes que para mí eres como un hermano, y no iba a dejar que Patricia rompiera nuestra amistad —argumentó mi amigo, al que yo también veía como a un hermano, y ahora entendía por qué últimamente, cada vez hablábamos menos.

—¿Por cuánto tiempo vienes esta vez? —pregunté dubitativo, necesitaba a Héctor a mi lado. Ojalá y fuera por bastante tiempo y que nos diera tiempo a ponernos al día.

—No me voy, amigo. Tenía solicitada la plaza en la filial de Madrid desde hace mucho tiempo, y ahora hay una vacante, que no he dudado en coger en cuanto me han avisado. Empiezo el lunes, así que, de momento, y como no tengo casa, me voy a apalancar aquí, por lo menos hasta que encuentre una que me guste. Me iba a ir a un hotel, porque Patricia me incomodaba, pero como ya no está, el dinero del hotel nos lo vamos a gastar en juerga y comilonas —me contestó, y me abracé a él, nadie se podía imaginar lo que necesitaba a este hombre en mi vida, y no vayáis a pensar cosas raras, que por eso no es, que ya nos vamos conociendo y, aunque en estos momentos no quisiera nada con ninguna mujer, me gustaban más que los dulces.

—A ver si vienen ya mañana por las puñeteras cajas y la elimino de una vez por todas de mi vida.

—¿Cómo qué mañana? ¿Eres tonto o has comido bolitas de alcanfor? Ahora mismo le estás enviando un mensaje, diciéndole que te vas de viaje y que no vas a estar aquí mañana, que las cajas se quedan en el rellano de la escalera, y que se las apañe como puedas —me dijo mi amigo, y enseguida encendí el teléfono, a veces era para matarme a pellizcos.

Ella no se dignó en contestar, pero al abrir la puerta para sacar las cajas, allí estaba ella, y se suponía que iban a perder el avión, no se podía ser más falsa.

—Hombre, pero si está aquí tu amiguito. Seguro que la idea ha salido de él, porque no te veo a ti con muchas luces para hacer maldades de este tipo —me dijo, a la vez que miraba a Héctor, con una cara de asco impresionante, que todo hay que decirlo.

—Ya basta de insultarme, ¿no? ¡Coge tus cosas y sal de mi vida de una puta vez! Eres lo peor que me ha podido pasar, pero el karma existe, y solo vas a recibir de lo que has dado, ni más ni menos —exclamé, y es que me dolía que se dirigiera a mí en esos términos. Pocas luces tuve cuando empecé a salir con ella.

—El karma ya me ha recompensado con Sergio, todo lo que he tenido que aguantar contigo, pero no me apetece discutir, que además tenemos prisa…

—Sí, claro, que vais a perder el avión —la interrumpí, y se puso roja como un tomate, agachando la cabeza.

—Toma las cosas y lárgate ya. ¿No eres tan feliz con tu Sergio? Pues que te aproveche, pero me da la impresión que en cuanto se acueste contigo varias veces y se canse de ti, te dará la patada. Si lo ha hecho con su mujer, que es la madre de sus hijos y con la que llevaba tiempo, ¿quién te dice que no lo va a hacer contigo? No te acompaña, ¿no? —le dijo Héctor, que sabía cómo meter el dedo en la llaga.

—No, tenía una cena de negocios —le dijo ella, muy airada, mirando por encima del hombro.

—Te apuesto lo que quieras a que, si lo llamas no te contesta la llamada. ¿Probamos? —le dije, para picarla, para que sufriera en sus carnes lo que me había hecho sufrir a mí, que me hizo lo mismo en infinidad de ocasiones, y su rostro le cambió.

—No es necesario, confío en él y sé que es cierto —me contestó, cogiendo la última caja y poniéndola junto al ascensor.

Héctor y yo cerramos la puerta, pero como ambos la conocíamos, nos quedamos allí, espiándola por la mirilla, sabíamos lo que iba a ocurrir, que no era otra cosa que ella lo llamaría y él no contestaría a esa llamada, tal y como habíamos vaticinado nosotros.

Capítulo 5

Luna

Acababa mi turno en el hotel en el que trabajábamos mi hermana Sol y yo, ella como administrativa, y la que suscribe, como recepcionista. Ella siempre tenía turno de ocho a tres, mientras yo iba rotando, y en esta semana, tenía turno de noche, así que, cuando ella entraba, yo salía.

Sí, no quiero cachondeito ni mucho menos. Mi madre tuvo la genial idea de llamarnos Sol y Luna, y encima somos gemelas, un humor muy peculiar el de mi progenitora. Afortunadamente no nos llamábamos de apellido Planeta ni nada por el estilo, porque entonces ya sí que sería la monda.

Mientras que vamos por separado, no hay problema, estos vienen cuando salimos juntas, que son la mayoría de los fines de semana, y se acercan los chicos a conocernos. Gran parte de ellos se piensan que nos estamos riendo de ellos, alguna que otra vez hemos tenido que sacar hasta el DNI para que vieran que era cierto, y entonces ya venía el despiporre. Que, si nuestra madre era astróloga, que, si teníamos alguna hermana más, porque seguro que se llamaba Estrella y mil cosas así.

No os podéis imaginar cuando íbamos al colegio, la maldad que tienen algunos niños es alucinante, porque, para más inri, nuestra mejor amiga se llama Venus. Nos llamaban “las planetarias”, no digo más.

—¿Ya te vas? —me preguntaba Sol, al cruzarse conmigo en el vestíbulo.

—No, si te parece, doblo turno y comemos juntas. ¿Eres tonta? A veces pienso que tú, te llevaste la belleza y yo la inteligencia —le respondí.

—¿Cómo me va a tocar a mí la belleza, si somo iguales?

—Lo dicho, hija, lo dicho. Pídete un café fuerte, que todavía estás dormida. Yo me voy ya, que estoy deseando llegar a casa y acostarme, la noche ha estado tela de movidita por culpa de los jugadores esos que están alojados. Mil niñas se han querido colar, hasta he tenido que avisar a seguridad —le dije a mi hermana, y es que a exagerada no me ganaba nadie, que también era verdad.

—Pues yo no he visto a ninguno ni he notado nada fuera de lo habitual —me respondió mi hermana, que a veces tenía un poco de cuajo.

—¿Cómo vas a notar nada, si tú solo pasas por aquí al entrar y al salir? Mira, mejor me voy, porque al final voy a terminar por espabilarte yo, pero aplaudiéndote en la cara, guapa —le dije y salí de allí, con mi patín eléctrico listo para encenderlo en cuanto estuviera en la calle, y diciéndole adiós a mi hermana con la manita.

Fui a cruzar la calle, en un paso habilitado para los patines y las bicicletas eléctricas que habían puesto nuevo, y que nos facilitaba un poco las cosas a la hora de circular, cuando se me cruzó un tío, al que le pasé el patín por el dedo gordo del pie, conmigo encima, por supuesto.

—¿Es que estás ciega? Porque grande soy para que me veas —me increpó, y la verdad es que tenía razón, no en lo de que estaba ciega, sino en lo de grande, y fuerte, y buenorro… ay, ay, que al final me lío, y este tío, por muy bueno que esté, se está buscando que le conteste.

—Yo no estoy ciega, ¿o no te has dado cuenta de lo bonito que tengo los ojos? Y eso que llevo toda la noche sin dormir. El que estás tonto eres tú, porque yo voy por mi carril autorizado, mientras que tú, no —le contesté, y noté como me miraba los ojos.

—No se puede salir de fiesta entresemana, que ocurre esto, que vas atropellando a la gente por ahí. Porque tú no ibas por tu carril, sino por el peatonal, y si no, fíjate en donde estás ahora —ojú, ojú, que yo me conocía, y este me iba a oír.

—¡Qué sabrás tú de dónde vengo, gilipollas! A lo mejor eres tú, que te han dicho que tu novia está en el hotel de ahí enfrente con otro, y vienes a comprobarlo —por la cara que puso, me di cuenta de que me había pasado, pero no me dejó disculparme.

—Mira, tengo una cita de trabajo y no pienso llegar tarde por una niñata como tú —se dio media vuelta y me dejó ahí, con la palabra en la boca.

—*Si lo llego a saber, habría hecho doble turno y me hubiera evitado esto. Mejor vete a casa, Luna, date una ducha y duerme hasta que no puedas más* —me dije a mí misma, porque el día que comenzaba torcido, terminaba de la misma manera.

Llegué a mi casa e hice lo que tenía planeado, ducharme y acostarme, ni siquiera me sequé el pelo, ya cuando me levantara me haría las planchas. Ahora mismo solo necesitaba dormir, pero como he dicho antes, cuando el día no empieza bien…

—¿Se puede saber qué es ese ruido? —le pregunté a mi madre, que pasaba por el pasillo en ese momento en el que yo abría la puerta de mi habitación.

—Que están instalando el ascensor nuevo, y van a tardar, que ya lo he preguntado yo —me contestó ella —¿Un café?

—¡Veneno! Eso es lo que debería de tomarme, y así iba a descansar de lo lindo. Si es que todo me pasa a mí, he tenido una noche para olvidar, con tanta niñata queriendo subir a la habitación de los jugadores que están alojados, salgo de trabajar, y atropello a un gilipollas con el patinete por no mirar por donde iba, él y no yo, así que no me vayas a sermonear, y encima, cuando pienso que voy a dormir a pierna suelta, los martillazos. ¡Me quiero morir! —exclamé, sacando mi vena dramática a relucir.

—No me seas más dramas, que ya podrás dormir luego, total, ya no trabajas hasta el lunes, ¿no?

—¡Ocho horas al día, el cuerpo humano necesita ocho horas para descansar, y no llevaba ni diez minutos! —di un portazo al entrar, y me puse los auriculares con música relajante, a ver si así podía dejar de escuchar a los obreros, porque encima, es que el ascensor estaba justo en la pared de al lado de los dormitorios de mi casa.

Pude descansar un poco, y me levanté a la hora de comer. Mi madre se había marchado a trabajar, ella lo hacía como limpiadora en las oficinas de un periódico deportivo, uno muy famoso de Madrid, pero me había dejado una tortilla de patatas encima de la mesa. No os podéis imaginar como se lo agradecía, porque me apetecía entre cero y nada ponerme a hacer de comer ahora.

Los martillazos habían cesado, pero en mi cabeza todavía resonaban. Entre eso y que no me había quitado al gilipollas ese de la cabeza, lo poco que dormí lo hice mal, y me había levantado con un humor de perros. Tenía claro que esta noche iba a salir Sanani el de las Tortas, porque yo me pensaba quedar durmiendo, que salieran ellas si querían.

—Hola, hola, ¿a qué hora te recojo? —Eso era lo que me había puesto Venus en un audio de WhatsApp.

—A partir de mañana a las once de la mañana, a la que te dé la gana.

—No me puedo creer que me estés diciendo eso. Tía, pero si es viernes, hay que salir, sí o sí —me dijo, cuando descolgué la llamada que me había hecho.

—Di que sí, es obligatorio, lo pone muy clarito en el código penal, si es que soy de desconsiderada, que a punto estaba de cometer un delito por quedarme en mi casa —esa vena irónica mezclada con mi mala leche daba para mucho, y lo estaba demostrando, menos mal que mi amiga me quería, porque otra me habría mandado por tabaco hacía ya mucho tiempo.

—Que antipática eres cuando te da la gana, hija.

—Cuando me da la gana no, cuando no duermo. Para tu información, he salido esta mañana a las ocho y, cuando acaba de meterme en la cama, los puñeteros obreros del ascensor dando martillazos. Así que tú dirás si necesito dormir o no. Como mi hermana y tú tenéis horario de marquesas, pues a la pobre en cuyo trabajo se mueven más los cuadrantes que la compresa de una coja, que le den por saco, ¿no?

—Mira, acuéstate y duerme la siesta, que ya hablaré con Sol y te dejamos todo preparado para que, cuando te levantes, solo tengas que vestirte, que nosotros te maquillamos y todo.

—Pero, ¿que os habéis creído?, que soy una muñeca de recortable, o una Barbie. ¡Hoy toca sesión de maquillaje y peluquería con Barbie Luna! ¡Bien! —le contesté, alargando las vocales de esta última palabra —He dicho que no voy a salir y no lo haré, vosotras haced lo que queráis, y ahora te dejo, que me voy a la cama.

Eso hice, aprovechando que los obreros, al ser viernes, solo trabajaban hasta las tres, me metí de nuevo en la cama, pero al cerrar los ojos, la imagen del puñetero al que atropellé me vino de nuevo a la cabeza…

Capítulo 6

Sebas

—Será imbécil la tía —vocalicé en voz alta, más para mí que para nadie. La verdad es que era preciosa, y eso que, como decía ella, venía sin dormir, no me la quería imaginar recién levantada… ¿Pero qué coño hago yo pensando en una mujer así? Lo mío era para hacérmelo mirar.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —me dijo una chica muy simpática en la recepción.

—Buenos días. Mi nombre es Sebastián Camacho, y vengo del periódico, "El futbolero" para hacerle una entrevista al señor Domínguez, de la habitación 303. Me indicó que le avisaran a mi llegada —le dije muy educadamente, presentándome y siguiendo las indicaciones que me habían dado.

—Un segundito, ahora mismo le aviso —me contestó la chica sonriendo, cuando tomó el teléfono para llamar a la habitación que ocupaba el jugador.

La entrevista fue tal y como habíamos planeado, empecé por disculparme con él, que era un chaval de unos diecinueve o veinte años, y que me aceptó encantado, para a continuación, proceder a las preguntas. El fotógrafo que acudió conmigo esta vez no era el mismo que el día anterior, no sé si porque tenía otros compromisos o porque Víctor, mi jefe, había decidido reemplazarlo después de su comportamiento del día anterior.

—Sebas, ¿nos vamos a comer juntos? —me preguntó mi compañero, Adrián, en cuanto que terminamos de realizar nuestro trabajo.

—Por supuesto que sí, porque si vamos al periódico ahora, no comeremos, nos dedicaremos a transcribir el reportaje, y nos darán las tantas. Mejor que vayamos con el estómago bien lleno —acepté, porque viendo la hora que era, o hacíamos eso o no probaríamos bocado.

Nos marchamos a un restaurante cercano al periódico, en el que solíamos comer a menudo los periodistas y demás trabajadores, para subir en cuanto que termináramos de almorzar.

—Sebas, ¿te has dado cuenta de que tienes la zapatilla manchada de sangre? —me dijo Adrián, señalando mi pie izquierdo, que era el que me había aplastado la del patinete. La verdad es que me dolía bastante, pero no esperaba ver la zapatilla en ese estado.

—¡Joder, más cosas no me pueden pasar a mí, de verdad! —exclamé en un tono que tenía una mezcla de enfado y de agobio que era explosivo.

—¿Te ha pasado algo para que termines con el pie de esa manera?

—Esta mañana, cuando estaba a punto de entrar en el hotel de la entrevista, me atropelló una imbécil con un patinete, vamos que me pasó por encima del dedo del pie, y encima me decía que la culpa era mía, que ella iba por su carril —le expliqué mientras salíamos del restaurante. Haría la transcripción de la entrevista y me marcharía al médico, a ver qué era lo que la muy bruta me había hecho.

—Dime al menos que estaba buena —inquirió Adrián, con ganas de bromas.

—Buenísima, pero igual de buena que de gilipollas —le contesté y ambos nos echamos a reír.

Adrián y yo hacíamos buena pareja en el trabajo, aunque en realidad, yo tenía sintonía con todos mis compañeros, nos llevábamos muy bien, éramos como una gran familia. Bueno, con todos no, pues con Rafa, el fotógrafo del día anterior no congeniaba, ni yo, ni creo que prácticamente nadie.

Terminaba de cerrar el reportaje cuando me llamaron de dirección, y la verdad es que me extrañó bastante, porque normalmente, era Víctor, mi jefe directo el que se ocupaba de darnos los comunicados directamente. Antes de subir, quise pasar por su despacho, por si él sabía de qué iba la cosa.

—Señor Echevarría, disculpe que le moleste —le dije cuando me dio paso a su despacho —, pero me han llamado de dirección, y me preguntaba si usted sabía el motivo.

—Pues no lo sé, no me han comunicado nada, pero si quiere, lo acompaño y nos enteramos los dos, porque no veo normal que me hagan el vacío y no me comenten nada antes de llamarle a usted —me contestó enfadado, cuando en ese momento, lo llamaron a él también.

Entramos los dos en el despacho del director, donde se encontraba Rafa, el fotógrafo de ayer, con una cara de satisfacción y una sonrisa que reflejaba una maldad que daba miedo.

—Buenas tardes, nos ha mandado llamar, señor Alcurnia —dijo mi jefe, que era igual de educado con sus superiores que con los trabajadores que estaban a su cargo.

—Efectivamente, Víctor, os he mandado llamar a usted y a Sebastián por una queja formal que ha presentado otro de los trabajadores y que está aquí con nosotros. Según Rafael, Sebastián no se presentó ayer para realizar su trabajo, con el perjuicio de imagen que eso supone para el periódico, y ni siquiera avisó, ni a su compañero ni a su entrevistado. ¿Qué tiene que decir a eso? —preguntó muy serio, mientras que yo miraba asombrado a mi compañero, por llamarlo de alguna manera, porque de eso había demostrado que tenía muy poquito.

—No es realmente como se lo han contado, señor Alcurnia. El señor Camacho es cierto que no acudió a la cita, pero por una causa totalmente justificada. Fue víctima de una serie de desgraciados acontecimientos, entre los que se encuentra el robo de su vehículo con su móvil dentro, pero el trabajo ya está realizado —le respondió mi jefe, que a pesar de que el director del periódico se estaba refiriendo a todos por nuestro nombre de

pila, él seguía llamándonos por el apellido al referirse a cada uno de nosotros.

—Esa es otra. Si el trabajo se ha llevado a cabo, ¿por qué el fotógrafo que estaba asignado ha sido reemplazado?

—Eso ha sido cosa mía, no me pareció correcto que fuera, porque vino directamente a dar sus quejas, sin hablar antes con su compañero, que hubiera sido lo más lógico —siguió respondiendo Víctor, pero el director ponía unas caras de no estar conforme.

—Le recuerdo, Víctor, que la última decisión la tengo yo, y que a mí no se me ha informado de nada. Si no llega a ser por don Rafael, todavía estaría en la ignorancia. Además, si la causa está justificada o no, eso lo tenía que haber determinado yo, nadie más. Por todo ello, don Sebastián será interrumpido de empleo y sueldo durante un mes. Puede usted dejar lo que estaba haciendo a cualquiera de sus compañeros, hasta el día dos de enero no lo quiero volver a ver por aquí. Cierren la puerta al salir —nos dijo y, tanto mi jefe como yo, nos quedamos atónitos. ¿Suspendido de empleo y sueldo durante un mes por el único error que había cometido en toda mi vida laboral?

No tuvimos opción a réplica, nos largó directamente. Estaba clarísimo que había gato encerrado en todo este asunto, y mi jefe me dio la clave de todo.

—Si hubiera podido, me hubiera apartado también a mí, pero claro, su yerno no tiene nada contra mí y sí en contra de usted, Camacho —¿Su yerno? No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Cómo qué su yerno? ¿Es por eso por lo que no me puede ni ver? —Ahora empezaba a tener las cosas claras, y os lo voy a explicar.

Resulta que la hija del director del periódico, Marina, era una buena amiga mía, y digo era, porque de un tiempo a esta parte apenas teníamos contacto. Cuando venía a ver a su padre, siempre se pasaba antes por mi despacho, y me comía la cara a besos. Nos conocimos en primero de carrera, pero ella lo dejó para estudiar diseño de moda, que era lo que realmente le gustaba, pero nuestra amistad sobrevivió a todo eso. Sabía que Rafa estaba enamorado de ella desde que la conoció, y que me miraba con mala cara porque pensaba que Marina lo estaba de mí. Ahora entiendo muchas cosas, nuestro distanciamiento, las miradas de odio que Rafa me echaba, todo empezaba a cuadrarme.

—No te preocupes, hijo, que esto no va a quedar así. Defenderé tu postura con quien tenga que hacerlo, así me deje la piel en ello —me decía Víctor, mientras que me daba una palmada en el hombro.

—Era de esperar esta sanción sabiendo quién está detrás de todo. Voy a empezar a buscar otro empleo, porque si no será una guerra, y tengo demasiados frentes abiertos para tener uno más. Espero que me dé una buena carta de recomendación, porque me va a venir muy bien adjuntarla a mi currículo.

—No lo dudes, chico. Eres uno de los periodistas más profesionales de los que trabajan aquí, y no voy a consentir que se haga una injusticia contigo —me decía mientras que yo me alejaba.

Como mi trabajo estaba terminado, se lo dejé a Adrián, para que lo presentara él, el resto de mis investigaciones las pasé a un pendrive y las borré del ordenador, sin que quedara ningún rastro de ellas. Si yo me iba, se venían conmigo, no se iban a aprovechar de mi trabajo nunca más, y salí de allí con una sensación de impotencia que no os puedo describir. Solo espero que, de aquí en adelante, mejoren las cosas, porque como sigan empeorando, me voy a tener que meter en agua bendita, pero como los quesos en aceite.

Capítulo 7

Luna

—¡Lunita, despierta, que tengo que contarte una cosa! —odiaba profundamente dos cosas en mi vida, la primera: que me llamaran Lunita y la segunda: que me despertaran a gritos, bruscamente. Y mi querida hermana había hecho las dos cosas a la vez. ¿Pasaría algo si acabo con ella? Total, mi madre nos tiene repetida… es una broma, pero tengo que reconocer que había veces en que la tentación era muy grande.

—La próxima vez que me llames Lunita o que me despiertes así, te juro por lo más sagrado que te dejo pelona —le dije, con el dedito índice en alto, en señal de amenaza en firme.

—Desde luego, que buen despertar tienes, hija de mi alma —me replicó mi madre, pero la ignoré.

—¿Se puede saber qué es eso tan importante que me tienes que contar?

—He conocido a alguien, y es… no sé cómo explicarlo —empezó a contarme.

—Pues si no sabes cómo explicarlo, ¿para qué coño me despiertas? —le increpé, me miró con pena y se fue de mi cuarto. Me había pasado, pero ella sabía cómo era mi carácter, y que siempre estaba con la ironía.

—Luna, hija, es tu hermana, y viene con toda la ilusión del mundo a contarte que ha conocido a un chico y tú, en vez de alegrarte por ella y de escucharla, te pones a decirle esa sarta de pamplinas —me reñía mi madre, con toda la razón, y así se lo hice saber.

—Tienes razón, mamá, pero, ¿sabes qué? Cuando estoy recién levantada, y más si es después del turno de noche, mi carácter no es el mejor. Ahora mismo voy a disculparme —le dije y me levanté para ir al cuarto de mi hermana.

Llamé a la puerta, pero no me contestó, así que entré en su cuarto. Me la encontré llorando en la cama, y me dio una pena horrorosa. Ella había venido con toda la ilusión del mundo y yo la había tratado con la punta del pie.

—Sol, lo siento, de verdad. Sabes que me cuesta mucho incorporarme a la vida cuando estoy de turno de noche y encima, hoy, no he podido descansar en toda la mañana por culpa de los obreros del ascensor. No tengo justificación, pero te pido perdón, y te prometo que no volverá a pasar —le dije, cogiéndola por las manos.

—No volverá a pasar porque no te llamaré más para contarte nada, tenlo claro —me respondió, y eso me partió el alma.

—No digas eso, por favor. Siempre nos lo hemos contado todo, y no quiero que cambie. Venga, vamos a tomarnos un café, que mamá ya se ha marchado, y nos hemos quedado las dos solas —le dije, ayudándola a levantarse y llevándola conmigo hasta la mesa de la cocina.

—¡No sabes qué hombre, Luna! Lo tiene todo, es guapo, agradable, me ha hecho reír durante toda la mañana…—empezó a contarme.

—¿Y dónde se encuentran hombres así? Porque hija mía, yo he conocido esta mañana a uno, bueno más que conocido lo que atropellado, que estaba como un tren, pero más gilipollas no puede ser.

—Pues ha sido en el trabajo, ha venido en nombre de su empresa. Se llama Héctor, y trabaja para una empresa de alquiler de coches de alta gama, su principal cometido es que los hoteles firmen un contrato con ellos, asegurándose de que, en caso de los clientes VIP que deseen adquirir un vehículo mientras que están en la ciudad, sean ellos los que se lo sirvan a través nuestro. Es como un servicio más que va a ofrecer el hotel.

—¿Todo esto te lo ha contado a ti? Porque a mí me parecería un plasta de tío.

—No, todo eso se lo ha contado al director. Pero, como la encargada de los contratos con los clientes soy yo, me llamaron al despacho. En breve os lo contarán a los de recepción, y os dejarán un catálogo de los coches que

tienen, para que se los ofrezcáis a los clientes que soliciten el servicio —terminó de contarme.

—Mira que bien, pues espero que me lo cuente el tal Héctor, y así veo lo impresionante que es —le dije, y a mi hermana se le cambió la cara —Eh, eh, no vayas por donde yo no voy que no pienso meterme entre vosotros. Tú lo has visto primero, tú te lo quedas.

—Gracias, hermanita —me dijo, dándome un abrazo —Y ahora, cuéntame lo de tu gilipollas.

—Estaba buenísimo, y tenía un culo de impresión, porque sería inútil negar que, en cuanto se dio la vuelta, me giré para mirarle esa parte de su anatomía, si no lo hubiera hecho, no sería yo. El caso es que me habló con una chulería y una prepotencia, que me bajó toda la lívido.

—Vamos, que has dado con la horma de tu zapato —me dijo riendo, mientras yo ponía cara de espanto. No quería nada con los hombres que no fuera un revolcón y, si te he visto, no me acuerdo, y todo tiene un porqué.

Álvaro, que así se llama el susodicho que tiene la culpa, era mi compañero de trabajo y, poco tiempo después, mi pareja sentimental. Procurábamos tener el mismo turno para poder hacer planes juntos, porque así era más fácil para cuadrar. Eso era lo que el muy canalla me decía siempre, pero la realidad era otra, quería tener el mismo turno que yo para controlar mis pasos. Me explico: yo no me podía mover de la recepción excepto en los quince minutos de descanso en cada turno. Allí en el hotel, nadie sabía que estábamos juntos, porque el muy desgraciado decía que no

le gustaba mezclar trabajo y placer, y mientras que yo estaba detrás del mostrador, él se tiraba a todo lo que llevaba falda. ¿Cómo lo descubrí? Pues de la manera más tonta y más humillante que puedas ver. Estaba en mi descanso, y me extrañó que no viniera a tomar algo, pero pensé que estaría liado con el trabajo y no se había dado cuenta. Liado estaba, pero no con el trabajo, sino con una clienta, y una de las limpiadoras vino a contarlo, como si fuera una gracia. Todavía recuerdo sus palabras… *No os podéis imaginar lo que ha pasado. A la clienta de la setecientos cinco, su marido la ha pillado metida en faena con Álvaro, el de mantenimiento. Se ha montado un pollo de cuidado. Ahora mismo están todos en el despacho de dirección. Yo estaba limpiando ese pasillo cuando se ha liado todo, el marido lo ha sacado en pelotas, y le ha tirado la ropa, antes de decirle que iba para hablar con el director, Y que se despidiera del trabajo.*

Y se tuvo que despedir del trabajo y de mí, pues una vez que salió todo eso a la luz, fueron muchos más los testimonios que fueron contando, hasta con la cocinera, que tenía veinte años más que él, se había acostado, y yo mientras en la inopia.

Pero no os creáis que se marchó sin más, para nada, estuvo un mes esperándome a la salida del turno para decirme que había sido ella, que él no quería, que lo ha perdido todo por una tontería. ¿Cómo lo solucioné? Al estilo Luna, de frente y sin piedad. El último día, cogí a todas las que se habían acostado con él, incluida la cocinera, y les pedí el favor de que me acompañaran, contándoles antes toda la historia, y salí con todas ellas después de mi turno. Os podéis imaginar la cara que puso cuando nos vio, venía con un ramo de flores, ese mismo que, entre todas, le partimos en la

cabeza, no corría nada calle abajo… Suerte tuvo que eran flores y no otra cosa, porque podía haber salido de allí peor de lo que lo hizo.

Pensareis que soy una bruta, y no lo niego, pero es que, a mí, quien me la hace me la paga. Yo siempre me acordaba de una frase hecha que decía mi abuela: "quien riendo la hace, llorando la paga", y lo había hecho el lema de mi vida.

—¿Vas a salir con nosotras esta noche? —me preguntaba mi hermana, insistiendo de nuevo en lo que me había dicho Venus.

—No me apetece, de verdad Sol. Estoy muy cansada, prefiero quedarme en casita, en pijama y comiendo pizza. Mañana, si salís de nuevo, te prometo que me apunto, pero hoy no puedo ni con mi cuerpo —le expliqué, y parecía que me había entendido.

—Está bien, pero mañana te arrastro a la calle, aunque sea en pijama, que lo sepas —y esta vez fue ella la que levantó el dedo índice para amenazarme.

Se marchó dentro para arreglarse, mientras que yo llamaba a mi madre, que me dijo que no tardaba, que esta noche cenaríamos juntas. Esa era otra, mi madre, llevaba unos días tela de rara, pero por mucho que le preguntaba, no soltaba prenda, al contrario, me decía que de estar encerrada me estaba volviendo paranoica.

Con lo mucho que me gustaba a mí arreglarme y salir de fiesta, y desde que me pasó lo de Álvaro cada vez me costaba más hacerlo. No os voy a

decir que estaba locamente enamorada, porque estaría faltando a la verdad, pero sí que me gustaba bastante, tenía un don para engatusar a las mujeres, y me había dado cuenta demasiado tarde.

Mi madre llegó al rato, cuando ya mi hermana se había ido a buscar a Venus, que vivía cerca nuestra, diciéndome antes de irse que, si no venía a dormir, que le dijera a mi madre que lo hacía en casa de nuestra amiga, que ya se había independizado. Pero yo sabía muy bien lo que iba a hacer, y era que, como se encontrara con Héctor no iba a perder la oportunidad de pasar la noche con él.

Mi hermana, para unas cosas era muy tímida, pero para otras me daba mil vueltas. Con esa inocencia que parecía tener, era una loba en cuanto a hombres se refiere. Como le gustara alguno, lo conseguía sin problema, pero es verdad que, hasta que me había hablado de ese hombre, no la noté tan ilusionada con nadie, esperaba que tuviera suerte y fuera un tío legal, no de los que desaparecen al día siguiente.

Cenamos viendo una película que ambas queríamos ver, pero que, estando mi hermana en casa, no podíamos, porque era de miedo y después se llevaba toda la semana que ponía la casa como la Verbena de la Paloma, encendiendo las luces por donde iba pasando. Porque sí, era una cagueta para el cine de terror, que a nosotras dos nos apasionaba.

—Mamá, yo no puedo con mi cuerpo, me voy a la cama —le dije, y me acordé de lo que me había dicho mi hermana —. Ah, por cierto, Sol me dijo que, si se le hacía tarde, dormiría en casa de Venus.

—Claro, y yo me chupo el dedo ahora. Tu hermana lo que va a hacer es pasar la noche con ese chico como se lo encuentre. ¡Que tenéis ya veinticinco años, Luna! No hace falta que me mintáis, por Dios, que sois dos mujeres hechas y derechas —me contestó ella.

—A mí no me metas en el mismo saco que yo, cuando tengo ganas de mambo, antes de salir te lo digo, que no me esperes que me voy a buscar una buena manguera que apague mi fuego interno…

—Tampoco necesito tantas explicaciones, con que me digáis: "probablemente no venga a dormir", me conformo —me respondió ella, negando con la cabeza y con una sonrisa en los labios.

Capítulo 8

Sebas

—Vas a necesitar puntos, espere un momento que ahora mismo llamo a la enfermera —me dijo el doctor del centro de salud. ¡Me había aplastado el pie! La muy bruta lo había hecho, y no me lo partió de milagro.

—Vale, muchas gracias —fue lo único que pude contestar, la rabia me salía por las orejas. Cuando bajé la cabeza y me vi el dedo, me entraron hasta ganas de vomitar, y yo había pasado todo el día así. Poco manchada tenía la zapatilla para como lo tenía. Como tuviera la suerte de encontrármela de nuevo, que me iba a oír, eso era un hecho comprobado.

Siete puntos me tuvieron que poner, aparte de quitarme la uña, que se había quedado colgando. Aunque el doctor me aseguró que me crecería de nuevo, no las tenía todas conmigo. Os pongo un ejemplo gráfico para que os imaginéis como lo tenía…

Cuando compráis tomates maduros y los echáis al fondo del carro de la compra, encima le poneis la caja de leche y todo el resto de la compra sin

acordaros de que abajo estaban esos tomates. Al sacarlos, siempre, siempre, hay uno que está con la piel separada, la carne fuera y soltando liquidito. Ese era mi precioso dedo gordo del pie, ese que yo veía como una obra de arte, aunque mi madre insistía que lo tenía como una boba de pan de campo.

Salí del centro de salud una hora después de haber llegado, con el dedo con más puntos que un equipo de fútbol de primera división y un dolor que me llegaba hasta la rodilla.

Sé que pensaréis: "que exagerado, ni que lo hubieran operado a corazón abierto", pero es que yo era así de aprensivo con las enfermedades. Si yo tenía un poco de destemplanza o dolor de cabeza, me iba del tirón a la farmacia para hacer una prueba de esas para saber si había cogido COVID o gripe A, que también estuvo una temporada muy de moda.

Por suerte para mí, estaba a tan solo dos minutos de mi casa, y estaba deseando llegar, darme una ducha, con cuidado de no mojar los puntos, y ponerme el pijama. Sé que le dije a Héctor que esta noche saldríamos, pero en mi caso, lo dejaría para mañana, porque no podía con mi cuerpo. Entre los puntos del dedo y todo lo que me había pasado, suspensión del trabajo incluida, necesitaba tranquilidad.

—Menos mal que ya… ¿Qué coño te ha pasado que vienes cojeando? —me preguntó Héctor, y es que, cuando me miré en el espejo de la entrada, parecía que me había atropellado un camión en vez de un patinete.

—Esta mañana, una tía, me aplastó el dedo con el patinete eléctrico, y no te vayas a reír que nos conocemos. Me han tenido que poner puntos en el dedo del pie y todo, la muy bruta me lo ha aplastado —le conté, y por mucho que le dije, mi amigo no pudo reprimir la carcajada que le salió de lo más profundo de su ser.

—No me jodas tío, llevas una temporada que te metes a sombrerero y nacen los niños sin cabeza. ¿Te has planteado ir a ver al padre Marcos a que te exorcice o algo? No es normal todo lo que te está sucediendo, te lo prometo que, si me lo cuentan, no me lo creo —me decía él sin poder parar de reír.

—Pues eso no es todo, ¿a qué no sabes quién es el novio de Marina?

—¿Qué Marina? ¿Nuestra Marina? —me preguntó él, y es que así la considerábamos todos.

—La misma que viste y calza —le dije, mientras que Héctor negaba con la cabeza —. El gilipollas del Rafa, el fotógrafo del periódico. Y, por su culpa, me han suspendido de empleo y sueldo durante un mes. El cabrón fue a decirle a su querido suegro que no había aparecido por la entrevista, antes lo intentó con mi jefe directo, pero como este le dijo que hablaría conmigo primero, que no era normal ese comportamiento en mí, pues se dirigió arriba, a sabiendas de que el director lo iba a escuchar.

—Que tío más cabrón. Seguro que él la ha instado a alejarse de nosotros, porque hace más de dos meses que no me contesta ni a un mensaje, así que ya no le he mandado más. Por cierto, tengo que contarte algo, he conocido

esta mañana a alguien, es preciosa, tiene una ingenuidad que me ha conquistado y una sonrisa que ilumina el mundo. Con razón se llama Sol, no se podía llamar de otra manera.

—Pues que suerte, porque yo a la única que he conocido ha sido a la gilipollas que me ha atropellado con el patinete. Que estaba buena que te cagas, pero todo lo estropea cuando abre esa linda boquita y empieza a escupir sapos y culebras —le expliqué, alegrándome por él.

—Me ha dicho que iba a salir con su hermana y su amiga a cenar y a tomar una copa, pero si quieres que me quede aquí contigo, no tengo ningún problema.

—Anda ya, vete y disfruta. Yo me voy a dar una ducha y me voy a sentar aquí, tranquilo, a ver los deportes. No creo que tarde mucho en irme a la cama, solo te pido que no hagas ruido cuando vuelvas, por favor, que necesito descansar —le dije, levantándome del sofá para dirigirme al cuarto de baño.

Mientras que me caía el agua por los hombros y pensaba en todo lo que me había sucedido, mis lágrimas caían por mis mejillas y ni siquiera me había dado cuenta. ¿Tan malo era para que me sucedieran a mí todas estas cosas? No era un santo, pero tampoco me consideraba una mala persona, esperaba que el karma me recompensara de alguna manera todo lo que estaba sufriendo.

Cuando salí de mi dormitorio ya Héctor se había marchado, no sin antes dejarme la cena en la mesita pequeña del salón. Me había preparado un

sándwich de pollo con patatas fritas y un refresco. No pude más que reírme de ese gesto, este Héctor era un caso.

Ni media hora tardé en levantarme del sofá e irme a la cama, necesitaba cerrar los ojos y desconectar de todo, dejar la mente en blanco y que todo fluyera como tuviera que fluir. Antes de hacerlo, cogí el móvil para echar un vistazo a las noticias, y vi que tenía un correo electrónico del taller. Era el presupuesto de la reparación que, para mi grata sorpresa, solo ascendía a doscientos euros, no había llegado tan profundo como se pensaban, o al menos eso era lo que me ponía en el correo, le contesté autorizando la reparación, lo pagaría yo y se lo dejaría a mi madre en el mismo sitio de donde lo cogí, no se merecía otra cosa.

Entré a ver las noticias, y me tuve que sentar para ver bien la noticia que me había saltado. Era Sergio, ese por el que me había abandonado mi novia días atrás, aparecía en una foto en actitud muy cariñosa con una modelo, por cada foto que pasaba se iban acercando más, y en la última, se veía el beso. No me alegraba del mal de nadie, pero por fin, el karma parecía que me estaba dando mi lugar, se lo tenía bien merecido, habían hecho con ella lo mismo que ella hizo conmigo. Creeréis que es mentira, pero me acosté con una satisfacción en el cuerpo que me costó a coger el sueño. Soy de los que piensan que, si no quieres que te hagan algo, no lo hagas tú antes, es así de sencillo.

Me desperté y eran cerca de las doce de la mañana, y lo hice por culpa de una llamada de teléfono, no conocía el número, pero como tenía tantos frentes abiertos, contesté, podía ser importante.

—Dígame —respondí, y escuché la voz de un hombre al otro lado de la línea.

—¿El señor Sebastián Camacho? Le llamamos de la comisaría de policía.

—Sí, soy yo. ¿Ha ocurrido algo? —pregunté preocupado, y más nervioso me puse cuando me levanté y vi que Héctor no había llegado todavía.

—Hemos encontrado su coche. Han intentado hacer un alunizaje con él, pero no llegaron a cometer el delito, unos vecinos que intuyeron lo que iban a hacer nos llamaron de inmediato, y una patrulla que estaba a dos calles de allí, acudió rápidamente para impedirlo. ¿Podría pasar por la comisaría de la zona sur a recogerlo? —¡Por fin empezaban a salirme las cosas bien! No lo iba a decir muy alto, que ya se sabe lo que pasa.

—Sí, en una hora pasaré a recogerlo, muchas gracias —avisé al policía y colgué la llamada. Me puse a bailar como si estuviera loco, y así me pilló mi amigo, que entraba en ese momento por la puerta.

—Perdón, me he equivocado, creía que era la casa de mi amigo, pero debe ser el piso de arriba, porque en esta planta han montado un manicomio —me dijo, haciendo como el que se daba la vuelta, y me puse a reír, cuando decía que era único, es que lo era.

—No se puede ser más payaso que tú —le dije sin parar de reír.

—Y me lo dice el que está en medio del salón, en calzoncillos, con el dedo como una magdalena aplastada y bailando sin música. Si ya lo decía

mi madre: “siempre es bueno que haya niños en casa…” —me contestó sonriendo.

—Tengo tres noticias buenas, la primera: el coche de mi madre solo cuesta doscientos euros repararlo la segunda: anoche me saltó una noticia del corazón y se veía a Sergio comiéndose la boca con una modelo y tercera, pero no menos importante, han encontrado mi coche, y tengo que ir a recogerlo a la comisaría del sur.

—Joder, tío, los palitos de incienso que encendí ayer mientras que te duchabas han surgido efecto. Ponía que atraía la buena suerte, voy a poner el salón como el fondo norte de un estadio de futbol, lleno de humo y oliendo un poco raro —me soltó, haciéndome reír de nuevo.

—Y tú, ¿qué? ¿La encontraste?

—¿Lo dudas? La encontré y me la quedé. Como resulta que ninguno de los dos tenemos casa propia, nos fuimos a un hotelito muy cuco que había cerca de donde estábamos y hemos pasado la noche. Tengo su teléfono y ella tiene el mío, y hemos quedado esta noche para cenar y tomar una copa en el mismo sitio. Eso sí, me ha asegurado que viene con su hermana y su amiga, así que yo también necesito llevar refuerzos, y no voy a aceptar un no por respuesta.

—No me negaré, tengo que celebrar que por fin me están saliendo las cosas bien. Ahora, si me disculpas, me voy a vestir y a recoger mi coche, no me lo vayan a perder otra vez —le dije, marchándome a mi cuarto para vestirme.

—Si quieres te acompaño, pero no voy a ser falso, no puedo con mi cuerpo, esa mujer es puro fuego y necesito descansar.

—No te preocupes, tomaré un taxi para llegar hasta allí, y luego iré al taller para pagar lo del coche de mi madre, quédate y descansa, que esta noche también se prevé que sea larga para ti —le dije desde mi habitación, donde estaba terminando de ponerme las zapatillas de deporte, ya que no podía utilizar otro calzado.

A la misma puerta de mi casa llegaba un taxi en ese momento, con la señora Pepa, que era la única de las antiguas propietarias que quedaba en el edificio, y que era como las cámaras de vigilancia de una urbanización de lujo, ella sabía todo lo que pasaba en el bloque: quien se peleaba con quién, la que se había quedado embarazada… Lo raro es que no me hubiera avisado de que me estaban poniendo los cuernos, ahí le falló el radar.

—Sebas, corazón me he enterado de que …—intentó interceptarme, pero le hice un quiebro para esquivarla.

—Lo siento, señora Pepa, pero tengo muchísima prisa, en otro momento la pongo al día de mi vida —le dije, y cerré la puerta del taxi, dándole la dirección a donde me tenía que llevar.

Capítulo 9

Luna

Me había despertado temprano, eso de dormir tantas horas por seguido es lo que tiene, que llega un momento en el que la cama se convierte en una máquina de tortura y en vez de dedicarme a dar vueltas, me levanté y me dirigí a la cocina, por un buen café.

—Espero que te hayas levantado de mejor humor que ayer —me dijo mi madre, que ya había puesto la cafetera y estaba sentada con su taza en la mano.

—Yo puedo perdonarlo todo, pero mis horas de sueño, esas son sagradas. Cada vez se me hace más pesado el turno de noche, estoy pensando en cambiar de trabajo, aunque siga siendo recepcionista, pero en otro lugar en el que no se trabaje a esas horas —le conteste a mi madre, mientras me servía una taza de café. Era verdad, mi carácter se estaba agriando, más todavía quiero decir. No es que yo fuera una persona antipática, simplemente era de simpatía selectiva, y muy irónica, eso también, pero todo eso se veía agravado con la falta de sueño, y no me quería convertir en

la vieja de los gatos, como nuestra vecina Paquita, de la que mi hermana decía que me veía a mí dentro de unos años.

—Pues haces muy requetebién, hija. Todavía eres muy joven y puedes buscar otra cosa. Si me entero de algo, te lo diré en el acto —me respondió mi madre, cuando escuchamos que la puerta se abría, era Sol que venía de marcha.

—¿Conclave en la cocina? Um, que interesante. ¿De qué habláis? Por cierto, he traído churros —dijo entrando en la cocina, levantando una bolsa de papel que traía, se quitó los zapatos de tacón y sentándose junto a nosotras.

—Pues hablábamos de la buena noche que has tenido que pasar con el maromo ese… ¿cómo se llamaba?... —le dije a mi hermana, que se tiñó de rojo como un tomate.

—Se llamaba no, se llama, que no se ha muerto, y es Héctor, además que no he…—se explicaba mi hermana, cuando mi madre la interrumpió.

—No me vayas a contar milongas, por favor te lo pido. Soy tu madre, pero no gilipollas. A ver si te has creído que ustedes vinisteis al mundo por obra y gracia del Espíritu Santo —le dijo, levantando el dedo acusador.

—Bueno, vale, sí, he pasado la noche con Héctor en un hotel, y esta noche viene a cenar con nosotras.

—¿En un hotel? ¿No te ha llevado a su casa? Que cutre el tío —le dije, yo como siempre, sacando conclusiones precipitadas de todo.

—Si no me ha llevado a su casa, no es cuestión de cutrez, sino de que todavía no tiene, y como yo tampoco, pues eso, a un hotelito la mar de mono que me ha llevado —dijo mi hermana, muy altiva ella.

—¿Qué no tiene casa? Y, entonces, ¿dónde vive, debajo de un puente? —seguía intentando buscarle los tres pies al gato.

—Que yo sepa, vosotras tampoco tenéis casa y no vivís debajo de ningún puente. Así que, haz el favor de callarte la boquita y dejar que tu hermana nos explique —se enfadó mi madre, metiendo un churro en mi boca para que me callara, e instando a mi hermana a que siguiera hablando.

—Aunque es de aquí, ha estado mucho tiempo trabajando fuera, y ahora ha vuelto. Vive en casa de un amigo, ya que su madre falleció y el piso en el que vivían era de alquiler, cuando se marchó no le quedaba nada en Madrid, a excepción de la persona con la que convive, al que ve como si fuera un hermano. Está buscando piso, pero de momento no tiene prisa, se encuentra muy a gusto donde está, y prefiere mirar con tranquilidad —nos explicó mi hermana, con una carita de enamorada que parecía sacada de unos de esos *gifts* que se ven en las redes, con los ojos con corazones y demás.

—Todo eso está muy bien, pero vamos a lo que nos interesa de verdad, ¿cómo es el muchacho en la cama? ¿Es un empotrador nato o es de los que no tienen sangre en las venas? —le pregunté, provocando que se pusiera de nuevo roja.

—Eso a mí ya no me interesa, como madre solo quiero saber que mis hijas son felices, los detalles íntimos ya sería demasiada información para mí —dijo mi madre, levantándose para dejar la taza en el lavavajillas y haciendo un gesto con la mano, como diciendo que mejor se iba y nos dejaba solas.

—Venga ya, mamá, sabemos que fuimos fruto de una noche loca de verano en la playa, pero ¿cómo era nuestro padre? ¿Un niñato flojo o un tío que sabía lo que se hacía? —le buscaba la lengua, y mi madre entró al trapo.

—Sabes de sobra que yo no podría haber estado con un niñato flojo, como tú dices, yo necesito en mi vida un hombre con carácter, que no se amilane ante nada, y así es exactamente vuestro padre. Tú tienes el mismo carácter que él, la pena es que, cuando me enteré ya estábamos de vuelta en Madrid, y eran otros tiempos. Tus abuelos no me dejaron ir a buscarlo, decían que, si no se había hecho cargo en su momento, no lo haría después, por mucho que les repetía que él no sabía nada, nunca me creyeron. Sé que les debo mucho, porque gracias a mis padres os pude sacar adelante, trabajando como una esclava, sí, pero mientras tanto ellos os cuidaban —nos contaba mi madre, con un rastro de melancolía, y me puse a pensar en como hubiera sido nuestra vida si la cosa se hubiera dado de otra forma, si nuestro padre estuviera presente hoy, con nosotros, pero eso era especular mucho.

Nunca me había planteado buscarlo, y mi hermana mucho menos, pero ahora la curiosidad me podía, y aunque solo tuviéramos un nombre y una

ciudad, que fue en la que se conocieron, quizás en mis vacaciones me diese una vueltecita por allí e intentaba averiguar algo…

—Yo tengo que salir, tengo que ir a recoger una documentación al hotel, que me acaban de llamar. No vayas a hacer nada de comer, que a la vuelta pillo un pollo en el asador con unos pimientos y patatas fritas —le dije a mi madre, cuando llegué al salón después de vestirme. Me había puesto unos vaqueros pitillo, con mis botas de pelitos y un jersey de lana de cuello vuelto, y mi plumífero, por supuesto, que estábamos a primeros de diciembre y hacía un frío que pelaba.

—Pues entonces, aprovecho y voy a la tienda de tu tía, que me dijo ayer que me pasara por allí —dijo mi madre, terminando de recoger un poco el salón y dispuesta a marcharse para su dormitorio a vestirse. Mi hermana se había dado una ducha y estaba durmiendo, tenía que estar agotada, por lo que me contó luego, cuando estuvimos las dos a solas, el muchacho tenía unas habilidades extraordinarias para el sexo, y venía que no podía ni con su cuerpo, ni diez minutos habían dormido, se trató de una maratón en la que mi hermana disfrutó como nadie, según me decía.

La tía a la que se refería mi madre no era una tía como tal, sino que era su mejor amiga, la única que permaneció a su lado cuando se quedó embarazada, pues todas las demás salieron huyendo como si fuera una enfermedad contagiosa. Crecimos junto a ella, y la llamábamos tata, porque para nosotros lo era, además de ser nuestra madrina. Mi madre era hija única, y a ella la tenía como a una hermana. Se llama Marisol, y por ella lleva mi hermana su nombre, aunque ya me podrían haber puesto a mí otro nombrecito… ¡Cuantas burlas nos hubiéramos ahorrado!

Montada en mi patinete iba camino del hotel, por lo visto era la renovación de mi contrato, ese que firmé hace meses, y que ya había llegado de la gestoría. Me estaba planteando en serio buscar otra cosa, y en ello iba pensando, cuando escuché que empezaban a tocar el claxon de los coches, pero no le di la mayor importancia, hasta que llegué a un semáforo, y miré hacia mi izquierda…

—¿Se puede saber qué haces por en medio de la carretera? ¿Eres ciega y no ves la cola de coches que estás formando? Échate a tu derecha y no obstaculices más el tráfico, haz el favor —me dijo alguien desde un coche blanco, bastante grande y lujoso, por cierto. Había bajado la ventanilla para increparme, pero no me había fijado en quien era, aunque la voz me resultaba muy familiar.

Me fijé bien y, ¡sorpresa! Era el tipo al que atropellé con el patinete el otro día, bueno, mejor dicho, fue él quien me atropelló a mí.

—Voy por donde tengo que ir, porque da la casualidad de que en esta zona no hay carril por el que pueda circular, y como es un vehículo eléctrico, mi deber es ir por la calzada. ¿Te dieron el carnet de conducir en la tómbola o te lo encontraste de premio en un paquete de galletas? —No podía con este tío, os lo juro. Mira que era guapo, porque tenía unos ojos que te embelesaban con solo mirarlos, pero todo lo que tenía de tío bueno lo tenía de gilipollas. Veinticinco años viviendo en Madrid y no habíamos coincidido ni una sola vez, y en menos de una semana ya lo habíamos hecho dos veces, lo de coincidir, digo, que lo otro no lo veía yo. Este tenía que ser una seta en la cama, de esos que se tiran bocarriba y se hacen el

muerto, de los que te dicen: “coge lo que quieras, nena” y con ese pensamiento se me esbozó una sonrisa, no había escuchado ni lo que me estaba hablando.

—Por lo que veo, te hace mucha gracia, pues a mí, ninguna. Ponte a un lado, que vamos a tener que hacer un parte de siniestros, porque mi dedo no merece que lo trates así, ni yo tampoco —¿qué coño me estaba diciendo de un dedo? Este tío no estaba muy bien de la azotea, te lo digo yo.

—Perdona, pero la verdad es que no me reía de lo que me has contado, porque, si te soy sincera, te estaba prestando tan poca atención que ni siquiera he escuchado lo que me decías —le dije sinceramente, pues necesitaba que me lo repitiera de nuevo.

—Mira, creo que más vale que lo dejemos aquí, porque no puedo contigo, te lo juro. Solo espero no tener más encontronazos contigo, y échate a un lado si no quieres que alguien, con menos paciencia que yo, intente adelantarte y te tire al suelo —me dijo en cuanto el semáforo se puso en verde, dejándome allí con cara de tonta.

Seguí adelante mi camino, y por una vez, le hice caso, echándome a mi derecha. Demasiado educado fue conmigo para lo que vino detrás, me dijeron de todo menos bonita y me mandaron a hacer un tour, que iba desde la mierda hasta hacer ganchillo para entretenerme. ¿Mi respuesta? Una señal que era conocida mundialmente y que se entendía en todos los idiomas, porque hasta en inglés me habían insultado. ¿Cuál era la señal? Pues, indiscutiblemente la del pajarito, que no era otra que alzar bien alto el dedo anular, para que quedara bien visible para todos.

Capítulo 10

Sebas

Estaba entrando en la comisaría, y pregunté por el agente que me había llamado, dando mi nombre para identificarme, y me llevaron al despacho correspondiente.

—Buenos días, señor Camacho —me dijo el policía, ofreciéndome la mano, la que estreché sin lugar a duda.

—Buenos días, agente. Venía a recoger mi coche, porque supongo que puedo llevármelo ya, ¿verdad? —le pregunté con cautela.

—En este caso, sí. Si se hubiera llevado a cabo el alunizaje, tendría que esperar a que el juez lo dictara, pero como no ha sido así, y las personas que iban en su interior han sido detenidas, puede llevárselo inmediatamente. Recibirá una notificación cuando se celebre el juicio, pero no para que asista, sino con la sentencia que se aplicará por el robo del vehículo.

—Me quita usted un gran peso de encima, porque no estoy en circunstancias de comprar otro coche, que este todavía lo estoy pagando —le explicaba al policía, que asentía con una sonrisa en la cara.

—Ha tenido mucha suerte, es la primera vez que ocurre, por lo menos en esta comisaría. Que roben un coche y aparezca sin un solo rasguño, no suele pasar. Normalmente, cuando llevan a cabo su fechoría, o lo dejan destrozado y abandonado en cualquier lugar remoto, o terminan quemándolo para que no pueda ser identificado. Acompáñeme, por favor, iremos hasta el depósito, para que así pueda llevárselo ahora mismo.

En cuanto salí de allí con mi coche, lo llevé a que me lo lavaran a conciencia, a un centro de lavado que había junto al taller donde reparaban el coche de mi madre, y cuyo importe iba a abonar en ese mismo momento. Lo que no apareció, ni dentro, ni en ninguna parte, fue mi teléfono móvil. Por suerte para mí, no era de esos que necesitaban un móvil de última generación y que costaban un huevo y parte del otro, el mío era de una marca muy normalita y estaba saliendo bastante bueno, la verdad. Menos mal que los datos que tenía en el teléfono no eran nada relevantes, y los tenía subidos en la nube, así que no había perdido nada.

—El coche ya está listo —me dijo el mecánico, que me explicó que la avería parecía más aparatosa de lo que era. Al ser un modelo de coche tan antiguo, según me contó él, no tenía conectado no sé qué filtro con otra cosa. La verdad es que yo de mecánica como de física cuántica, no tenía ni idea, y por eso, su reparación había sido mucho más económica que lo que normalmente lo era.

—¿Alguien lo puede llevar a la dirección que le voy a dar? —pregunté totalmente ajeno a lo que me iban a contestar —Por supuesto que pagaré el incremento en la factura.

—En la factura no, que esto no es una reparación, eso será una gratificación al chico, que será el que lo lleve —me dijo el mecánico —Eso sí, tendrá que ser a mediodía, cuando cerremos para almorzar.

—Por supuesto, dígame cuando le debo en total, que ahora mismo se lo abono —le dije sacando mi cartera del bolsillo de mi chaquetón, ese día hacía un frío de muerte, y cogí el más gordito que tenía en el armario, que también era el que más bolsillos tenía, y me costó media vida dar con el bolsillo en el que la había metido.

La reparación fueron doscientos euros, tal y como me presupuestó, y al chico que se encargaría de llevárselo a mi madre hasta la puerta de su casa, le di cincuenta euros, menos lo veía una ridiculez.

Mi coche también estaba listo, lo habían limpiado a fondo, tanto por dentro como por fuera, y estaba perfecto, así que, como no tenía prisa ninguna, decidí que daría una vuelta por la ciudad con él, y luego iría al centro comercial, quería comprarme unos vaqueros y unas zapatillas nuevas, porque las del atropello estaban para tirarlas.

—No me lo puedo creer, otra vez ella —me dije cuando la vi, montada en su patinete eléctrico, por en medio de la carretera, no podía adelantarla, ya que no había espacio suficiente, y no quería que se cayera, así que me mantuve detrás pacientemente. Todos los coches empezaron a tocar el

claxon, pero ella, como la que escucha llover, igual. O era la más irresponsable del mundo o la más pasota, y yo apostaba a que era la segunda opción, casi sin dudarlo. Por suerte, el semáforo se puso en rojo, y pude ponerme a su izquierda, donde bajé la ventanilla para llamarle la atención.

—¿Se puede saber qué haces en medio de la carretera? ¿Eres ciega y no ves la cola de coches que estás formando? Échate a tu derecha y no obstaculices más el tráfico, haz el favor —le dije bastante enfadado, y nos enzarzamos en una discusión a la que no le veía el final. Era irónica hasta decir basta, además de que se creía por encima de los demás, siempre replicando por todo. Al final, le di la razón como a los locos, y seguí mi camino, ojalá y no me la volviera a encontrar en mucho tiempo, porque agotaba mi paciencia, y eso que tenía una gran reserva de ella.

Por el espejo retrovisor pude ver como el resto de los conductores le decían cosas, pero su reacción me provocó una enorme carcajada. Lejos de amilanarse o pedir disculpas, ella lo resumió todo levantando su dedo anular bien arriba, para que todos pudieran ver como ella hacía lo que, comúnmente llamamos, la señal del pajarito.

Cuando llegué al centro comercial todavía me estaba riendo, a pesar de que no podía con ella, tenía que ser una persona muy divertida, y con mucho carácter, en las pocas ocasiones que había coincidido con ella no agachó la cabeza ni una sola vez.

—Mamá, esta tarde, sobre la hora de comer, te van a llevar tu coche. Tendrás que bajar por las llaves y aparcarlo en el garaje —le dije a mi

madre, en cuanto que me contestó a la llamada de teléfono que le hice.

—¿No la habrás pagado tú? Porque te dejé bien clarito que no quería que lo hicieras, sería tirar el dinero, y encima una cantidad tan grande como la que es…

—Para el carro, hazme el favor. Al final no ha sido tan costoso como se pensaba, el chico te dará la factura para cualquier reclamación. Resultó más sencilla la reparación de lo que se pensaba en un principio, así que no te iba a dejar sin coche por una tontería. Y ahora te dejo, voy a bajarme del mío, que también lo han recuperado —le dije a mi madre, que se alegró por ambas cosas. Aunque ella no lo quisiera reconocer, le tenía mucho cariño a su coche, y lo cogía más a menudo de lo que decía.

Iba mirando escaparates, cuando alguien me tapó los ojos por detrás, y eso solo lo hacía una persona, Carmen, la mujer de mi padre.

—¿Se puede saber qué haces aquí solo? —me dijo después de darnos un abrazo y un beso en la mejilla, antes de que mi hermana pequeña saliera corriendo hacia mis brazos.

—Pues venía a comprarme unos vaqueros y unas zapatillas nuevas. ¿Y vosotras? —le pregunté, ya con Nerea en mis brazos.

—Pues mira, resulta que papá se ha tenido que ir de viaje y estábamos aburridas en casa. Mamá, al ver la que estaba formando con su maquillaje, porque quería pintarme y como yo no tengo, pues cojo las de mamá, me ha dicho: “desde luego Nerea, me tienes frita, vístete ahora mismo que ya

estamos las dos en la calle, por lo menos así te cansas y me dejas descansar a mí un ratito después de comer", y aquí estamos —me dijo ella, imitando el tono y la voz que su madre emplea cuando le riñe, y no tuve otra opción que reírme a carcajadas.

—¿Pues sabéis qué? Que hoy vais a ser mis asesoras de imagen, me vais a ayudar a elegir el vaquero y las zapatillas —les dije, y ambas asintieron, pero mi hermana dio la puntilla.

—Las asesoras de imagen cobran por realizar su trabajo. Yo sé que mamá lo va a hacer gratis, pero yo no, no soy tan tonta, así que mi sueldo será un maletín de maquillaje para niñas —me soltó, mientras su madre le reñía ella estiraba su manita para cerrar el trato.

—No vas a ser tú nadie cuando seas más mayor, pero lo veo justo, trato hecho —le dije estrechando su manita con la mía.

Carmen era bastante más joven que mi padre, pero encima es que su aspecto tampoco indicaba la edad que tenía, pues parecía todavía más pequeña. Yo tenía la costumbre, desde que crecí y me puse más alto que ella, de echarle el brazo por los hombros, y continuaba haciéndolo. Ni a mi padre, ni a ella, les molestaba, así que eso hice, la cogí por los hombros con mi hermana en mi brazo, colgada como un monito, y nos dispusimos a andar.

—¿Otra vez está Patricia de viaje? —me preguntó Carmen, que seguía en la misma postura conmigo, ella me veía como a un hermano pequeño, hijo no que tampoco nos llevábamos tantos años.

—Lo hemos dejado. Bueno, me ha dejado ella a mí, se ha liado con su jefe, pero lo peor es que ni siquiera me lo ha dicho a la cara, sino que me ha dejado una nota en el frigorífico, como quien deja la lista de la compra —empecé a contarle todo lo que me había sucedido y en la manera que fue, y ella me miraba sin saber si reír o llorar.

—Mejor así, sabes que ni tu madre ni yo la soportábamos. Se creía una reina y no llegaba ni a bufón, con tantas ínfulas de grandeza… Ella pensaba que su novio era ministro en vez de periodista, y encima no aportaba nada económicamente en la casa —me decía Carmen, a la que se le veía contenta de que Patricia hubiera salido de mi vida, y por ello me dio un beso en la mejilla, que yo correspondí con una caricia en su rostro.

Cualquiera que nos viera desde fuera podría pensar que éramos una pareja con nuestra hija pasando un sábado de compras, pero nada más lejos de la realidad. Carmen estaba super enamorada de mi padre, al igual que él de ella, y fruto de ese amor era mi hermanita, que nos tenía a todos, comida la cabeza de una manera impresionante.

—Pues si ya no está la bruja, podría pasar un día de los de las vacaciones de Navidad contigo, y quedarme a dormir en tu casa, podríamos ir a ver al Cartero Real, a Santa Claus, y comer gofres para merendar —me dijo mi hermana, y me sorprendió bastante que la llamara así, porque las pocas veces que había estado con Patricia no se había portado mal con ella, mi exnovia, quiero decir, que Nerea era un pequeño diablillo que no ideaba nada bueno, pero no me quedé con la duda, y le pregunté.

—¿Por qué la has llamado bruja? Hasta donde yo sé, a ti te trataba bien —le dije, deseando que la niña soltara la lengua, y no tardó en hacerlo.

—Sí claro, porque estabas tú delante, que cuando nos quedábamos a solas, no veas las cosas que me decía: que, si tú la querías más a ella que a mí, que no me pensara que me ibas a poner un cuarto en tu casa, porque ella no lo iba a consentir, que lo que tenía que hacer era no pedirte que me compraras más cosas, ni decirte que me quería ir contigo a tu casa, porque lo que hacía era ponerte en un compromiso y te veías obligado a hacerlo… Por eso no te dije nada, dejé de ir a tu casa y listo.

Me había dejado muerto, celosa de una niña de seis años cuando ella me ponía los cuernos desde Dios sabe cuándo. Le dejé claro a mi niña, porque siempre sería mi niña, que a mi casa podía venir cuando quisiera, estuviera con pareja o no, y que me pidiera todo lo que le saliera del alma, craso error por mi parte decirle eso a la pequeña, porque desde entonces parecía que le había hecho la boca un fraile.

Capítulo 11

Luna

Salí del hotel después de recoger la documentación y de hablar con mi jefe, le pedí que me diera la oportunidad de ponerme en un turno fijo, como estaban algunas de mis compañeras, y que evitaba las noches, excepto una que lo pidió explícitamente, para poder conciliar con su marido, que también trabajaba en ese mismo turno.

—Ahora mismo no me lo puedo permitir, Luna, pero ten por seguro que, en cuanto tenga la más mínima posibilidad, lo haré —me contestó mi jefe, pero yo quería ser sincera con él, y lo fui.

—Me gustaría ser sincera con usted, es una cuestión de salud, sobre todo mental, porque la semana que estoy en turno de noche no doy pie con bola durante todo el día, aparte de que mi carácter se agria todavía más. No puedo seguir así, y quiero que comprenda mi postura, porque me voy a ver obligada a buscar otro trabajo con un horario diurno, me da igual que sea por la mañana o por la tarde —le dije, abriéndome a él en canal. Lo veía como al padre que nunca tuve. Era cierto que las noches me las pagaban

muy bien, pero no todo era dinero, yo quería tener calidad de vida, y ese turno no me lo daba.

—Estás en todo tu derecho, pero me daría mucha pena que te marcharas, eres una de las mejores recepcionistas del hotel, jamás nadie ha dado nunca una queja tuya. Me gustaría que, en caso de que lo encontraras antes de que yo pudiera hacerte el cambio, me lo dijeras, por si tuviera alguna posibilidad de hacerlo para impedir que te fueras. Sabes que, si está en mi mano, lo haré.

Me encontraba un poco agobiada, así que decidí irme al centro comercial que había cerca de allí, dejando el patinete en nuestra sala de descanso, iría andando y luego lo recogería para irme a casa.

No tenía intención de comprarme nada, pero al final, y con la gratificación que me había dado mi jefe como paga de beneficios, entré en una tienda y me compré varias prendas, alguna de ellas las estrenaría esa noche, en la que mi hermanita nos iba a presentar a su churri. Estaba pagando cuando algo llamó mi atención, era el chico del coche blanco, el que atropellé, que llevaba a una mujer cogida por el hombro y a una niña pequeña en brazos.

No os puedo decir el porqué, pero me sentó como si me hubieran dado una patada en la boca del estómago. ¿Estaba celosa? ¿Cómo podía estarlo si no era nada mío? Tan solo habíamos cruzado un par de palabras, y ninguna había sido agradable, pero la verdad es que era un hombre que me había llamado la atención, y eso pocas veces sucedía.

Pienso que, al ver la felicidad de mi hermana, pensé que a mí me podía ocurrir lo mismo, que ese encontronazo diera lugar a algo más, pero al parecer tenía la misma suerte que mi madre en eso del amor, y cada día que pasaba tenía la certeza de que me iba a costar mucho trabajo encontrar mi media naranja.

Allí mismo compré el pollo, pues el asador que había contaba con las mejores viandas de todo Madrid, y al salir, me sorprendí ver que estaba nevando. No fui a recoger el patinete, sino que me dirigí directamente a la parada del autobús, tendría que coger dos y hacer transbordo para poder llegar lo más cerca de mi casa posible.

Sumida en mis pensamientos estaba cuando vi que un coche se paró delante de mí, y para mi sorpresa era el del chico del atropello.

—Kamikaze, sube que te vas a poner chorreando —me dijo, bajando la ventanilla del copiloto para hablarme.

—¿Quién me asegura que no eres un asesino en serie? —le contesté, aunque tenía claro que me iba a subir, pero quería tensar un poquito más la cuerda.

—Nadie, tendrás que fiarte de mi apariencia, pero no tardes mucho, que no quiero que me frían los oídos con los cláxones de los coches —me respondió sonriendo, y me decidí a subir.

—Gracias, pero no tenías por qué hacerlo. No creo que a tu mujer le haga mucha gracia que subas a desconocidas a tu coche —le dije, intentando

saber lo que me iba a decir, si sería verdad o mentira su excusa.

—¿Qué mujer, chalada? Por cierto, soy Sebas, soltero de veintisiete años, periodista de profesión y con mala suerte en el amor —me soltó, y algo me removió por dentro. ¿Cómo podía decirme que era soltero cuando yo mismo lo había visto en el centro comercial? Bueno, también puede ser que fuera su pareja y no estuvieran casados, pero con una niña de por medio, no hace falta ningún papel.

—Bueno, pues tu pareja. Yo soy Luna, veinticinco años y hasta el mismo papo de trabajar de recepcionista de hotel, sobre todo cuando me toca turno de noche y con algún famoso alojado en él —le dije y Sebas soltó una carcajada que resonó en todo el coche, y que provocó que me saliera una sonrisilla.

—Que bien huele eso que llevas ahí, ¿no? —cambió de tema radicalmente, y entonces supe que yo tenía razón, esa mujer era su pareja.

—Te diría que te quedaras a comer con nosotras, pero supongo que te esperan en casa.

—Pues sí, y seguro que ya tiene hasta la mesa puesta. Una cosita, si no me dices donde te llevo, vamos a terminar en mi casa —me dijo, y entonces mis ilusiones se desvanecieron, ya no tenía nada que hacer con ese hombre, que me había ganado en las distancias cortas.

Le di la dirección y el resto del camino lo hicimos en completo silencio, hasta que tocó la hora de despedirnos.

—Lo dicho, gracias por todo y perdón por los malos ratos que te he hecho pasar —fue lo que me salió, cuando me acerqué a darle un beso en su mejilla.

—No hay que darlas, y espero que esto nos haya servido para empezar de cero y tomarnos un café la próxima vez que nos veamos, como dos buenos amigos —ahí estaba la palabra más temida, pero lo tenía que aceptar, no me quedaba otra, y asentí con la cabeza, bajándome del coche y diciéndole adiós con la mano.

—*¿Quién es ese hombre…?* —cantó mi madre a mi espalda, dándome un susto de muerte, tan ensimismada estaba en mis pensamientos que ni la había escuchado llegar.

—Mamá, deja de ver telenovelas antiguas, por favor te lo pido, y de ser tan sigilosa, joder, que pareces ninja. Ese es el hombre que te conté que atropellé el otro día, y ahora vámonos a casa que nos estamos poniendo chorreando —le dije a mi madre, abriendo con la llave el portal para que pudiéramos entrar, no había parado de nevar, y parecía que la cosa iba para largo.

—Pues déjame decirte que está de miedo, tiene unos ojos que impresionan con solo mirarlos, y eso que solo lo he visto sentado, que si no…

—Si no te hubieras caído de espaldas, mamá, porque tiene un culo de esos que parten almendras —bromeé con mi madre —, pero también tiene pareja

y una niña pequeña, que los he visto en el centro comercial.

—¿Seguro que no has sacado conclusiones precipitadas? Mira que tú eres de esas que se montan tal película en su cabeza, que ni Almodóvar en sus mejores años. A veces pienso que te equivocaste de profesión, porque habrías sido una excelente guionista.

—Ja, ja, ja, que graciosa está hoy la mujer. Pues no, lista, que se lo he preguntado de varias formas, sin hacerlo directamente, y me lo ha confirmado. Le he dicho si quería comer con nosotras y me ha dicho que alguien lo espera en casa.

—Puede ser su perro.

—Claro, pues que me diga a que adiestrador lo ha llevado para comprarme uno y llevarlo, porque me dijo que, seguro que ya tenía hasta la mesa puesta, así que va a ser que no —le contesté a mi madre. Era cierto que yo solía sacar mis propias conclusiones, pero en este caso no era así, por mucha pena que me diera.

Pusimos la mesa y preparamos todo, cuando iba a ir a despertar a mi hermana, apareció por la cocina, en pijama y con los ojos pegados.

—Ve a lavarte la cara y a peinarte por lo menos, hija, que parece que te han sacado de una película de miedo —le dijo mi madre, y yo me sumé al cachondeo.

—Mamá, ¿te acuerdas de los pelochos, los muñecos esos que salían en el anuncio del teléfono ese de consulta? Pues aquí tienes al que faltaba —le dije a mi madre, y soltamos ambas una carcajada, mientras mi hermana me miraba con una cara que esa sí que era sacada de una peli de terror, pero de asesinos en serie, por lo menos.

Nos sentamos a comer y estuvimos un rato hablando de tonterías, hasta que mi madre soltó la bomba.

—Estoy saliendo con alguien, y me gustaría que lo conocierais —dijo, y tanto mi hermana, como yo, nos quedamos con el tenedor a mitad de camino del plato a la boca.

—¡Mamá, gracias, has hecho que vuelva a recuperar la ilusión de que, para mí, no hay nada perdido todavía en esto del amor! —exclamé y me gané dos collejas, una de mi madre y otra de mi hermana —. Auch, no seáis brutas, que solo estaba bromeando.

—Si fuera bruta, ya habrías aprendido a volar, de la cantidad de veces que te hubiese tirado por la ventana —me dijo mi madre, sonriendo.

—¿Quién es, lo hemos visto alguna vez? —preguntó mi hermana, que estaba pensando lo mismo que yo, que tenía que ser alguien de nuestro entorno, porque mi madre, no es que fuera muy lejos ni se relacionara con tanta gente.

—Es Víctor, uno de los jefes del periódico donde trabajo. Es viudo, sin hijos y me trata muy bien. Yo me fijé en él desde el principio, pero lo veía

inalcanzable, es un hombre muy apuesto y educado. Pero hace dos semanas, cuando nos quedamos solos en la redacción, me besó, me dijo que ya no podía resistirse más, que estaba enamorado de mí desde los primeros días en los que entré a trabajar, y que había descubierto que la vida era muy corta para desperdiciarla; que su psicólogo le había hecho entender que con eso no estaba traicionando a su esposa, y que ella estaría contenta de verlo feliz. Yo también le confesé mis sentimientos, esos que llevaba en silencio, y que ahora sabía que eran correspondidos. Anoche me dijo que quería conoceros, que se formalizara la relación, y yo estoy totalmente de acuerdo.

—Te diría que le dijera que viniera esta noche a cenar, pero hemos quedado con el churri de Sol y compañía —le dije a mi madre, cuando a mi hermana se le ocurrió una cosa.

—¿Por qué no os venís con nosotros? Así la cosa será menos formal y estaremos todos más a gusto —habló mi hermana, y lo vimos bien, no era la primera vez que mi madre y mi tía salían de marcha con nosotros, ni sería tampoco la última.

—Hija, pues me parece una idea estupenda, así también yo conozco al tal Héctor, que me tiene la mar de intrigada.

Recogimos la cocina entre las tres y nos fuimos a descansar un rato, me sentía feliz por ellas, aunque la vida era demasiada cabrona conmigo y, para una vez que me gustaba alguien, que me llamaba la atención como para tener algo serio, resulta que tenía pareja.

Capítulo 12

Sebas

Dejé a Carmen y a mi hermana en su coche, y me dirigí al mío, esa enana iba cargada de bolsas, me había sacado hasta la cera de los oídos. No solo le compré el maletín de maquillaje para niñas, sino que adquirí el más grande de la tienda, junto a un tocador con espejo, la muñeca de moda y todo un fondo de armario para poder cambiarla de ropa. Eso sin contar con el abrigo, las botas y el vestido que cogió en la tienda de ropa en la que entramos para comprarme los vaqueros.

Al salir del centro comercial estaba nevando como si no hubiera un mañana, y de camino a mi casa, en la parada del autobús la vi, a la chica del atropello. Algo en mi interior me decía que siguiera mi camino, pero era incapaz de dejarla allí con lo que estaba cayendo, así que paré, bajé la ventanilla y le insté a que subiera. Le costó aceptar la invitación, pero el sentido común le dijo que era mejor que quedarse allí y ponerse como una sopa, cuando llegara a su casa iba a tener media pulmonía.

Empezamos en una dialéctica bastante interesante, y por lo que me estuvo preguntando, me di cuenta de que me había visto en el centro comercial con la mujer de mi padre, así que le di contestaciones ambiguas.

Al llegar a su casa, noté algo en sus ojos que me decía que mis respuestas le habían desilusionado, y en mi interior noté algo que hacía mucho tiempo que no sentía, y que me gustaba en la misma medida en la que me asustaba, pero no era un cobarde, por eso nos despedimos de aquella manera.

—Lo dicho, gracias por todo y perdón por los malos ratos que te he hecho pasar —me dijo, antes de apearse de mi vehículo, y me salió una sonrisa de satisfacción.

—No hay que darlas, y espero que esto nos haya servido para empezar de cero y tomarnos un café la próxima vez que nos veamos, como dos buenos amigos —le solté para ver su reacción, y la cara que puso, esa que intentó disimular, me dio la clave de todo lo que Luna sentía, que era lo mismo que yo, haría todo lo posible porque, en un nuevo encuentro, supiera que estábamos en sintonía los dos.

Luna, no podía tener otro nombre, porque era la que iluminaba la oscuridad de mi vida. Joder, que profundo me había salido, parecía que lo había sacado de uno de esos memes de frases que salen en las redes sociales, me reía solo, por las cosas que se me pasaban por la cabeza.

—¡Ya estoy aquí! —exclamé al entrar en mi casa, donde ya estaba Héctor, tal y como le dije a Luna, poniendo la mesa.

—Ya era hora, macho, que me he sentido como la mujer a la que el marido no avisa que va a llegar tarde y lo está esperando con el salto de cama puesto, lista para entrar en faena —me respondió, y me tuve que reír, era único, ¿os lo he dicho ya?

—Si claro, y cuando llega lo hace con una cogorza como un piano de grande.

—Muy contento y chistoso vienes tú, ¿no? ¿Algo que sea digno de contar? —preguntó el muy cotilla, pero yo estaba deseando contárselo todo.

—Pues he estado con Carmen y con mi hermana toda la mañana. Fui al centro comercial, y me las encontré allí, mi padre está de viaje de trabajo. La niña me contó todas las perrerías que le hacía Patricia cuando estaban a solas, por eso ya no quería venir conmigo a ninguna parte —empecé a contarle, porque lo del coche ya lo sabía, y no me iba a repetir.

—Seguro que la tunanta te habrá sacado hasta los higadillos para que la recompenses, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, de todo le he comprado. Podría haberle dicho que no, ya sabes que no es de esos niños que patalean cuando se les niega algo, todo lo contrario. Ella lo pide, si cae, bien, si no cae, pues sigue con su vida como si no hubiera pronunciado palabra, pero me hacía ilusión ver su carita de felicidad. Su madre hoy la va a tener entretenida, y ella también, que tiene que montarle un tocador de maquillaje de madera, que es una cucada.

—Pero eso no es todo, porque, aunque estar con Nerea y Carmen es algo que te gusta, no traes esa cara como… no sé describirla… satisfacción, ¿quizás? —me conocía mejor que nadie, a pesar del tiempo que llevábamos separados, y tenía toda la razón.

—Es cierto, hay algo más. ¿Recuerdas la chica que te conté, la del atropello? Pues esta mañana la volví a ver, no veas la que tenía montada por la carretera, ella con su patinete por en medio de la carretera y todos los coches detrás, venga a pitar, y ella como la que escucha llover. Tuvimos unas palabritas…

—Vamos, que volvisteis a discutir, ¿no? —me interrumpió mi amigo, y yo asentí con la cabeza.

—Eso mismo, pero al final le di la razón como a los locos y continué mi camino. Al salir del centro comercial ya nevaba, y la vi en la parada del autobús. Ahora sé que hubiese llegado como una sopa, porque tendría que hacer trasbordo varias veces y, aun así, todavía le quedaría un trecho para llegar hasta su casa.

—¿Cómo qué ahora sabes eso? Que pasa, ¿la llevaste a su casa? —me preguntó sorprendido.

—Pues sí, paré el coche y le dije que se subiera, le costó aceptar, pero al final lo hizo. Sacó conclusiones precipitadas al verme de compras con Carmen y la niña, y no la saqué de su error, sino que contesté a sus preguntas con palabras ambiguas, dejando la intriga en el aire. La próxima vez que la vea, la invitaré a un café y le contaré la verdad. Esto me ha

servido para darme cuenta de que me gusta tanto como yo a ella, y no pienso dejar pasar la oportunidad —le conté a mi amigo, que lo mismo se reía que abría la boca, como queriendo decir algo, que al final no decía.

Comimos entre risas, que era lo normal estando con él. Me había venido de lujo la aparición de Héctor en estos momentos, porque volver a casa y verme solo, me habría costado una depresión y eso con él no me iba a pasar, seguro.

—Me voy a echar un rato, hemos quedado a las ocho en un restaurante italiano que está cerca de la zona de marcha, y no voy a aceptar que me digas que te quedas en casa —me dijo Héctor, antes de entrar en su habitación.

—Si hasta me he comprado un vaquero nuevo para estrenarlo, como te voy a decir que no. Yo también me voy a echar hasta la hora de vestirme, que no estoy acostumbrado a trasnochar y no quiero que a las doce me entre sueño y me tachéis de muermo —le contesté, entrando en el mío. Me puse un pantalón de algodón y una camiseta fina de manga larga, en el piso con la calefacción puesta se estaba estupendamente, el problema sería cuando tuviéramos que salir, porque no había dejado de nevar y el frío acuciaba bastante.

Casi sin darme cuenta, caí dormido y esa chica, Luna, acudía a mi mente de la manera más inconsciente, que era en sueños, algo me decía que la vería de nuevo y que sería muy pronto.

—Bello durmiente, ¿te despiertas ya o tengo que entrar a darte un besito para que lo hagas? —escuché a mi amigo mientras aporreaba la puerta de mi dormitorio.

—No seas más cabrón, en todo caso me lo tendría que dar mi amor verdadero, y ese todavía no ha llegado —le respondí, levantándome y dirigiéndome al baño, donde me daría una ducha. Antes de acostarme dejé todo preparado encima de la silla de mi dormitorio, así que no tardaría mucho en arreglarme.

—Que no ha llegado, dice. ¡Lo ha hecho y de manera atropellada! —gritaba en el pasillo mientras iba al baño de afuera. No os lo he contado, pero cuando hicimos la reforma, como mi dormitorio era tan grande, cogimos una parte de él e hicimos un baño en suite, que era lo que a la marquesa de mi ex le gustaba, reformando también el de fuera, que ella decía que era el de invitados, ni que fuéramos los Preysler, para matarla, vamos.

Entre risas, me metí en la ducha, y no tardé ni cinco minutos en salir, me vestí de manera informal, me puse el vaquero nuevo que me había comprado esa mañana y que, según mi hermana, me hacía un culo de competición, esa enana sabía demasiado. Lo combiné con una camisa blanca y las zapatillas del mismo color, me hubiese gustado ponerme unas botas, pero con los puntos en el dedo no podía ponerme ese tipo de calzado. Por suerte para mí, había parado de nevar, aunque el suelo todavía lucía blanco, con lo que deberíamos tener cuidado al transitar.

—Vamos, que al final llegaremos tarde —le dije a Héctor cuando salió al salón, donde yo llevaba un rato esperándolo, me puse mi abrigo de plumas largo y guardé en el bolsillo de los pantalones el móvil y la cartera.

—El taxi ya está abajo, me acaban de avisar por la aplicación, así que llegaremos a tiempo.

—¿Lo tenías pedido ya? —me extrañó que no me hubiese dicho nada.

—Sí, lo hice antes de meterme en la ducha, programando la recogida para las siete y media —me respondió, él también se había puesto un abrigo gordo, y es que esta noche el frío era demasiado intenso.

—Joder, vaya frío, tendría que haber cogido uno guantes, tengo las manos heladas —le dije a Héctor, que llevaba unos puestos, y sacó otros del bolsillo de su abrigo.

—Toma tarugo, los he cogido porque sabía que los ibas a necesitar. Si es que no se puede tener la cabeza en la atropelladora todo el día… Ya tengo ganas de conocerla, a ver si hay suerte y coincidimos pronto —me dijo y yo arqueé una ceja al mirarlo.

—¿La atropelladora? Le has puesto nombre de herramienta de jardín.

—Ostras, es verdad: “compre su atropelladora y llévese de regalo el casco y las rodilleras para su protección” —dijo, como si estuviera haciendo un anuncio, y hasta el conductor del taxi soltó una carcajada. Esperaba que la chica que había conocido tuviera el mismo sentido del humor que él, porque

como fuera de las que le molestan las bromas, tendrían menos futuro juntos que Dinio y Marujita.

Nos bajamos del taxi, y no sé si eran los nervios, por la sensación de que algo iba a ocurrir, o qué coño era, pero necesitaba ir al baño con urgencia, y así se lo dije a mi amigo.

—Ve pasando tú, que yo tengo que cambiarle el agua al canario —le dije, porque los aseos estaban a la entrada del local, de modo que los comensales no tuvieran que ver quien entraba y salía de ellos mientras comían.

—¿Quieres que te espere aquí y entramos juntos? —me preguntó, y es que él también estaba nervioso, y se le notaba. Su chica le dijo que acudirían también su madre y la nueva pareja de esta, a quien tampoco conocían, para hacerle más fácil al hombre la velada de presentación y que no se agobiara mucho.

—No es necesario, anda, ve entrando tú, que, seguro que todavía no han llegado, y pídeme una cervecita, que tengo la boca seca —le dije, y no tuvo más remedio que pasar a la zona de barra, que era la que venía a continuación, mientras yo entraba en el aseo.

Capítulo 13

Luna

Mi hermana estaba atacada de los nervios, tanto, que casi se saca un ojo al maquillarse de lo que le temblaba la mano.

—Quita, anda, trae aquí —le dije, quitándole el lápiz de la mano —. Como sigas maquillándote tú, vas a terminar cambiando tu puesto de administrativa por uno de pirata en el parque de atracciones.

—O un puestecito de la ONCE, que tampoco se gana mal —dijo Venus, que había venido hasta mi casa para salir de allí las tres juntas. Mi madre iría con Víctor, su pareja, que la recogería en casa, pero que no subiría, la avisaría cuando estuviera abajo.

Estábamos duchadas y maquilladas, ahora solo nos tocaba vestirnos, y con el frío que hacía, yo tenía claro lo que me iba a poner, por mucho que estas dos me protestaran. Había elegido para esa noche un pantalón pitillo negro, de esos que tienen pelitos por dentro, que yo soy muy friolera, aunque luego pasara calor mientras nos tomáramos una copa, y un jersey de

lana finito con el escote en V de color marfil, mis botas de tacón gordo negra y mi abrigo de plumas largo en marfil. Cogí también unos guantes, gorro no porque me había cogido una coleta alta, pero si tenía demasiado frío me pondría la capucha del abrigo, que me quedaba más holgada y no me despeinaría. A ellas dos parecía que no le importaba pasar frío, puesto que eligieron para esa noche un vestido y unas botas altas, con unas medias tupidas, por supuesto, y se pusieron un abrigo encima. Salimos de allí, en la aplicación del móvil nos había saltado un mensaje de que el taxi nos esperaba abajo, y nos dimos prisa por llegar.

—Mamá me ha dicho que la esperemos en la puerta, que está llegando —dijo mi hermana, pero yo no estaba dispuesta a pasar ese frío.

—Pues esperadla ustedes, que yo voy cogiendo sitio en la barra, porque como me quede aquí, las copas me las voy a tener que tomar en la sala de urgencias, y allí, como mucho, me van a dar un chupito de paracetamol —les dije, entrando.

Me puse en un lateral de la barra, y me pedí una cerveza. Yo era así de rara, podía estar tiritando de frío, pero mi cervecita no la perdonaba, cuando noté que alguien me hablaba al oído, en un susurro, y ponía sus manos en mi cintura.

—No sé cómo me gustas más, si con el pelo suelto o recogido. Y esos pantalones, umm, estoy deseando ver como quedan en el suelo de mi cuarto, aunque tengo que reconocer que te quedan de escándalo —me dijo el muy descarado. En condiciones normales, le habría montado un pollo,

pero como no quería que el novio de mi madre se llevara una mala impresión de mí, lo hice con toda la calma de la que fui capaz.

—De escándalo va a ser la ostia que te voy a pegar como no quites las manos de ahí y dejes de decirme obscenidades al oído —le respondí con una sonrisa y el chaval me miraba incrédulo, como extrañado. La verdad es que era guapísimo, con esos ojos negros y esos dientes tan blancos, tan perfectos, pero entonces una mirada y una sonrisa acudieron a mi mente, y no era ninguno de los que tenía delante.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, cogiendo a mi hermana por la cintura? —escuché la voz de Sol detrás del chico, y entonces lo entendí todo, me había confundido con ella.

—Pero… ¡No me habías dicho que erais gemelas! Coño, si estáis repetidas, como los cromos —soltó, y mi madre empezó a reírse por la confusión —Nena, esto se avisa, que a tu hermana le ha faltado poco para darme de ostias, que carácter…

—Uy, pero si te he contestado educadamente. Si no estuviera prevista la llegada del novio de mi madre, lo habría hecho a lo grande. Entonces a lo mejor tendrías que haber ido al dentista, pues se te habría saltado un empaste de la cachetada que te hubiese dado —le respondí sonriendo, mientras él me miraba totalmente sorprendido.

—Sí, doy fe de ello. No le has tenido que decir mucho, porque no tienes ni un rasguño —le dijo mi amiga Venus, que venía con mi hermana y mi

madre, Víctor estaba aparcando, pero dejó a mi madre en la puerta para que no pasara frío.

—Bueno, te voy a ir presentando a todas. Él es Héctor, el chico del que os he hablado, y ellas son, mi madre, María; mi hermana, Luna, y nuestra mejor amiga, Venus —le dijo mi hermana, y su cara iba pasando de la sorpresa a la risa, pero no quería hacerlo, estaba aguantando la carcajada como podía, y eso me hizo gracia, este tío me estaba cayendo muy bien.

—Nena, por lo que tú más quieras, dime que es una broma y que tu hermana y tu amiga no se llaman así —le decía él, que cuando mi hermana negó con la cabeza, haciéndole ver que era cierto, ya no pudo reprimir más la carcajada, haciendo que todos riéramos con él, porque tenía una risa que te contagiaba.

—No te preocupes, ya estamos acostumbradas al cachondeo. Las "planetarias" nos llamaban en el colegio, no te digo más —le contaba Venus, porque los demás no podíamos parar de reír.

—Señora, usted tuvo un gran sentido del humor eligiendo nombres para sus hijas, pero el destino le puso la puntilla con el nombre de su amiga. Por lo que más quiera, si su hija y yo tenemos una niña, no nos vaya a pedir que le pongamos de nombre Estrella —soltó entre risas, y mi madre se doblaba en dos, tanto nos reímos que tuvo que salir pitando al baño, se le salía el chorrito decía.

Nos estábamos tomando la cerveza en la barra cuando apareció la persona que menos esperaba y se me tuvo que notar en la cara, porque mi hermana

me miró expectante.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Venus, a la que no le había contado nada de lo del chico del atropello.

—No, nada, es que me ha parecido ver a alguien, pero creo que me he equivocado.

—No me digas que otra vez está Álvaro dando por culo, porque le ponemos una denuncia por acoso a la voz de ya —dijo mi hermana, y yo negué con la cabeza, no me había equivocado, era él, era Sebas, y venía en dirección a la barra, justo adonde estábamos nosotros.

—Imposible salir de allí, amigo, se quedó la puerta bloqueada y he tenido que esperar a que abriera alguien desde fuera. Por cierto, el móvil está para algo, que te he enviado diez mensajes y te he llamado tres veces —le dijo a Héctor. Esto tenía que ser una jugarreta del destino, el único hombre que me gustaba, y era el amigo del churri de mi hermana, y encima tenía pareja y una hija, para matarme.

—No sé si tirarme al tren o al maquinista —murmuré, pero mi hermana se enteró.

—¿Decías algo, hermanita? —me preguntó, ya había atado cabos de quien era, y tenía una sonrisa en la cara.

—¿Luna? —le preguntó Sebas a mi hermana, mirando con asombro como su amigo la tenía tomada por la cintura, a mí no me había visto, mi amiga

Venus estaba justo delante, impidiéndole la visión.

—No, yo soy Sol, Luna es ella, mi hermana gemela —me señaló, y su boca se abrió como la de los dibujitos animados, y todos soltamos otra carcajada.

—La madre que me parió, si me pinchan no sacan ni una gota de sangre. ¡Sois igualitas! —exclamaba sin poder creérselo todavía.

—Amigo, dímelo a mí, que casi me gano una buena ostia de la muchacha. Ahora que lo pienso… ¿No me digas que es…? — le decía Héctor, cuando lo interrumpió.

—La misma —dijo, y cuando se dio cuenta de los nombres reprimió una sonrisa.

—Ríe, ríe, que verás cuando te enteres del nombre de mi amiga… —le dije, y me miró con una cara interrogante —Venus, así se llama.

—Pues un nombre muy bonito, tanto como ella, yo soy Sebas —le dijo, y Héctor lo miró extrañado. No os puedo decir que estaba pasando, pero estos dos se traían algo entre manos —y le dio dos besos, al igual que a mi hermana. A mí me dejó para la última, y se demoró más de la cuenta, para terminar, diciéndome en el oído y con un susurro, que la más bonita de todas era yo, sobre todo cuando lucía una sonrisa como la de antes. Me puso de lo más nerviosa, pero no pude aguantar mi lengua, no soportaba a los tíos que se pensaban que las mujeres éramos como pañuelos de usar y tirar, y

este era uno de ellos, su pareja en casa con la niña y él ligando con todo lo que se le cruzara.

—No creo que a tu pareja le haga mucha gracia saber que vas por ahí ligando con todas la que te cruzas, mientras ella está en casa con la niña, y no me lo vayas a negar, que te vi ayer con las dos en el centro comercial —le dije, cuando en ese momento llegó mi madre.

—La leche, el del atropello. ¿Qué hace él aquí? ¿No decías que tenía pareja y familia? — preguntó mi madre, y supe que se había dado cuenta de que habíamos estado hablando de él, no encontré ningún agujero en el que meterme.

—Buenas noches, señora, soy Sebas —le dijo, y se acercó a darle dos besos.

—Ya he podido aparcar, buenas noches… ¿Sebas? —le preguntó el novio de mi madre.

—¿Señor Echevarría, que hace usted aquí? —le contestó el otro, que se conocían, eso era seguro, ya solo faltaba que fuera el suegro, porque mi madre nos había dicho que era viudo, pero no nos habló nada de hijos.

—¿Os conocéis? —preguntó mi madre.

—Claro, y vosotros dos también —le contestó su novio —. Y no me llames así, hijo, soy Víctor, que estamos fuera del trabajo. María, él es Sebastián Camacho, uno de los redactores del periódico, el que tú siempre

dices que no hay otra mesa como la de él, siempre ordenada y con todo colocado en su sitio.

—La leche, es verdad, aunque en persona no lo conocía, no he coincidido con él en todo este tiempo.

—¿Usted es María, la señora que se ocupa de la limpieza del periódico? —le preguntó Sebas y ella asintió con la cabeza —Pues entonces déjeme darle las gracias por todos esos detalles que ha tenido conmigo, esos caramelos están de vicio, me tiene que decir donde los compra, porque no los encuentro por ningún sitio.

—Deja el usted para las personas mayores, y eso también va para ti —le dijo mi madre a Héctor, que asentía con la cabeza, con una sonrisa y sin soltar a mi hermana, estos dos se habían enamorado, ojalá yo hubiera tenido la misma suerte.

—Sí, sí, todo lo que queráis, pero él está aquí pasteleando y su mujer y su hija en su casa —solté, necesitaba desenmascararlo cuanto antes.

—Ni tengo mujer ni tengo hija, por lo menos que yo sepa, y sería imposible que saliera algo así por ahí, porque he estado con la misma pareja desde que empecé la universidad hasta hace tan solo unos días, en que me dejó para irse con su jefe. Las que viste esta mañana conmigo son la mujer de mi padre y mi hermana pequeña, Nerea. Sé que nuestra manera de pasear puede llevar a confusión, pero es una costumbre que tengo desde que crecí y me puse más alto que ella. Para mí es como una hermana mayor, y como ni a ella, ni a mi padre, les molesta que la agarre así, lo seguiré haciendo, le

pese a quien le pese —habló con total rotundidad, y entonces mi madre me lanzó una mirada incendiaria.

Capítulo 14

Sebas

Hablé con toda la rotundidad que pude, porque quería que le quedara claro que, en caso de empezar algo con ella, no iba a cambiar mis costumbres. Lo hice una vez por culpa de una mujer, esa que me alejó de ella y de la niña, y no lo iba a volver a consentir.

—Doy fe de ello, Sebas es un hombre de los pies a la cabeza —dijo Víctor, que me tenía como si fuera un hijo, y al que yo apreciaba muchísimo.

—Pueden pasar a la mesa —dijo en ese momento uno de los jefes de sala del restaurante, y así lo hicimos.

—Hija, como siempre, sacando conclusiones precipitadas. Si el destino no lo hubiera puesto hoy en tu camino, como lo ha hecho, habrías perdido la oportunidad de vivir un amor de verdad, como el que tiene tu hermana y como el que estoy viviendo yo. Cualquier día, esa manía tuya te va a costar un buen disgusto —le dijo su madre susurrando, pero yo tenía un oído muy

fino, y esas palabras hicieron que me saliera una sonrisa, no iba a perder la oportunidad de tenerla entre mis brazos, no ahora que sabía que el sentimiento era mutuo.

Pasamos la cena entre risas y anécdotas, sobre todo de Héctor, que tenía cada cosa que te tenías que tirar al suelo. En un momento dado, Víctor me comentó que se jubilaba, y que había hablado con un amigo suyo de otro periódico deportivo para que me hiciera una entrevista, porque había escuchado decir a Rafa que su suegro, en cuanto que mi jefe estuviera fuera de allí, me iba a poner de patitas en la calle, y no queda igual en un currículo que tú te has marchado a que te han despedido.

—Joder con la atropelladora, como traga, es un pocito sin fondo. ¿Dónde lo hechas, hija mía? —dijo Héctor sin darse cuenta de como la había llamado.

—Héctor… —lo reprendí, y se dio cuenta, pero tarde.

—¿Cómo me has llamado? —le preguntó ella, en un tono que no sabría decir si era divertido, enfadado o una mezcla de ambos.

—Lo siento, cuñadita, pero todo tiene una explicación. Como no sabíamos tu nombre y lo habías atropellado, pues te bauticé así, pero no con mala intención, te lo prometo —se justificaba el otro, bastante apurado, cuando María soltó una carcajada, a la que le seguimos todos, incluida Luna.

—Mira que me han puesto motes a lo largo de mi vida, pero como ese, ninguno. La atropelladora… La madre que lo parió, que a gusto se quedó la mujer —decía ella entre risas.

—Chicas, nosotros nos marchamos ya. Esta noche no duermo en casa y probablemente, mañana tampoco aparezca hasta por la tarde, os lo digo para que no os preocupéis por mí, disfrutad mucho de la noche —les dijo María a sus hijas, guiñándoles un ojo, cuando salíamos del restaurante.

—Perfecto, mamá, así no tendremos que irnos a un hotel —respondió su hermana, alzando ambas cejas a la vez que miraba a Héctor.

—Yo no creo que tardemos mucho tampoco en irnos, tenemos que aprovechar la casa de la suegra —dijo mi amigo, mientras sonreía a su chica.

Entramos en una de las discotecas a las que solíamos ir, y buscamos el reservado de siempre, ese que casi siempre estaba vacío porque desde allí no se escuchaba bien la música, pero que a nosotros nos encantaba por ese mismo motivo, porque podías hablar sin tener la necesidad de gritar.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó la chica que se encargaba de los reservados, y que no me quitaba el ojo de encima, le ocurría desde el primer día que fui, por mucho que mi amigo le decía que no estaba disponible, ella no cejaba en su empeño —Se lo digo a las chicas, porque a vosotros tengo claro lo que poneros —lo dijo con doble sentido y vi como Luna se tensaba.

—Te equivocas, porque a mí me vas a poner una cerveza —le dije, en un tono que no dejaba margen de error, me había molestado y así se lo hice saber con la manera de hablarle. Los demás pidieron lo suyo, excepto Venus, que vio al chico que le gustaba y se acercó a saludarlo.

—Mira, has ligado —me dijo Luna con una falsa sonrisa.

—¿Sí? ¿Ya te has decidido a hacerme caso? —le pregunté, pero muy cerca, casi podía sentir el aliento de su boca, y tuve que hacer un esfuerzo enorme por no lanzarme a sus labios, esos que me estaban llamando a voces.

—Yo… lo decía por la camarera —me contestó igual de aturdida que yo, y entonces ya no pude ni quise resistirme, y la besé.

Lo que empezó como un leve roce de labios, se convirtió en un beso más profundo en cuanto que vi que ella me correspondía. Tracé el contorno de su boca con mi lengua, y noté como soltaba un gemido y me daba acceso a su interior, donde nuestras lenguas entraron en un intenso combate, a ver cuál de las dos podía más. Nos separamos cuando ya nos faltaba el aire, con la respiración entrecortada, pero tenía claro que esto no se iba a quedar ahí. Quería más, y no me refiero solo a sexo, sino a conocerla mejor, a que nos diera la oportunidad de empezar algo. Mi madre me diría que no salía de una cuando entraba en otra, que no sabía vivir solo, pero nada más lejos de la realidad. Ahora me doy cuenta de que lo mío con Patricia debería de haber terminado mucho antes, y que lo tenía que haber cortado yo, pero eso es algo que se ve con la perspectiva de los días, desde fuera, no mientras que estás inmerso en la relación.

Llegó la camarera, de la que ni siquiera sabía el nombre, con una cara que le llegaba al suelo, dejando las bebidas encima de la mesa, de muy malas ganas, pero el que estuviera en ese estado era problema suyo, y para dejarle las cosas todavía más claras, tomé la cara de Luna entre mis manos y la besé, un beso que ella correspondió con una sonrisa.

Salió con tanta mala leche del reservado, que no vio a Adrián, que venía a saludarnos, dándole al pobre con toda la bandeja en la cara.

—¡Penalti y expulsión! —gritó Héctor, cuando vio lo que le había sucedido a mi compañero, que también era amigo suyo.

—¿Estás bien? —le preguntamos entre risas, porque había que ver la secuencia entera, sobre todo la cara de Adrián, que no se lo esperaba, para nada.

—La leche que me ha dado la tía, por poco no me rompe la nariz —dijo, tocándose el puente con sus dedos —. Y tú, cabrón, ya te podías haber guardado el comentario, que por poco no me ahogo entre el golpe y la carcajada que me ha dado.

Luna no podía ni hablar, doblada de la risa en el sillón del reservado, mientras su hermana, con los ojos abiertos como un búho, reprendía a su chico por el comentario que había hecho.

—El golpe que no me habrá dado la tía esa, que estoy empezando a ver doble —dijo fijando su mirada en el lugar en el que estaban sentadas las dos

gemelas, una al lado de otra, muy serio, y entonces ya sí que nos tiramos al suelo.

—No ves doble, no te preocupes, somos gemelas —dijo Sol, sin entender la ironía de mi amigo, y más nos reíamos.

—Mi amor, no lo ha dicho en serio, ¿no ves que ni siquiera estáis peinada iguales? Me encanta tu inocencia en determinados aspectos de la vida —le decía Héctor a su chica, mientras que los demás no podíamos parar de reír.

Cuando nos tranquilizamos un poco, le presentamos a las chicas, y se quedó alucinando con sus nombres, nosotros ya nos habíamos acostumbrado. El dueño de la discoteca, al ver lo que había pasado, vino a disculparse con nosotros, invitándonos a una copa, pero excepto Adrián, que no tuvo reparos en aceptarla, los demás declinamos la invitación, queríamos marcharnos pronto, y todavía teníamos la que habíamos pedido al llegar.

Nuestro amigo se despidió de nosotros, bajando a la pista de nuevo, donde se encontraba el grupo con el que había venido esta noche, y nosotros también nos levantamos para marcharnos.

—Le he enviado un mensaje a Venus, porque por mucho que la busco, no la veo —dijo Sol a su hermana.

—Yo también la he estado buscando, pero ya sabes como es, seguro que se ha encontrado a alguien y está por ahí, charlando —le respondió Luna.

—Bueno chicos, nosotros nos marchamos ya, que tenemos que aprovechar que la suegra no está en casa y la tenemos para nosotros solos. Si ves que no llego, es que sigo disfrutando de las mieles del amor —me dijo Héctor.

—¿Y yo dónde paso la noche? Búscate un hotel, chico, que yo también vivo allí —le dijo Luna, y la miré con una ceja arqueada, si pensaba que se iba a librar de mí, lo llevaba claro.

—Deja que los chavales disfruten, tú te vienes a mi casa y pasas la noche conmigo. Si no quieres que pase nada, te aseguro que no pasará, pero me parece que lo estás deseando en la misma medida que yo —le dije, esta última parte muy bajito, solo para nosotros dos, y se puso nerviosa.

—Mañana nos vemos, amigo. Si nos despertamos temprano, nos vamos para tu casa y llevamos pastelitos para merendar —dijo Héctor, montándose en un taxi, nosotros decidimos ir dando un paseo, puesto que mi casa no estaba demasiado lejos, y quisimos aprovechar que había dejado de nevar hacía un buen rato, pero las calles seguían con ese manto blanco que era digno de admirar.

La cogí de la cintura, para que no resbalara le dije, pero en realidad lo que quería era tenerla tan cerca como pudiera, y ella no solo no puso objeción, sino que se agarró con su otro brazo a mi cintura.

Al llegar al ascensor de mi casa, ya no pude aguantar más, y la aprisioné, dejándola entre el espejo y mi cuerpo, besándola como si no hubiera un mañana, con ansia, con hambre, con pasión, al que ella me correspondió de

la misma manera. Salimos de él de la misma manera, enganchados el uno al otro, hasta que escuchamos un leve carraspeo, cuando escuché esa voz, no me lo podía creer…

—Buenas noches, vecino. Escuché ruidos y, como no podía dormir, he salido a ver que era lo que estaba ocurriendo —dijo la señora Pepa. ¿Esa mujer no dormía nunca? Que bien acertó Héctor cuando le puso de mote, "la cámara de vigilancia". Si algo pasaba en el bloque, ella lo sabía incluso antes de salir de su casa.

—Buenas noches, señora Pepa. Acuéstese ya, que es muy tarde y usted ya tiene una edad —le respondí, y me miró con una cara digna de fotografiar.

—Yo siempre me levanto temprano, y hago un poco de gimnasia, aunque para gimnasia la que vais a hacer vosotros ahora —soltó y a Luna le salió una carcajada.

—Eso será si usted nos deja, señora —le contestó mi chica, que me quitó las llaves de las manos y abrió la puerta.

—Que le vaya bien, señora Pepa, me parece que tengo cosas mejores que hacer que charlar con usted —le dije entrando en mi casa, donde ya Luna se había quitado el chaquetón y las botas, y no tardé en hacer lo mismo que ella.

—Quien fuera joven, que alegría, si a mí me hubiera cogido esta época, iba a ser más puta que las gallinas... —la escuchamos que relataba fuera, y nos salió una risa profunda por su comentario.

Capítulo 15

Luna

—Perdón por la intromisión de mi vecina, como has podido comprobar, es bastante peculiar —se disculpó Sebas, mientras cerraba la puerta, yo ya estaba en el salón, me había quitado el abrigo y las botas, no había una sensación que me gustara más que sentir el suelo en la planta de mis pies.

—¿Por dónde íbamos? —le pregunté, con una mirada pícara que él supo interpretar a la perfección.

Me jaló del brazo, para pegarme a él, y se lanzó a mi boca, al igual que yo me lancé a la suya. Nos devorábamos con pasión. Llevé mis manos a su torso, e intenté desabrocharle los botones, ni cuenta me había dado que era un adorno, y que la camisa se cerraba con broches, así que cogió los dos bajos de la camisa y, con un fuerte tirón, se abrió entera, la saqué de sus brazos y la tiré al suelo, al igual que hizo Sebas con mi jersey.

Poco a poco fuimos hasta su dormitorio, en cuya cama me tumbó, para empezar un tour de besos por mi cuerpo. El primero fue en la boca, dulce y

apasionado a la misma vez, para luego seguir por mi mandíbula, el lóbulo de mi oreja, el cuello, hasta llegar a mi pecho, donde con una maestría increíble, se deshizo de mi sujetador.

—Eres una diosa, Luna, en mi vida hubiese imaginado tener entre mis brazos a una mujer como tú —me dijo en un derroche de pasión, para después enredarse en mis pechos como si hubiesen sido el mayor de los manjares.

Los lamió, succionó y mordió a su antojo, poniéndome taquicárdica perdida. Si llegó a saber que este hombre era así, lo habría buscado para atropellarlo antes, ese pensamiento trajo consigo una sonrisa a mis labios, de la que Sebas se dio cuenta, y no dudó en preguntar su motivo.

—¿Y esa sonrisa? ¿A qué se debe?

—A que, si llego a saber que eras así, te hubiese buscado yo misma para atropellarte antes —le dije, tal y como lo sentía, y una carcajada salió de su boca, pero no se detuvo, siguió con su labor de hacerme estremecer.

Cuando se cansó de mis pechos, fue bajando hasta mi ombligo, donde también estuvo un rato, introduciendo su lengua en el pequeño orificio de este, hasta que llegó al botón y el cierre del pantalón.

—Este puto pantalón, me ha tenido duro toda la noche. ¡Qué ganas tengo de deshacerme de él! —exclamó, abriendo el cierre y sacándolo de mis piernas de un tirón, llevándose con él también la braguita.

Sí, he dicho braguita, porque yo no era de usar tangas, me resultaba una prenda bastante incómoda y, aunque pudiesen parecer que eran anti morbo, hay bragas muy sexys y bonitas, como el conjunto que yo llevaba esta noche, que era de encaje negro.

Se quedó mirándome, en completa desnudez, admirando mi cuerpo de arriba abajo, cuando cogió una de mis piernas y la lamió desde el tobillo hasta el muslo, para proseguir con la otra.

—Sebas, no puedo más —le dije suplicante, él me miró con una sonrisa, y volvió a besarme el interior de los muslos, hasta llegar a mi sexo.

Con una lamida lo recorrió entero, poniéndome la piel de gallina, esa piel que ya estaba perlada de una fina capa de sudor. La calefacción sumada a lo que yo sentía en ese momento, era la causante de ello. Después de esa primera toma de contacto, su lengua se enredó en mi clítoris, ese que chupó, mordió y succionó, volviéndome loca de placer, mientras que con sus dedos se dedicaba a retorcer mis pezones. ¿Si os digo que me corrí con un grito me creeríais? Porque fue así, en mi vida me había pasado algo así, os lo prometo.

—¿Mejor, ya? —me preguntó, pero a mí me faltaba el aliento y solo pude contestar con un gesto de la cabeza.

Volvió de nuevo a mi boca, pero en mi vientre pude notar la dureza de su miembro, y entonces decidí que era mi turno. Con gran destreza, le di la vuelta, quedándome encima, e hice lo mismo que él, me dediqué a explorar su cuerpo con mi boca y con mi lengua.

—Ahora es mi turno —le susurré al oído, y esta vez fue su piel la que se estremeció.

—Soy todo tuyo, haz conmigo lo que quieras —esas simples palabras me volvieron loca, y empecé a bajar con mi lengua por su pecho.

Lamí esa tableta de chocolate que tenía, porque su cuerpo parecía esculpido por el mejor de los escultores, ya no solo eran sus ojos los que me habían cautivado, sino también su cuerpo y su manera de ser.

Cuando llegué al botón de su pantalón vaquero, lo abrí, y lo bajé despacio, muy lentamente, dejando un reguero de besos por sus piernas, hasta quitarlo y lanzarlo al suelo, junto con el bóxer, haciendo que su duro miembro saltara ante mí. No me pude resistir, y lo recorrí con mi lengua desde la base hasta la punta, donde con mi lengua recogí una gota de líquido preseminal, que me supo a gloria, era dulce, a la vez que picante, supe en ese instante que su sabor se convertiría en mi preferido, ojalá y esto no se quedara en algo de una noche, porque yo quería más, lo quería todo con él, pero ahora no era el momento de pensar en nada más que en disfrutar de su cuerpo y él del mío.

—Joder, Luna, me vas a matar de placer —me dijo mientras yo engullía su miembro con mi boca, dándole toda clase de placer con mi lengua.

Cuando me harté de chupar, y viendo que iba a terminar antes de empezar, decidí dejar el sexo oral para otro momento, ahora lo quería dentro, lo necesitaba, más bien. Así que, sin más dilación, cogí uno de los

preservativos que había dejado encima de la cama, se lo puse y me puse a horcajadas encima de él, donde muy despacio y con mucha calma, me lo fui introduciendo, a mitad del camino, terminó de entrar en mí con un fuerte empellón, que me hizo gritar de placer.

Durante un buen rato estuvimos en esa posición, donde alcancé otro orgasmo épico, que también grité hasta desgañitarme la garganta. Cuando me corrí, salió de mí y me hizo ponerme de rodillas en la cama, con los codos apoyados en la almohada, y desde atrás me poseyó de nuevo, con ímpetu, con ganas, mientras me decía cosas al oído, palabras que ni siquiera podía escuchar, de tan nublado que tenía el sentido por el placer que estaba sintiendo.

Viendo que él ya estaba a punto, llevó sus dedos a mi botón del placer, con los que se dedicó a hacer círculos, con el único fin de que alcanzáramos los clímax juntos. Y lo consiguió, vaya si lo consiguió, con un grito conjunto liberamos todo el placer que habíamos acumulado, cayendo desmadejados en la cama.

—Ha sido… No tengo palabras para describirlo, te lo prometo —me dijo, mientras me dejaba un beso en los labios.

—Yo tampoco encuentro las palabras, solo puedo decirte que, en toda mi vida, he llegado tres veces, una y con suerte —le contesté, y empezó a reírse.

—Entonces he cumplido con mi cometido, que no era otro que el que pudieras disfrutar al máximo, pero esto no ha hecho nada más que empezar,

tenemos mucho tiempo por delante —me dijo, levantándose y tomando mi mano para que lo hiciera con él —. Ahora, vamos a la ducha para poder descansar un ratito a gusto.

Entramos en su baño privado, y me cautivó, no me había dado tiempo de ver casi nada de la casa, solo algo del salón y el pasillo hasta su dormitorio, pero me constaba que estaba puesto con un gusto exquisito.

Una vez en la ducha, se dedicó a lavarme el pelo, y a enjabonarme con sus propias manos, y eso me encendió de nuevo. Supongo que se daría cuenta por mis gemidos, porque él también se endureció de momento. Como fui más lista que él, cogí un preservativo de los de la cama y lo puse en la estantería de los geles, así que lo rompí con mi boca, para que lo viera, y se lo puse.

—Eres una cajita de sorpresas —me dijo, con una sonrisa entre pícara y sorprendida.

—Hazme tuya una vez más, por favor —le dije suplicante.

—Y sin favor, también —fue su respuesta, cogiéndome por el trasero, ese que amasó a su gusto, al igual que yo el suyo, que estaba duro como una piedra, levantándome en peso y haciendo que enroscara mis piernas en su cintura, en esta postura me penetró, mientras su boca iba directa a mis pechos, esos que, al parecer, lo volvían loco, y lo volvimos a hacer.

Esta vez fue rápido, fuerte y duro, pero de la misma manera que antes, llegamos a la cúspide del placer gritando, los dos, mientras que nos

mirábamos a los ojos. Dicen que hay miradas que dicen más que mil palabras, ¿verdad? Pues os aseguro que esta fue una de ellas.

Me secó con todo el mimo del mundo, como si me fuera a romper, mientras que él se ponía una toalla en la cintura y las gotas de agua resbalaban por su torso.

—No me mires así, porque no vamos a descansar en toda la noche —me dijo, y es que no podía mirarlo de otra forma que no fuera con ese deseo y esa admiración que le tenía.

—¿Te he dicho que quiera descansar? —y esas fueron las palabras que sirvieron como pistoletazo de salida, poniendo su miembro como el mármol de duro.

Me agaché, poniéndome de rodillas, y tomé su miembro en la boca, esta vez no iba a dejar pasar la oportunidad de saborearlo en su totalidad, hasta que llegara al final no pensaba apartarlo de mi interior.

—Si no paras, esto va a terminar ya y no me voy a poder controlar —me decía mientras que se apoyaba en la encimera del lavabo, apretándola hasta dejar los nudillos blancos, pero no paré, todo lo contrario, aceleré mis movimientos hasta que se derramó dentro de mí, mientras que yo me tocaba para él, y volvimos a alcanzar el orgasmo juntos. En mi vida me había pasado algo así con un hombre, y eso me tenía desconcertada.

—No sé qué me has hecho, pero no puedo dejar de pensar en ti —me dijo mientras me levantaba para apoderarse de mi boca. Cogió el pico de su

toalla, pasándola por debajo del grifo, para de ese modo, limpiarnos a los dos.

Me cogió de la mano y me llevó hasta su cama, donde nos metimos al cobijo y el calor de su cobertera, dejó un breve beso en mis labios y me recostó sobre su pecho, y en esa postura nos quedamos dormidos.

Dormí como no lo había hecho anteriormente, completamente relajada y con una sonrisa en los labios, la misma que lucía Sebas, y que era señal inequívoca de que nos sentíamos plenos, satisfechos, y no quería que esto se quedara aquí, no quería que fuera algo ocasional, y con el pensamiento de decírselo en cuanto que nos despertáramos, me quedé dormida de nuevo.

Cuando abrí los ojos, me lo encontré mirándome, con la sonrisa más bonita que había visto nunca, y que me sacó otra a mí.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto, ahí mirándome? —le pregunté con curiosidad.

—Un buen rato, estabas tan bonita que no quería molestarte, ¿te ha incomodado? —me preguntó y negué con la cabeza, este era el momento de dejar las cosas claras, no quería ilusionarme y enamorarme más de lo que lo estaba ya para que luego me dijera que la cosa se quedaba aquí.

—Sebas, tengo que preguntarte algo —empecé a hablar con miedo.

—Tú dirás —me preguntó e hizo un gesto temeroso de lo que venía a continuación.

—¿Qué somos? ¿Qué va a pasar a partir de ahora? —pregunté, y sentí como su rostro se relajaba.

Capítulo 16

Sebas

Os juro por lo más sagrado que cuando me hizo esa pregunta pude soltar todo el aire que no sabía que tenía retenido, porque pensaba que me iba a decir que se acababa aquí, y eso no era lo que yo quería.

—Somos lo que tú quieras que seamos, pero si te soy sincero, me gustaría que me dijeras que, para ti, somos una pareja. Nos estamos conociendo, es verdad, pero no sé cómo, ni cuando, ni de qué manera, pero me he enamorado de ti, Luna. A partir de ahora, sí por mi fuera, te querría en mi vida todos los días, conociéndonos mejor y actuando como cualquier otra pareja. Lo quiero todo contigo, aunque sé que la última palabra la tienes tú —le dije, y noté como por sus mejillas resbalaban unas lágrimas que no creí que vería en mi vida. Era una mujer fuerte, lo sabía, pero también tenía sus momentos de debilidad, como cualquier otra persona, aunque ella quisiera esconderlos.

—Yo también quiero lo mismo, Sebas, pero tengo miedo, mucho miedo, a enamorarme de ti más de lo que estoy, y que luego todo resulte un sueño,

que te canses de mí, y me des la patada. Entiendo que tengo un carácter muy complicado, soy todo lo contrario a mi hermana, y es muy difícil tratarme —me dijo, y me partió el alma.

—Y, precisamente por eso, me he enamorado de ti. Porque ese carácter que tienes me puso como una moto desde la primera discusión que tuvimos. Si fueras igual que tu hermana no me gustarías, porque me gustas tú, no ella. Porque ese carácter te hace ser la mujer que eres, fuerte, luchadora y que no se amilana ante nada. Todos tenemos nuestras particularidades, Luna, nadie es perfecto, por mucho que idealicemos a la otra persona, y contigo, tenía muy claro a lo que me enfrentaba desde el primer momento. Danos la oportunidad de conocernos, de intentar ser felices el uno con el otro, no nos lo niegues, por favor. No sabría que hacer sin ti, te lo prometo —le dije muy serio, pero a la vez muy amoroso, mientras que retiraba esas lágrimas de su rostro con mis besos.

—Quiero intentarlo, Sebas, por una vez, quiero ser feliz, quiero sentirme amada y poder amar sin límites, sin reservas, tener eso que tienen ahora mi madre y mi hermana —me dijo, y me lancé a su boca, cuando escuché voces en el salón.

—Me cago en la madre que parió a tu hermana y a mi amigo, no tenían otra hora a la que venir, tenía que ser ahora, cortándonos todo el rollo —dije en voz alta, para que me escucharan, y mis palabras nos devolvieron más de una carcajada. ¿Quiénes estaban ahí, en el salón de mi casa?

—Será mejor que nos vistamos y salgamos, porque parece ser que hay más gente —dijo Luna, cuando escuchamos la voz de su madre detrás de la

puerta del dormitorio. Por suerte, tenía la costumbre de cerrarla al entrar, aunque estuviera solo, o nos habría encontrado desnudos en la cama y conmigo encima de su hija.

—Tomaros vuestro tiempo, no hay prisas. Luna, hija, te he traído una bolsa con ropa, para que no tengas que usar la misma de ayer, la dejo colgada en el picaporte de la puerta —dijo, marchándose de allí, y dejándonos a los dos con una cara de bobos impresionante.

Nos levantamos, quitando las sábanas de la cama, que dejamos en el baño, en la cesta de la ropa sucia, y nos vestimos. Yo me puse un pantalón de algodón y una camiseta de manga larga finita, vamos la ropa que solía utilizar para estar en casa. A Luna, su madre, le había traído unos leggins y una camiseta muy parecida a la mía, que, según ella, era su ropa de trajín, aparte de unos calcetines gordos que hacían las veces de zapatillas. Nos lavamos la cara y los dientes, ella con su dedo, y nos dispusimos para salir al salón, donde ya estaban todos esperándonos. En mi mente tenía una lista de cosas que tenía que comprar para cuando Luna se decidiera a venirse a mi casa.

—¿Qué hora es y que hacéis todos aquí reunidos? —verbalizó mi chica, lo que se me había pasado a mí por la mente.

—Son las cuatro menos cuarto de la tarde, hora de almorzar, y por eso hemos traído pescadito frito y varias cosas más para picar y comer. Y en cuanto a que hacemos aquí, es porque tengo que hablar con vosotras, y como no lo voy a repetir dos veces, y sabía que tu hermana venía para acá, pues nos hemos acoplado. Espero que no os haya importado, sobre todo a ti,

Sebas, que es tu casa —decía mi futura suegra, cuando Víctor la interrumpió.

—Aunque le hayamos cortado el rollo —dijo, y todos empezamos a reírnos. Esta familia me encantaba y estaba deseando que mi madre y mi abuela se unieran a ella, así como mi familia paterna, me daba a mí que la enana iba a ser el muñeco de todos ellos.

—Para nada me ha molestado, todo lo contrario. Pero, si os parece bien, vamos a comer primero y luego hablamos, que tengo un hambre que me muero —le dije a todos, y asintieron con la cabeza, estaban deseando hincarle el diente a los manjares que había traído María.

—Cuñado, una pregunta —dijo Sol, mientras estábamos comiendo.

—Dime.

—¿Cómo se ha despertado? Quiero decir, ¿estaba de mal humor y soltando sapos y culebras por la boca? Mi hermana, digo.

—No, se ha levantado muy bien, ¿por qué? —le dije intrigado, y entonces su madre levantó los brazos en señal de victoria.

—Te lo dije, lo que necesitaba era un buen meneo, me debes cincuenta pavos —hablo María, y Luna la miró con los ojos abiertos como platos.

—No me lo puedo creer, ¿habíais apostado? —dijo exaltada, pero una pizca de diversión asomaba a sus ojos.

—Anoche, Sol decía que ese era tu carácter y que nada iba a poder cambiarlo, que desde que tenía uso de razón, habías sido así. Y yo, le decía que no, que lo que necesitabas era un buen polvo que te quitara las telarañas y que te hiciera sentir viva, y a la vista está que tenía razón —dijo, alargando la mano hasta su hija Sol, que ya sacaba la cartera para darle los cincuenta euros que había perdido.

—Pues nada, enhorabuena, mamá. Al parecer me conoces mejor que yo misma, y gracias por tenerme en tan alta estima, hermanita —dijo Luna, sonriendo.

—Las gracias se las tenemos que dar nosotros a Sebas, que tiene que ser un portento, porque te ha cambiado hasta el semblante —le dijo Sol a su hermana, haciendo que me sonrojara con tal comentario.

—Estarás tú quejosa conmigo, vamos —dijo Héctor, fingiendo indignación, y todos nos partíamos de la risa cuando vimos que ella quería hacerle carantoñas y él las esquivaba de broma, diciéndole que no, que ahora no intentara enmendar lo que había hecho.

Nunca había visto a Víctor tan contento ni tan relajado, esta mujer le estaba haciendo mucho bien, en realidad se lo estaban haciendo el uno al otro, y todos nos estábamos dando cuenta.

Después de comer, nos fuimos todos al sofá del salón, dejando en la mesita baja que había frente al televisor una bandeja con café para todos, así como con unas pastas que había comprado Héctor el día anterior, y es que él decía que no podía tomar café sin unas pastas o unas galletas. Estando todos ya acomodados, la madre de Luna se levantó, dispuesta a hablar con nosotros.

—Víctor me ha pedido que me vaya a vivir con él, y no me lo he pensado siquiera cuando le he dicho que sí. Llevo mucho tiempo buscando a un hombre así, y ahora que lo tengo, no pienso dejarlo escapar —dijo ella, acudiendo a la llamada que le había hecho su novio, para que se sentara en su regazo, dándole un breve beso en los labios.

—Si eso es así —empecé a hablar, temeroso de lo que me iba a contestar Luna, pero yo tampoco quería dejar pasar mi oportunidad —, Sol se podría quedar en el piso con Héctor y Luna venir a vivir conmigo. Como tú has dicho antes, María, y a pesar de que vamos a empezar la casa por el tejado, yo tampoco quiero perder la oportunidad.

Miré a mi chica, sí, porque ya la consideraba así, y vi en sus ojos una mezcla de miedo y desconcierto, pero le apreté fuerte la mano, esa que tenía cogida desde que nos sentamos en ese sofá, esperando que su respuesta fuera afirmativa.

—Hermanita, sé lo que pasa ahora mismo por tu cabeza, esos nueve meses juntas en el vientre de mamá dan para mucho, y te conozco tan bien como tú me conoces a mí. Nosotros estamos juntos tan solo desde un día antes que vosotros, y yo no me lo voy a pensar, si Héctor está de acuerdo, al

igual que han dicho ellos, no quiero ni puedo dejar pasar la oportunidad de ser feliz —le dijo Sol a mi chica, que la miraba con los ojos aguados.

—Pero no es lo mismo, somos muy distintas. Tengo miedo de que mi carácter le haga ver que no soy la persona que necesita en su vida, que tras un tiempo conviviendo, se dé cuenta de que somos incompatibles y verme en la calle, con una mano delante y otra detrás —le dijo llorando, y entonces no tuve más remedio que intervenir.

—Escúchame, mírame a los ojos —le dije, mientras que quitaba sus manos de su rostro, y levantaba su barbilla para que me mirara —, eso no va a pasar, nunca, ¿me entiendes? Me he enamorado de ti, con tu carácter, con tus imperfecciones, porque yo también las tengo y tú te has enamorado de ellas. Como te dije esta mañana, danos la oportunidad de ser felices.

—Además, hija, en caso de que la cosa no salga bien, que lo dudo, porque no hay más que ver como te mira este hombre, las puertas de nuestra casa siempre estarán abiertas, y lo digo sin haber hablado antes con Víctor, porque sé que él opina igual que yo —dijo María, tomando las manos de su hija.

—Sin dudarlo, Luna, para mí ya sois como mis hijas, y a Sebas le tengo también un gran cariño —dijo Víctor, pero Héctor tuvo que poner la puntilla.

—Venga ya, está claro quién es el yerno favorito. Entre que mi novia dice que tiene que ser un portento, el suegro que le tiene cariño al muchacho… Héctor, vete a cagar al monte, que aquí no te quiere nadie —soltó, haciendo

como el que lloraba de rabia, y todos, incluida Luna, rompimos en una carcajada.

—Eres único para destensar el ambiente, cuñado —le dijo Luna, que seguía llorando, pero de la risa.

—Bueno qué, ¿tenemos claro ya cada uno nuestro sitio? Porque yo voy ahora mismo a preparar mis maletas para vivir con mi chica —y se levantó para ir al cuarto en el que dormía, mientras que los demás lo mirábamos asombrados, para salir poco después con las mismas maletas que había llegado.

—¡¡¿Ya?!! —dijo María asombrada.

—Suegra, a mi favor tengo que decir que no había sacado de la maleta nada más que dos o tres prendas, las demás seguían en el mismo lugar en el que las traje —haciendo que todos volviéramos a reír.

—Pues si este hombre tiene tanta prisa, será mejor que vaya a mi casa por mis cosas, que capaz es de dejarlas en un contenedor de Madre Coraje, o algo por el estilo —dijo María, que seguía riendo con Héctor.

Capítulo 17

Luna

La propuesta de Sebas me tomó completamente por sorpresa, pero al final no permití que mis miedos me impidieran cumplir mis sueños. Lo que tuviera que pasar, pasaría, daba igual cuantos impedimentos encontráramos en el camino, y mi chico me había demostrado con creces la paciencia que tenía, y que conmigo le iba a hacer falta.

—Yo también tengo algo que deciros a Luna y a ti, Sebas —dijo Víctor, y nos resultó extraño, la verdad, porque ni siquiera intuíamos que era lo que tenía que contar.

—Estamos expectantes a ver que es lo que tienes que decirnos, aunque supongo que sé por dónde vas —dijo Sebas sonriendo, y lo miré extrañada, porque yo no tenía ni idea.

—Mañana, a las diez de la mañana, tenéis ambos una entrevista en el periódico que te dije. Tu madre me comentó que querías dejar la recepción del hotel, que el turno de noche te estaba pasando factura, así que, al

enterarme de que la recepcionista de mi amigo se marchaba por motivos personales, hablé con él y le dije que tenía a la persona idónea para el puesto, que no es otra que tú, Luna —dijo y no pude hacer otra cosa más que lanzarme a sus brazos, por primera vez sentía la calidez de un padre, aunque no fuera el mío biológico.

—No sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros, te lo prometo —le dije mientras lo abrazaba. Poco a poco mi vida se estaba poniendo en orden, y así lo sentía.

—Te lo he dicho antes, te siento como a una hija, así que no hay nada que agradecer —me contestó él, apretando ese abrazo.

Me quité los calcetines, y me calcé las botas, así como el abrigo de plumas, y Sebas hizo lo mismo, y pusimos rumbo a la que, hasta ahora había sido la casa de mi madre, para recoger todas mis cosas. Buscamos cajas en los comercios aledaños, porque en mis maletas no iba a caber todo, y las montamos en el coche.

Sebas vino conmigo a mi cuarto, donde empezamos por guardar mis libros y mis enseres de las estanterías en esas cajas que habíamos llevado, mientras que mi madre, hacía lo mismo en su habitación, acompañada por Víctor. Mi hermana y Héctor nos esperaban en el salón, porque ellos se iban a trasladar al dormitorio de mi madre y estaban esperando que quitara sus cosas.

Dos horas después, ya lo teníamos todo listo, así que dejamos a esos dos para que empezaran a colocar sus cosas, pero antes de salir, mi madre se

dirigió a ellos.

—Es vuestra casa, y como tal, podéis cambiar todo lo que queráis. En esta semana, pasaré por el notario para cambiarla de nombre, y ponerla a nombre de Sol. En cuanto a ti, Luna, te ingresaré la mitad del valor de tasación de la vivienda, no pienses que te vas a quedar sin nada —nos dijo, y yo no supe cómo reaccionar.

—No hace falta que te eches ahora una trampa de ese calibre, mamá, déjala como está y el día que faltes, yo le daré la mitad del valor a mi hermana —explicó Sol a mi madre.

—Tu madre no se va a echar trampa ninguna, como tú dices. Ese dinero lo pagaré yo, ya está hablado. Es eso, o poner a su nombre una de las casas que tengo en la playa, en el sur. ¿Qué dices, Luna? —me preguntó Víctor, miré a Sebas y supe lo que quería.

—Como sé que da igual lo que te digas, que lo vas a hacer igual, prefiero la casa de la playa, pero no hace falta que la pongas a mi nombre, con que me permitas disfrutar de ella, tengo bastante.

—No tengo más familia que vosotros, así que no te pienso hacer caso. El día que ya no esté en este mundo, que tu madre reparta mis propiedades como le dé la gana, porque ella será la heredera universal, así como la albacea de mis bienes —contó, dejándonos a todos con la boca abierta, ese hombre había entrado en mi familia de lleno y por la puerta grande.

Nos marchamos, cada uno en su coche y en dirección a su nueva casa, pero no quise hacerlo sin darle antes un beso a cada uno, así como un achuchón, al igual que hizo Sebas. Solo esperaba que el destino me diera la oportunidad de ser feliz, y no me diera un batacazo por las prisas con las que estaba viviendo estos últimos días.

Al llegar a casa, pude ver la cara de satisfacción de Sebas, que se marchó corriendo al dormitorio para hacerme hueco en el armario empotrado, ese que dejó la mitad vacío.

—Yo tengo la ropa de invierno aquí, y la de verano en la otra habitación, así no tengo que ir sacando y guardando ropa en cada cambio de estación. Si quieres, puedes hacer lo mismo, porque la mitad está vacía, se lo vacié a Héctor para que pusiera sus cosas, así que lo tienes listo para usar —me dijo, mientras cogía una de las cajas de libros y la llevaba hasta el salón, donde los fue colocando en una estantería. Al salir, lo vi con un marco de fotos en la mano, donde aparecía él con su exnovia, abrazados y sonrientes.

—Si no estás seguro, no te sientas obligado a tenerme aquí, me puedo ir con mi madre hasta que encuentre algo —le dije, y esas palabras, aunque me dolieron al pronunciarlas, me salieron de lo más profundo de mi alma.

—Si no lo estuviera no te lo hubiese propuesto. Por ella no siento nada, es más, me he dado cuenta de que hacía mucho que no lo sentía y que debí terminar con nuestra relación mucho antes. No era amor lo que sentía, sino costumbre, el cariño que se le tiene a quien que ha compartido muchos años contigo. Es tan diferente lo que sentí por ella a lo que siento por ti… Contigo mil mariposas revolotean mi estómago, y eso no lo tuve con ella

nunca, ni siquiera al principio de nuestra relación, y pensaba que era lo normal, que eso que decían los demás era pura invención, y ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba —me dijo, y lanzó ese marco a una caja que había donde estaba depositando toda la basura.

—Gracias, por hacerme sentir viva de nuevo —le dije, y nos besamos, en un beso que no tenía otra pretensión más que saber el amor que nos teníamos.

—Mañana, cuando salgamos de la entrevista, me gustaría que me acompañaras a conocer a mi familia. Desayunaremos con mi madre y mi abuela que, aunque no te lo creas no son madre e hija, sino suegra y nuera, y viven juntas desde hace unos años…—empezó a explicarme la familia tan peculiar que tenía, sacándome las risas por doquier al contarme cosas de su madre y de su hermana pequeña, a las que estaba deseando de conocer.

—Lo haré encantada, no lo dudes.

Cuando terminamos de guardar todo, era ya la hora de cenar, así que llamó a un establecimiento cercano y pidió sándwich de pollo para los dos, así como patatas fritas y croquetas, teníamos un hambre atroz, pero estábamos reventados de cansancio, y a ninguno de los dos nos apetecía meternos en la cocina. Mientras que la comida no llegaba, pues nos habían dicho al hacer el pedido que tardaría unos treinta o cuarenta minutos, nos metimos en la ducha, donde se nos pasó el tiempo volando, perdidos en el placer de nuestro cuerpo de nuevo.

Estábamos terminando de ponernos el pijama cuando llamaron a la puerta, pensábamos que era la comida, pero resultó ser la mujer de su padre, esa con la que lo vi en el centro comercial y que pensé que era su pareja, y venía acompañada de la niña que iba con ellos de compras, y que supuse que era Nerea, su hermana pequeña.

—Siento interrumpir, Sebas, y si estás ocupado se la dejaré a tu madre, pero me acaban de llamar por teléfono, tu padre se ha caído al bajar del avión y va camino del hospital, al parecer tiene un tobillo roto —dijo la mujer, a la que todavía no me había presentado.

—Hermano, papá, que se ha creído que es familiar del Papa y ha querido besar el suelo al llegar al aeropuerto, como hace él —soltó esa pequeñaja y provocó que, tanto Sebas, como yo, estalláramos en una carcajada —. Bueno, que, me vas a dejar pasar o me vas a dejar en la puerta como a los que vienen vendiendo la fibra del teléfono.

—Luna, esta es mi hermana pequeña, Nerea, que como habrás comprobado tiene más salidas que una rotonda, y ella es Carmen, la mujer de mi padre —dijo mientras las dejaba pasar, y nos dábamos dos besos —. No te preocupes por ella, déjala aquí, mañana la dejaremos en el cole antes de ir a la entrevista de trabajo.

—En su mochila lleva todo, incluido el uniforme, porque la he traído hasta con el pijama. No sabes lo que te lo voy a agradecer —dijo Carmen, alternando su mirada de uno a otro —. Mañana te llamo y me cuentas.

—No, mañana comemos en tu casa, así hago la presentación oficial, y de paso veo como está mi padre —le dijo Sebas, dándole un beso en la mejilla mientras salía hacia el ascensor.

—¿Habéis cenado? Porque yo no, en ello estaba cuando papá ha hecho el aterrizaje forzoso, así que estoy que me muero de hambre —la que se iba a morir era yo, pero de risa, esta niña tenía cada ocurrencia que no podía con ellas. Justo en ese momento, llamaron a la puerta, y era el repartidor de la comida a domicilio.

—Aquí está la comida, enana. Ve a lavarte las manos mientras que pongo la mesa en la cocina —le dijo su hermano y ella, obedientemente, le hizo caso.

—Siento que nuestra primera noche como pareja se vea interrumpida por mi hermana, te prometo que pensaba pasarla de otro modo.

—Esta niña me encanta, y no hay nada mejor que compartir esta noche con ella, para lo otro ya tendremos tiempo —le dije, y enmarcó sus manos en mi cara para darme un beso.

—Ala, que fuerte. Nereita, despídete de pasar más tiempo con tu hermano, que otra vez se ha echado novia —se dijo a sí misma, y me di cuenta de que no se tenía que llevar demasiado bien con su ex.

—¿Por qué dices eso, Nerea? Podrás compartir con él todo el tiempo que quieras y, si te apetece, también conmigo. Esto no es una competición de a ver a quien quiere tu hermano más, porque son dos cariños distintos, y el

amor está para repartirlo, no para que se lo quede una persona sola —le dije, ante la atenta mirada de la niña y de Sebas.

—¿Lo dices en serio o solo porque está él delante? Porque la otra, me trataba muy bien cuando estábamos los tres, pero, en cuanto que él se iba, me decía que no lo iba a compartir conmigo, que lo que tenía que hacer era marcharme a mi casa, que aquí no pintaba nada —miré a Sebas que me asentía con la cabeza, dándome a entender que era verdad.

—¿Pues sabes qué?, que yo no soy así y para demostrártelo… ¿Qué te parece si el fin de semana te vienes y lo pasas aquí con nosotros?, así nos dará tiempo de buscar juegos de mesa para pasar el rato.

—¡Qué me va a parecer, una idea estupenda! Hace mil años que no paso aquí un fin de semana y, aunque me encanta quedarme con la abuela Amelia y la tata Marta, también echo de menos a Sebas, y ahora también a ti, que vas a ser… ¿mi hermana? —preguntó no sabiendo muy bien el parentesco que tocaba.

—Tu cuñada, enana, es tu cuñada —le dijo Sebas, y entonces, me cogió de la mano y me llevó hasta la cocina.

—Cuñada, es hora de cenar, que mañana hay cole y ya tendría que estar durmiendo —me dijo, y me terminó de ganar, porque a pesar de que se veía que era un torbellino, tenía sus horarios muy bien arraigados, y eso en un niño de esa edad era bastante complicado.

Capítulo 18

Sebas

Ver interactuando a Luna con mi hermana pequeña hizo que mi amor por ella todavía creciera más, mucho más. Lo hacía con cariño, con el mismo con el que lo haría yo, era todo lo opuesta a Patricia.

Cuando me vio con el marco de la foto en la que salíamos mi ex y yo y me preguntó si estaba seguro, algo se me removió por dentro. No lo había cogido porque la echara de menos, sino todo lo contrario, me estaba preguntando como pude caer tan bajo y aguantar tantas humillaciones a las que me había visto sometido por ella, tenía que haber terminado esa relación mucho antes, porque estaba claro que yo lo ponía todo mientras ella no hacía nada, tan solo se dejaba llevar.

—Enana, hora de ir a la cama —le dije a mi hermana.

—¿Me puede acostar Luna? Es que quiero que ella me cuente el cuento, que nunca lo ha hecho —me preguntó, y sabía que lo que quería era ponerla

a prueba, así que no me opuse, porque yo también necesitaba saberlo, y esta enana me lo iba a contar.

Luna la tomó de la mano, instándola a que me diera un beso, y se la llevó para su dormitorio, que no era otro que el que había estado ocupando Héctor, cogiendo un cuento, el que ella le había dicho que le gustaba, por el camino.

—Ahora que estamos a solas, puedes decirme la verdad —le dijo a Luna, y esta la miró extrañada.

—¿A qué verdad te refieres, cielo? Porque no te entiendo —respondió mi chica.

—A que ya puedes decirme que no me quieres aquí, que mi hermano es tuyo y que no piensas compartirlo conmigo —empezó a decirle a Luna.

—Vamos a ver, cariño mío. Para empezar: nadie es propiedad de nadie, y por ello, ni tu hermano es mío, ni es de ninguna otra persona, solo de él. Si está conmigo no es porque sea de mi propiedad, sino porque estamos enamorados y nos queremos. Como te dije antes, el amor está hecho para compartir, y nos puede querer a las dos, a mí como su novia y a ti como su hermana pequeña. Me consta que te adora, y si piensas que yo voy a ser un inconveniente para tu relación con él, estás muy equivocada, porque el tiempo que paséis juntos es uno que hará feliz a los dos, y yo no quiero otra cosa que no sea vuestra felicidad, porque en eso consiste el amor, en querer ver feliz a la otra persona, sin pedir nada a cambio —os juro por lo más

sagrado que se me saltaron las lágrimas, sabía que era noble, pero hasta este punto, me marché a nuestro dormitorio y las dejé a solas.

—No quiero que te marches nunca, Luna. Yo también quiero ver a Sebas feliz, es la persona más buena que conozco, y contigo a su lado lo es. Y el tiempo que pase conmigo, quiero que tú también estés, que sea un tiempo para los tres.

—Siempre que me invitéis a hacerlo, lo haré, no lo dudes.

Empezó a leerle el cuento, para luego dejar su uniforme preparado encima de la silla de esa habitación, y cuando supo que estaba completamente dormida, entornó la puerta y vino descalza hasta la nuestra, donde yo la esperaba en la cama.

—¿Has oído lo que me ha dicho? —me preguntó nada más sentarse a mi lado.

—No todo, pero algo sí —respondí con sinceridad.

—Déjame que te diga algo, tu ex era una hija de la gran puta. ¿Cómo podía decirle esas cosas a una niña de esa edad? Tengo la impresión de que no eran celos lo que sentía por Nerea, sino que lo que pretendía era alejarte de ella, de ese modo lo haría de toda tu familia, y así podría manipularte y manejarte a su antojo —me habló desde el corazón, y entonces lo entendí todo. Yo era una marioneta en sus manos, y pretendía dejarme solo, que a mi lado no hubiera nadie más que ella, y lo vi perverso.

—Creo que tienes toda la razón del mundo, pero por fortuna no lo ha conseguido, porque me moriría si estuviera separado de esa niña —le contesté de la misma manera.

Esa noche no hicimos el amor, nos dedicamos a descansar, a dormir abrazados, que era lo que necesitábamos los dos, hasta que notamos que alguien se metía en la cama, en medio de los dos, y encendí la lamparita de la mesilla de noche, para darme cuenta de que Nerea, aun dormida, había venido buscando el cariño de mi chica, puesto que posó su cabeza encima de su pecho, y dejó caer su brazo por encima de su vientre. No me pude resistir y les hice una foto con el móvil, que puse como fondo de pantalla, no podían estar más bonitas ninguna de las dos.

—No, por favor, cinco minutitos más. No puedo ir al colegio, me duele la garganta, o la cabeza, o la barriga, o lo que sea para quedarme aquí —dijo, tapándose la cabeza con la almohada.

—Venga, so floja, que ya es la hora y vas a llegar tarde, además de que te vamos a llevar tu hermano y yo. Como no te levantes, no te recogemos para comer juntos en casa de tus padres —le dijo Luna, y saltó como un resorte.

—¿Me vais a recoger vosotros? ¿Me traeréis algún regalito? —preguntó melosa.

—Eso depende de lo rápido que te vistas y estés lista para ir al cole —le dije yo, y le faltó tiempo para salir de la cama e ir a vestirse.

—Buenos días, amor mío —le dije a Luna, dándole un beso en los labios.

—Uy, amor mío y todo. Me estás mal acostumbrando, y al final se te va a ir de las manos.

—Las manos las llevaba yo a otra parte, pero entonces traumatizaríamos a la niña y, encima, llegará tarde al colegio.

Estallamos los dos en una carcajada, todavía no nos habíamos puesto los zapatos, y ya estaba Nerea vestida, peinada y con la mochila al hombro. Al verla, volvimos a reír de nuevo, y aprovechamos que todavía era temprano para desayunar en la calle, en el bar que a mi hermana le encantaba.

La dejamos en el colegio, prometiéndole que iríamos nosotros a recogerla, y así se lo comuniqué a Carmen, para que además estuviera tranquila y no tuviera la presión de llegar hasta allí.

Una vez que se despidió de nosotros con la manita desde la fila de su clase, nos dimos la vuelta y emprendimos el camino hasta donde estaban las oficinas del periódico en el que teníamos la entrevista. Decir que estábamos tranquilos era faltar a la verdad, porque a ambos nos comían los nervios, se trataba de nuestro futuro, porque, aunque ella aún tenía trabajo, el mío tenía los días contados, y eso me preocupaba en demasía.

—Buenos días, venimos a una entrevista con el señor Ataulfo Melara, nos estaba esperando a las diez —le dijo Luna a la chica de la recepción, que nos atendió con una sonrisa.

—Sí, ya estoy avisada, podéis subir, tercera planta, el despacho del fondo, lo avisaré mientras que llegáis —dijo amablemente.

Tomamos el ascensor y subimos, llegando hasta el despacho donde nos había indicado, y en el que, en el umbral de su puerta, se encontraba ese señor esperándonos.

—Buenos días, chicos, os estaba esperando, pasad —nos dijo con una calidez que restaba mucha distancia de la del director de mi actual periódico.

—Buenos días, señor Melara, encantados de que nos pueda recibir —le dije yo, ofreciéndole la mano, de la que jaló para darme un abrazo, al igual que hizo con Luna, a la que, además, le dio dos besos.

—Mi amistad con Víctor tiene mucho recorrido, y basta que vengáis de su parte para que más de medio camino esté hecho ya. Voy a empezar por ti, Sebas, tu recorrido como periodista me ha dejado impresionado. ¿Cuál es el motivo de querer salir de allí, de abandonar ese periódico?

—Pues le voy a ser muy sincero, mientras que Víctor ha estado ejerciendo de mi jefe, y por el cariño que le tengo, he intentado aguantar todo lo posible, pero el hecho de que me dijera que se jubilaba y que me iban a echar, ha sido un motivo más que suficiente para salir de allí. Uno de mis compañeros, cuya novia es una de mis mejores amigas, y la hija del director, piensa que entre ella y yo hubo algo, nada más lejos de la realidad, pues entre nosotros somos he compartido una buena amistad, que él no entiende. Se ha dedicado a calentarle el oído a su suegro, en mi contra,

como no puede ser de otra manera, y ha conseguido que me suspendan de empleo y sueldo durante un mes —me abrí en canal con él, que estaba tan asombrado como iracundo, en la misma medida.

—No entiendo como las personas no son capaces de separar lo laboral de lo profesional. Dicho esto, el puesto es tuyo, lo único es que hasta después de las fiestas no te podrás incorporar, porque hasta entonces el puesto estará ocupado. El chico al que vas a sustituir se va a vivir al extranjero, ha recibido una oferta de un equipo de futbol, como jefe de prensa, y no ha podido rechazarla, pero para que no sientas inseguridad, firmaremos el contrato hoy mismo.

—Y tú, Luna, ¿qué te ha hecho pensar en cambiar de puesto?

—El turno de noche, que me está matando. Eso de tener que acostarme cuando todos se levantan y tener que aguantar a las fans de los famosos que se hospedan allí, intentando entrar y colarse en sus habitaciones, es más de lo que puedo soportar, lo prometo —le contó mi chica, mientras que él no podía aguantar la risa.

—Aquí trabajarás de lunes a viernes, en horario de ocho a tres, porque a las tres entra otra chica que hace el turno de tarde. Sebas, tu horario será el que tú te marques, tendrás que entregar una serie de reportajes a la semana, algunos serán diarios y otros, de investigación, serán para el dominical. Eso sí, de lunes a viernes, y no quiero a nadie rondando por aquí después de las cinco de la tarde, que luego me echan a mí la culpa de que se rompen las parejas porque no pasan tiempo juntas —dijo, levantando el dedo índice, para dejar claro que lo decía en serio —. Ahora, vamos al departamento de

recursos humanos, donde prepararán vuestra documentación y se firmarán los contratos de ambos. Espero que estéis tan felices de estar aquí como yo de que paséis a formar parte de la plantilla fija de este periódico.

Bajamos hasta el departamento indicado, donde había una chica que nos pidió la documentación y preparó los contratos, no paraba de mirarme, y me estaba incomodando bastante, pero mi chica se dio cuenta y me apretó la mano, quitándole importancia al gesto que esa chica estaba teniendo, y eso me tranquilizó bastante, no quería que pensara que me estaba fijando en otra, cuando no era cierto.

—Si quieres, podemos comer juntos y te voy presentando a todo el resto del personal, a los dos, quiero decir —dijo la chica, que resultó que se llamaba Carolina.

—Lo siento, corazón, pero es que mi chico y yo tenemos hoy comida familiar, y aparte tenemos que pasar por el colegio a recoger a la niña, en otra ocasión —le dijo Luna, con una sonrisa, y me tuve que aguantar una carcajada.

—No, lo siento yo, no sabía que erais pareja, os pido perdón de verdad —dijo ella muy apurada, pero le quitamos importancia.

—Eres increíble —le dije a Luna saliendo del periódico, y dándole un beso de los que, si hubiéramos estado en casa, nos hubiera terminado llevando al dormitorio.

Capítulo 19

Sebas

Nos montamos en el coche, pues casi se nos había echado encima la hora de recoger a la niña, y la esperamos en el bar que había justo al lado del colegio, tan solo teníamos que esperar media hora, y preferíamos hacerlo nosotros a que nos pillara algo de tráfico y llegar tarde.

—¡Habéis venido! Luna, has cumplido tu promesa. Hermano, ¿me habéis traído algún regalito? —dijo la enana, abrazándonos a los dos.

—No nos ha dado tiempo, cariño. Pero vamos a hacer una cosa, vamos a entrar en Internet y vamos a buscar una camiseta chula para las dos, y que nos la podamos poner este finde cuando vengas a casa, ¿te parece? —le dijo mi chica y ella se quedó pensativa.

—Pues creo que, como va a ser para estar en casa, porque mejor no nos pillamos un pijama igual para los tres, y así lo dejó en vuestra casa por si algún otro día me invitáis a quedarme con vosotros —dijo con toda la intención del mundo, a ver que era lo que le contestábamos nosotros, y

Luna también se había dado cuenta, así que me dio un sutil golpe en la pierna para que le contestara yo.

—Nerea, cariño, a nuestra casa puedes venir cuando quieras, no hace falta que te invite nadie. Tan solo tienes que decirle a mamá o a papá que me llame por teléfono el día antes y no por nada, sino para no hacer planes o para hacer alguno en el que puedas estar incluida.

—Y la idea de los pijamas, ¡me encanta! En cuanto lleguemos, nos ponemos a mirar, ¿vale?

—También podemos hacer otra cosa, comemos en casa de papá, y luego nos vamos al centro comercial a buscarlos —seguía en sus trece de no querer separarse de nosotros.

—No podemos, mi amor, tenemos que ir a casa de la abuela y de la mamá de tu hermano, hemos quedado con ellas para que me conozcan, además mañana hay cole. Mira, vamos a hacer un trato, buscamos esos pijamas por Internet y el viernes, en cuanto que te recojamos del cole, como ni tu hermano ni yo tenemos que trabajar, comemos en esa hamburguesería que te gusta tanto y compramos los juegos de mesa y algo de ropa para que tengas en casa, así no tendrás que ir de un lado para otro con la mochila petada.

—¿Sabes qué? Me encantas, Luna, eres la mujer que yo quería para mi hermano, que no me eche a un lado y me incluya en su vida. Ya te quiero, pero creo que te voy a querer mucho más —le dijo mi hermana a mi chica, y tanto a ella, como a mí, se nos metió en el bolsillo.

Llegamos a casa de mi padre, que vivía en las afueras, en una bonita urbanización, en un chalé de una sola planta, pero con un pequeño jardín con césped donde mi hermana podía jugar al aire libre. En una ciudad como la nuestra, tener esa pequeña parcelita era todo un lujo.

—Que casa más bonita —le dijo Luna a Carmen, que se acercó a darle dos besos.

—¿Para mí no hay nada? —le dije a la mujer de mi padre, echándole el brazo por los hombros.

—Quita, no vaya a ser que Luna se moleste, y esté incomoda pensando lo que no es —me dijo ella, mientras que mi chica negaba con la cabeza.

—Yo ya no pienso nada, que luego saco conclusiones erróneas y meto la pata hasta la altura de la oreja —le contestó Luna, poniéndose las manos en la cara cuando la insté a que le contara lo que había pensado.

—Chica, ahora no me dejes con la intriga.

—Pues, verás, os vi en el centro comercial, en la misma postura que tenéis ahora y con la niña en sus brazos, y pensé que erais una pareja consolidada. Cuando intentó ligar conmigo, me faltó tiempo para sacarlo a la palestra, diciéndole poco menos que era un caradura, que mientras que él estaba ligando, tú estarías en tu casa bregando con la niña.

—¿En serio pensaste eso? —preguntó sin poder parar de reír —Cuando su padre y yo empezamos a salir, Sebas todavía no había cumplido los catorce años, y yo tenía veintiséis, cuando dio el estirón ese verano, me cogía así para demostrarme que yo era más pequeña, a pesar de tener doce años más que él. Jamás podría verlo de otra forma que no fuera como un hermano pequeño, estoy demasiado enamorada de mi marido, pero, aunque no fuera así, lo he visto crecer, no puedo mirarlo con otros ojos.

—Ahora lo sé, ese día no. Así que, por mí, como si te quiere coger a la sillita de la reina, que no seré yo la que diga nada.

—Podéis pasar e incluirme en la conversación, no hay ningún problema —gritó mi padre desde el salón, donde no nos habíamos acordado que estaba, pero todos nos callamos y reímos en silencio.

—Hola papá. ¿Cómo te encuentras? —le dije a mi padre, que permanecía sentado en el sofá con la pierna en alto. Al final, había sido más que el tobillo, porque además de eso también tenía una fisura en la tibia, y tenía terminantemente prohibido apoyar el pie en el suelo.

—Jodido, vaya caída más tonta, y lo que me he hecho.

—¿Cómo fue? —pregunté curioso, y él me miró con la duda de si contármelo o no.

—Pues estaba bajando las escaleras del avión, y llevaba el maletín del portátil en la mano. No me di cuenta de que el asa grande estaba suelto, metí el pie y, por no darle a la señora que tenía delante con el maletín en la

cabeza, hice un giro que me llevó a rodar lo que quedaba de ella —empezó a contar, mientras Carmen no podía contener la risa, y nos la contagió a Luna y a mí.

—Pero ahí no queda la cosa, ¿verdad Manuel? Sigue contándole al niño y a su novia —le dijo Carmen, y mi padre resopló.

—Pues no, no quedó ahí. Porque de esa caída pude levantarme y no tenía nada, pero no vi el socavón que había en el suelo, metí el pie y caí de boca, y esta vez sí que le di a la señora con el maletín, pero no en la cabeza, sino en las nalgas, y se pensó que era un sátiro, así que empezó a darme con el bolso en la cabeza, sin dejar que me levantara y con el pie más torcido que un regaliz rojo.

—Hasta para caerte tienes que dar la nota, papá —soltó mi hermana, que venía de quitarse el uniforme y ponerse la ropa de estar por casa.

—Muy graciosa la niña —dijo emulando un enfado, para a continuación cogerla y empezar a hacerle cosquillas. Mi padre siempre había sido así, amoroso y cariñoso, del que no le importaba tirarse al suelo para jugar a los indios o a las carreras de coche, y me encantaba que, a pesar de que la edad no era la misma, siguiera igual con mi hermana, porque eso es lo que atesoras cuando eres mayor, los momentos compartidos, no los regalos ni las cosas materiales.

—Papá, esta es Luna, mi chica. Estamos viviendo juntos en mi casa, pero no te vayas a pensar que es como Patricia, porque no tienen nada que ver —

le dije al ver la cara que había puesto mi padre cuando le había dicho que convivíamos juntos.

—Para nada, papi. La otra era una bruja y esta es… como un hada madrina. Me ha dicho que el amor es hacer a la otra persona feliz, y que ella quiere que Sebas lo sea, y cuando está a mi lado, lo es. Así que no quiere vernos separados. Por cierto, el finde me voy con mi hermano y mi cuñada, ellos me recogen del cole —dijo, y Carmen la miró severamente.

—¿A quién le has pedido permiso para eso, señorita?

—Ahora te lo iba a pedir mi hermano, ¿a qué sí, Sebas? —dijo la muy tunanta, pero la verdad es que ninguno habíamos pensado en pedirle permiso a sus padres.

—Sí, claro, ahora te lo íbamos a decir —dije, cubriéndole las espaldas, hasta que Luna nos destapó la mentira.

—No es verdad, y a mí no me gustan las mentiras, señorita y señorito. Ninguno de los tres hemos pensado en lo que dirían sus padres, y pido perdón por ello, pero es que nos hacía tanta ilusión y hemos preparado tantos planes, que no hemos caído. Pero si le cubrimos las espaldas con una mentira, cuando vaya creciendo, pensará que puede seguir mintiendo con total impunidad, y eso no sería ayudar a educarla bien —mi padre me miró, al igual que hizo con Carmen, y como pudo, se levantó del sillón y le dio un abrazo.

—Bienvenida a la familia, Luna. En mi vida había oído unas palabras tan sabias como las que acabas de decir, sin importarte las consecuencias que te podían traer, tanto con la niña, como con mi hijo, y eso me demuestra que eres una persona de fiar, y a la que dejaría que se llevara a mi hija al fin del mundo, podéis contar con ella el fin de semana —le dijo mi padre, mientras que yo la miraba con orgullo, porque en mi vida pensé que reaccionaría de esta manera.

—Lamento haber reaccionado de esta manera, pero es que las mentiras es una cosa que no soporto, es superior a mis fuerzas, por muy pequeñas que sean.

—Todo lo contrario, te lo tenemos que agradecer, porque si no hubieras dicho nada, esta señorita pensaría que todo el monte es orégano, y así no se educa, como bien has dicho —le contestó Carmen, dándole la razón.

—Yo quiero pedir perdón, como la bruja no me quería en su casa, y ella me dijo que podía ir cuando quisiera, me emocioné, pero yo no quería decir una mentira… —Empezó mi niña a llorar, y fue Luna la que se acercó a ella.

—Cariño, no llores, tu reacción ha sido lo más lógico, pero quiero que me prometas una cosa. La próxima vez, cuando hagamos planes, tienes que acordarte de que, antes, tenemos que contar con el permiso y la opinión de papá y mamá —le dijo Luna, arropándola entre sus brazos y dándole un beso.

—Te lo prometo, pero… ¿podré seguir yendo a vuestra casa? —preguntó Nerea a media voz, y esta vez fui yo el que me acerqué y la cogí entre mis brazos.

—Por supuesto que sí, ya te he dicho lo que tienes que hacer, ¿vale? —le dije, y la apreté entre mis brazos, era tan pequeñita y Patricia le había hecho tanto daño al querer separarla de mí, que le iba a costar volver a confiar en cualquier mujer que estuviera a mi lado.

Nos sentamos a comer, mientras que mi hermana les explicaba a sus padres lo que tenía planeado para el fin de semana, con todo lujo de detalles, y Luna la miraba embobada, asintiendo con la cabeza a todo lo que ella decía, además de añadir algún que otro plan más, a los que yo asentía mientras que mi padre me miraba.

Llegó la hora de marcharnos, y la pequeña quería que su madre la dejara esta noche en casa de mi madre y de mi abuela, pero se negó en redondo, al otro día había clases y no había nada más que hablar.

—Te veo feliz, hijo, y espero que sigas así, porque desde hace un tiempo me tenías bastante preocupado. Espero poder hablar contigo más tranquilamente —me dijo mi padre, dándome un abrazo, al igual que hizo con Luna, a la que le susurró algo en el oído, a lo que ella asintió con la cabeza, luego le preguntaría que era eso que le había dicho.

Capítulo 20

Sebas

Llegamos a casa de mi madre, donde nos abrió la puerta mi abuela, que me comió la cara a besos, como hacía siempre.

—¡Ay, mi niño, que alegría me da cada vez que vienes a vernos! —me dijo, cogiéndome la cara para ponerme a su altura y seguir con esos besos que tanto me gustaban —¿Y esta muchacha tan guapa?

—Abuela, ella es Luna, mi pareja, y venía a presentárosla —le dije, tomando de la mano a mi chica para que entrara.

—Hola hijo, acabo de hablar con tu padre, que me ha contado maravillas de esta chica. Tan solo con lo que me ha dicho él, ya tengo claro que esta niña me va a gustar, y mucho —habló mi madre, que se acercó para darle dos besos a Luna.

—Mamá, ¿te trajeron el coche? ¿Funciona bien? —pregunté, porque desde que se lo comenté, no había vuelto a hablar con ella del tema.

—Si yo te contara…

—Pues cuenta, que soy todo oídos —le contesté, expectante por ver lo que había hecho esta mujer.

—Verás, el chico que lo trajo me contó que su padre era coleccionista de coches antiguos, y que estaba buscando uno como el mío, pero que todos los que había encontrado estaban en muy mal estado de conservación, que, si algún día estaba dispuesta a venderlo, que lo avisara. Y no me lo pensé, me puso en contacto con su padre, me ofreció seis mil euros, que me transfirió de inmediato en cuanto que le dije que sí, que se lo vendía, firmamos el contrato de compraventa, y se lo llevó puesto —me dijo mi madre, que me dejó con la boca abierta.

—No me lo puedo creer, y yo todo preocupado por el coche…

—Te lo dije, además te acabo de hacer un bizum por el importe de la reparación más un dinerito extra para que lleves a tu chica a cenar por ahí. Ese dinerito lo tengo para los regalitos de Navidad y para irnos este verano, la abuela y yo, a la playa unos días —me dijo mi madre, y yo todavía no podía creerlo.

—Déjate de llevarme de vacaciones a la playa que yo ya no tengo edad. Lo que tienes que hacer es buscarte un buen maromo que te dé un meneo y

te quite esa cara de vinagre que llevas siempre —le dijo la abuela a mi madre.

—Anda, otra como mi madre —murmuró Luna, así como para ella, pero nos enteramos todos, y yo empecé a reír.

—¿Cómo dices, hija? —preguntó mi abuela y, para sacar a Luna del apuro, contesté yo.

—Abuela, que mi chica tenía el carácter un poco agriado últimamente, y su madre le decía lo mismo que tú le has dicho a la mía. La mañana siguiente a que estuviéramos juntos, su hermana me preguntó si se había levantado de buen humor, y al decirle que sí, su madre empezó a saltar diciendo que ella tenía razón —omití lo de la apuesta, si quería que lo contara ella.

—Hasta una apuesta hicieron, señora Amelia. Fíjese hasta donde llegó la cosa —continuó Luna, mientras que mi abuela se llevaba las manos a la cabeza.

—Sebas, cariño, no sabes lo que me alegro de que seas capaz de cambiar el carácter de una mujer, porque eso significa que tienes que ser una máquina en la cama, ¿es o no es, Luna? —soltó mi abuela, como la que habla del tiempo, e hizo que me pusiera rojo como un tomate.

—Es, es…—contestó mi chica, que no estaba menos roja que yo.

—Pues eso le digo yo a esta mujer, que no desperdicie más años, pero ella nada, que no me hace caso. Si tiene al tendero de la esquina que se muere por sus huesos…

—Morir me iba a morir yo si saliera con ese hombre, pero de un susto. Vamos, yo me levanto por la mañana y, al abrir los ojos lo primero que veo es a ese hombre, y me tienen que reanimar —dijo mi madre, y es que tenía razón, ese hombre era feo, pero feo con avaricia.

—¿Tan feo es? —preguntó Luna, inocentemente.

—Yo sé que lo de fuera es un envoltorio, hija, pero por lo menos que tenga algo bonito. Tú, imagínate lo más feo del mundo, pero multiplícalo por cien —le contestó mi madre.

—Vamos, que es más feo que El Fary comiendo limones, ¿no? —dijo Luna, y todos estallamos en una carcajada, tan solo de imaginarnos como sería la escena que nos había planteado Luna.

—¡Esta niña es la leche! —exclamó mi abuela, que no podía parar de reír.

—Perdón, pero es que a veces, no tengo filtro. Las suelto tal y como me vienen —se disculpó ella, pero no tenía por qué hacerlo.

—No te disculpes, hija, si eso es lo mejor que hay, la naturalidad —le dijo mi madre, secándose las lágrimas de la risa.

Pasamos un buen rato en su casa, tomando café y charlando con las dos, al marcharnos, mi madre me dijo que le encantaba Luna, que, por primera vez en mucho tiempo, me veía feliz y que no la dejara escapar.

—Te has metido a todo el mundo en el bolsillo, que lo sepas —le dije una vez que estuvimos montados en el coche, para coger el camino a casa.

—Pues tendría que tener yo el bolsillo de Doraemon, por lo menos.

—Eres una payasa, y lo sabes, pero mi payasa preferida —le di un beso en los labios, que me correspondió con las mismas ganas que yo.

Pasamos por el super, donde llenamos un carro con tonterías que nos gustaba a los dos, pero no consintió que yo pagara, decía que esta vez le tocaba a ella, que, para la próxima, y no pude evitar compararla con Patricia. Siempre era yo el que llenaba la nevera, ella decía que para el tiempo que estaba en casa y lo que comía allí, que no ponía ni un céntimo. Ahora que me doy cuenta, los tres años que vivimos juntos no aportó absolutamente nada a la economía de la casa, era como tener una ocupa en el salón.

—Bueno que, ¿me vas a poner al día de las novedades de tu vida o voy a tener que seguir poniendo la oreja en la pared? —dijo la señora Pepa, en cuanto que abrimos la puerta del ascensor, dándonos un susto de muerte.

—Señora Pepa, por Dios, que por poco no tenemos que llamar a la funeraria. Cuidado el susto que me ha dado la señora —le dije, y es que de

verdad que no nos esperábamos que estuviera allí, porque nos estaba esperando, eso lo tenía claro.

—¿Y los gritos de antes de anoche de ella no te asustaron? Porque yo estaba tranquilamente en mi cama, cuando la escuché gritar, y casi me caigo. Iba a llamar a la policía, pero luego me acordé de como habíais entrado, y me di cuenta de que eran gritos de pasión, no de que le estuviera pasando nada malo. Que esa es otra, o Patricia era una frígida, o esta te gusta más y pones más empeño, porque a la otra solo la escuché gritar una vez, y no eras tú el que saliste por la mañana, que tú te habías ido a no sé dónde para hacer un reportaje —soltó sin filtros, y eso me interesó, porque mandaba cojones que lo hubiera metido en mi casa y en mi cama.

—¿Cómo era el chico que salió, señora Pepa? Por cierto, mi nombre es Luna y soy la nueva pareja de Sebas —se presentó mi chica, que se acercó a darle un beso —. Si alguna vez necesita usted algo, no dude en llamar a la puerta que, si está en nuestra mano, la ayudaremos encantada.

—Sebas, esta vez has elegido muy, pero que muy bien a la chica. La otra, esa era un putón verbenero, que metió en tu casa a todo el que pudo. Porque no era el primero que veía salir cuando tú no estabas, que va, por lo menos a tres distintos he visto. Pero yo, mejor calladita, que a mí no me gusta meterme en la vida de nadie. Me gusta el cotilleo, no lo niego, pero eso de ir a contarle a la gente las cosas que pasan en el edificio, eso no, eso me lo guardo para mí. Y gracias, chata, lo tendré en cuenta, porque más de una vez me las he visto y me las he deseado para abrir cualquier tarrito de esos. En una ocasión vine para que la tipa esa me echara una mano, y me dio con la puerta en las narices, diciéndome que comprara las cosas con abre fácil,

que ella no se iba a estropear la manicura. Un bicho, eso es lo que era… —siguió murmurando y se metió en su casa. Ya sabía quién era Luna, ya había despotricado de Patricia, ya estaba su misión completada.

—Una persona muy peculiar, la ancianita —dijo Luna entre risas.

—Lo es, lo es. Y tú, le acabas de dar carta blanca para que, cada vez que quiera cotillear, se invente una excusa pidiendo ayuda. Verás como más de un día la tenemos en el sofá tomando café —le dije entre risas, mientras adentrábamos la compra en la cocina.

Guardamos todo y nos sentamos en el sofá, mi chica había puesto un pescado en el horno, con patatas panaderas al romero, para la cena, y sabía lo que iba a hacer, llevarle un plato a la señora Pepa que, a pesar de que era un coñazo, y una cotilla, estaba sola, no tenía familia, y ahora se acercaban unas fiestas en las que todos nos reuníamos en torno a una mesa con nuestros familiares y amigos, pero para ella era como otro día cualquiera. Estuvo casada con el señor Amancio, un hombre muy educado que trabajaba como representante de sanitarios, y tuvieron un hijo, pero ambos murieron en un accidente de tráfico hace ya muchos años, yo era un niño y su hijo era poco mayor que yo. Desde entonces, no ha vuelto a vivir, tan solo sobrevive, pero, a pesar de todo lo que ha sufrido, siempre está cantando y de buen humor, lo cortés no quita a lo valiente, y eso hay que reconocérselo.

—Mientras que se termina de hacer la comida, voy a buscar los pijamas que le dijimos a Nerea que tendría aquí el viernes —me dijo Luna con el portátil en la falda.

—Pero no me vayas a comprar uno de las princesas, por lo que tú más quieras. A ella le encanta Harry Potter, tira por ahí mejor, que estaría yo monísimo con uno rosa de la Cenicienta —le contesté, y es que la veía capaz y yo, por mis chicas, me ponía lo que hacía falta, aunque fuera un traje de lagarterana.

Entre risas y bromas, compramos tres pijamas iguales, con los pantalones de cuadraditos en rojo y amarillo y la camiseta de mangas en beige, con el símbolo de Hogwarts en los mismos colores, sabía que a la enana le iba a encantar.

—Ve poniendo la mesa, que ahora mismo vengo —me dijo Luna, que salía de casa con un plato en la mano. Si sabía yo lo que iba a hacer, estaba cantado. Conociendo el corazón que tenía mi chica, en cuanto que le conté la historia de la señora Pepa, tenía claro que pasaría a formar parte de mi familia a la voz de ya.

—¿Esto qué es? —escuché a mi vecina preguntarle a mi chica.

—La cena, señora Pepa, un pescadito al horno con patatas y verduras que acabo de cocinar, y que le va a sentar de lujo —le contestó ella, y me asomé a la puerta, donde me encontré una escena que tocó mi corazón, porque tengo que reconocer que yo también era bastante sentimental. En el rellano, la señora Pepa estaba abrazando a mi chica, llorando a moco tendido, mientras que ella le decía que no tenía por qué.

Capítulo 21

Luna

Esa mañana me decidí a ir a hablar con mi jefe en el hotel, yo tenía dos días más libres, por los días que había trabajado en turno de noche, y me tenía que incorporar el miércoles, o sea, al día siguiente, pero había decidido tomarme lo que quedaba de mes de descanso. En el otro trabajo, del que ya había firmado el contrato, empezaría después de las fiestas, y como Sebas también empezaba a la vez que yo, y al ser nuestras primeras Navidades juntos, pensé que era lo mejor.

—Tengo que ir al hotel, voy a ir a hablar con mi jefe, y me voy a tomar los días hasta que me incorpore en la recepción de periódico libres. Vamos, que me voy a despedir, y así de camino también veo a mi hermana, que hace varios días que no nos vemos —le comuniqué a Sebas.

—Ah, perfecto, yo he quedado con Adrián, que me va a acompañar al periódico a presentar mi renuncia, y de camino a ponerme al día de la última investigación que llevábamos entre manos. ¿Nos vemos a la hora de comer? —me preguntó Sebas

—Creo que sí, pero te llamo en cuanto termine —le dije, dándole un beso en la puerta de casa, él había quedado más tarde y yo quería aprovechar toda la mañana.

Me fui caminando hasta el hotel, el día estaba frío, pero no había ni rastro ni de nieve ni de lluvia, y a mí me encantaba pasear bajo los rayos de sol en los días fríos de invierno. Casi sin darme cuenta, ya estaba en la puerta, y respiré hondo antes de entrar. Había pasado en ese hotel muy buenos ratos con mis compañeros, pero tenía claro que necesitaba cambiar de aires, que el turno de noche me estaba matando. El saber que iba a trabajar con Sebas me hacía muchísima ilusión, aunque también me inquietaba, porque, aunque no estaríamos mucho tiempo juntos en el trabajo, no sabía si eso influiría en nuestra relación y convivencia.

—Buenos días, chicos, vengo a hablar con el director, ahora os veo —les dije a mis compañeros, que estaban reunidos en la recepción, en el que hasta hoy había sido mi puesto de trabajo.

—¡Luna! —me llamó uno de mis compañeros —Espera un momento, porque creo que está reunido, espera que lo avise.

—No te preocupes, Juan, esperaré junto a mi hermana a que termine.

—Es que… Uf, no sé como decirte esto… El director nos ha dejado dicho que, cuando vinieras, te deriváramos al departamento de recursos humanos, por lo visto van a despedirte —me dijo muy apurado, pero le sonreí. ¿Eso era lo que tenía pensado? Pues le iba a salir el tiro por la culata.

—Hermana, buenos días. ¿No te has enterado de la jugarreta que me quiere hacer el señor director? Pues dile que estoy aquí, por favor, que necesito hablar con él —le dije a Sol, que me miró extrañada.

—Luna, no sé de qué me estás hablando, te lo prometo.

—Bueno, mejor no digas nada, que voy a ir a recursos humanos, pero si el director sale, avísame, te lo ruego, que tengo que decirle unas cuantas palabritas —pedí a Sol, que asintió con la cabeza.

Bajé al departamento en el que tenía que firmar el despido, cuya causa era no poder asistir a mi instancia de cambio de turno, con lo cual era un despido improcedente, puesto que yo no había incurrido en ninguna falta grave que los llevara a ello.

—¿Dónde está el cheque de mi indemnización? —le pregunté a mi compañera, que negaba diciendo que a ella solo le habían dejado esa carta, así que volví a la planta de dirección.

—Luna, corre, entra, que acaba de salir la visita que tenía y si te pregunta quién te ha dejado pasar, dile que yo no estaba, que me voy a ir a mi descanso antes de que salga y me vea, porque a mi compañera le ha dicho que no te deje pasar —me dijo mi hermana, y eso hice, esperé a que ella hubiera salido del despacho, y entré, sin llamar, ellos no habían tenido consideración conmigo, ¿por qué tenía que tenerla yo con ellos?

—Señorita Santana, ¿qué hace usted aquí? ¿Quién la ha dejado pasar? Porque tenían ordenes explícitas de…

—Ya, ya, de echarme a patadas —le interrumpí y completé la frase por él —Pero es que da la casualidad de que el motivo que queda reflejado en el despido no está contemplado dentro de los supuestos, con lo cual es un despido improcedente.

—Me dijiste que ibas a buscar otro trabajo, que no querías hacer el turno de noche —me dijo muy altivo, pero ese no sabía con quién había dado.

—De eso nada, vine a este despacho a solicitar un turno fijo, y le informé de que, en caso de que no pudiera ofrecérmelo, me vería obligada a buscar otro trabajo, por un tema de salud, y eso en ningún momento está reflejado como motivo de despido, yo debería anunciar mi marcha con quince días de antelación. Dicho todo esto, y si no quiere que me vaya a la prensa ahora mismo, y cuente en las condiciones en las que me ha despedido, al igual que la forma en la que me ha tratado, modifique ahora mismo el motivo de este y abóneme la indemnización correspondiente. Porque aparte de eso se encontrará usted con una demanda laboral. ¿Quiere usted toda esa mala publicidad para el hotel? —le dije muy seria, no se iba a quedar con mi dinero. Yo venía de buenas, a renunciar al puesto, pero el que me hubieran tratado así, no lo iba a consentir.

—Se reincorporará a su trabajo y anularemos el despido.

—No pretendo eso, no me voy a incorporar para que me haga la vida imposible o me ponga de turno fijo el de noche, obligándome así a

renunciar y ahorrarse el dinero, no soy tan tonta. ¿Le he contado ya que mi novio es periodista? —Lo coaccioné un poco más.

—Está bien, deme un minuto —me dijo, llamando al departamento de contabilidad y al de recursos humanos, para que modificaran la carta y me dieran la de recomendación que acompañaba al despido en la mayoría de las ocasiones, ya que no había sido debido a una falta que yo cometiera —en seguida se lo traen.

Esperé pacientemente en su despacho a que una de mis compañeras trajera toda la documentación, así como el comprobante de la transferencia realizada por el importe que me correspondía, y lo firmé todo.

—¿Sabe una cosa? Venía a renunciar a mi puesto, porque ya he encontrado otro con mejores condiciones, en todos los sentidos, pero la forma en la que me había tratado, como si fuera escoria, eso no lo iba a dejar pasar por alto. Buenos días —y salí de ese despacho con la cabeza muy alta, y dejando a ese ser tan despreciable que había resultado ser mi jefe, sin saber que hacer o que decir.

—¿Listo? —me preguntó mi hermana, y yo asentí con la cabeza —Pues espérame, no te vayas, que ahora es mi turno, cuando salga te lo explico. Mejor aún, vete para la cafetería de enfrente, que allí está Héctor esperando, ahora nos vemos.

No entendía absolutamente nada, pero hice lo que me pidió, salí de ese hotel con la cabeza muy alta, al pasar por recepción no había ninguno de mis compañeros, así que no me despedí de nadie, seguí mi camino como si

nada. Con total seguridad estarían todos en la sala de descanso, escondidos, para que yo no les contara mi drama del despido, que ya los iba conociendo, pero ese drama se convirtió en algo bueno, sobre todo para mí, que iba a poder descansar por las noches.

—Hombre, cuñada, ¿cómo tú por aquí? —me dijo Héctor, que se levantó en cuanto me vio para darme un beso en la mejilla.

—Pues ya ves, peleando con estos impresentables, pero al final me he salido con la mía.

—Algo me ha contado tu hermana, pero en cuanto le he hecho un comentario, se ha levantado corriendo y me ha dicho, ahora vuelvo.

Íbamos a pedirnos un café, pero al final nos decantamos por un desayuno completo para los dos, porque ninguno había tenido tiempo de tomar nada en condiciones, y me parecía a mí que lo de mi hermana iba para largo.

Charlamos de todo un poco, y quedamos en que el sábado vendrían a comer a casa, con eso de que estaría la niña y a Héctor le encantaba pasar tiempo con ella, decía que tenía un arte y un ingenio que eran dignos de admirar.

—Ya estoy aquí —dijo mi hermana, con una caja entre sus brazos —. A tomar por saco el hotel y el director.

—¿Qué has hecho, loca? No me vayas a decir que todo esto es por mi culpa porque me da un soponcio —le pregunté, exaltada, pero tanto a ella,

como a Héctor, no se les quitaba la sonrisa de la boca.

—Se lo explico yo, ¿vale? —le dijo Héctor a mi hermana, y ella asintió con un gesto de cabeza —Verás, el otro día cuando vine a firmar el contrato de colaboración del hotel con mi empresa, en el documento había un dato mal, y se lo hice saber al director, que no era correcto. Este, en vez de buscar quien lo había redactado y pedirme disculpas, llamó a tu hermana y se puso a gritarle delante de mí.

—Todo eso sin saber que Héctor era mi pareja —lo interrumpió mi hermana, y yo me quedé ojiplática, no me lo podía creer.

—Al parecer, no es la primera vez que ocurre que, su compañera hace las cosas mal y la bronca se la lleva ella, pero es que esos dos están liados, y como él está casado, pues la otra lo tiene cogido por los huevos. Me levanté y le increpé, diciéndole que esa no era manera de tratar a un empleado, y máxime cuando no tiene la culpa de lo sucedido. Me contestó que en su hotel trataba a su gente como le saliera de los cojones, que no me metiera en lo que no me importaba.

—Cuando le dijo que era mi novio, y que el acuerdo se terminaba ahí, casi le da algo —volvió a cortarlo mi hermana, con una cara de orgullo fuera de lo normal.

—Exacto, y es que él se iba a llevar un buen pico de cada alquiler, independientemente de la empresa hotelera. Llamé a mi jefe, le expliqué lo sucedido y me dijo que tenía un puesto de secretaría en mis oficinas para

ella, en el momento en el que le diera la gana —terminó mi cuñado de explicarme.

—Al principio le dije que aguantaría hasta que tú encontraras algo, que no quería dejarte sola en esa jauría de lobos, pero como tú le has dado la patada y encima te ha sacado un buen dinerito, pues ya no tenía excusa, así que he subido, le he cantado las cuarenta y me ha despedido. También le he amenazado con denunciarlo por acoso laboral si no me daba la indemnización correspondiente, que tenía de testigo a Héctor de la forma en la que me había hablado, con gritos y en un tono humillante, y eso ha hecho, así que me voy a tomar libre hasta después de las fiestas, porque la empresa cierra desde el día veintitrés, que es el martes que viene, hasta el día siete de enero —se explicó ella muy orgullosa de su hazaña.

—Tengo una idea. ¿Por qué no planeamos un viaje entre tú y yo para Fin de Año? Y me refiero a ir los cuatro, pero que sea una sorpresa para los chicos, que no sepan nada de nada —le dije a mi hermana, mientras Héctor fue al baño, y se puso a aplaudir como una loca, diciendo que era una idea estupenda.

Capítulo 22

Sebas

La reunión con el director del periódico resultó ser más complicada de lo que esperaba, aunque Víctor acudió conmigo.

—Por lo que veo, el señor Echevarría lo ha puesto al tanto de mis intenciones, no sabía que tenían una relación tan estrecha —dijo nada más vernos entrar.

—Tenemos la misma relación que tiene usted con Rafael, ni más ni menos. Resulta que mi mujer, es la madre de su novia, y para mí, es como si fuera mi yerno, igual —le respondió Víctor, con toda la educación del mundo, pero de manera firme y tajante.

—Bueno, a lo que íbamos, que no tengo toda la mañana y el parentesco entre ustedes, a mí, me trae sin cuidado. Ha llegado a mis oídos que usted, señor Camacho, estaba inmerso en una serie de investigaciones sobre un asunto de compra de árbitros y demás, y le exijo que se las de a alguno de

sus compañeros, para que puedan concluirlas —dijo el director, y empecé a reírme, este tío se creía que yo era tonto a algo por el estilo.

—Como usted bien ha dicho, esas investigaciones son mías, realizadas en mi tiempo libre, y con mis recursos, por supuesto, no tienen nada que ver con el periódico, y así va a continuar siendo. Son de mi propiedad, y continuaré con esa labor, no pienso dejar que nadie meta sus narices —le contesté con la misma templanza que Víctor me había aconsejado que hablara.

—Entonces, me veré obligado a denunciarlo por mala praxis, porque durante su investigación estaba trabajando para este periódico, con lo cual esa información nos pertenece —insistió, y entonces, con esas palabras, me lo puso en bandeja.

—¿Habla usted de mala praxis? Bien, entonces nos veremos en los juzgados, donde yo lo denunciaré también, por suspenderme un mes de empleo y sueldo sin motivo justificado, tan solo por la opinión de uno de sus empleados que, curiosamente, es su yerno. Tengo un parte médico y una denuncia de robo que justifican mi ausencia ese día en mi puesto de trabajo, además de contar con la entrevista al jugador, que se llevó a cabo el día siguiente, un reportaje que no tenía que salir publicado hasta el fin de semana, con lo cual llegó perfectamente a tiempo para que lo maquetaran y lo enviaran a rotativas —le dije, y su cara iba mudando de color, así que continué —. Vamos a hacer una cosa, y no nos jodamos más, que estoy deseando perderlo de vista. Usted me va a despedir, me va a pagar la indemnización correspondiente, y cada uno va a seguir su camino.

—¿En serio piensa que voy a caer en su trampa? —preguntó en actitud chulesca, pero Víctor lo interrumpió.

—Por supuesto que sí, que va a firmar ese despido y esa indemnización. ¿Sabe por qué? Porque si no lo hace, el que lo va a denunciar soy yo. Tengo años de testimonios en los que se ha quedado con parte del dinero de las nóminas, pagando un importe menor a los empleados de lo que les correspondía por ley, además de acoso laboral, tanto al señor Camacho, como a muchos otros que se marcharon y que no dudarían en unirse a mí en esa demanda conjunta. Y puestos ya, de paso, también va a despedir a María, la señora de la limpieza, con su correspondiente cantidad, por supuesto, además de tener preparada la documentación para que pueda solicitar el paro.

—Volved dentro de media hora, y estará todo listo —dijo con la cara roja de ira, si hubiera sido un dibujito animado, sería ese que le sale el humo por las orejas, solo de imaginarme esa imagen, tuve que reprimir una carcajada.

—Mejor, nos esperamos en la cafetería, no vaya a ser que nos prohíban la entrada —dijo Víctor, que lo conocía demasiado bien y sabía de lo que era capaz.

Bajamos a la cafetería, mirándonos con una satisfacción que era difícil de ocultar. Sabía que sin la ayuda de Víctor no habría sido capaz de plantarle cara, no porque no tuviera cojones para hacerlo, sino porque lo que no tenía era medios.

—Has estado fantástico, Sebas —me dijo orgulloso, dándome una palmada en el hombro, en cuanto que entramos en la cafetería y nos quedamos a solas.

—Sin tu ayuda, no lo podría haber logrado. Y todavía tengo en duda que lo pueda lograr, hasta que no me vea con la documentación en la mano, no voy a respirar tranquilo —le contesté, temeroso de que nos hiciera una de sus jugarretas.

—No temas, estate tranquilo, porque no se va a atrever a contradecirme, tiene mucho que perder. Y si es por mí, mucho menos, hoy es mi último día, acabo de firmar los papeles de la jubilación, mañana seré un señor jubilado —me contó y nos reímos los dos.

Estuvimos hablando de todo el tema de las investigaciones, en las que pensaba seguir trabajando, y que entregaría en forma de reportaje a mi nuevo periódico. Tenía claro que, con eso, su fama y su tirada subiría como la espuma, porque era algo muy gordo. En ello estábamos, cuando vi aparecer a Adrián, con mala cara, seguro que con él también había tenido unas palabritas.

—Me marcho, tío, no lo aguanto más. Me voy a establecer como freelance, ya sabes que por tema de dinero no es, que tengo las espaldas bien cubiertas. Mi trabajo es más un hobbie que otra cosa, porque me apasiona la fotografía y el deporte, y porque no puedo estar mano sobre mano, no me educaron así, pero es que este tío está minando mi paciencia, y antes de llegar a las manos, prefiero marcharme, nos veremos por ahí, supongo —dijo, y por un lado lo notaba agobiado, pero por el otro lo veía

seguro con su decisión. Es cierto que a él su salario no le suponía nada en su vida diaria, su padre se hizo en su momento con una serie de propiedades que tenía alquiladas, y que heredó mi amigo cuando este murió, por lo que ingresaba una suculenta cantidad todos los meses, que le daría para vivir sin dar un palo al agua en su vida, pero no era su condición.

—Yo también me marcho, he encontrado trabajo en otro sitio, pero estoy esperando a que me firme el despido con la correspondiente indemnización, lo tenemos cogido por los huevos, tío. Cuento contigo para continuar con la investigación que tenemos entre manos, que no es de nadie nada más que de nosotros, por mucho que ese me dijera antes que tenía que entregarlo en el periódico —le dije, refiriéndome al director, mientras que me escuchaba se llevaba las manos a la cabeza.

—Por supuesto que sí, pero ahora me voy a tomar unos días de descanso, quizás haga algún viajecito, te llamo después de las fiestas —me dijo, dándome un abrazo para despedirse.

En ese mismo momento, Víctor recibió un mensaje del departamento de contabilidad y recursos humanos, para que subiéramos a recoger la documentación. Él llevaba una autorización de María para firmar y gestionar cualquier cosa del trabajo en su nombre, con lo cual también podría dejar zanjado ese tema.

Cuando vi el cheque con el importe que me correspondía, casi me caigo de culo, era mucho más de lo que me esperaba cuando lo dije. Con ese dinero podría quitarme lo que me quedaba por pagar del coche, hacer un buen viaje, y dejar un piquito guardado, y eso pensaba hacer.

—Espera, que recojo mis cosas y bajamos juntos —me dijo Víctor, y lo miré extrañado.

—¿No te quedan todavía unas cinco horas para terminar tu jornada laboral?

—¿Y? ¿Qué van a hacer, despedirme? Me voy ya, diga lo diga, estoy hasta los cojones de estar aquí, y me está esperando mi mujer en casa, que se va a llevar la alegría de su vida cuando le cuente lo que hemos conseguido hoy aquí —me dijo, y entró en su despacho, cogió su abrigo, sus enseres personales, que ya los tenía preparados en una caja, y salió de allí sin decir ni siquiera adiós.

Nos despedimos cuando llegamos cada uno a nuestro coche, quedando en comer todos juntos en esta semana, pero antes tenía que hablarlo con Luna. Miré el teléfono y vi que tenía varias llamadas perdidas suyas, pero al tenerlo en silencio para la reunión con el director, no me di cuenta. Cuando llegara a casa, si no estaba, le devolvería la llamada.

Llegué, y al meter la llave, vi que estaba abierta, así que tendría que estar allí, pero lo que me encontré no fue eso, sino algo que, ni por asomo, me esperaba encontrar, pero que hizo que me encendiera como una antorcha, y no en el buen sentido de la palabra, precisamente.

—¿Se puede saber cómo coño has entrado? —le grité en cuanto la vi. Con toda su poca vergüenza, allí estaba Patricia, sentada en el sofá, con un abrigo puesto, lo que me indicaba que, probablemente no llevara nada

debajo o, si llevaba algo, sería de muy poca tela, como así me lo demostró en cuanto que se puso de pie y dejó que el abrigo se deslizara por su cuerpo, hasta caer al suelo.

—Como voy a entrar, amor, con mi llave —me contestó, dejándome totalmente sorprendido. ¡Qué imbécil fui! No había caído en que nunca me devolvió la llave, ni yo había cambiado la cerradura.

—Vístete y sal de mi casa ahora mismo —le indiqué muy serio, no quería que llegara Luna y pensara lo que no era.

—Antes te gustaba que te esperara así.

—Antes cuando, ¿en la prehistoria? —le dije riéndome, pero era una risa irónica —Por lo visto, esperabas así a mucha gente cuando yo salía de viaje. Mi casa era como la boca del metro en hora punta, y mi cama ya no te cuento. Te has pensado que soy gilipollas, y te estás equivocando. Tenía una venda en los ojos, que, por suerte, y gracias a una persona de la que me he enamorado de verdad, he podido arrancarla.

En ese momento escuchamos el ascensor, y ella aprovechó la ventaja que en su posición podía ver quien era, porque había dejado la puerta abierta, y se lanzó a mi boca, no dejándome capacidad de reacción, hasta que pude quitármela de encima y volverme, al escuchar el grito ahogado de una persona, que no era otra que Luna, mi Luna, la que consideraba el amor de mi vida.

Detrás de ella venían Héctor y Sol, que me miraban con una mezcla de odio y asombro.

—Esto no es lo que parece —les dije, mientras veía como Luna se había quedado paralizada, y Patricia reía con maldad, sabiendo que se había salido con la suya.

—¡Qué original! —dijo a borde de las lágrimas en cuanto tuvo capacidad de reacción.

—¡Sal de mi casa inmediatamente! —le grité a Patricia, que salió victoriosa.

—No llores, chica, que tampoco es para tanto. Los he conocido mejores, sobre todo en la cama —le dijo a Luna, al pasar por su lado, y os juro que vi como ella se reprimía las ganas de cogerla por los pelos, pero una mirada de Héctor hizo que se contuviera.

—¿Me vas a explicar que era eso? —me preguntó Héctor, que sabía que aquello tenía que tener una explicación.

—Eso, que te lo explique a ti, porque yo no necesito explicaciones ningunas, sé lo que he visto, y esta vez no es que haya sido producto de mi imaginación. Voy a recoger mis cosas —dijo mientras entraba en el dormitorio, y a mí se me cayó el mundo encima.

—Luna, por favor, déjame que te explique —le supliqué, pero ella dio un sonoro portazo, dejándome fuera en el pasillo y con la palabra en la boca.

—Héctor, no me devolvió la llave, y cuando he entrado me la he encontrado en el sofá, cuando ha escuchado el ascensor, se ha abalanzado sobre mí, sin dejarme margen para reaccionar, te lo juro —le contaba a mi amigo, que me conocía y sabía que estaba diciendo la verdad.

Capítulo 23

Luna

—¿Cómo he podido ser tan idiota? Si es que me lo tengo merecido, por imbécil, por creer que un tío así podía enamorarse de mí, y encima en tan poco tiempo —le decía a mi hermana, mientras que no podía parar de llorar.

—No seas tonta, ese hombre está enamorado de ti desde el primer día que te vio, y seguro que todo esto es un plan que ha urdido la bruja esa para separaros.

—Un plan que le ha salido de maravilla, porque si llego a entrar diez minutos más tarde, me los encuentro en plena faena.

—Deja de llorar y sal ahí fuera, permítele que te cuente, sabes que vas a notar si te está mintiendo —me aconsejaba mi hermana, y os juro que una parte de mí, me decía que le hiciera caso a Sol, pero la otra me decía que si lo hacía estaba perdida, porque podría hacer conmigo lo que quisiera, pero no tuve que salir yo, vino él.

—¿Me dejas a solas con ella, Sol? Héctor te explicará todo a ti, como yo lo he hecho con él, pero ahora necesito que Luna me escuche, es mi única misión, si luego no me cree o quiere mandarme a la mierda, no la molestaré más —le dijo Sebas a Sol, y ella salió de allí en completo silencio.

—No tengo todo el día —le increpé, con un tono que dejaba ver con claridad la ira y el dolor que sentía, porque se lo pregunté antes de instalarme, cuando lo vi con esa foto en la mano, y me lo negó, para dos días después cambiar de opinión.

—Luna, te juro por mi hermana, que es lo que más quiero en el mundo, que yo no he tenido nada que ver en esto. Cuando llegué, me encontré con ella en el sofá, tal y como la has visto tú. Me entró de todo por el cuerpo, y la eché, sin contemplaciones, pero no sin antes preguntarle como había entrado, y me confesó que tenía una llave. No te puedo decir si ha entrado más veces, cuando no hemos estado o si esta ha sido la primera vez, pero lo único que sé es que venía con la intención de separarnos, y no quiero que lo consiga —empezó a contarme, y vi como las lágrimas salían de sus ojos, al igual que estaban saliendo de los míos.

—Si dices que te la encontraste aquí, ¿por qué no cogías el teléfono? ¿Por qué ignoraste mis llamadas? —Tenía que llegar al fondo de todo esto, no estaba dispuesta a pasar por una cornuda de nuevo, y menos en las circunstancias en las que me encontraba ahora.

—Silencié el teléfono antes de entrar en la reunión, y luego se me olvidó que lo tenía en ese modo. Cuando me monté en el coche y saqué el móvil del bolsillo, vi que tenía llamadas perdidas tuyas, pero pensé que, como

venía para acá, si tú no habías llegado, te devolvería la llamada. Puedes preguntarle a Víctor si no me crees, él te dirá a qué hora hemos salido de allí, porque ha estado todo el día conmigo —me explicó, levantándose para marcharse —Yo ya no te puedo decir nada más, en tu mano está si me quieres creer o no.

Salió de la habitación, y yo me quedé ahí, tal y como estaba, sentada en los pies de la cama y llorando como si no hubiera un mañana. Mi hermana debía haberse ido, porque no entró a ver como estaba, como me sentía, y eso hizo que me derrumbara todavía más. ¿Por qué la vida era tan cabrona conmigo? ¿Acaso yo no tenía derecho a ser feliz? Entre tanto llanto, debí quedarme dormida, porque cuando abrí los ojos ya era de noche, y ni siquiera había tomado ni agua. Me levanté y salí del dormitorio, donde no encontré a Sebas por ninguna parte, y eso me dolió, y mucho. Encima de la mesa encontré una nota para mí. *"Me voy a casa de mi padre, pasaré allí la noche, piensa en lo que quieras hacer, nuestra relación está en tus manos. No olvides que te quiero"*.

¿Qué hacía, lo esperaba allí, iba a buscarlo, me iba a la mierda? Mi cabeza era un torbellino de palabras, de cosas, y me dolía como nunca lo había hecho. Miré el reloj y vi que eran las ocho de la tarde, no era una hora demasiado tarde para llamar por teléfono a alguien, y eso hice. Pero no lo llamé a él, ni Héctor, ni siquiera a mi madre o hermana, llamé a Marta. Entre todas las personas que nos rodeaban, era la más parecida a mí, y la única que podía entenderme.

—Luna, cariño, ¿te ocurre algo? —me preguntó preocupada al escucharme cuando descolgó mi llamada, y es que solo me salían sollozos

—¿Dónde estás?

—En…en casa —le dije como pude.

—No te muevas, que ahora mismo voy para allá —me contestó y colgó el teléfono.

No tenía fuerzas, tan solo quería llorar, pero ya no me salían lágrimas, los minutos que tardó en llegar a mi casa me parecieron horas, y es que necesitaba un abrazo, que alguien me dijera que todo iba a salir bien, y que fuera de verdad. Estaba sumida en mis pensamientos, cuando llamaron al timbre.

—¿Qué ha pasado? —me dijo tras ver en el estado en el que me encontraba y cobijándome entre sus brazos.

—Estaba aquí, desnuda, entre los brazos de Sebas… —era todo lo que me salía, cuando ella me cogió la cara para hablarme.

—Escúchame, te voy a hacer una tila, te vas a tranquilizar y ahora hablamos, ¿vale? —me dijo, y asentí con la cabeza. La escuchaba hablar por teléfono, pero ni estaba pendiente de sus palabras ni de con quien estaba hablando, no tenía cuerpo para estar pensando en nada, mucho menos en eso.

Me trajo la tila, y esperó a que me tranquilizara, tal y como había dicho.

—Ahora, cuéntame todo desde el principio —me dijo, tomando mis manos entre las suyas, dispuesta a escucharme.

—El día que me vine aquí a vivir con Sebas, lo encontré con un marco en el que había una fotografía de él con su ex, y lo noté como nostálgico. Le pregunté si estaba seguro del paso que íbamos a dar, ya me hicieron daño una vez y no quería volver a pasar por eso. Me dijo que sí, que ella era el pasado y se había dado cuenta de que no estaba enamorado de ella, no como lo estaba de mí, y que debería de haber cortado esa la relación mucho antes. Lo creí, te juro que vi en sus ojos que no me mentía, pero hoy cuando he llegado a casa… —un nudo se me instaló en la garganta, y tuve que parar y tomar un sorbo de la tila que todavía tenía en mis manos.

—Cuándo has llegado a casa, ¿qué? —me instó a que siguiera contándole.

—Pues cuando he llegado a casa, tras llamar a Sebas en infinidad de ocasiones sin que atendiera mi llamada, me lo he encontrado con ella casi desnuda entre sus brazos —terminé de explicarle, y en ese momento me acarició la cara, para continuar hablándome.

—Sé que lo que te voy a decir puede sonarte a excusa, pero te aseguro que no lo es. Mi hijo no volvería con ella nunca, lo ha hecho sufrir cada día en los que han estado juntos, no solo engañándolo con otros, sino separándolo de todos nosotros, para dejarlo aislado y poder manipularlo a su antojo. Ten por seguro de que Sebas está enamorado de ti y, en estos momentos está sufriendo igual que tú. ¿Piensas que es justo que los dos os encontréis en ese estado por su culpa? ¿Quieres que triunfe el amor o la maldad? Te voy a contar lo que creo que ha sucedido, y estoy segura casi al

cien por cien de que ha sido así. Ella se fue con Sergio, pensando que la iba a tener como una diosa, viajando de un lado para otro y repleta de lujos, que es lo que a ella le gusta. El día que vino a recoger sus cosas, mi hijo le preguntó dónde estaba su novio, y le aseguró que estaría con otra, no en la cena de negocios a la que le había dicho que iba. Esa misma noche, en un medio digital de cotilleos, apareció su foto junto a una modelo, en actitud más que cariñosa, por lo que vio que Sebas tenía razón en lo que le había dicho. El otro la habrá puesto de patitas en la calle o, por lo menos, le habrá dicho que eso es lo que hay, si le conviene bien, y si no también, dándose cuenta de que el chollo que tenía con mi hijo no lo iba a tener con su jefe. Lo habrá seguido y, al comprobar que estaba contigo, ha querido que sea tan desgraciado como lo ha sido ella, que lo perdió todo por la avaricia. Aunque ahora sé, que tarde o temprano, esa relación estaba abocada al fracaso, porque la sonrisa que mi hijo ha lucido desde que está contigo no se la había visto nunca antes, ni con ella ni con nadie.

—¿Y si lo vuelve a hacer? ¿Y si lo convence para que estén juntos de nuevo?

—¿Y si cae un meteorito y nos vamos todos a tomar por saco? —me interrumpió —No dejes que los "y si…" condicionen tu vida, y te lo digo yo que en eso soy una experta. Cuando Manuel y yo nos separamos, me negué a conocer a nadie, y mira que tuve oportunidades, por eso mismo, por los "y si…": y si se arrepiente y vuelve, y si hablamos y podemos recuperar lo que teníamos, y si me enamoro de otra persona y me vuelve a pasar. ¿Sabes lo único que he conseguido con todo eso? Pues te lo voy a decir, quedarme sola, dejar que la vida pase como si yo no pudiera vivir, como si el mundo pudiera seguir sin que yo estuviera en él, y ahora me doy cuenta.

No caigas en el mismo error que yo, porque cuando quieras darte cuenta, no habrás vivido, habrás sobrevivido, que no es lo mismo, y ya no podrás volver atrás —me habló con el corazón en la mano, y por primera vez, la entendí, porque yo había hecho lo mismo desde que descubrí que Adrián me había puesto los cuernos con todo lo que tenía faldas.

—Gracias, Marta, por escucharme, por entenderme y por darme tan buenos consejos, que seguiré al pie de la letra. Ahora, voy a vestirme y a ir a buscarlo, que me ha dejado una nota diciéndome donde está —le dije, dispuesta a levantarme e ir en su busca.

—No hace falta que vayas, mi hijo ya viene para acá. Tanto su padre, como yo, le hemos dado el mismo consejo, que no se rinda, que luche por lo que más quiere, que eres tú. Tenéis que hablar, dejar las dudas y las inseguridades fuera de vuestra relación, solo así la haréis fuerte, esa es la única manera en que reméis los dos en la misma dirección y podáis salir adelante. Ahora me voy, que ya tiene que estar al llegar, y no quiero ser carabina de nadie. Al final, me voy a tener que apuntar a una de esas aplicaciones para conseguir una cita, aunque con mi edad, mejor que lo haga directamente en el hogar del pensionista, que será más adecuado —me dijo, sacándome una sonrisa, esa que llevaba sin salir desde que llegué a mi casa esa mañana. La acompañé a la puerta y, al abrir, allí estaba él, luciendo la misma cara de tristeza que lucía yo.

Capítulo 24

Sebas

Desde el salón la escuchaba llorar, y no entendía nada. ¿Qué sacaba Patricia jodiéndome la relación? ¿Cómo podía tener tanta maldad? Porque eso, en mi tierra, era hacer daño gratuitamente. Ni ella sentía nada por mí, ni su intención era recuperarme, ni nada que se le pueda parecer, ella solo quería verme sufrir, y seguía sin saber el motivo que le llevaba a querer hacerlo. Cuando estuvimos juntos no me porté mal con ella, todo lo contrario, por eso me descolocaba todavía más.

No podía más, si seguía escuchándola de esta manera, al final entraría y haría lo que no debía, porque ahora la pelota estaba en su tejado, y no quería presionarla más, así que decidí irme de la casa. Al principio, pensé en vagar sin rumbo, pero entonces pensé que, si salía y no me veía, se iba a preocupar más, así que le dejé una nota encima de la mesa. *"Me voy a casa de mi padre, pasaré allí la noche, piensa en lo que quieras hacer, nuestra relación está en tus manos. No olvides que te quiero"*.

Cogí las llaves del coche, pero no me encontraba como para conducir, y paré un taxi que pasaba en ese momento por mi calle, suponía que vendría de hacer un servicio, porque era muy raro que eso sucediera.

Héctor, antes de irse, me comentó que, para que no volviera a suceder, cambiaría la cerradura, pero eso tendría que esperar al día siguiente, porque la hora que era no habría ninguna ferretería abierta, y tomó a Sol de la mano para marcharse, eso fue cuando yo dejé a Luna sola en la habitación, hacía ya una hora.

—Sebas, cariño ¿qué te ocurre? —me dijo Carmen al abrirme la puerta de su casa, porque me presenté allí sin avisar a nadie.

—Lo ha conseguido, Carmen, lo ha conseguido —pronuncié, para, acto seguido, caer de rodillas, derrotado y llorando como si fuera un niño de cinco años.

—¿Quién es? —dijo mi padre asomándose a la puerta del salón, y en cuanto me vio en el estado en el que estaba, le dijo a su mujer que me preparara una tila, que él se ocupaba de llevarme al salón. Por fortuna, mi hermana Nerea llevaba ya un rato durmiendo, porque no me hubiese gustado nada que la niña me viera en esas condiciones.

—Aquí tienes, tranquilízate, y cuando te veas con fuerzas, nos cuenta que es lo que ha pasado —me dijo Carmen, cuyo cariño y comprensión se estaban reflejando en su rostro. Entendía perfectamente como mi padre se había enamorado de ella, a pesar de la diferencia de edad, que era bastante.

Le di dos pequeños sorbos, y cogí aire, era hora de que se enteraran porqué había aparecido en su casa a esa hora y de esa manera.

—Creo que voy a empezar por el principio. He ido al periódico, porque Víctor, el que era mi jefe y es la actual pareja de la madre de Luna, me había comentado que tenían previsto despedirme, y, además, apropiarse de mis investigaciones y como ya he conseguido trabajo en otra redacción, pues fui a enfrentarlos y a cantarles las cuarenta. Antes de entrar, puse el teléfono en silencio, porque no quería que nada ni nadie me desconcentrara. Al montarme en el coche, varias horas después, que fue cuando terminé la reunión, vi que tenía varias llamadas perdidas de Luna y varios mensajes para que la llamase, pero pensé que ya estaría en casa, así que me dije: *si no ha llegado todavía, pues la llamas, como vas para allá, no pasará nada* — hice un parón para seguir bebiendo, porque de pronto se me había quedado la boca seca, tan solo de pensar en lo que me encontré allí.

—Está bien, hijo. Entonces, al parecer has discutido con Luna por ese motivo, ¿no es así? —me dijo mi padre, que me escuchaba atentamente, y negué con la cabeza.

—Ojalá hubiera sido eso, pero la cosa es más complicada de lo que te imaginas. Continúo: al llegar a mi casa, vi que la llave de la puerta estaba abierta, y creí que Luna ya estaría allí, pero a quién me encontré fue a Patricia, medio desnuda, esperándome en el sofá. Os juro por lo más sagrado que la eché de todas las maneras habidas y por haber, pero cuando jalé de su brazo para llevarla hasta la puerta, que había dejado abierta sin darme cuenta, ella se fijó en que Luna salía del ascensor, y se lanzó a besarme, sin dejarme margen de maniobra, haciendo que mi chica pensara

que yo no le había contestado a las llamadas ni a los mensajes porque estaba liado con ella —terminé de contar, mientras que mi padre se llevaba las manos a la cabeza.

—La entiendo, yo habría pensado lo mismo, ha tenido que ser un shock para ella —dijo Carmen, poniéndose en la piel de Luna.

—¿Y mi hijo? ¿Nadie ha pensado en como se ha podido sentir él? —preguntó mi padre, esta vez era él quien se puso en mi lugar.

—Claro que sí, amor, entiendo a los dos. Él se ha tenido que sentir fatal, porque nada de eso ha sido culpa suya, pero ella, saber que no te ha contestado a tus llamadas, y encima encontrarse con ese pastel, tampoco ha tenido que ser plato de buen gusto para ella. ¿Se lo has explicado, Sebas? —me preguntaba la mujer de mi padre.

—Por supuesto, pero es que todo esto, además, tiene un contesto. Cuando se vino a vivir conmigo, mientras que estaba poniendo sus libros en la estantería del salón, vi que no había quitado el marco que tenía con una foto en la que estábamos Patricia y yo, era del principio de nuestra relación, y lo cogí, quedándome con él en las manos, mirándolo y pensando en lo que había cambiado todo entre nosotros desde ese día, pero ella lo interpretó como que sentía nostalgia, y me preguntó si estaba seguro de querer que conviviéramos juntos…

—Joder, hijo, es que tú también, tienes una puntería… Y a todo esto, ¿cómo entró en la casa?

—Pues con sus llaves, papá, esas que no me devolvió y que seguía teniendo en su poder. No sé si ha entrado más veces, si al ver las cosas de Luna allí se le fue la cabeza, solo sé que me ha jodido, pero bien.

—Aunque te las hubiese devuelto, lo primero que tendrías que haber hecho es cambiar la cerradura, porque tampoco te aseguraba nadie que no hubiera tenido una copia de las llaves.

—Ahora lo sé, pero con todo lo que me ha pasado últimamente, ¿crees que he tenido cabeza para eso? Es que mi vida, ya no es que sea una montaña rusa, no, la mía es un tobogán, en el que voy de culo y cuesta abajo —decía, verbalizando en voz alta mis pensamientos, esos que cada vez tenía más claros. ¿Qué más me iba a pasar?

—Cariño, perdona que te lo diga, pero si te metes a sombrerero, nacen los niños sin cabeza —me dijo Carmen, y por primera vez en toda la tarde, pude sonreír.

—Voy a tener que ir a que me practiquen un exorcismo de esos, porque me han echado una maldición con todos sus avíos, no se les ha olvidado ni la sal —le dije, dándole un toque de humor a la cosa, cuando recibí una llamada de mi madre.

—¿Se puede saber en qué coño pensabas para irte y dejar a esta criatura, sola y en el estado en el que se encuentra? —me dijo, nada más descolgar la llamada, no me dejó decir ni hola.

—Yo también te quiero, mamá, y no te preocupes, que yo estoy en las mismas condiciones que ella.

—No, hijo, tú no estás en las mismas condiciones, porque tú estás arropado por tu padre y por Carmen, y ella me ha tenido que llamar a mí. No ha querido involucrar a su madre, y tengo clarísimo porque lo ha hecho, para que no piense mal de ti. Hasta con el dolor más profundo de su corazón, no ha hecho otra cosa que pensar en protegerte. ¿Vas a dejar que esa víbora se salga con la suya? ¿Acaso quieres volver con ella? Háblame claro, Sebas, con total sinceridad, porque de tu respuesta depende el consejo que yo le dé a Luna, y no tengo toda la noche —me dijo mi madre, y entonces todo cobró sentido en mi cabeza, ya sabía el motivo por el que lo había hecho.

—Aunque fuera la única mujer encima de la faz de la tierra, jamás volvería con ella. Es mala, y cada día me doy más cuenta de lo ciego que estaba con ella. Quiero a Luna, la amo con toda mi alma, y no voy a consentir que nadie me separe de ella —lo dije sin pensar, hablando desde el corazón.

—Pues mueve el culo, en cinco minutos te quiero en la puerta de tu casa, que es lo que yo voy a tardar en tener una charla con ella —soltó y me colgó el teléfono. Mi padre, que había escuchado la llamada, porque puse el altavoz del móvil, cogió las llaves de su coche y le dio un beso a su mujer.

—¿Piensas que meta el coche en el salón? —me preguntó, y es que me había quedado tan perdido, que ni cuenta me di de que me iba a acercar él,

así que me despedí de Carmen y salí tras él, que ya me estaba esperando con el coche arrancado.

—Piensa bien lo que le vas a decir, elige tus palabras adecuadamente, pero déjale claro que ella es lo primero para ti, que por encima de ella no va a haber nadie —me aconsejó mi padre, cuando me dejó en la puerta de mi casa.

—Gracias, papá, así lo haré —le contesté y me decidí a subir a mi casa, donde respiré profundamente antes de abrir la puerta, pero en ese instante se abrió, dejándome ver a Luna tras el umbral.

—Bueno, yo me marcho, tenéis mucho de lo que hablar, sentad las bases de vuestra relación y no permitáis que nadie os separe. Pocas parejas he visto que se miren de la manera en la que ustedes lo hacéis —dijo mi madre, dándole un beso a ella antes de salir y a mí, antes de que pudiera entrar.

—Sebas yo… —empezó a decir, pero no la dejé, antes tenía que hacer algo mucho más importante, y lo hice.

Tomé su cara entre mis manos, y la besé, de una manera tierna, pero que le quedara constancia de que, tal y como me había dicho mi padre, era lo primero para mí. Todavía estábamos en el mismo sitio, yo en el rellano a punto de entrar en la casa, y ella en el umbral de la puerta, cuando vimos que la puerta de la casa de la señora Pepa se abría, y no me pude alegrar más de que lo hiciera, no porque nos interrumpiera, sino por las palabras que iba a pronunciar a continuación.

—Menos mal que os veo así, pensé que la bruja esa iba a hacer algo para separaros —dijo nada más vernos, y los dos giramos la cabeza en el sentido en el que ella se encontraba.

—¿La ha visto usted entrar, señora Pepa? —le pregunté, y ella, avergonzada, bajó la cabeza, para hablar a continuación algo que nos dejó perplejos.

—Varias veces. Desde que Luna vive aquí, ha venido varias veces. Sé que os lo tendría que haber dicho, pero me daba vergüenza que pensarais que estoy todo el día detrás de la mirilla. Mi niña se ha portado tan bien conmigo, que no quería que me tacharais de metomentodo o de cotilla, y por eso me callé. Pero ahora sé que obré mal, si hubiera hablado antes, podríais haber tomado medidas, y no escucharla llorar como lo ha hecho esta tarde, no se lo merece, ni tú tampoco, Sebas, ninguno de los dos lo merecéis —y entonces Luna se lanzó a abrazarla, y yo también, y lloramos los tres juntos.

—Vamos a hacer una cosa, señora Pepa, a partir de ahora, cualquier cosa extraña que vea o escuche, háganoslo saber, nadie va a pensar mal de usted, se lo prometo —le dije, y ella, entre el llanto, asentía con la cabeza.

Capítulo 25

Luna

Las palabras de la señora Pepa nos dejó totalmente trastocados, ¿qué había hecho esa mujer en nuestra casa cuando no estábamos? ¿Qué pretendía con esas visitas, estudiarnos, hacernos daño? No entendía nada, pero antes que hablar de Patricia, teníamos que poner en claro nuestra relación, que era lo más importante.

—Señora Pepa, una preguntita: ¿cuánto tiempo se quedaba esa mujer dentro de la casa? ¿Lo sabe? —le pregunté a nuestra vecina, porque algo había hecho, y así, por el tiempo, podríamos intuir que era lo que hacía.

—Pues depende, hija. Yo la he visto entrar tres o cuatro veces, algunas de ellas con cajas o bolsas, otras sin nada, o tan solo con un ordenador, pero la mayoría permanecía dentro de la casa como una media hora, nunca más tiempo que ese —nos contestó, y ambos asentimos.

—Ahora, tenemos mucho de lo que hablar, Luna y yo, pero en cuanto que terminemos, le prometo que iremos a buscarla y nos lo contará todo

tranquilamente. Y no se preocupe por lo que podamos pensar, que le tenemos mucho cariño, sobre todo mi chica, y nuestra percepción de usted no va a cambiar en absoluto, se lo prometo —le dijo Sebas a la señora Pepa, que asentía con la cabeza, todavía con los ojos llorosos.

—En mis pensamientos estaba hablar sobre nosotros en primer lugar, pero ahora solo quiero poner la casa patas arriba, así me cueste luego todo el día ordenarla, pero esa mujer ha hecho o ha puesto algo aquí, y necesito encontrarlo para estar segura —le dije a Sebas, y él asintió con la cabeza, dándome la razón.

Empezamos por el salón, donde retiramos hasta el último objeto que había, sin encontrar nada, de ahí pasamos al dormitorio de invitados, y tampoco. Finalmente, entramos en el nuestro, así como en el cuarto de baño que teníamos dentro de él, y, ¡bingo! Tanto en el dormitorio como en el baño encontramos unos pequeños dispositivos, que suponíamos que eran pequeñas cámaras de esas que te venden por Internet y que puedes camuflar en cualquier parte, así como varios micrófonos instalados en sitios estratégicos.

—Esta tía está loca, te lo prometo. ¿Qué pretendía hacer con todo esto? ¿Subirlo a Internet y exponernos? ¿Tener munición para atacar cuando quisiera? No entiendo nada, de verdad —le dije a Sebas, que ya había cogido el teléfono para llamar a la policía.

—Buenas noches, quería denunciar a una persona por entrar en mi casa sin mi permiso, así como por instalar cámaras y micrófonos dentro de ella

—le decía a la persona que atendió la llamada, escuchando lo que le estaba hablando —. Perfecto, gracias, aquí les esperamos.

—¿Qué te han dicho? —pregunté, bastante asustada, la verdad.

—Que no toquemos nada, que vienen para acá —me contestó, y en su tono se intuía la preocupación.

Mientras que no llegaba la policía, nos sentamos en el salón, y nos pusimos al día de lo que nos había ocurrido en el trabajo, con nuestros antiguos jefes, llegando a la conclusión de que habíamos actuado bien.

—Luna, me gustaría hacer un viaje para fin de año, los dos solos —me dijo, y entonces caí en la cuenta de que habíamos pensado lo mismo, pero yo conté con su amigo y mi hermana para ello.

—Eso mismo he pensado yo, y tanto Sol como yo pretendíamos daros una sorpresa, porque dijimos de ir los cuatro juntos. Pero, si ves que prefieres que lo hagamos sin ellos, por mi hermana no va a haber ningún problema —le comenté, y me miró con una sonrisa.

—No me importa, en este vamos los cuatro y en el próximo nos hacemos una escapada tú y yo solos, que me apetece mucho, ahora solo tenemos que elegir el destino.

—El destino me da igual, lo que me importa es la compañía. Prométeme que esa mujer no va a interferir más en nuestras vidas, porque he estado tan solo unas horas sin ti, y casi me muero de pena —le dije, y entonces él me

tomó por la cintura, sentándome en su regazo, y me besó, un beso que me supo a poco, la verdad. Esperaba que la policía no tardara demasiado, porque necesitaba sentirlo en plenitud, y demostrarle lo importante que era para mí.

—No te puedo prometer eso, lo que sí puedo jurar es que te quiero más que a mi vida y que, llegado el momento, si dejo de sentir por ti, que tengo claro que no va a ocurrir nunca, serás la primera en saberlo. Nada de mentiras, nada de traiciones, tan solo tú y yo, sin tapujos de ninguna clase —me dijo, y entonces fui yo la que lo besé. Os prometo que, si no hubiera llamado la policía al timbre de la casa, la cosa hubiera ido a mayores, pero ahora nos tocaba aguantarnos y esperar a que se marcharan.

La policía estuvo más de cuarenta minutos registrando todo minuciosamente, encontrando una cámara y un micro más en el salón, esos que a nosotros se nos había pasado por alto. Nos aconsejó que cambiáramos la cerradura, cosa que ya teníamos pensado hacer al día siguiente, y le tomó los datos a Sebas, que era quien interpondría la denuncia, así como los de la persona que quería denunciar. Una vez que estuvo todo debidamente cumplimentado, le dijo que tendría que pasar por comisaría al día siguiente, para firmar y ratificar los hechos, y que, en cuanto que tuvieran algo sólido contra ella, nos lo harían saber.

—Ahora, sí, ya estamos solos, y podemos terminar lo que hemos empezado antes —le dije, con una sonrisa pícara, que él me correspondió, pero no de la misma manera, sino que me alzó en alto y me colocó en su hombro, como si fuera el hombre de las cavernas, y me llevó hasta el dormitorio, donde me lanzó a la cama.

Se puso entre mis piernas y, poco a poco, me fue desnudando, sin prisas, pero si pausas, mientras que dejaba un reguero de besos por todo mi cuerpo. Cuando ya me tenía tan solo con la ropa interior, invertí las posiciones, quedando yo encima de él, e hice lo mismo que Sebas había hecho conmigo minutos antes, pero yo no lo dejé en ropa interior, sino que lo desnudé por completo, encontrándome frente a frente con su miembro, que ya estaba duro y erguido, reclamando una atención que no se le estaba dando.

Lo tomé entre mis manos, y lo acaricié con mis dedos, llevándome en el pulgar la primera gota de líquido preseminal, y lo saboreé. ¿Pensáis que él no hizo nada? Pues os equivocáis de todas, todas, porque en ese tiempo, ya se había desecho de mi sujetador y de mis braguitas, esas que de un jalón destrozó por completo, poniéndome más cardíaca de lo que estaba.

Mientras que yo degustaba su miembro, ese que no pensaba soltar hasta que terminara en mi boca, el me acariciaba de arriba abajo y viceversa, pero en cuanto que se dio cuenta de mis intenciones, y en un giro que me tomó completamente por sorpresa, nos puso en la postura conocida popularmente como el sesenta y nueve, para de ese modo degustarnos los dos a la vez. En mi vida lo había hecho, ya que a Álvaro no le gustaba practicar el sexo oral, decía que era una pérdida de tiempo, que prefería ir directo al grano, y tengo que reconocer que me estaba excitando muchísimo, tanto que, en cuestión de minutos, terminamos los dos en la boca del otro.

—¡Ha sido una puta pasada! —exclamó Sebas cuando terminamos —Pero no te vayas a pensar que esto termina aquí, porque solo ha sido el principio.

Solté una carcajada, porque ya lo iba conociendo, y sabía que, con eso, ni él ni yo, teníamos suficiente. Me recostó en su pecho mientras se recuperaba, que no sería más que cuestión de minutos, y nos besamos, de tal manera que nos volvimos a encender, ya estaba preparado para un nuevo asalto, que no dejamos escapar.

Decir que dormimos mucho esa noche, sería faltar a la verdad. En realidad, sería decir que dormimos algo, porque cuando vinimos a cerrar los ojos ya entraba la claridad de la mañana a través de la ventana, pero por muchas ojeras y cansancio que tuviéramos, mereció la pena.

Llevábamos tan solo un ratito durmiendo, cuando sonó su teléfono, era Héctor para decirle que ya había comprado la cerradura, y que venía a colocarla, por lo que tuvimos que levantarnos. Nos dimos una ducha que, en principio iba a ser rápida, pero que de eso tuvo bien poco, porque nos volvimos a enredar, y volvimos a hacerlo entre la mampara y la pared, con el agua resbalando por nuestros cuerpos y de una manera tan salvaje y brutal que ambos nos corrimos pegando un fuerte grito. Al final tendríamos que utilizar el dinero de las indemnizaciones en insonorizar la casa, lo estaba viendo.

—Voy a ir a ver a la señora Pepa —le dije a Sebas cuando llegó Héctor, que lo hizo solo, porque mi hermana Sol había quedado con mi madre para ir de compras, la semana siguiente era Navidad y yo todavía no había comprado absolutamente nada, así que en breve tendría que hacer lo mismo.

—Perfecto, mientras yo me quedo aquí con Héctor cambiando el bombín de la cerradura, así que no tengas prisa —me dijo, dándome un beso en los labios.

La señora Pepa me abrió la puerta y en su cara se reflejó una mezcla de cariño y vergüenza, por no habernos contado nada de que había visto a Patricia entrar en casa varias veces, pero no lo permití, porque me lancé a sus brazos y me puse a darle besos por toda la cara. Yo estaba actuando como una niña pequeña cuando ve a su abuela después de mucho tiempo, y ella… ella me acogió con los brazos abiertos.

A pesar de su edad, que los ochenta no los cumplía más, era una mujer con mucha vitalidad, mucho carisma y mucha energía, y era capaz de valerse por sí misma. Yo admiraba a las mujeres así, mi abuela, la de verdad, nunca había sido de esa manera. Ella se acostumbró a depender de todo el mundo para hacer lo que fuera, algo tan sencillo como ir a por un vaso de agua, decía que no podía cogerlo, y teníamos que llevárselo mi hermana o yo. No es que me molestara, para nada, pero sabía que, si fuera más independiente, estaría más feliz. Mi abuelo, sin embargo, era un guerrero, que no encontraba limitaciones en nada. Estaba prácticamente en el lecho de muerte, y no consentía que nadie hiciera nada por él, era un guerrero, un luchador, y esa imagen la tenía grabada en mi retina, porque de mayor quería ser como él, o como la señora Pepa.

Bueno, a lo que iba, que me desvío más que una carretera de montaña. Tenía algo en mente, y lo expresé en voz alta.

—Señora Pepa, que le parece si usted y yo, mañana por la mañana, nos vamos de compras, que se acerca la Navidad y todavía no he comprado nada —le dije y la mujer me miró sorprendida.

—¿Adónde vamos a ir las dos, chiquilla? Si yo soy más lenta que el caballo del malo…

—De compras, ya se lo he dicho.

—Además, si para mí la Navidad es como otro día cualquiera, me ceno un huevo frito con jamón y una naranja, y listo, a dormir, que mañana será otro día —me dijo ella, con la cara apenada, pero le rebatí.

—Este año no, porque ya estoy yo aquí y lo pasará usted con nosotros y con nuestra familia.

—No quiero molestar, de verdad… Pero si me ves como alguien de tu familia, entonces deja el "usted" y el "señora" para la de arriba —me contestó con mucho arte, y con una sonrisa en la cara, esta mujer era muy especial.

Capítulo 26

Sebas

Al final, nos enredamos con lo de la puerta y, cuando quisimos darnos cuenta eran más de las tres de la tarde. Luna seguía en casa de la señora Pepa, y me extrañaba porque no sabía que estaba haciendo allí tanto tiempo, cuando vimos que se abría la puerta y salían las dos con una fuente de comida, que olía de campeonato.

—Ale, se acabó trabajar que es hora de comer —nos dijo la señora Pepa a Héctor y a mí, que ya habíamos terminado.

—¿Qué trae usted ahí, señora Pepa? Porque huele que alimenta —le dijo Héctor a mi vecina.

—Pues unas costillitas a la barbacoa que hemos preparado mi niña y yo —contestó ella, y a mí me salió una sonrisa, por esa forma que tenía de dirigirse a Luna —. Y a vosotros, os digo lo mismo que le he dicho a ella, que dejéis de tratarme de usted, eso lo dejáis para la de arriba, yo soy Pepa, a secas, sin adornos.

Nos arrancó una carcajada con su comentario, y así estuvimos durante toda la comida, con bromas entre ella y Héctor que había pasado de llamarla señora Pepa a decirle, Pepa sin adornos, lo que hacía que ella se enervara cada vez más, de broma por supuesto, y terminó dándole una colleja.

Esa tarde, recibimos la visita de mis padres y de mi abuela, que hizo muy buenas migas con la señora Pepa, perdón, con Pepa sin adornos, como la llamaba Héctor, y todos se alegraron de nuestra reconciliación.

—He denunciado a Patricia, porque había entrado en casa más veces, además de ponernos cámaras y micros en toda la casa —les dije, y mi madre me miró asombrada.

—Muchas películas de policías ha visto esa, y al final lo que va a terminar viendo va a ser un episodio de Vis a Vis, porque allí es donde va a acabar por idiota —dijo mi abuela, haciéndonos reír a todos.

—Amelia, yo es que todavía me pregunto que le pudo ver este muchacho a la víbora esa, porque era todo fachada, tenía el interior más negro que los cojones de un grillo —habló Pepa, y es que se habían juntado, como se suele decir, el hambre con las ganas de comer.

—Y yo, Pepa, y yo. A veces he pensado que tendría que tener un diamante en chumino, porque otra explicación no le veo —le contestó mi abuela, que, si fuera muda, reventaba.

—Estoy aquí, por si no os habéis dado cuenta —les dije a las dos, que lejos de amilanarse, se vinieron más arriba aún.

—Pues por eso que estás aquí, acláranos esa duda, hijo. ¿Qué le viste? ¿Te echaba polvos mágicos? —esta vez era Pepa la que hablaba, y la que nos sacó una carcajada cuando se dio cuenta de lo que había dicho y quiso enmendarlo —Ay, qué vergüenza, que no me refiero a ese tipo de polvos, que supongo que también los echaríais, sino a que, si te echaba algún tipo de polvos durante la comida, bueno eso tampoco…

—Déjalo, Pepa, que todos te hemos entendido, que al final te estás metiendo en un charco que se va a convertir en una piscina olímpica —le dijo mi madre, sin poder parar de reír.

—No creo que esté bonito que hable de mi ex estando aquí mi actual pareja, vamos digo yo —intentaba escabullir el bulto, pero Luna me miró como diciendo, eso no te lo crees ni tú.

—No, no, por mí no te cortes, que yo tengo la misma curiosidad que ellas —me contestó, y entonces me di cuenta de que no tenía otra salida que hablar.

—Está bien, lo contaré. Al principio era mi amiga, pero poco a poco, el interés de ambos fue cambiando, pasando de ser amigos a algo más. Cuando terminamos la carrera, si es verdad que su carácter había cambiado, y pasó a ser una persona más déspota, que solo vivía por y para ella, pero supuse que los años juntos era lo que traía, que la verdadera persona salía a relucir. Al final, supe que nunca había estado enamorado de ella, que había sido algo

más como mi zona de confort, yo estaba cómodo y ella sacaba de mí todo lo que quería. Ahora sé lo que es estar enamorado de una persona, que te falte el aire cuando ella no está, no querer que le roce ni el aire, y todo esto lo siento con Luna, que ha sabido darle el lugar a cada persona de mi familia, incluida mi hermana, que no es fácil de contentar, pero ella sabe llevarla a las mil maravillas —les conté. Y hablando de mi hermana, la enana no había venido porque estaba en el cumpleaños de una de sus mejores amigas, y no podía faltar, pero hizo que papá me llamara para decirme que no se había olvidado de su fin de semana.

—Eso que has dicho es precioso, hijo. Ojalá y yo tuviera la oportunidad de encontrar algo así —dijo mi madre, y me dio mucha pena por ella, porque había querido a mi padre de tal manera, que hasta que se casó pensaba que podrían arreglarlo.

—Seguro que, cuando menos te los esperes, en cualquier esquina encuentras de nuevo el amor —le dije, y mi madre me miró con una cara que no supe interpretar, hasta que habló.

—Sebas, cariño, con respecto a tu novia, siempre encuentras la palabra perfecta, pero a mí, con lo que has dicho, ha parecido que me he metido a pilingui. En cualquier esquina, dice el niño malaje, es para darle una colleja y arrancarle la cabeza… —murmuró, y yo me puse rojo como un tomate, mientras que los demás se partían de la risa.

—Amelia, mañana, Pepa y yo nos vamos a ir de compras, que ya mismo está aquí la Navidad y no tengo nada preparado, ¿te apuntas con nosotras? Esto también se hace extensivo para vosotras dos, Carmen y Marta —les

dije, porque en realidad me apetecía que se vinieran todas. En ese momento habían llamado a la puerta, y Sebas fue a abrir, pero no me había dado cuenta de quienes entraron.

—Eso, muy bonito y a tu hermana y a tu madre que las parta un rayo, ¿no? —protestó mi madre, pero en tono de broma.

—Mi madre y mi hermana se han ido hoy sin mí, así que, si así lo hiciera, solo les estaría pagando con la misma moneda —les dije, sacándoles la lengua, y seguíamos con las risas.

—Si estábamos buscando tu regalo, ¿cómo coño quieres que te digamos que te vengas? Ni que fuéramos tontas… —me replicó mi hermana, que era otra que bien bailaba.

—Yo me apunto —dijo Carmen —, pero la niña se tiene que quedar con su padre, porque si no se le chafaría la magia de la Navidad.

—La niña estará en el colegio, Carmen, hasta el viernes no le dan las vacaciones —dijo mi padre, con su muleta en alto, porque seguía fastidiado el pobre, aunque ya sin escayola.

—Anda, es verdad, que tonta. Pues entonces, la recoges tú del colegio, que a mí no sé si me va a dar tiempo de llegar.

—A mi hermana la recojo yo, y luego me la llevo a comer al búrguer. Yo también iré de compras por la mañana, ¿cuento contigo, papá? —le dije a mi padre, que negaba con la cabeza.

—¿Yo de compras habiendo Internet que te lo traen a la puerta de tu casa? Que poco me conoces, hijo —dijo él, con mucha solemnidad, y es que yo lo había hecho a propósito. Nunca, en la vida, le había gustado ir de compras, delegaba siempre en mi madre.

—Pues yo si me voy contigo —dijo Víctor.

—Y yo también, que mañana no tengo que trabajar —dijo Héctor.

Al final nos dieron las tantas, porque los padres de la amiguita de mi hermana llamaron a mis padres para decirles que se la llevaban a dormir a su casa, y entonces nos pusimos a hacer una lista de lo que compraríamos cada uno a la niña, vamos, que nos repartimos todo lo que había pedido. Algo le pondríamos en el Árbol de Navidad para Papá Noel, y el resto se lo daríamos el Día de Reyes.

Pedimos pizza para cenar, y a pesar de que tanto Pepa, como mi abuela, decían que eso no era comida de verdad, que a ellas no les gustaba, se terminaron comiendo una entre las dos, y se quedaron con ganas de más. Esas dos mujeres nos iban a matar de la risa, porque lo que no se le ocurría a una se le ocurría a la otra.

También pudimos organizar la Navidad, esa que era el primer año que la pasaríamos todos juntos, incluida la vecina y la familia de Luna, y terminamos decidiendo que la pasaríamos en casa de Víctor, que vivía en un chalé con seis dormitorios en un pueblecito cercano a Madrid, porque nunca

le había gustado vivir en la ciudad, con tantos coches y tanto ruido, y allí cabríamos todos a la perfección.

—¿Estás feliz? —le pregunté a mi chica, necesitaba saber que había gestionado todo lo que había pasado con Patricia.

—Como una perdiz —me contestó de broma, pero sus ojos me decían más de lo que lo hacía su boca.

—Es la primera vez en mi vida que me siento pleno, creo que lo tengo todo en orden, y que estoy con quien quiero estar. Estas Navidades se presentan muy bien, y por fin voy a poder pasarlas en familia.

—¿Cómo las pasabas antes si no era así? —me preguntó curiosa y extrañada a la vez.

—De viaje. Siempre estábamos de aquí para allá —le dije, y su cara todavía se mostraba peor que la de antes.

—No te entiendo… si no tuvieras familia, vale, pero teniendo además una niña pequeña, es que no lo concibo —me decía.

—Verás, te explico… A Patricia no le gustaba la Navidad, porque sus padres siempre estaban fuera en esa época, y la había vivido sola o con amigos. El reunirse con toda la familia para comer o cenar, para ella era un suplicio, porque no estaba acostumbrada. Si encima le sumas a mi hermana, por la que sentía unos celos patológicos, como he podido comprobar en más de una ocasión, pues eso para ella era una bomba de relojería. Así que, por

no escucharla, o discutir, mejor me iba de viaje y volvíamos después de Reyes. Ni siquiera ese día lo celebrábamos, decía que los regalos se los podía hacer en cualquier momento, que eso era una chorrada —le expliqué como habían sido mis ultimas Navidades con ella.

—Pues, ¿sabes que te digo? Que se acabó el viaje en Fin de Año, que ya nos iremos otro día. O mejor aún, tengo una idea… ¿Por qué no le regalamos a la niña un viaje a Disney por Papá Noel y nos vamos los días previos a Fin de Año? Lo pasaríamos de lujo, y eso es algo que ella seguro que no se espera —me propuso, y lo vi ideal, porque no me podía imaginar a mi hermana cuando lo viera, sería un sueño para ella.

—Me parece una idea fantástica. Voy a llamar a mi padre para que le saquen a la niña el DNI y nos gestionen el permiso para poder salir con ella del país, lo va a flipar —le dije, cogiendo mi teléfono móvil para hablar con mi padre, sabía que no me iba a poner ninguna pega, ni él, ni Carmen, y ya estaba deseando ver la carita de mi hermana el día de Navidad.

Capítulo 27

Luna

Acabábamos de llegar al centro comercial, y estábamos esperando a que llegara el resto, que estaban aparcando. Tenía la total certeza que la experiencia iba ser inolvidable, porque juntar a Amelia y a Pepa, con el sentido del humor que tenían las dos, era como juntar el hambre con las ganas de comer, lo mismo, lo que no se lo ocurría a una se le ocurría a la otra y viceversa.

—Pues yo he pensado regalarle a mi nuera un aparatito de esos modernos que dan gustirrinín —dijo Amelia, en referencia al regalo que quería hacerle a la madre de Sebas.

—¿De masajes para la espalda o para los pies? —le preguntó mi hermana, inocentemente, y ella la miró horrorizada.

—¿Qué dices de espalda o pies, chiquilla? Para el chumino, "satisfador" o algo así se llama —le contestó ella indignada, y esta vez la que puso cara de

horror fue mi hermana, mientras que las demás rompimos en carcajadas, incluida la misma Amelia.

Había aprovechado que Marta había entrado en el servicio para soltarlo, porque ella pondría el grito en el cielo.

—Abuela, como le regales eso a Marta, lo va a usar de quita pelusas —le dijo Carmen, que también la conocía —Además, delante de la niña no se lo vayas a dar, que ya sabes lo curiosa que es, y a ver como le explicamos para lo que sirve.

—Más que para quitar pelusas, que también tendrá, del tiempo que hacer que no lo usa, le serviría para quitar telarañas, que es lo que debe tener ahí abajo. Estoy por llamar al programa ese del Milenio… *"Tenemos a la primera mujer a la que se le ha regenerado la virginidad después de años sin darle uso al aparato reproductor"* —entrecomilló la frase con los dedos, justo cuando venía Marta por el camino, que lo escuchó todo.

—Amelia, ¿otra vez con el mismo cachondeo? Pues que sepas que no me hace ninguna gracia. No he encontrado a nadie que me guste, por eso no he rehecho mi vida, pero ya lo encontraré —le dijo, empezando a enfadarse. Eso decía ella, pero yo sabía la verdad, me la había contado días antes, por eso me colgué de su brazo y le hice un gesto de que no le diera importancia.

Quedamos en que, cuando quisiéramos comprar algo para alguna de las que estaban allí presente, la persona a que iba destinado el regalo se quedaba fuera de la tienda, y eso acababa de pasar. Marta y Carmen entraron en una joyería, y nos tuvimos que quedar fuera Amelia, Pepa y yo,

que aprovechamos para sentarnos en una cafetería, porque mi vecina decía que le apetecía un refresco y que necesitaba descansar un poco las piernas, mentira, que corría más que yo.

—Pepa, mira a esa criatura que está ahí —le dijo señalando a una chiquilla de unos seis o siete años, a la que su madre le había colocado todo lo habido y por haber en la cabeza.

—La madre que me parió, si lleva todo el muestrario de horquillas de Mercería Loli —respondió Pepa, haciendo referencia a una pequeña tienda que había en el barrio y que se dedicaba a vender accesorios para el cabello.

—Ni que lo digas —respondió la otra, entre risas —. Si quieres ver las horquillas de moño, tercera sección de la cabeza, justo debajo de la oreja izquierda; la de clips, las encontrarás en la primera sección, delante de la coleta, en la que podrás encontrar todos los tipos de gomilla de sujeción que tenemos. Las diademas, podrás verlas entre la frente y la coleta —hablaba como si de un anuncio de esos de megafonía de las grandes superficies se tratara, mientras que a mí me dolía hasta la mandíbula de reírme, no podían tener más arte las dos.

—Menudo arsenal de aspirina tiene que tener en su casa, porque a esa niña le tiene que doler la cabeza un día sí y otro también —le contestaba Pepa, que tampoco se quedaba atrás.

—A esta le tienen que decir: “que ojos achinaditos más bonitos tiene la niña… No señora, es que mi madre me ha cogido la coleta muy tirante” —seguían con el cachondeo y yo estaba viendo que al final me hacía pis

encima, así que las dejé allí a las dos y me fui al baño, pidiéndoles que no se movieran y me esperaran a que volviera.

Al entrar en el baño me encontré con quien menos me podía haber imaginado, sí, sí, exactamente con la misma persona que estáis pensando, con Patricia.

—Hombre, si tenemos aquí a la mosquita muerta que me ha quitado a mi novio —me dijo nada más verme, con mucha ironía, pero yo no me iba a quedar callada.

—Yo no le he quitado el novio a nadie, a lo mejor es que lo has perdido tú solita, por digamos… ser ligerita de cascos —le contesté, con la misma sonrisa falsa e irónica que ella.

—¡¿Me estás llamando puta?! —exclamó, totalmente indignada. Pretendía achantarme, pero no lo iba a conseguir.

—Yo no te he llamado nada, esa palabra no ha salido de mi boca, pero si tú te das por aludida con ese calificativo, allá tú. Mira, la que ejerce la prostitución porque no tiene que llevarse a la boca, ella o sus hijos, porque necesita el dinero por una enfermedad, o porque le sale del alma ejercerla, ole por ella; pero la que es puta, que no prostituta, por el simple afán de hacer daño o no respetar a la persona que tiene a su lado, no se merece el menor de mis respetos. Y ahora, si no te importa, déjame pasar —le dije, dándole con el hombro para que se quitara de en medio, pero lejos de hacerlo, todavía se puso más.

—Mira, niñata, en el momento en el que me dé la gana, con solo un chasquido de dedos, lo vuelvo a tener en mi cama y en mi vida. Si no hubieras aparecido el otro día, lo habría conseguido, pero como eres tan inoportuna… Ah, y otra cosita, no os vayáis a creer que vais a ganar algo con esa denuncia que me habéis puesto, porque no hay ninguna prueba de nada. Para empezar, el tema de entrar en la casa, con decirle a la policía que la llave me la dio él, que habíamos quedado para tener un encuentro sexual, pero que apareciste tú y se vio en la obligación de presentar esa demanda para contentarte, ya tengo una cosa quitada de en medio. Y con respecto a esas cámaras y micros, no tenéis ninguna prueba de que los he puesto yo, por mucho que la entrometida esa que tenéis de vecina diga que me ha visto entrar en varias ocasiones, esas mismas que yo he declarado que iba a acostarme con Sebas. Con todo eso, lo único que habéis conseguido es que todo el mundo piense que tú, eres una cornuda y que él no ha podido olvidarme, que, por otro lado, te digo también que es muy cierto, y que va a volver conmigo, también, para que te vayas haciendo a la idea —me dijo, y se apartó, saliendo del baño y dejándome allí con tres pares de narices. Ensimismada me había quedado con eso último que me había dicho, cuando vi que entraban Carmen y Marta corriendo.

—Hemos visto salir al bicho ese y como tardabas, estábamos preocupadas no te hubiera hecho algo —me dijo Marta, mientras que me cogía de la cara para que la mirara, porque hasta la mirada la tenía ausente.

—¿Qué te ha dicho? Porque está claro que algo ha sido, o no estarías ahora mismo en este estado —preguntó Carmen, pero le quise quitar hierro al asunto.

—En realidad solo ha dicho tonterías, esas que no se las cree ni ella. Vamos, lo mismo de siempre, que si chasquea los dedos y tiene a Sebas comiendo de su mano, que si le ha dicho a la policía que las veces que había entrado en casa era para acostarse con él, y cosas de ese tipo —no se las creería ni ella, pero en mi estaba empezando a sembrar la duda de nuevo, por mucho que me prometí que no dejaría que me envenenara con sus palabras.

—No te habrás creído ni una sola de sus palabras, ¿no? —dijo Marta exaltada, y negué con la cabeza.

—Venga, vamos a recoger a esas dos señoras, que deben empezar a desesperarse, y sigamos con las compras, que todavía me faltan Sebas y Héctor —les dije, poniendo mi mejor cara, una que no correspondía a como me sentía en realidad.

En cuanto que salimos, vimos que mi hermana y mi madre estaban llegando en ese momento, no podían estar antes porque tenían que ir al dentista. A mi madre le daba pavor, y mi hermana se ofreció a acompañarla.

Continuamos con el día de compras, y con las risas, con esas también continuamos, porque las ocurrencias de esas dos mujeres no tenían límites. Ahora decían que querían comprarse un vestido bonito para la cena de Nochebuena y otro para la de Fin de Año, y todo lo que veían no era lo que ellas estaban buscando, porque se pusieron de acuerdo en el estilo que iban a llevar.

—Mira esos dos, Pepa, vamos a probárnoslos —le decía Amelia a mi vecina, señalando en el escaparate dos vestidos de color oro viejo que, por muy moderna que las dos fueran y muy delgadas que estuvieran, ambas tenían ya una edad, pero no sería yo la que les dijera nada.

Entraron las dos muy contentas en el probador, con esos dos vestidos que habían visto, pero cuando abrieron las puertas y se vieron la una a la otra, no se hicieron pis allí mismo de puro milagro, y yo, porque me había dado tiempo de ir al baño un rato antes, que si no lo que hubiera sido dorado iba a ser el suelo de la tienda.

¿Cómo os puedo describir la escena? No tengo ni idea, de verdad que no encuentro las palabras exactas, pero voy a intentarlo. Empezaré por Amelia. Ella no iba a la calle sin combinación, de esas de encaje por abajo, pues imaginaros, un vestido minifaldero, con la espalda al aire y tirantes muy finitos cruzados en la espalda, pero debajo esa bajera, como dicen las antiguas, en color chocho mona, con los tirantes como dos toallas de la playa de anchos, con lo cual parecía que se había puesto el vestido encima del tapete del sofá del salón. Las piernas llenas de pelo y las botas calentitas, de esas de velcro que llevan las abuelas para estar cómodas. Pero es que mi vecina Pepa, no se quedaba atrás. Se había probado el mismo vestido, pero ella llevaba las medias de calcetines, la faja que le llegaba hasta la rodilla, porque decía que tenía las carnes muy flojas y que se veía muy feo, y ese sujetador de abuela, cada cosa de un color, con los tirantes que, si se los quitaba, te servían de esterilla para el yoga. Vamos, un cuadro.

—Ay, Pepa de mi alma, que yo creía que nos íbamos a ver como las burbujas de Freixenet y parecemos dos bolas de un Árbol de Navidad, pero

compradas en los años setenta —le decía Amelia.

—Qué dices Amelia, dos bolas de árbol, dice la tía, y somos dos madame de un prostíbulo de carretera venidas a menos —le contestó la otra.

—Abuela, por favor, quítate eso que no le queda bueno ni a mi hija, de lo pequeño que es —era Carmen la que hablaba, bueno más que hablar balbuceaba, porque estábamos que nos tirábamos al suelo.

—Haznos una foto, Luna, que se la quiero enseñar a mi nieto en cuanto que llegue a casa, que estoy seguro de que él va a admirar nuestra belleza —decía entre risas, mientras yo hacía la foto y ellas dos posaban cual modelos.

Terminamos el día de compras, y volvimos cada una a casa, excepto mi hermana y mi madre, que vinieron a la mía porque, tanto Víctor, como Héctor, estaban esperándolas allí.

Capítulo 28

Sebas

El día con mi amigo y mi “suegro postizo” no pudo ir mejor. Habíamos comprado los regalos para todos, pero aparte de eso, fue un día de confidencias y de risas.

Héctor, con el arte que lo caracterizaba, había sido el culpable de la mayoría de las carcajadas que soltamos, sobre todo cuando se le ocurrió entrar en una tienda que había en un callejón buscando algo en concreto que no encontraba por ninguna parte. Era una figura que Sol le había dicho que le gustaría para adornar el árbol, y se la había descrito tal cual era, pero no había manera de encontrarla.

—Tiene que ser una figura antigua, así que vamos a mirar allí, que seguro que no compra nadie y tiene que tenerla —nos dijo, señalando la tienda que he referido antes.

Conforme nos fuimos acercando, su cara de desconcierto era total. Tenía un cartel de helados de una famosa marca, pero que correspondía con los

que se podían vender en los años ochenta o noventa, completamente descolorido de darle el sol. Obviamos ese dato, y quisimos entrar, pero ya no pudimos aguantar más la risa cuando vimos el interior.

Os voy a poner en situación: la tienda podía tener dos metros cuadrados, no tenía más, y en el mostrador lo mismo tenía preservativos, que sobres de estampas de fútbol, en el lado derecho tenía la máquina de cortar el embutido, y en una pequeña nevera que tenía detrás estaban las piezas de chóped o de chorizo, junto a los zumos y las botellas de agua.

—La madre que lo parió, ese todo lo tiene a mano —decía Héctor, totalmente indignado porque, ahí había encontrado la dichosa figurita.

—¿Has visto el equipo de vigilancia que tenía? —lo picaba yo, y es que el colega tenía un pedazo de monitor, colgado de la pared, con cámaras que enfocaban todos y cada uno de los rincones de la tienda.

—¿Para qué necesita eso? Sí, desde el mostrador, estirando la mano, le puede dar una colleja al que intente robar algo, no tiene ni que salir fuera —decía sofocado, mientras que Víctor y yo no podíamos para de reír —¿Pero sabes lo peor? Que tiene cojones que hemos ido a las mejores tiendas para buscar la dichosa figura, y la tenemos que encontrar en el lugar más cutre del universo.

Nosotros habíamos decidido que no iríamos a centro comercial, para dejar a las chicas a su aire, así que nos dedicamos a buscar los regalos en las tiendas del centro, donde encontré uno que sabía que le iba a encantar a Luna. Era un colgante de oro blanco, donde se veía a una pareja sentada de

espaldas en una media luna, y donde la figura del chico tenía su brazo pasado por los hombros de la chica. Ese no se lo guardaría para Navidad, se lo daría en cuanto que estuviésemos a solas en casa. Al salir de allí, tuve un encontronazo bastante desagradable, pues me di de bruces con Sergio, el jefe y amante de mi exnovia, que me miró de manera altiva, por encima del hombro, como si él fuera mejor que yo, o algo parecido, entraba con una señora mayor, que suponía que sería su madre en un portal que había junto a la joyería.

Después de eso, nos fuimos a comer a un restaurante italiano que nos encantaba y que Víctor no conocía.

—Tengo que traer a María aquí, le va a encantar —dijo cuando terminamos con nuestra comida.

—Yo también quiero traer a Luna, a ver si ya estamos más tranquilos de todo y podemos venir. Íbamos a hacer un viajecito para Fin de Año, pero al enterarse de como eran mis Navidades con Patricia, ha decidido que lo aplacemos. Lo que sí, que vamos a regalarle a Nerea un viaje a Disney por Papá Noel, y nos iremos cuatro días entre Navidad y Fin de año. Ya lo hemos hablado con mi padre, y que prepare la documentación para poder sacar a la niña del país —les expliqué, mi amigo me miró sorprendido.

—¿Ya lo habéis organizado? —me preguntó, algo tenía en mente, y yo lo sabía, nos conocíamos demasiado bien el uno al otro.

—No, todavía no. Iremos mañana o pasado, ¿por qué? —pregunté, a ver si me enteraba de lo que se le había ocurrido.

—Pues vamos a ir nosotros a la agencia de viajes, será un regalo para las tres, e iremos los cinco. Sé que a Sol le encantará ver el parque, nunca ha salido de España, y no me quiero perder la cara de la niña cuando esté allí. Así que, por favor te lo pido, no me dejes al margen de esto —me suplicaba y yo asentí.

—Bueno chicos, pues yo me retiro ya, que ya uno tiene una edad…

—De eso nada, tú te vienes con nosotros, así le regalas a María un fin de semana romántico en algún sitio que sepas que le va a gustar —le dije yo, y es que ya lo veía como si fuera otro padre más para mí.

Víctor pagó la cuenta, no nos permitió hacerlo a ninguno de los dos, ni a mi amigo ni a mí, y nos fuimos dando un paseo hasta la agencia de viajes más cercana, esa que buscamos por Internet, para no tener que estar dando tumbos por la zona.

No escatimamos en gastos, viajaríamos en turista, eso sí, porque el trayecto era muy corto y no merecía la pena pagar tanto dinero de más por un vuelo que no llegaba a las dos horas. Pero en el parque, a la hora de elegir alojamiento, Héctor y yo nos miramos, y con esa mirada nos entendimos a la perfección, pues le dijimos a la chica que queríamos dos habitaciones dobles, una de ellas con cama supletoria, en el hotel que había dentro del parque. Contratamos una cena con las princesas, indicando que fuera Bella o Cenicienta la que se sentara un rato con la niña, ya que eran sus preferidas, y pedimos el pase especial para no tener que esperar las colas de las atracciones.

—Pues por aquí, ya está todo listo —nos dijo la chica, entregándonos una carpeta con toda la documentación, así como billetes de tren y demás —Espero que lo paséis muy bien, pero antes quiero darte una cosita para que la sorpresa surja más efecto —me guiñó un ojo, y es que había malinterpretado mis palabras cuando dije que iba a llamar a la madre de la niña para que me diera su número de DNI, y pensó que era mi hija y que estaba separado, pero ni pude ni quise sacarla del error. Trajo una pequeña cajita de madera, y dentro venía una tarjeta en la que ponía: "Vale por un viaje a Disney" con las imágenes del parque y que sabía que a Nerea le iba a encantar.

Víctor le preguntó por una escapada romántica de un fin de semana, y la chica le recomendó un resort muy bonito que había cerca de Ávila, ya que él le dijo que no quería que fuera muy lejos, para poder aprovechar el tiempo. También cogió el paquete completo, con masaje y spa para los dos, y una cena a la luz de las velas, que recomendaban desde la web del alojamiento. Se trataba de unas pequeñas cabañas individuales, de esas con chimenea en el salón y bañera con hidromasaje.

—Suegro, ten cuidado a ver si ahora vais a venir de Ávila en vez de con un chuletón con un cuñadito —le decía Héctor, que lo llamaba así desde el primer momento.

—¿Te imaginas? Me iban a confundir con el abuelo, como en la película esa de Paco Martínez Soria —le contestó Víctor, haciéndonos reír a todos, y es que, por un momento, me imaginé la escena —. Mejor que un cuñadito, como tú dices, dame un nietecito o nietecita, que me pueda llevar al parque.

Si os digo que Héctor casi se ahoga de la impresión, ¿me creéis? Porque fue lo que ocurrió, hasta tuvimos que darle varios golpes en la espalda, pero yo no podía parar de reír.

—No te rías tanto, que tú también se lo puedes dar —me dijo Héctor, y eso no era ningún problema, porque a mí los niños me encantaban.

—Por mí no hay problema, otra cosa es que Luna quiera correr tanto, pero todo es cuestión de hablarlo con ella —le dije sonriendo.

—Claro, claro, y la otra, como es su gemela, ahora va y me dice que también quiere. Quita, con la de cosas que nos quedan por vivir solos todavía, y la cantidad de tiempo que nos queda por delante —se excusaba, como si estuviera enfadado, pero era todo fachada.

Nos fuimos para mi casa, donde avisamos a las chicas que las esperábamos. Cuando se fueran todos hablaría con Luna para que no le dijera nada a Sol del viaje, porque sería una sorpresa para ella también. Héctor había quedado conmigo en que no iban a llevar maletas ninguno de los dos, le diría que tenían que salir de viaje urgentemente, y que sería cuestión de unas horas. Como él tenía la misma talla que yo y su chica la misma que su hermana, con nuestras maletas nos apañaríamos todos, eso sí, llevaría algo de ropa interior y demás antes a mi casa, para que la lleváramos nosotros. Una vez en el aeropuerto, donde ya estaríamos Luna, la niña y yo, que no hablaríamos nada, le taparía los ojos. Lo tenía todo tan pensado, que incluso le pidió a la chica de la agencia que, en los billetes de

ida del vuelo, pusiera dos lo más alejados que pudiera del resto, para que la sorpresa fuera total.

—Ya estamos aquí, chicos. Hemos comprado hamburguesas en el local de la esquina, porque venimos muertas y no queremos cocinar —dijo Sol, que fue la primera que entró. Mi chica había ido con Pepa a dejar los regalos en su casa, decía que para que yo no los encontrara sin querer.

—Pues voy a poner la mesa mientras que los chicos sacan las bebidas —dijo Víctor, que se había integrado como si llevara toda la vida con nosotros.

Estuvieron contándonos las peripecias de Pepa con mi abuela, y cuando nos enseñaron la foto de las dos con ese vestido dorado, encima de sus refajos, como decían las antiguas, no pudimos más que tirarnos al suelo. Llevaba más de cinco años viviendo en esa casa, y aparte el tiempo que mi abuela vivió aquí, pero no me podía imaginar que mi vecina podía tener tanto arte. Jamás mi abuela tuvo relación con ella, pensando que era la típica vieja amargada, cuando en realidad lo único que necesitaba era un poquito de cariño, ese que Luna le daba encantada y que yo también empezaba a darle.

Veía a mi chica algo distante, pero no quería preguntarle nada delante de la gente, así que decidí que hablaría con ella cuando estuviéramos a solas. No era todo el tiempo, quiero decir que no es que no participara de la conversación ni mucho menos, solo que, en determinados momentos, era como si se consumiera en sus propios pensamientos. No le tendría que haber pasado nada, porque si no su madre o su hermana me lo hubieran

dicho o hubieran comentado algo a nivel general, pero algo rondaba en su cabecita, y no iba a permitir que la agobiara o la dejara mal.

Eran casi las doce de la noche cuando por fin nos quedamos a solas. La primera en marcharse fue Pepa, que decía que ya no podía ni con su alma, después de estar todo el día de arriba para abajo, y a ella le siguió Víctor con la madre de Luna, sí, me resistía a llamarla suegra todavía. Los últimos fueron Sol y Héctor, que pretendían seguir dando por culo, pero al que cogí de la chaqueta y lo planté en el rellano de la escalera, de broma por supuesto, porque ese tipo de cosas eran muy comunes entre nosotros.

Capítulo 29

Luna

Había habido momentos en los que no podía evadirme de mis pensamientos, por mucho que intentaba estar pendiente de la conversación, las palabras que me había dicho Patricia acudían a mi mente cada dos por tres.

Pensaba que Sebas no se había dado cuenta, pero nada más lejos de la realidad, me conocía tan bien que, a pesar de que no dijo nada mientras que los demás estuvieron en casa, en cuanto nos quedamos solos, no dudó en preguntarme.

—¿Me vas a contar que es lo que te ha estado rondando por esa cabecita durante toda la noche? —me dijo, cogiéndome por la cintura, acercándome a su cuerpo lentamente. Al principio dudé si contárselo o no, pero habíamos sentado como base de nuestra relación que no habría mentiras, que hablaríamos todo lo que nos generara alguna duda.

—Esta tarde, en el centro comercial, he tenido un encontronazo con Patricia —le conté, y me miró asombrado.

—¿Qué mentiras te ha contado? Porque está claro que no habrá dicho ni una palabra de verdad, esa con tal de hacerme daño, es capaz de decir y de hacer cualquier cosa.

—Básicamente, lo mismo de siempre. Empezó llamándome niñata, y que le había quitado a su novio. Cuando la enfrenté por ese comentario, y vio que por ahí no iba a sacar nada, cambió de tercio. Entonces, empezó a decirme que, si ella quisiera, con solo chasquear los dedos, te tenía comiendo de su mano, que tú estabas conmigo porque ella quería y más de lo mismo —le conté, y su reacción me encantó.

Me tomó la cara entre sus manos, y me besó, de una manera tan dulce como pasional, que me desarmó por completo.

—Creo que te he demostrado que estoy contigo porque quiero, porque te amo por encima de todas las cosas, y nada de lo que haga o diga ella te tiene que hacer dudar. Prométeme que, si te la vuelves a encontrar, nada de lo que salga por esa boca te va a afectar.

—Lo intento, pero hay veces que es superior a mis fuerzas, pues el hecho de las múltiples infidelidades de Álvaro me ha minado la seguridad en mí misma. Pero te prometo que voy a poner todo de mi parte para que no vuelva a suceder —le dije, y esta vez lo besé yo a él.

—No te muevas, que tengo algo para ti —me dijo, dejándome en el salón, de pie, y sin saber que hacer.

—¿Dónde vas?

—Ya estoy aquí, toma —me dijo, entregándome una cajita envuelta y que al abrirla me encontré con el colgante más bonito que había visto en mi vida.

—Es… no tengo palabras, es precioso y nos representa a nosotros, como pareja.

—Exacto, en una luna, como tu nombre. Lo he comprado para que, cuando tengas dudas, lo mires y lo acaricies, pensando en lo mucho que te quiero —me contestó y me lo quitó de las manos, poniéndomelo en el cuello, donde también depositó una batería de besos, que fueron desde el cierre del colgante hasta la mitad de mi cara, esa que giró para apoderarse de mis labios nuevamente.

Casi sin darnos cuenta, poco a poco, nos fuimos despojando de nuestra ropa, que acabó tirada a lo largo de todo el pasillo, sin separarnos, sin cortar ese beso que nos estaba dejando sin respiración.

Una vez que llegamos al dormitorio, nos separamos para coger aire, y con una sonrisa en los labios, que teníamos rojos e hinchados de tantos besos, se sentó en la cama, dejándome de pie entre sus piernas, y empezó a acariciarme y a dejar besos en todo mi abdomen, hasta que llegó a mi sexo donde se recreó a base de bien, haciéndome gemir y jadear de placer.

Más de dos horas estuvimos perdidos el uno en el cuerpo del otro, haciéndolo de todas las posturas habidas y por haber, hasta que no pudimos más, y caímos rendidos en la cama.

—En mi vida había sentido lo que siento cuando estoy contigo, y no solo en el tema de la cama, que también, sino en mi vida. Es como si hubiese encontrado la pieza que faltaba en el puzle de mi vida —me dijo Sebas, mientras nos manteníamos abrazados en la cama, después de hacer el amor.

—Yo también me siento así, me has cambiado hasta el carácter. He pasado de ser la persona más huraña y antipática del mundo a ser otra totalmente distinta, que se ríe a la primera de cambio, que es capaz de cocinar con una anciana a la que no conozco prácticamente de nada, y pasar el día con ella. Yo sí que no me reconozco ni cuando me miro al espejo —le dije, y era algo que tenía claro, si no lo hubiera conocido mi vida sería totalmente diferente, empezando porque no me habría sentido con la suficiente fuerza para enfrentarme a todo a lo que me había enfrentado, como a mi jefe, por ejemplo, con el que me llevé una desilusión enorme, no me esperaba que fuera de esa manera.

Nos quedamos dormidos casi al instante, el cansancio de todo el día había hecho mella en nosotros, y si a eso le sumamos la sesión de sexo que acabábamos de tener, pues era el coctel perfecto para caer rendidos en la cama.

Era viernes, y ese día nos traeríamos a la peque con nosotros todo el fin de semana. Sin que su hermano ni su madre lo supiera, le había comprado

por Internet un maletín de maquillaje y un tocador para que tuviera en casa, que era lo que mayor ilusión le podía hacer, además de un set de uñas, en el que venían toda clase de esmaltes de colores y una máquina para el secado de estos, y una colección de coleteros y horquillas para poder jugar a las peluquerías.

Sin querer, y al sacar eso, me acordé de la que liaron mi vecina y la abuela Amelia en el centro comercial con la niña que vimos, y eso provocó que me riera sola.

—¿Te has vuelto loca y no me he enterado? —me dijo Sebas, que aparecía en ese momento por delante de la puerta donde yo estaba. Cuando vio todo lo que tenía allí, casi se cae del susto —Te lo había preguntado porque te he escuchado reír sola, pero ahora que veo todo esto, lo confirmo.

—Quería que la niña viera que no va a cambiar nada entre ustedes porque yo esté aquí, además, me hace mucha ilusión poder jugar con ella a las peluquerías, y demás. Si te parece bien, he pensado en poner un rinconcito en la habitación que está vacía, guardar bien la tabla de la plancha y demás cosas que están ahí en el armario empotrado de ese dormitorio, y así la niña pueda tener un cuarto de juegos aquí —le dije, y se vino hacia mí y me cogió en brazos.

—No te hago el amor porque llegaríamos tarde a recogerla del colegio —me dijo, dándome un beso fuerte en los labios —. Te espero en el salón mientras te vistes, porque como me quede aquí… Deja todo eso y luego lo organizamos entre los tres, como vamos a ir al centro comercial como le prometimos, a ver si allí encontramos un sillón de esos pequeñitos que

emulan un sofá y una mesita, y le montamos aquí su propia sala de estar. Así, cuando crezca, lo tendremos ya montado para nuestra hija —me soltó, tan panchamente, y yo lo miré con una ceja arqueada.

—Definitivamente, esta habitación tiene que tener algo, porque ahora el que te has vuelto loco eres tú.

—¿No quieres tener hijos conmigo? —me preguntó entre el miedo y la broma —Porque te aclaro que Víctor nos dijo el otro día que está loco porque le demos un nietecito o nietecita para llevarlo al parque.

—Otro que se ha vuelto loco. Claro que quiero tener hijos, sobre todo si es contigo, pero más adelante, ahora mismo tenemos muchas cosas que organizar en nuestra vida, ¿no crees?

—Por supuesto que lo creo, y nadie ha dicho que tenga que ser mañana, aunque también te digo que no quiero que pasen muchos años para tenerlos, quiero ser un padre joven y poder tirarme al suelo a jugar con ellos —me dijo, dándome un toque en la nariz.

Era la primera vez que hablábamos de este tema, y al final nos dimos cuenta de que ambos pensábamos lo mismo en ese aspecto. Me fui al dormitorio para vestirme, hacía un frío de muerte, así que me puse unos leggins tejanos de los que tienen pelitos por dentro, que combiné con un jersey de lana con escote en V, porque luego en el centro comercial, con la calefacción, no soportaba nada que me diera calor en el cuello. Mis botas de pelitos y mi abrigo de plumas completaron el estilismo elegido para ese día, me recogí el pelo en una coleta alta y puse algo de máscara de pestaña y

brillo en los labios, cogí mi bolso y salí hasta el salón, donde ya me esperaba Sebas.

En cuanto que Nerea nos vio en la puerta, salió corriendo a nuestro encuentro, con el boletín de calificaciones en la mano, y dando saltos diciendo que había sacado muy buenas notas, pero que la seño le había dicho que tenía que repasar durante las vacaciones, para que no se le olvidara lo que había dado en el trimestre.

—Ahora, en el centro comercial, vamos a comprar un cuadernillo de esos que se hacen en las vacaciones, correspondiente a tu curso, y haremos una página diaria este fin de semana, y luego te lo llevas y lo completas en casa con mamá y papá —le dijo Sebas, que era muy serio con esas cosas.

—No hace falta, hermanito, en la mochila llevo una carpeta con las fichas que nos ha dado la seño a todos los de mi clase, y que tenemos que traer hechas cuando volvamos de las vacaciones. No se podía haber estropeado la fotocopiadora hoy, como lo hace algunas veces… —murmuró esta última parte, y su hermano y yo reímos entre dientes, para que ella no se diera cuenta de que la habíamos escuchado, ni se tomara a broma lo que tenía que hacer.

—Muy bien, pues entonces ya sabes, cuando lleguemos luego, mientras que Luna y yo hacemos una cosa que tenemos que hacer, tú te pones en el salón a hacer la que te toca hoy —le respondió su hermano, y la vimos que nos miró con una sonrisa pícara en la cara.

—¿Vais a fabricar un sobrinito para mí? Porque la seño nos ha dicho que los niños se fabrican en los dormitorios, y que el papá los mete en la barriguita de la mamá, no sé por dónde, porque eso no nos lo ha contado, pero que eso de que los niños los traen las cigüeñas de París, es una trola como un camión de grande —soltó, y es que esa enana sabía más de lo que le correspondía por su edad, y su hermano y yo la miramos asombrados.

—No vamos a fabricar ningún sobrinito, por lo menos de momento, tenemos que organizar una habitación, que está muy desordenada y no nos ha dado tiempo de hacerlo —le contesté yo, porque su hermano no sabía ni que decir.

—Pues a ver si se os va a pasar el arroz. No sé qué tiene que ver el arroz con todo esto, pero la abuela Amelia lo dice mucho, esa ya no puede tener niños, se le pasó el arroz. Tiene que ser que lo compran de marca blanca de esas, porque papá siempre dice que, si quieres que un arroz no se te pase, tienes que comprarlo de una buena marca —dijo muy seria, y ya sí que no pudimos reprimir la carcajada. Ese fin de semana me iba a reír mucho con ella, porque no pensaba las cosas que decía, no tenía filtro, y eso me encantaba de ella.

Capítulo 30

Sebas

Dejamos a la niña en el salón cuando volvimos del centro comercial, en el que le compramos un montón de ropa de la que a ella le gustaba, así como juegos de mesa y demás para cuando estuviera con nosotros, que serían muchas veces a juzgar por cómo se lo estaba pasando.

—Nosotros vamos a hacer una cosa que dejamos pendiente en el cuarto, mientras que no terminamos, ponte a hacer la ficha y a ver los dibujos, ¿vale? —le dijo Luna a mi hermana pequeña, y ella aceptó de buen grado, sabía que mi chica era muy buena y santa, pero que, si le tenía que reñir por algo, no dudaría en hacerlo.

—Vale, Luna, espero que me aviséis o que salgáis. Voy a coger todo lo necesario y llevo la mochila al cuarto —dijo al entrar, llevaba un chándal cómodo que le compramos para quitarle el uniforme del colegio, así que hasta que no pasara por la ducha y se pusiera el pijama, no estaría cómoda en casa.

Nos metimos en la habitación y cerramos la puerta. Yo, en un descuido de ella, le compré el sofá que quería y la mesita con las sillas, y las metí en el coche. Al subirlo, no se dio cuenta de lo que era, porque en las cajas no venía ninguna foto ni nada que le hiciera sospechar, y le dijimos que eran unas estanterías para los libros de Luna. A pesar de todo lo pizpireta que era, conservaba la inocencia propia de su edad, y no cuestionó para nada nuestras palabras.

Casi una hora tardamos en dejarlo todo listo, mientras que yo montaba los muebles, que parecían de juguete, mi chica cambió las cortinas, poniéndole un store en rosa pastel que le iba a encantar.

—Nerea, ¿puedes venir? —la llamó Luna, una vez que ya teníamos todo listo.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella llamando a la puerta, esa que mi chica había dejado entornada, y es que, aunque la puerta estuviera abierta, ella no entraba sin pedir permiso, así como tampoco cogía nada sin hacerlo. Le dimos paso, fui yo el que le abrió la puerta de par en par para que lo viera todo, y su cara no se nos olvidará en la vida.

—¿Te gusta? —preguntamos los dos a la vez.

—¿Estáis tontos? ¿Cómo no me va a gustar? Si este es el sueño de toda niña. Es alucinante… —contestó ella, con lágrimas en los ojos.

El esfuerzo había valido la pena, era un cuarto del que disfrutaría muchísimo, y mi chica también que se veía que estaba encantada.

—¿Has hecho la ficha que te correspondía? Porque sí no, no vas a poder estar aquí jugando —le dije, porque una cosa era que le diera todo lo que estaba a mi alcance, y otra muy distinta que no me tomara en serio su educación, por ahí sí que no pasaba.

—No solo he hecho la de hoy, sino que, como puse la televisión y no había nada que me gustara, me dije a mí misma: "Nerea, hija, en vez de perder el tiempo con tonterías, empieza a hacer fichas hasta que estos dos terminen, y eso que llevas adelantado". Así que, ya puedo estar tranquila todas las vacaciones, porque las he hecho todas. Me acordé de lo que dice la abuela Amelia: "no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy…" —dijo la marisabidilla ésta, que ya estaba inspeccionando todo lo que había en el cuarto.

—Pues ahora toca ducha y pijama —le dijo Luna, que miró el reloj y vio que eran casi las ocho de la tarde.

—Vamos a jugar un poquito, anda. Es que, si me ducho ya y me pongo el pijama no voy a poder estrenar el maletín de maquillaje, porque no pretenderás que me vaya a la cama con la cara pintada, que se me puede estropear la piel —nos dijo, dándonos coba, porque sí. La dejamos jugar un buen rato con todo, en el que tanto Luna, como yo, terminamos pintados como una puerta. Maquillaje de fantasía decía la jodida niña que era, y cuando me miré al espejo era una mezcla entre Marujita Díaz en sus últimos tiempos y Carmen de Mairena.

—Me voy a la ducha mientras que la enana esta recoge. En cuanto que esté todo esto ordenado, te quiero duchada y con el pijama puesto —le dije, levantando el dedo índice para darle más énfasis al asunto.

—Venga, yo te ayudo, y ahora nos duchamos nosotras —le dijo Luna, mientras que yo salía de allí y me iba a nuestro baño.

Con el agua cayendo por mi cabeza, no podía dejar de pensar en los años que me había perdido de vivirlos con mi hermana, y lo feliz que era ahora, donde Luna supo darles su lugar a todos, sin tener que rivalizar con nadie, y eso me supo a gloria.

Ni que decir tiene que ese fin de semana fue épico, en mi vida había jugado tanto con ella, y, sobre todo, poder compartir esos juegos y ese tiempo con mi chica también, eso, hace unos meses, para mí era impensable.

Y por fin llegó la mañana de Navidad, tras una cena de Nochebuena, donde estuvimos todos reunidos como hacía muchos años que no lo estábamos, y en la que no faltaron las risas ni los gestos cómplices entre todos. Cabe destacar una anécdota con mi vecina, Pepa, que se la quiso dar de fina y quiso pelar la primera gamba con cuchillo y tenedor. ¿Dónde fue a parar la gamba? A la copa de vino de mi amigo Héctor.

—Ay chiquillo, perdón, que se me ha escapado —le decía Pepa a Héctor, muy apurada.

—Señora, acaba usted de inventar el coctel de marisco al Jerez —le respondió mi amigo, que tenía la salpicadura del vino en la camisa.

—Pepa, hija, déjate de experimentos y pela el marisco con las manos, que estamos en familia, no en una recepción de la casa real —le dijo mi abuela, que en ese momento chupaba la cabeza de un langostino como si no hubiera un mañana.

—Abuela, que contento tenía que estar su marido con usted, no hay más que mirar como saborea la cabeza de la gamba —le dijo Héctor a mi abuela Amelia para buscarle la lengua, y se la encontró, vaya si lo hizo.

—Héctor, bonito, si quieres que le dé una clase a tu chica, por mí no hay problema. Eso sí, las prácticas las hago yo y tiene que ser contigo —todos estallamos en una carcajada. Por suerte, Nerea estaba en otros menesteres, que no eran otros que buscar todas las croquetas de carne al toro que había en la fuente, que eran las únicas que le gustaban, y no se estaba dando cuenta de lo que hablaban los mayores, porque si no, la batería de preguntas que iba a lanzar iba a ser de categoría.

—No, no, abuela, déjalo, que solo de pensarlo se me han puesto los vellos de punta —le respondió Héctor, que hacía un gesto como de que le había dado grima.

—Chaval, no busques a mi madre si no te la quieres encontrar, que con los años parece que se le ha soltado más la lengua —le dijo mi padre, que no podía parar de reír.

—Ya sabes lo que siempre digo: “para lo que me queda en el convento, me cago dentro”. No me voy a ir de este mundo con las cosas guardadas, ni mijita, que ya me callé mucho cuando no tenía más remedio —dijo mi abuela Amelia muy seria.

—¿Te vas a meter a monja, abuelita? ¿A tu edad? —preguntó Nerea, que ya había terminado su cometido.

—Anda ya, ¿sabes una cosa? Las monjas se casan con Dios porque no hay un dios que se case con ellas, y ella ya estuvo casada, como yo —soltó Pepa, y estallamos en otra carcajada.

—No mi amor —le dijo mi padre a la niña —, eso es un dicho popular que se refiere a que como le queda poco tiempo en un lugar, pues va a hacer todo lo que le dé la gana.

—¿Se va a ir la abuela, entonces? ¿Adónde? —siguió preguntando la pobre, por eso digo que menos mal que antes no estaba pendiente de la conversación, porque nos hubiera caído una buena.

—Yo no me voy a ninguna parte, niña, como mucho a mi casa mañana por la tarde.

—Me vais a volver loca, no entiendo nada de nada —murmuró la niña, mientras que nosotros no podíamos parar de reír, era la conversación del besugo.

Nuestra primera intención era irnos a tomar una copa a alguno de los pubs cercanos al chalé, pero al final, estábamos tan a gusto allí, donde no faltaron las bromas y las risas, que decidimos quedarnos y tomárnoslas allí.

Nos acostamos a las tantas, a excepción de Amelia, Pepa y la niña, los demás nos mantuvimos despiertos, no solo bebiendo y bailando, que también, sino poniendo debajo del árbol todos los regalos, para que cuando mi hermana se despertara, pensara que había venido Papá Noel.

—¡Ha venido Papá Noel! ¡Todo el mundo arriba, que hay regalos para todos! —gritaba mi hermana desde el salón, que era donde se encontraba el árbol y donde estaban los regalos.

—Por Dios, si nos acabamos de acostar… —se lamentaba Luna, en cuyo despertar digamos que no era la persona más amable del mundo, sobre todo si no había dormido sus ocho horas reglamentarias.

—Te está sonando el teléfono —le indiqué, ya que lo tenía en modo vibrador y no se había dado cuenta.

—Es Venus, ahora la llamo. Sabe que si no le contesto la llamada ahora es porque estoy aterrizando en este mundo y necesito mi tiempo, es un proceso paulatino, y mientras que eso no ocurre, puedo ser el ser más antipático y desagradable de la faz de la tierra —me contestó ella, que se había sentado en la cama, esperando a coger fuerzas para levantarse del todo.

La verdad es que no habíamos dormido ni siquiera una hora. Si al hecho de que estuvimos hasta pasadas las cinco de la mañana en el salón,

preparando todo, le sumamos que luego nos enredamos en la cama durante otro buen tiempo y que no habían dado todavía las ocho de la mañana, el resultado era ese, ni una hora de sueño reparador.

—Me voy a levantar por la niña, pero que sepas que luego me voy a pegar una siesta de campeonato, y cuando digo siesta me refiero a dormir, no a retozar contigo en la cama —me dijo, en tono amenazante —. Ve bajando tú, que voy a ver que tripa se le ha roto a Venus.

—Te espero abajo, no tardes que tenemos que darle nuestro regalo —le contesté, abriendo la puerta y guiñándole un ojo.

La dejé sentada en la cama, hablando con su amiga por teléfono. Últimamente, no se habían visto mucho, pero es que Venus tuvo que salir de viaje para la apertura de una nueva tienda de la cadena en la que ella trabajaba, en otra ciudad, y permanecería allí hasta que la dejara rodando, como se suele decir, que no es otra cosa que con las chicas que se ocuparían de ella con todo aprendido, y eso tardaba por lo menos uno o dos meses.

Mi hermana estaba eufórica, abriendo los regalos que Papá Noel había dejado para ella en nombre de cada uno de nosotros. Llegamos al acuerdo de que solo un regalo por persona, porque éramos muchos y en ese día tan solo se le daba un detallito. El nuestro era más grande porque sería de las dos fiestas, Navidad y Reyes, y queríamos que lo disfrutara antes de volver al colegio.

Capítulo 31

Luna

—Hola petarda, ¿qué tal todo? —me preguntaba Venus al descolgar el teléfono.

—Hoy de mal humor, sabes que cuando no duermo no soy persona, y eso mismo me pasa, que me he acostado hace una hora y mi pequeña cuñada se ha puesto a dar gritos de que han llegado los regalos, cuando para mí el mayor regalo es poder dormir —le contesté, todavía aterrizando en este mundo.

—Pero solo es un día, ya dormirás por la tarde la siesta.

—Eso mismo le he dicho a Sebas, que me voy a pegar una siesta de las de arqueólogo y brocha, y cuando me despierte, no voy a saber en qué siglo me acosté. Pero a lo que vamos, que no creo que me hayas llamado para saber si he dormido o no. ¿Te pasa algo?

—Pues la verdad es que sí, me ha pasado algo un poco extraño, pero antes quiero corroborar una cosa. ¿Cómo dijo tu madre que se llamaba tu padre biológico? —me preguntó, y me extrañó mucho, la verdad.

—Pero si lo sabes de sobra, es el único dato que tenemos de él, y te lo habré repetido hasta la saciedad. Su nombre era, o es, que todavía no sé si el hombre vive o no, Saúl Saldaña. Y ahora explícame el porqué del asunto, anda, no me vayas a dejar con la intriga —le dije a mi amiga, esperando su respuesta con ansias.

—Me ha pasado algo muy curioso. Estaba en la tienda, detrás del mostrador recepcionando el albarán de un pedido que acababa de llegar, cuando entró un hombre mayor, de unos cincuenta y pocos años, pero bastante apuesto. La verdad es que me resultaba familiar, pero no sabía de qué, no podía ubicarlo. Se ha acercado a mí con un terminal, con la intención de comprarlo, y al hacer la factura, cuando me ha dado el DNI para los datos, ¿sabes cómo se llamaba? —me explicaba Venus, y me quedé completamente anonadada.

—No puede ser, ¿en serio?

—Y tan en serio. Me sonaba la cara porque sois iguales que él, amiga, dos fotocopias suyas. Saúl Saldaña Morales, natural de Sevilla, pero que actualmente vive en Conil de la Frontera, un pueblecito de Cádiz en el que, curiosamente, lo conoció tu madre. Tengo la dirección y todos los datos, está casado y tiene dos hijos, de veinte y dieciocho años. Sería mucha casualidad que no fuera tu padre, Luna.

—Joder, tengo la oportunidad de conocerlo, pero me da un miedo horroroso. ¿Y si no me quiere conocer? ¿Y si me echa a patadas? …

—Déjate ya de tonterías y no vayas a empezar con los "y si", échale valor al asunto y ve a verlo, si no quiere saber nada de ti, pues él se lo pierde, pero no te quedes con las ganas —me animó mi amiga.

—Además de que, la casa que Víctor me ha regalado está en ese pueblo. Podría ir a pasar un fin de semana y tantear el terreno, no sería mala idea… —expresé en alto mis pensamientos.

—Eso es, amiga, así como quien no quiere la cosa. Bueno te dejo, que ya se me terminó el descanso y tengo que continuar, vamos hablando, un besito para todos —se despidió mi amiga, que colgó la llamada en cuanto que terminó de decir esas palabras, no me dejó siquiera decirle adiós, pero ella era así.

Bajé hasta el salón con la cara un poco desencajada, pero todos lo achacaron a mi falta de sueño, todos excepto Sebas, que se acercó a preguntarme que era lo que me pasaba.

—Te cuento luego, ¿vale? No es nada malo, o sí, depende de como se mire, pero es algo que se puede superar. Ay, no me hagas caso, que al final te vas a pensar lo que no es, entre que no he dormido y lo que me ha contado Venus, al final no sé ni de lo que hablo —le dije a mi chico, sentándome en su regazo y viendo como Nerea iba repartiendo los regalos de todos, poniéndolos en montañitas.

—Está bien, pero quiero que me lo cuentes en cuanto que nos quedemos a solas —me dijo él, y yo asentí con la cabeza.

Cuando llegó el turno de que abriera nuestro regalo, miró extrañada la tarjeta donde ponía el nombre de quienes se lo habíamos regalado.

—Yo no es por nada, la verdad, pero este regalo y de cuatro personas, me parece un poquito roñoso por vuestra parte, porque hasta la mamá de Luna y su novio, me han encargado uno cada uno —dijo la niña, sacándonos una sonrisa a todos, sobre todo cuando su madre le riñó por ello.

—Vamos a ver, señorita, tu hermano y tu cuñada te han puesto un cuarto de ensueño en su casa, y se lo podían haber encargado a Papá Noel, sin embargo, lo han hecho antes, así que, aunque fuera un mojón pinchado en un palo y no te hubieran puesto ese cuarto, se agradece y punto. No es el regalo, es que se acuerden de ti al encargarle algo —le reprochó su madre, mientras que ella agachaba la cabeza avergonzada.

—Venga, vamos enana, ábrelo, que lo mismo es eso que ha dicho tu madre —la picaba Héctor, también para quitarle el mal trago que estaba pasando la niña con la reprimenda de su madre.

—Espero que no sea eso, porque por mucho que mi madre me castigue, lo pienso cambiar por uno mío y ponerlo debajo de tu almohada. Al mojón, me refiero… —seguía con la retórica cuando, al abrir la caja, se le escaparon dos lagrimones.

—Perdón, perdón, habéis sido de lo más generosos los cuatro. Igualito que los demás, que han sido minucias —murmuró esta última parte para que su madre no se enterara, pero no fue así, y se llevó una colleja.

—Y ahora, si tienes valor, di algo más en referencia a los regalos, que te los quito todos —le dijo su padre, que aguantaba la risa como podía, pero tenía que enseñarle a la niña los mismos valores que le había inculcado a Sebas, su otro hijo.

Poco a poco fuimos abriendo el resto de los regalos, y a mi hermana Sol le tocó abrir un sobre, que era el regalo de Héctor, y en el que encontró un folio escrito que ponía: *"Vale por una experiencia única"*. Yo sabía a qué se refería, porque Sebas me había puesto al tanto, pero ella no tenía ni idea, y se puso igual que minutos antes lo había hecho Nerea.

—Anda que, ya te vale, ya te podrías haber estirado un poco —le dijo a su chico entre dientes, pero a él no se le iba la sonrisa.

—Cuando llegue el momento, si no te sorprendo o no te gusta, te dejo que me canees, pero mientras tanto, cierra la boquita, que estás más guapa —le contestó Héctor, pero sabía que a ella no le había sentado bien.

Sol era como una niña en ese aspecto, el día de Navidad, de Reyes y el de nuestro cumpleaños, eran los que más ilusión le hacían del mundo, por el simple hecho de abrir sus regalitos, y sabía que se había llevado un chasco, que llegado el momento descubriría que era una de sus mayores ilusiones, pero que hasta entonces no había podido cumplir por temas económicos, como la mayoría de la gente.

Nuestra madre nos había regalado un chaquetón de plumas nuevo para cada una, además de un conjunto de guantes, gorro y bufanda, que nos encantaba a las dos. Víctor nos regaló nuestro perfume favorito, la abuela junto con Marta y Pepa, una pulsera de una firma muy famosa con varios charms a cada una, y Carmen y Manuel, un bolso también de firma que nos encantó.

Llegó el momento de abrir el de Sebas, que eran unos pendientes de oro blanco que me habían gustado cuando los vimos en el escaparate de una joyería, representaban el árbol de la vida, y eran de la misma firma que la pulsera que nos habían regalado las chicas. Mi hermana miraba a Héctor con desilusión, pero todos estábamos seguros de que se le quitaría en cuanto se viera en Disney.

Subimos a dejar los regalos, cada uno a su cuarto, y Sebas aprovechó para que, al quedarnos a solas, le contara lo que había hablado con Venus por teléfono y que me había impresionado tanto.

—A ver, por donde empiezo… Resulta que mi madre nos contó que conoció a mi padre en unas vacaciones, en un pueblecito de Cádiz y que, cuando supo que estaba embarazada, él ya estaba de vuelta a Madrid. Intentó localizarlo allí, pero no lo encontró, porque ya se había marchado. Ella sabía dónde vivía en Sevilla, tenía su dirección, pero pensó que no era algo para contar por carta, sino cara a cara, y mis abuelos se negaron, argumentando que, si no se había querido hacer cargo de nosotras, no le iba a suplicar, que ellos se ocuparían que no nos faltara de nada. Por mucho que mi madre insistía en que él no sabía nada, que no conocía el dato del

embarazo, mis abuelos no la creyeron. Tan solo sabemos su nombre, Saúl Saldaña Morales, nada más.

—Llámame ignorante, pero ¿qué tiene que ver eso con la llamada de Venus? —me preguntó Sebas, impaciente por conocer todos los datos.

—A eso iba, impaciente. Esta mañana, en la tienda en la que está ahora Venus, que es en Cádiz capital, ha entrado un hombre, que según ella era igual que mi hermana y yo, pero con algunos años más. ¿Sabes cómo se llamaba? —le pregunté y Sebas me miró con una mezcla de incredulidad y sorpresa —Exactamente, Saúl Saldaña Morales, natural de Sevilla y que vive en Conil, que es el pueblo donde lo conoció mi madre.

—No me lo puedo creer, como es el destino de caprichoso, tantos años después, y te lo pone por delante. ¿Alguna vez te habías planteado buscarlo?

—Pues la verdad es que sí, alguna que otra vez lo he pensado. Ahora tengo todas las herramientas para hacerlo, porque la casa que me ha regalado Víctor está en ese pueblo que, por lo que tengo entendido, tampoco es tan grande. Aparte, también poseo los datos de él, por lo menos del hombre que ha entrado en la tienda, y que sería mucha coincidencia que se llamara así y que no fuera mi padre. Pero tengo miedo, no sé qué hacer.

—Es mejor llevarse un desengaño que quedarte con la duda de lo que podía haber pasado. Si quieres un consejo, no pierdes nada por intentarlo. Háblalo con tu hermana, y con tu madre, y cuéntales tus planes, seguro que

Sol quiere ir contigo —me dijo Sebas, y entendí que tenía razón, pero quería que él estuviera a mi lado.

—Mi madre no me va a poner ningún inconveniente, eso lo sé, y Sol vendría conmigo al fin del mundo si hiciera falta, pero lo que yo quiero es que vengas tú, que sea mi chico el que esté a mi lado para, alegrarse conmigo si es que mi padre quiere mantener el contacto o consolarme si no quiere saber nada de mí —me abrí a él, que me cogió de la mano en ese momento, y me sentó en su regazo.

—Si tu hermana iría al fin del mundo, yo lo haría hasta el Infierno. Cuenta conmigo, después de las fiestas, y en el primer fin de semana que tengamos libre, nos plantamos allí y hablas con él, aclaras tus dudas y te quedas tranquila, que nunca pienses en lo que pudo ser y no fue por tu cobardía, o que cuando quieras intentarlo, ya sea demasiado tarde.

Os dije que iba a dormir la siesta, ¿verdad? Pues dormí lo que viene siendo un mojón para mí, porque después de esas palabras vinieron los besos, esos que dieron paso a una ronda de caricias, y que terminó con los dos enredados de nuevo en un episodio sexual que nos hizo vibrar de placer. Nada, otra vez sería, porque no pensaba renunciar a eso ni muerta. Me encantaba dormir, pero el sexo con Sebas me gustaba muchísimo más.

Capítulo 32

Sebas

Lo que me había contado Luna me había dejado totalmente perplejo, pero estaría ahí para ella, para todo lo que necesitara, empezando por darle ese empujoncito que necesitaba para ir a buscarlo. Quedamos en que, después de las fiestas, buscaríamos un fin de semana para empezar a buscarlo, con suerte lo encontraríamos en breve.

Nos encontrábamos ya en el aeropuerto, esperando a que llegaran Héctor y Sol, que según nos había indicado él, estaban llegando.

—Recuerda muy bien que no puedes hablar, ni dirigirte a Héctor ni a Sol, que ella no sabe que viene con nosotros ni a que lugar va —le repetí a mi hermana de nuevo, mientras que me miraba asqueada ya, de la cantidad de veces que se lo había dicho.

—Sebas, hijo, eres más pesado que un bocadillo de tornillos. Que soy pequeña, no sorda, además de que tengo muy buena memoria, no se me va a olvidar de un minuto para otro —me contestó, poniendo los ojos en blanco

—Pero que, si te quedas más tranquilo, puedes amordazarme y así te aseguras de que no hable.

—Es verdad, cariño, que la pobre no es tonta, no hay que repetírselo tantas veces —me decía Luna, defendiéndola.

—Dices que se lo he repetido mucho, ¿verdad? Pues verás que cuando lleguen, la niña mete la pata —dije divertido, pero ella me miró desafiante.

—Te hago una apuesta, si no meto la pata, me compras un vestido de princesa en cuanto que lleguemos, y si la meto, prometo no pedir nada durante todo el viaje —me dijo, la sabihonda esta.

—Dios quiera y la Virgen del Carmen que hable en cuanto que los vea, porque no es solo el vestido, es que ya ha dejado entrever que va a seguir pidiendo durante los cuatro días que estemos aquí. Veo mi tarjeta echando humo al final del día —dije, de manera muy dramática, haciendo que las dos rompieran a reír.

—Ahí vienen —susurró mi hermana, señalando hacia el lugar por donde venían Héctor y Sol, ella con un antifaz tapando sus ojos, y le hice una señal de silencio, para que no pudieran oírnos.

Con gestos, me comuniqué con mi amigo, y le indiqué por donde tenía que embarcar, pasando nosotros primero, y dejando a varias personas entre los dos grupos, por si teníamos que hablar que Sol no nos escuchara.

—En cuanto que entremos en el avión, porque ya sabes que estamos en el aeropuerto, te vas a poner los auriculares que yo te voy a dar, y vas a estar todo el camino escuchando música, y cuando bajemos de él, te pondré de nuevo el antifaz, no te vas a enterar de cuál es el destino hasta que estemos allí —escuchamos que Héctor le decía a Sol, y nos pareció que eso era llevarlo ya al extremo, pero él nos hacía gestos con la mano, dándonos a entender que no importaba.

—¿No te parece que eso es un poquito… como decirlo… malvado? —le preguntó Sol, que ya tenía algo de mosqueo.

—Para nada, así aprenderás a no cuestionar nunca más mis regalos —sentenció Héctor, que en ese momento estaba pasando por el arco de seguridad.

El vuelo resultó algo movidito, porque en un determinado momento, y debido a la tormenta que estaba azotando, tuvimos turbulencias, pero nada fuera de lo común. A la niña, para que no se asustara, le dijimos que los ángeles que estaban en las nubes nos estaban gastando una broma, dándonos con la mano en el techo del avión.

—Pues ya se podían meter la mano en un bolsillo, o darle el cate al que tiene al lado —pronunció asustada y en un murmullo, y mi chica y yo empezamos a reírnos.

—No pasa nada, cielo, algunos vuelos son así —le dijo la azafata, que le trajo un zumo y un paquete de patatas chips para entretenerla.

—Pues como el de vuelta sea igual, me bajo y me voy andando —contestó muy seria, ella se creía que Paris estaba a la vuelta de la esquina.

Por fin llegamos al aeropuerto Charles de Gaulle, de Paris, donde nos estaban esperando con un coche para trasladarnos. Pedimos transporte privado, así iríamos los cinco, y podríamos evitar que nadie nos nombrara. Héctor le quitó los auriculares a Sol, pero le volvió a poner el antifaz, al final la convertía sensible a la luz, verás.

—Ahora, ya puedes quitarte el antifaz —le dijo mi amigo a mi cuñada, que se quedó con la boca abierta, estaba tan ensimismada que ni siquiera se dio cuenta de nuestra presencia.

—¡Ay, gracias, has cumplido mi sueño! —exclamaba gritando, dando saltos de alegría y abrazando a su chico —Pero ya podríamos haber aprovechado y venirnos con mi hermana y los demás.

—Es que has venido con nosotros, taruga —le dijo mi hermana Nerea, con mucho arte, y a pesar de que le reñimos, nos tuvimos que aguantar la risa por la forma en la que lo dijo.

—¡Estáis aquí! —gritó ella, abrazándose a mí y a Luna, y cogiendo a la pequeña en brazos.

—Héctor, ¿estás seguro de que el antifaz no llevaba nada raro? Porque la hermana de mi cuñada está hoy más empanada que nunca —otra vez había soltado una de las suyas esa enana, y ahí ya sí que no nos pudimos aguantar, la carcajada que soltamos todos se escuchó en todo el parque.

—Venga, vamos, dejamos el equipaje y bajamos a dar una vuelta al parque y a comer —les dije, dirigiéndome a todos.

—De eso nada, bonito, que un trato es un trato. Antes que nada, vamos a buscarnos un traje de princesa para las tres —soltó y Luna puso cara de horror, mientras que su hermana parecía encantada.

—Yo, si eso, otro día, que ahora voy muy bien y muy calentita con mis leggins —le dijo Luna a mi hermana, que le dedicó una mirada que le decía que estaba loca si pensaba que no se lo iba a poner.

—Chica, pues te lo dejas debajo, y por la parte de arriba, un buen jersey térmico de cuello vuelto, que seguro que llevas en la maleta —su lógica no tenía fallos, así que no pudo rebatirle nada más.

Entraron las tres en la tienda, mi hermana decía que sería una sorpresa cuando las viéramos aparecer. Sol dijo que, como nosotros habíamos pagado todo el viaje, que de los trajes se encargaba ella, y por mucho que discutimos, no hubo nada que hacer. Salieron de allí con tres vestidos metidos en bolsas de viaje, de esas que no se podían ver lo que contenían en su interior y se metieron en una de las habitaciones a cambiarse.

—¡Toma ya! —dijo Héctor cuando vio a las tres vestidas, y no se quedó atrás con su comentario. Decir que estaban bellas era un eufemismo, porque lo estaban todavía más —Hemos venido cinco, pero me parece a mí que nos vamos a ir, por lo menos seis de vuelta.

—Héctor, ¿vais a fabricar un bebé? Pues ten cuidado no le vayas a estropear a Sol el vestido, que la barriga se pone gorda y se le van a abrir las costuras —dijo mi hermana, que estaba pendiente de todo, mientras que yo le daba un codazo a mi amigo, para que tuviera más cuidado con lo que hablaba delante de la niña.

—Nerea, eso son conversaciones de mayores, ya te lo dije el otro día —le reprendí, porque a mí esos comentarios en una niña tan pequeña no me gustaban, y tendría que hablar con mi padre para que no hicieran según que comentarios delante de ella. Me miró y agachó la cabeza, avergonzada, no le gustaba nada que la reprendieran delante de la gente.

Bajamos al parque, y empezamos por el castillo, donde compramos un montón de detallitos y de bolas para el Árbol de Navidad, y para la niña, una mochila a juego con el plumier, que escondimos para que no lo viera y ponérselo por Reyes, aparte de cuadernos y lápices de colores, que esos sí que se los daríamos en cuanto que estuviéramos en la habitación.

—¿Sabes que estás preciosa vestida de Cenicienta? La auténtica princesa, en cuanto que te vea, va a sentir celos, porque le podrías quitar el puesto, y quedarte con el príncipe —le susurré al oído, sabía que estaba incómoda, pero no por el vestido en sí, sino porque todo el mundo la estaba mirando.

—Sí, hombre, voy a ir yo vestida así el resto de mi vida, con lo bien que estoy yo con mis vaqueros de pelitos y mis botas, aunque esas las llevo debajo del vestido, total, no se ven —dijo, sacando un pie por debajo de la falda, y estallé en una carcajada, se había dejado su ropa debajo,

argumentando que, en cuanto que entráramos a comer en algún sitio, se vestía de calle.

Y llegó ese momento, así que pasó antes por el baño, se quitó el vestido y lo metió en una de las bolsas, y se quitó el peinado que llevaba, recogiéndolo en una coleta alta.

—Jo, eres muy corta rollos, ahora ya no somos tres, somos dos —le dijo Sol a su hermana, y esta le echó una mirada que daba hasta miedo.

—Da gracias al universo de que lo he aguantado hasta aquí, porque si por mí hubiera sido, no me lo hubiera ni probado —le respondió Luna, mientras que mi hermana la observaba, analizando la situación.

—Sol, no pasa nada, y si tú también te lo quieres quitar, hazlo. Me hacía ilusión que fuéramos las tres vestidas de princesa, y mi cuñada lo ha llevado tela de rato. Me hubiera enfadado si no se lo hubiera puesto, y tampoco, que mamá dice que no hay que obligar a nadie a hacer algo que no quiere, porque se sentiría incómodo —dijo con una pizca de sonrojo, puesto que sabía que Luna lo había hecho por ella.

—No me has obligado, cariño, lo he hecho porque he querido, y porque sabía que te hacía ilusión. Pero ahora ya estaba cansada de llevarlo, y he preferido ponerme mi ropa de calle, vosotras podéis seguir así vestidas si queréis —le contestó mi chica con una sonrisa, y ella se levantó y le dio un beso en la mejilla.

¿Qué os puedo decir del resto del viaje? Pues, resumiendo, que tuvimos que hacernos con otra maleta más para llevarnos de vuelta todo lo que habíamos comprado, lo que Nerea sabía y lo que no, porque seguimos comprándole cosas con la intención de guardárselas para Reyes, entre ellas otros dos vestidos de princesa más, uno de parte de Sol y otro nuestro.

Durante las tres noches, dos de ellas, mi hermana las pasó con nosotros, pero la última se la llevaron Héctor y Sol, y fue donde nos dedicamos a derrochar pasión, que ya nos echábamos de menos en ese aspecto.

Ahora, tocaba recoger y volver a casa, porque al día siguiente era la noche de Fin de Año, y nos esperaba una juerga igual que la de Nochebuena, con la diferencia de que ese día no había que dejar ningún regalo debajo del árbol, aunque seguiríamos de risas y bailes hasta la madrugada. Mis padres y el resto de la familia habían decidido no irse del chalé de Víctor, se quedarían hasta el día dos, que volveríamos todos a Madrid, así que nos estarían esperando allí, excepto Carmen, que nos recogería en el aeropuerto.

Capítulo 33

Sebas

El día anterior, cuando volvimos del viaje a Disney, la niña no paraba, estaba más nerviosa incluso que el día antes de irnos, contándoles a todos como había sido todo. No sé cuántas veces escucharon lo de la comida con Cenicienta y con Bella, lo que ella no sabía es que el vestido de esa segunda princesa que no paraba de nombrar estaba arriba, perfectamente preparado para el Día de Reyes.

—Esta noche seremos uno más, espero que no os moleste —dijo Víctor saliendo de su despacho, donde había estado hasta ahora hablando por teléfono.

—¿Cómo nos va a importar, alma de cántaro, si encima es tu casa? —le preguntó retóricamente mi abuela Amelia, negando con la cabeza.

—Sé que son días para pasarlos en familia, pero mi amigo no tiene a nadie. Si llego a saber antes que la Nochebuena también la iba a pasar solo,

le hubiera dicho que se viniera con nosotros —argumentaba Víctor, con bastante pena.

—Nadie debería pasar estas fechas solo, son demasiado emotivas para no poder compartirlas con alguien —dijo Luna, que había invitado a Pepa, nuestra vecina, para que no le sucediera eso.

—Vosotros lo conocéis, es Ata, vuestro nuevo jefe. Él es viudo desde hace mucho, cuando su mujer murió su único hijo tenía cinco años, y lo tuvo que sacar adelante él solo. Ahora, que tiene casi cuarenta, es un crápula, que solo se acuerda de su padre para pedirle dinero. Lo llamó hace unas semanas, y Ataulfo le dijo que, si quería algo que viniera a por ello, a lo que le contestó que, habiendo bizum y transferencias bancarias, se negaba a tener que pasar las fiestas con un viejo decrépito, y lo ha dejado solo. Mi amigo supone que habrá vendido algo para hacer frente a sus innumerables gastos, porque él le ha cerrado el grifo, anulando hasta su tarjeta bancaria, que estaba vinculada a la cuenta de su padre.

—Pues no se ve una mala persona, más bien todo lo contrario, o por lo menos esa es la impresión que me dio a mí —dijo Luna con pena.

—Es cierto, así que estaremos encantados de que pueda comerse las uvas con nosotros —le dije al que sería mi suegro postizo, que me dio una palmada en el hombro.

Nos dedicamos a preparar todo, mientras que mi madre, Luna y Pepa se metieron en la cocina para elaborar el menú. Carmen, mi abuela y la madre de Luna se pusieron con los postres, y a preparar las uvas en cuencos,

contadas por supuesto. A mí se me ocurrió la idea de montar una mesa de chuches, para la niña, esa fue mi excusa, pero la verdad era que me encantaba comer gominolas mientras me bebía una copa. Convencí a Héctor para que me ayudara a montarla, Víctor sacó dos caballetes del trastero, que nos servirían como patas de la improvisada mesa, poniendo encima un tablero.

Fuimos corriendo a la tienda de la esquina, donde nos hicimos con un mantel dorado, globos y demás parafernalias, además de comprar chuches y gominolas en cantidades industriales. Encontramos hasta un photocall de Fin de Año que nos pareció ideal para hacernos fotos con él, y también lo compramos.

Eran casi las siete de la tarde cuando terminamos de montarlo, y no dejamos que nadie, excepto Víctor y mi padre, que se dedicaron a poner la mesa para la cena, entrara a verlo.

—Cuando lo vea la enana, va a flipar —dijo Héctor, orgulloso de lo que había hecho.

—La enana y quien no es la enana, que a mi abuela le pirran estas cosas —le contesté, sonriendo.

—Ahora vamos, que es hora de ducharnos y arreglarnos para la ocasión, aunque, como nos vamos a quedar aquí, tampoco me voy a poner de chaqueta y corbata, te lo advierto.

—Ni yo, ni nadie, creo. Me voy a poner un pantalón chino, con una camisa y una rebeca de vestir, que, si hace calor, con la chimenea y eso, me la pueda quitar.

Nos subimos para llevar a cabo lo que habíamos dicho, y me encontré a Luna en nuestro dormitorio, que ya se había duchado y se estaba vistiendo, ella también había elegido algo cómodo, aunque arreglado. Había elegido para la ocasión un vestido de lana, ajustado y con el escote en V, de color gris oscuro y por debajo de las rodillas, y lo combinó con unas medias negras y unos zapatos de tacón cuadrado del mismo color. Su pelo lo recogió en un moño bajo, dejando algunos mechones sueltos a la altura de las sienes, que enmarcaban su cara. El maquillaje era un poco más elaborado, porque se había ahumado los ojos en un gris oscuro, casi del mismo color que el vestido, y se había aplicado máscara de pestañas y brillo labial.

—Estás totalmente arrebatadora —le dije, dándole un pellizco en el trasero mientras pasaba por detrás de ella.

—No me seas pelota, que tampoco es para tanto —me respondió mientras se ponía los pendientes, que fueron los mismos que le regalé por Navidad. El colgante lucía en su cuello más bonito que nunca.

Íbamos a terminar y comenzar un nuevo año juntos, pero acompañados de nuestras familias, algo que era impensable para mí en años anteriores. Solo por eso, estaba emocionado, feliz, y todo lo veía de color de rosa. Me duché y vestí, y bajé al salón, donde ya se encontraban todos, incluido Ataulfo, ese hombre bonachón que sería nuestro jefe a partir del día ocho de enero.

—Buenas noches, Don Ataulfo —le dije, dándole la mano para estrecharla con la suya.

—Uy, hijo, deja el don, que no me gusta ni siquiera en el trabajo, cuanto más aquí, que estamos en familia. Soy Ata para los amigos, y tú ya estás entre ellos —me dijo el hombre, y yo asentí con la cabeza. Me fijé y mi madre todavía no había bajado, ni Carmen tampoco.

—Me da pena de este hombre —me dijo Luna, cuando llegué a su altura —Debe ser muy duro entregarte a tu hijo, darlo todo por él, y que te lo pague de esa manera.

—Ni que lo digas, y yo no soy el más indicado para hablar, que me he llevado muchos años sin pasar las fiestas con los míos, pero al menos los visitaba regularmente —le dije, y en ese momento entraron las dos por la puerta, mi madre y Carmen.

—Mamá, estás preciosa —le dije, dándole un beso en la mejilla.

—Señora, permítame que corrobore lo que le ha dicho su hijo, está usted absolutamente deslumbrante —le dijo mi nuevo jefe a mi madre, y ella lo miró sonrojada. Oh, oh, a mi madre le había gustado este hombre, y yo haría todo lo posible porque acercaran posturas.

—Mamá, él es Ata, el amigo de Víctor y nuestro nuevo jefe —le dije a mi madre, para a continuación, dirigirme a él —. Ata, ella es mi madre, Marta.

Los dejé allí charlando, y me fui hasta donde estaba mi chica, que en ese momento se encontraba con mi abuela y con Pepa.

—Niño, ¿te has fijado en como se miran esos dos? —me preguntó mi abuela y yo asentí sonriendo —Una novena le he ofrecido a San Judas Tadeo si de aquí sale tu madre con novio.

—Abuela Amelia, ¿por qué a ese santo y no a otro? —le preguntó Luna, curiosa.

—Ay hija, porque ese es el abogado de lo imposible —le dijo, alzando las cejas de manera muy cómica, lo que provocó que los cuatro riéramos en ese momento.

Nos sentamos a cenar, pero mi hermana no paraba de mirar la mesa de chuches que habíamos preparado.

—Ni se te ocurra, hasta que no te hayas tomado toda la cena, no se prueba ni una gominola —le dijo su madre, a la que le siguió la mía.

—Y nada de darte un atracón, a ver si mañana vas a amanecer con dolor de tripa.

—Desde luego, sois dos aguafiestas, menos mal que mi hermano piensa en mí, que, si no, seguro que me dais brócoli de comer, como esa amiga tuya, Cris, que le gusta tanto —respondió Nerea, totalmente indignada.

—A tu hermano y al amigo se le deberían de haber caído las manos cuando compraron tantas chuches teniendo una niña en casa —dijo mi padre, provocando que a Héctor y a mí nos saliera una sonrisa.

—A ver, que yo me entere, porque estoy más liado que la pata de un romano. Carmen es tu mujer, y Marta tu exmujer, que además vive con Amelia, que es tu madre, ¿no Manuel? —le preguntó Ata a mi padre, que asintió con la cabeza, para después continuar intentando desliar el asunto —Sebas es hijo tuyo y de Marta, y la pequeña es fruto de tu matrimonio con Carmen, pero tu actual mujer y tu ex son amigas, y le dejáis la niña a ella cuando queréis salir solos. Por otro lado, Víctor es la pareja de María, que a su vez es la madre de Sol y de Luna, siendo esta última la pareja del hijo de Manuel y Marta, y la otra gemela la pareja de Héctor, que es el mejor amigo de este… Joder vaya lío, pero al parecer os lleváis todos de maravilla.

—Te has olvidado de mí, que soy Pepa, la vecina de Luna y de Sebas, pero que los quiero como si fueran mis nietos —dijo mi vecina, que no querían que la obviaran.

—Es verdad, discúlpeme, señora —le dijo Ata a Pepa, que asintió con una sonrisa.

—Amigo, digamos que somos una familia un poquito atípica, pero nada extraordinario —le dijo Víctor a Ata, que negaba con la cabeza.

En cuanto terminamos de cenar, entre Héctor y yo quitamos los platos, y dejamos la mesa casi libre, solo con los postres, por si alguien más quería repetir, y fuimos trayendo los cuencos con las uvas, porque tan solo faltaban

diez minutos para pasar de un año a otro. Notaba a mi amigo Víctor un tanto nervioso, pero no sabía a qué se debía, no nos había comentado nada, esperaba que no fuera nada malo.

—¡Feliz Año Nuevo! —exclamamos todos a la vez. Tomé la cara de mi chica entre mis manos, y la besé, con ternura y muy lentamente, quería que recordara nuestro primer beso del año. De repente oímos un grito ahogado, como de sorpresa, y al volvernos, descubrimos a Víctor de rodillas, con un anillo en la mano.

—¡Sí, sí quiero! —exclamó María, que lloraba de la emoción. Se volvió a nosotros y dijo en alto —¡Nos casamos!

Nos arremolinamos en torno a los dos, para darles la enhorabuena, pero por el rabillo del ojo vi a cierta persona que, aprovechando que nadie la miraba, se estaba llenando los bolsillos de chuches. Le di un codazo a mi abuela, que en ese momento estaba a mi lado, porque mi chica y su hermana estaban abrazadas a su madre en ese momento, señalándole a la pillina esa.

—¡Nerea Camacho, suelta ahora mismo todo lo que te has guardado en los bolsillos! —gritó mi madre, asustándola, haciendo que tirara por alto todo el cuenco de cacahuetes con chocolate que tenía en las manos.

—Me cago en todo lo cagable, Marta, que del grito que le has dado a la niña me he asustado hasta yo —dijo Héctor, poniéndose la mano en el pecho, por el susto que le había dado, y todos estallamos en una carcajada.

Ata estaba pendiente de mi madre, no dejó que le faltara de nada en toda la noche, y ella, ella se dejaba querer. Por primera vez desde que mis padres se separaron, le veía el brillo en los ojos a mi madre, la veía feliz, y me gustaba verla así. Ojalá y siguiera para adelante, porque pensaba que era el hombre ideal para mi madre, el que la podía hacer feliz.

Estuvimos bailando y bebiendo hasta altas horas de la madrugada. Contra todo pronóstico, mi abuela y la niña aguantaron más que ninguno de nosotros, al igual que Pepa, que esa noche no se acordó de que le dolían las piernas.

Capítulo 34

Luna

Los meses habían ido pasando, y en el trabajo nos iba de lujo. Nos integramos en el equipo desde el primer momento, y nos vimos arropados por todos, principalmente por Ata, ese que se estaba convirtiendo en parte esencial de nuestra familia.

Sus encuentros con Marta, la madre de Sebas, empezaron como amigos, compartiendo tardes de café y de cine, hasta que llegó un momento en el que traspasaron esa barrera que tanto temían, y se convirtieron en pareja.

Ya estábamos a mediados de mayo, y ese día habíamos decidido que nos iríamos a la playa, a ver si lográbamos encontrar a mi padre, o por lo menos el que yo creía que lo era. Acabábamos de llegar al pueblo y de entrar en la casa que me había regalado Víctor, hasta ahora no la habíamos visto.

Era una cucada total, estaba situada a menos de cinco minutos de la playa, y era un apartamento de dos dormitorios, uno de ellos con baño en suite y una terraza desde la que se podía ver el mar. La cocina era americana,

separada del salón por una isla. Estaba equipada con electrodomésticos de última generación, y una nevera de dos puertas, de esas que tocabas la puerta y se veía el interior. Los dos dormitorios eran bastante amplios y luminosos, con armarios empotrados y muebles blancos, que contrastaban con la decoración en tonos marineros que tenía.

—¿Tienes la dirección de ese hombre que piensas que es tu padre? —me preguntó Sebas, cuando terminamos de colocar la ropa en el armario para que no se arrugara, y asentí en silencio —Pues vamos a ponernos un bañador, y nos damos una vuelta a ver si tenemos suerte de encontrarlo por casualidad.

—¿Cómo nos lo vamos a encontrar por casualidad, si ni siquiera sé cómo es su cara? —le dije riendo.

—Pues tienes razón, pero venga, vamos a la calle, que tenemos tiempo de aprovechar los rayos de sol que todavía quedan.

La verdad es que la temperatura invitaba a eso, a ponerse un bañador y pasear por la playa. No es que fuera la ideal para disfrutar de un baño, porque para eso todavía hacía fresquito, pero sí para tomar algo en una terraza o pasear. Miré la dirección que Venus me había pasado, ella era la única que conocía todos los datos de ese hombre, así como su cara, y Sebas lo puso en el Google maps, que nos indicó que era justo la calle de detrás de donde teníamos la casa. Llegamos hasta la puerta de esa casa, que era un unifamiliar bastante bonita, y me entraron lo miedos.

—Está en tu mano llamar o no, nadie te va a obligar. Solo te puedo dar un consejo, y es que no te quedes con las ganas —me dijo Sebas, y me encontré con el valor suficiente para hacerlo, pero en ese momento se abrió la puerta y me vi cara a cara con un chico que se parecía a mí una barbaridad.

—Hola, ¿te puedo ayudar? —me dijo el chico, y me quedé muda, no era capaz de articular palabra, menos mal que había ido con mi chico, que tomó la voz cantante.

—Sí, veníamos buscando a Saúl Saldaña —dijo Sebas, porque yo seguía en estado de shock.

—¿Padre o hijo? Porque si es a mi padre, está ahí dentro, pero si es a mi hermano, está en Madrid estudiando —nos contestó.

—No, no, a mi padre, digo, a tu padre —le respondí, para una vez que me decidía a hablar, y me delataba yo sola.

—Esperad aquí un momento, que lo aviso antes de irme —dijo el chaval, que me miraba intentando saber que parentesco teníamos, porque se había dado cuenta de nuestro parecido físico, al igual que lo había hecho yo. Estaba nerviosa, me sudaban las manos a no poder más, y no sabía lo que le iba a decir cuando lo tuviera delante.

Antes de venir, lo hablé con mi madre y con mi hermana, y ambas me mostraron su apoyo. Mi madre me dijo que hiciera lo que pensara que era mejor para mí, sin embargo, mi hermana, la que yo pensaba que vendría

conmigo, me dijo que ella no sentía esa necesidad de buscarlo, de conocerlo, pero que sí daba con él y me decía que le gustaría conocerla a ella también, no tendría inconveniente ninguno para tener ese encuentro.

—Buenas tardes, soy Saúl Saldaña, dice mi hijo Andrés que me estáis buscando. ¿En qué puedo serviros? —dijo, cuando salió a la puerta, y cuando lo tuve delante, era como verme a mí dentro de unos cuantos años y en versión masculina. Me armé de valor, respiré hondo y le hablé.

—¿Conoció usted a María Santana en su juventud? —le pregunté con mucho miedo, y él me miró con una mezcla de asombro y desconcierto.

—Claro que la conocí, y viendo tu cara, me parece que tenemos mucho de lo que hablar, y no me gustaría que fuera en la calle, precisamente. ¿Os gustaría pasar a mi casa? —me dijo, y noté en él el mismo nerviosismo que tenía yo.

Pasamos dentro, y nos llevó hasta un pequeño jardín trasero, donde había un porche en el que estaba sentada una mujer de la edad de mi madre, guapísima, por cierto, que nos miró amablemente, pero qué al fijarse en mí, abrió la boca completamente sorprendida.

—Buenas tardes —le dije a la mujer, que no podía dejar de mirarme.

—Todavía no me has dicho tu nombre, y el mío ya lo sabes. Ella es Mónica, mi mujer —dijo ese hombre, con una sonrisa.

—Yo soy Luna, y él es mi pareja, Sebas —dije, y tanto uno como otro se levantaron a darnos un beso en la mejilla y un abrazo.

—Creo que sé lo que vienes a decirme, pero tengo muchísimas dudas, así que prefiero que me lo cuentes tú —me dijo, ofreciéndonos asiento y un refresco que sacó de una pequeña nevera que tenían allí.

—La verdad es que no sé ni por dónde empezar… El caso es que, mientras que éramos pequeñas, jamás preguntamos por mi padre, pero al empezar a crecer…

—Espera, estás hablando en plural, y yo con tu madre solo estuve durante un verano, así que es imposible que pueda ser el padre de tu hermano o hermana —dijo un poco desconcertado, y yo sonreí.

—Claro que es posible, vamos que estoy segura que de ser mi padre, también lo serías de mi hermana, porque somos gemelas —le dije, y el boqueaba, como queriendo decir algo que al final no podía pronunciar, así que continué con mi relato —. Como iba diciendo, jamás preguntamos por la figura de nuestro padre, pero al tener nueve años o así, le hicimos esa pregunta a mi madre, y solo nos dio un nombre Saúl Saldaña Morales, y nos contó la historia de que fue un amor de verano y que, cuando supo que estaba embarazada, ya ella estaba en Madrid y usted en Sevilla, que era el lugar donde vivía.

—No me hables de usted, por favor, que todavía me alejas más de tu persona, y no es lo que quiero —me interrumpió, esperando a que yo siguiera con mi relato.

—Nos contó que mi abuelo no quiso que fuera a buscarte, argumentando que, si no habías querido saber nada del embarazo, no iba a consentir que mi madre te suplicara. Por mucho que ella insistió en que tú no sabías nada, no la creyeron. Al verano siguiente, y con nosotros acabadas de nacer, prácticamente, no pudo venir, y cuando vino, ya no te localizó por ninguna parte, así que se dedicó a cuidarnos con la ayuda de mis abuelos.

—Una curiosidad, ¿cómo me has localizado tú? —me preguntaba, cuando ya empezaba a aparecer alguna que otra lagrimilla en sus ojos.

—Siempre tuve la curiosidad de como sería mi padre, y estuve tentada muchas veces de buscarte, pero me daba miedo que nos rechazaras, así que nunca hice nada. Hace unos días, mi mejor amiga, que ha venido a Cádiz para abrir una de las filiales de la cadena de tiendas en las que trabaja, me dijo que había entrado un hombre a comprar un teléfono, que le sonaba la cara, pero que no sabía de qué. Cuando te pidió el DNI para la factura, y vio tu nombre, supo de que le sonaba tu cara, de la mía y de la de mi hermana, que somos iguales a ti, por lo que has podido comprobar. Le pedí los datos, y aquí estoy —terminé mi relato, cuando se levantó y me abrazó, y me sentí en casa.

No sé describiros la sensación de estar entre sus brazos, era como si fuera pequeña y me hubiera caído de la bici, y con su abrazo y sus besos, se me quitara toda la pena, el miedo y el dolor.

—Me gustaría conoceros a las dos, ¿por qué no ha venido tu hermana? Quiero que sepáis que yo también os busqué. A los oídos de mis padres

llegó que tu madre, María, había quedado embarazada, y me preguntaron si podía ser mi hijo, ya que ellos sabían que habíamos estado juntos durante todo el verano, y les dije que, de ser cierto ese embarazo, no es que pudiera, es que era mío y de nadie más. Yo no tenía la dirección de vuestra madre en Madrid, y en aquellos tiempos no es como ahora, que metes un nombre en Internet y te dice hasta cuándo fue la última vez que pasó por el baño. Buscamos incasablemente, hasta fuimos varias veces a esa ciudad, pero era como buscar una aguja en un pajar, y nos rendimos, pensando que eran habladurías de la gente, pero algo dentro de mí me decía que siguiera buscando. Pasaron los años y pensé que, si de verdad tu madre hubiera tenido un hijo mío ya me habría localizado, porque ella sí que tenía mi dirección de Sevilla.

—Mi hermana nunca ha sentido la necesidad de buscarte, pero también es cierto que me dijo, antes de venir, que, si querías conocerla, ella no tenía ningún inconveniente en llevar a cabo ese encuentro.

—Te pido, por favor, que os quedéis a cenar, tengo que ponerme al día de tu vida, llevamos muchos años de retraso —me dijo mi padre, porque ahora sí que tenía claro que lo era, cuando entró mi hermano por la puerta. Casi sin darnos cuenta, había pasado más de dos horas desde que entramos en esa casa.

—Andrés, hijo, ven un momento —le dijo su madre, ante la cara de pavor de su marido.

—No te quiero buscar problemas, si crees que esto va a ser un trastorno para ti y tu familia, yo me voy. Tan solo quería saber quién era mi padre,

ponerle rostro, nada más —le dije al ver su cara, pero no le dio tiempo a contestarme, cuando llegó su hijo pequeño.

—Te presento a tu hermana mayor, Luna, y tienes otra, que es gemela con ella, y de la que por cierto no sé el nombre aun —dijo mi padre, y mi hermano me miró con una sonrisa.

—Sol, ese es el nombre de mi gemela. Sí, hijo, sí, mi madre tuvo un gran sentido del humor eligiendo nombres —le dije al ver la cara de asombro y diversión de mi padre y de mi hermano.

Sebas me tenía cogida de la mano, y me la apretaba de vez en cuando, en señal de apoyo, y habló bastante con mi padre, explicándole como nos conocimos y el carácter que tenía, que no me amilanaba por nada, cuando Mónica, su mujer, dijo que mi hermano mediano era igual, que nos parecíamos muchísimo.

—Hija, la semana que viene tenemos que ir a Madrid para asistir a la graduación de Saúl, me gustaría quedar con vosotros, y que venga tu hermana, para que estemos toda la familia junta, por supuesto con vuestras parejas, ¿qué te parece la idea?

—Me parece una idea fantástica, y no dudes que allí estaremos —le contesté. Intercambiamos los teléfonos y quedamos al día siguiente para almorzar en un chiringuito de la playa, me dio un beso antes de irnos, y me abrazó.

Ahora sí que lo tenía todo, no podía pedir más al universo.

Capítulo 35

Luna

El fin de semana había pasado muy rápido, mi padre, porque ya estaba segura de que era él esa persona que anduve buscando toda la vida, y también su familia, nos habían tratado con mucho cariño. Con mi hermano Andrés congenié a las mil maravillas y desde el primer momento, tenía un carácter muy parecido al de mi hermana Sol, con esa pizca de ingenuidad, pero con la seguridad en sí mismo que daba su edad. A Saúl se lo contó mi padre en cuanto que nos fuimos esa noche de su casa, e insistió en hacer una videollamada durante la comida del día siguiente en el chiringuito, ese sí que era igualito a mí, pero en todos los aspectos, tanto física o como en la manera de ser.

Ahora mismo, estaba saliendo del trabajo, y me dirigía a casa de mi madre, donde también estaría mi hermana Sol, tenía que ponerlas al día de todo y saber cuál sería su postura ante la inminente visita de mi padre.

—Luna, no sé a qué hora llegaré, salgo inmediatamente a cubrir una noticia de última hora —me dijo Sebas, que salía con una de sus

compañeras del despacho del director del periódico, que era el novio de su madre.

—Está bien, yo voy a casa de mi madre, me va a recoger mi hermana dentro de unos minutos. El primero que llegue a casa de los dos, que avise al otro —le dije, lo notaba distante, llevaba desde que llegamos el domingo por la tarde que no daba pie con bola, además de que siempre se mostraba cansado y de mal humor. A ver si encontraba el momento de hablar con él de este tema. Se fue y no me dio ni un beso, y eso ya empezaba a mosquearme un poco, pero mi orgullo me impidió pedírselo, nunca había suplicado cariño y no empezaría ahora.

Recibí un mensaje de mi hermana, que estaba fuera con Héctor, aprovecharía para preguntarle a él. Salí justo detrás de ellos, y vi a Sebas muy sonriente y agarrando por el hombro a su compañera, no quería sacar conclusiones precipitadas, pero eso no me gustó ni un pelo.

—Buenos días, ¿y eso? —dijo Héctor en cuanto que me subí en el coche y dirigiéndose a mi novio y a su acompañante.

—Pues no lo sé, te lo iba a preguntar a ti. Lleva desde el domingo por la noche que ni siquiera me mira, y ahora se va y no me da ni un beso. Estoy empezando a cabrearme, y mucho, la verdad. No quiero pensar cosas que no son, pero es que me lo está poniendo demasiado difícil —le contesté, y mi cuñado, en vez de coger el camino que nos llevaba hasta la casa de mi madre, lo que hizo fue seguir al coche en el que iba Sebas con esa chica, que no sabía ni el nombre, porque había entrado en el periódico minutos antes.

—No tengo ni idea, pero tampoco me pienso quedar con la duda —me dijo, y se puso detrás, con unos dos coches de distancia, para que no pudiera vernos.

—No quiero que luego me eche a mí las culpas de nada, te lo advierto —le dije con el dedo levantado.

Nos llevamos una sorpresa enorme, y no para bien precisamente, cuando vimos que se desviaban en el camino, y cogía uno que daba a uno de esos hoteles de carretera, se bajaban de la mano y en actitud más que cariñosa.

—Lo mato, directamente —dijo mi hermana, mientras que a mí el nudo en la garganta no me dejaba casi respirar.

—No merece la pena, pero tampoco me va a tomar por tonta, aparca donde puedas —le dije a Héctor que estaba igual de enfadado y sorprendido que yo.

Me bajé sin hacer ruido, y vi que Héctor me seguía, mi hermana preferí que se quedara en el coche. Me acerqué a él, que en ese momento le tenía la mano puesta a ella por el hombro, y le daba un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

—Buenas tardes —le dije, dándole unos toquecitos en el hombro. Héctor no fue tan sutil como yo, y le propinó un puñetazo que casi lo tira al suelo.

—Esto no es lo que parece —dijo la tan manida frase que me provocó una risa de lo más irónica.

—Has hecho lo mismo que dijiste que no harías en la vida, lo mismo que le has reprochado a Patricia, y eso no te lo voy a perdonar en la vida —dijo Héctor, que me cogió por el hombro y me sacó de allí, mientras él venía gritando detrás nuestra.

Ahora no podía decir que no era culpa suya, porque sí que lo era, y lo que más me dolía era que durante el fin de semana parecía que no pasaba nada, que entre nosotros todo iba bien.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando, me sentía dolida, traicionada, y utilizada, las palabras de su ex me venían a la cabeza una y otra vez, no había sido con ella, pero sí con la primera que se le cruzó. Me monté en el coche, cuando vi que tenía agarrado a Héctor por el brazo, e intentaba explicarse.

—A mí me has decepcionado como persona y como amigo, no necesito tus explicaciones. Si no lo tenías claro con Luna, o si te has dado cuenta de que no la querías como antes, deberías de habérselo dicho, no actuar como has actuado —escuché que le decía mi cuñado, pero él se empeñaba en negarlo.

—¿Estás loco? En mi vida he querido a nadie como la quiero a ella —respondió, y Héctor verbalizó lo que yo estaba pensando.

—Curiosa manera de querer la tuya.

—Déjame hablar con ella, poder explicarme —seguía insistiendo.

—¿Qué me vas a explicar, que el reportaje de última hora que te había surgido era sobre hoteles de mala muerte donde echar un polvo? ¿O a lo mejor es sobre las enfermedades venéreas? No, no, ya sé de qué es, es sobre como ponerle los cuernos a tu pareja y que no te pillen, ¿es eso? —le dije, o más bien le grité al bajarme del coche.

—Te prometo que entre Miriam y yo no hay nada —me decía mientras que lo veía caer de rodillas, llorando —. Vamos ahora mismo a hablar con Ata, y que sea él quien te lo explique.

—Te veo en diez minutos en el periódico, y reza porque te salga bien la jugada, porque como sea una artimaña tuya, te va a faltar calle para correr —le dije y paré un taxi en ese momento, necesitaba estar sola, y así acudí hasta la redacción, por mucho que mi hermana y su chico intentaron frenarme. Vi como Sebas se montaba corriendo en su coche, y salir lanzado de allí detrás de mí, dejando a la tal Miriam tirada en el hotelucho aquel.

Prácticamente, llegamos los dos a la vez, y entramos al periódico sin dirigirnos a nadie, sin tan siquiera decir hola.

—Ata, por favor, dile a Luna que entre Miriam y yo no hay nada, que hemos terminado en aquel hotelucho por el reportaje del jugador de hockey que va allí con su amante todos los miércoles —le suplicó, mientras que el jefe lo miraba con cara de asombro.

—Sebas, hijo, no tengo ni idea de lo que me estás hablando —le dijo Ata, y mi cara fue un poema, si pensaba que el novio de su madre le iba a cubrir las espaldas con esa mentira, lo llevaba claro, porque acababa de demostrar que era un hombre íntegro.

—¿Cómo que no sabes nada? Si fuiste tú el que me envió el correo el domingo por la tarde, diciéndome que tendríamos que ir allí como si fuéramos una pareja, y actuar como tal, de manera cariñosa, para poder pillarlos in fraganti —le decía Sebas todo sofocado, trasteando en su teléfono para buscar el correo electrónico que había recibido —. Mira, para que veas que no miento —le mostró la pantalla del móvil.

—Mándalo a impresión, por favor, y vamos a salir de dudas —dijo Ata, mientras yo me levantaba de la silla en la que me había sentado, ya había escuchado todo lo que tenía que escuchar.

—Bueno, yo me voy, que ya tengo claro todo —dije, pero Sebas me lo impidió.

—De aquí no se va nadie hasta que el tema esté aclarado. No voy a quedar por lo que no soy, mucho más cuando mi relación está en juego.

—Si la cosa es así como tú dices, ¿por qué no me contaste nada? Llevas desde el domingo, cuando volvimos, que apenas te acercas a mí. ¡Si te has ido esta mañana y no has sido capaz ni de darme un beso! —casi grité de la rabia que sentía.

—Si no me acerqué a ti fue por vergüenza, por miedo a que pensaras que era un cínico, que te besaba mientras que me iba a follar con otra. Y si no te lo conté… no quería que dudaras de mí, que pensaras que era mentira lo que te estaba contando —dijo, mientras que sus lágrimas se derramaban sin control, al igual que las mías.

—Un momento, este correo ha salido de mi cuenta, pero no de mi portátil, que era de donde tendría que haber salido un domingo por la tarde. Se supone que lo enviaron desde aquí, desde mi despacho, y yo a esta hora estaba con tu madre en el cine, ella lo puede corroborar. Alguien entró o lo programó para que se enviara ese día a esa hora, y ahora mismo vamos a saber quién ha sido —dijo Ata, que entró en su ordenador y rebuscó en una carpeta que, a simple vista era insignificante, pero que en realidad no lo era tanto.

Nuestro jefe, como medida de seguridad, porque no era la primera vez que intentaban hacer algo desde su ordenador, tenía activada una función oculta que, en el momento en el que se encendiera la pantalla, empezaba a grabar todo, y enviaba esos videos a dicha carpeta. Buscó el domingo a esa hora, porque los archivos se guardaban por días y tramos horarios de encendido, es decir, que, si el ordenador se encendía un lunes a las ocho y se apagaba a las tres, pero luego se volvía a encender a las cuatro hasta las nueve, por ejemplo, en la carpeta había dos archivos, uno que ponía lunes8-3 y otro lunes4-9.

Del domingo no había ninguna grabación, ni del sábado, así que nos fuimos al viernes. Necesitaba saber si Sebas me había dicho la verdad, porque mi corazón se estaba resquebrajando poquito a poco.

¡Bingo! El viernes, cuando ya no había nadie en el periódico, había un archivo en el que se veía a la tal Miriam delante del ordenador, programando el envío y borrado del correo electrónico que había recibido Sebas. ¿Con qué motivos lo había hecho? ¿Qué era lo que estaba buscando conseguir? Bueno, que preguntas más tontas, el motivo era claro y lo que quería conseguir también, quería romper nuestra confianza como pareja y casi lo había conseguido.

—¡No me lo puedo creer, si ni siquiera he cruzado más de dos palabras con esta chica desde que ha entrado a trabajar en el periódico!

—Esta chica no está en la nómina del periódico, habló conmigo por si la dejaba terminar las prácticas que le quedaban aquí —dijo Ata, y entonces sí que no entendíamos nada.

Capítulo 36

Sebas

Cuando me giré y vi a Luna a mi lado, mientras que yo tenía a Miriam en actitud cariñosa, me quise morir. ¿Cómo había dado conmigo? Y, cuando encima vi que venía acompañada de Héctor, entonces el mundo se me cayó encima.

No hice nada por esquivar el puñetazo que me propinó mi amigo, porque me lo merecía, por imbécil, por no haberle contado a mi chica la verdad, cuando hubiera sido muy fácil hacerlo, y evitar así malentendidos de este tipo.

El remate fue cuando, una vez que estuvimos en el periódico, Ata dijo que no sabía de lo que le estaba hablando. Por suerte para mí, nunca borraba los correos del trabajo, era una manía y una forma de cubrirme las espaldas, así que pude demostrar que yo lo había recibido. Tras investigar en los videos del ordenador de nuestro jefe, descubrimos quien lo había enviado, y me quedé patidifuso, porque no entendía nada.

—Voy a llamarla por teléfono, y a quedar con ella, me va a explicar porque ha hecho esto —les dije, cuando la vimos aparecer por allí, con sus tacones y su posición altiva.

—Vamos a seguirle la corriente, a ver que se inventa —dijo Ata, actuando como si no hubiera descubierto nada.

—Buenas tardes a todos —dijo indignada —. Sebas, no me puedo creer que, después de lo que tardaste en convencerme para que me acostara contigo, me dejaras tirada en el hotel. Toda la semana, que si había sido amor a primera vista, que si no se podía creer que no hubiera sentido ese flechazo, que estaba deseando de meterse entre mis piernas…y luego qué, me dejas allí como una colilla.

—¿Pero qué coño estás diciendo, loca? ¿Cuándo te he dicho esas cosas?

—No trates de negarlo, porque sabes que estoy diciendo la verdad. ¿Quieres que te enseñe el conjunto de ropa interior que llevo puesto? Porque me lo enviaste tú, y me dijiste que querías que me lo pusiera —dijo levantándose la parte baja del vestido y enseñando un diminuto tanga, y al ver la cara de Luna, que sabía de mis gustos en cuanto a ropa interior se trataba, supe que no la estaba creyendo.

Até cabos, y supe de que me sonaba la cara de Miriam, que en realidad se llamaba María del Patrocinio, hasta el nombre lo tenía falso y, mirándola fijamente a los ojos, le hablé.

—Dile a Patricia que se debe de haber confundido con alguno de sus amantes, sobre el tipo de ropa interior que me gusta me refiero. ¿Verdad, María del Patrocinio? —y se le puso la cara blanca, empezando a balbucear cosas ininteligibles.

—Sebas, de verdad yo no quería, pero ella me obligó, me tenía cogida por el cuello…—dijo y empezó a llorar. Hasta ese momento, Luna se había mantenido callada, pero ya no pudo más.

—Habla ahora mismo, y clarito, como si fuéramos tontitos, porque si no, la que va a terminar tontita vas a ser tú, y no del guantazo que te pienso dar, que lo vas a hacer como ponga todo esto en conocimiento de mi padre, que por si no lo sabes es policía, en delitos informáticos trabaja —le dijo, cogiéndola por el brazo y zarandeándola.

—Está bien, hablaré. Yo tengo mi novio, con el que tengo una hija de cinco años, hace unos meses pasamos por una crisis, y en uno de mis viajes de trabajo, en el que coincidí con Patricia, Sergio y varias personas más, me invitaron a una orgía, en la que al principio dudé si asistir, pero lo hice, y me acosté con varias personas. Yo no tenía ni idea de que lo estaban grabando, se suponía que era por si pasaba algo en ella tener las pruebas, pero en realidad pienso que lo hacen para chantajear a la gente. Sabía que Sebas y yo habíamos coincidido en el pasado, pero solo fue una vez, así que no pensaba que me reconocería. Ella me dijo que tenía que llevarlo a ese hotel, y que nos mostráramos muy cariñosos, que ella estaría por allí haciendo fotos, y que se las enviaría a Luna para romper tu relación. Si no lo hacía, me amenazó con enviarle el video a mi pareja, y ahora no, ahora estamos mejor que nunca.

—Me cago en la puta que parió a la mosca cojonera de Patricia, ¿esa mujer no se va a aburrir nunca? —dijo Luna, a la que era muy improbable escuchar decir esas barbaridades de su boca.

—Esto se va a acabar, de una vez por todas. Llama a Patricia, queda con ella en el bar de la esquina en veinte minutos. Si te pregunta, le dices que todo ha ido tal y como había planeado, y que Luna me ha dejado, porque no tenía manera de demostrar que era cierto lo que le había dicho —le dije, y así hizo, pero quien la iba a esperar en ese bar era yo, y para cantarle las cuarenta.

—Yo, mientras, voy a llamar a Héctor y a mi hermana, que seguro que se han quedado preocupados —dijo Luna mirándome, y yo asentí con la cabeza, para a continuación indicarle que le dijera que fueran a casa a cenar, al igual que a su madre y a Víctor, porque no les había comentado nada de la visita de su padre el viernes, y tenían que preparar todo.

Allí estaba yo, sentado en una de las mesas del fondo, con un café, mientras que a Luna había ido a recogerla Héctor y Sol, y me estaban esperando en mi casa, donde llegarían los que faltaban en un rato. Luna insistía en querer venir conmigo, pero le dije que mejor me lo dejara a mí, que confiara en que todo iba a terminar, para siempre.

—Hombre, pero mira a quien tenemos aquí. ¿Qué pasa, te ha dejado la novia? Si es que no se puede mentir, querido, no puedes decirle a alguien que te la quieres follar y a tu chica decirle que te vas a hacer un reportaje. No has aprendido nada de mí, tendrías que haber ido por separado y fuera

de Madrid, no a cinco minutos de tu casa —la dejé que hablara, pero ahora era mi turno.

—Nada de lo que estás diciendo ha sido tal y como tú te piensas, pero no te molestes, eso es lo último de lo que te tienes que preocupar ahora. Eres una reputada periodista de moda, que está en lo alto del candelero, y todo ello peligra. Tengo en mi poder las imágenes de varias orgias en las que has participado, y el testimonio de varios hombres y mujeres que no dudarían en sentarse para una entrevista. ¿Quieres perder tu estatus? Pues más vale que no te vuelvas a acercar ni a mí, ni a nadie de mi familia, o lo lamentarás. Dicho lo cual, vete al Infierno Patricia, que es el lugar de donde nunca tendrías que haber salido.

Me levanté y la dejé allí, con la palabra en la boca, y echando humo por las orejas, me monté en mi coche y me dirigí a mi casa, donde me esperaba mi familia. Me miré en el espejo del coche, y vi como mi ojo empezaba a ponerse morado, pero eso sería algo que le diría al cabrón de mi amigo en cuanto lo tuviera delante.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —me preguntó mi suegra en cuanto que me vio entrar, ellos habían llegado tan solo cinco minutos antes.

—Se cayó en la calle y vino a dar con mi puño —dijo Héctor riendo, el muy cabrito se estaba jactando de lo que había hecho.

—Ten cuidado no te vayas a resbalar tú y vengas a dar con el estómago en el mío —le advertí con el dedo acusador.

Me había subido pollo asado y varias cosas para ir picando del asador de la esquina, ese que le encantaba a mi chica, y mientras que ellos preparaban todo, me di una ducha rápida, necesitaba quitarme esa pesadez que sentía encima, y que era fruto de la tensión que llevaba acumulada sobre mis hombros.

—Vamos a ver, ahora que estamos sentados, me gustaría contaros algo a las dos —les dijo, y tanto su hermana, como su madre, la miraron con dudas.

—¿Estás embarazada? —preguntó su madre, y noté como Héctor y Sol se miraban, pero no le tomé demasiada importancia.

—¿Qué dices? ¿De dónde te has sacado eso? No tiene nada que ver, para nada. Voy a hablar y no quiero que me interrumpáis hasta que yo termine de hacerlo, ¿entendido? —se dirigió Luna a las dos, que asintieron con la cabeza —El fin de semana pasado conocí a nuestro padre, y también a toda su familia. Nos dieron una acogida fantástica, y nos integraron como dos miembros más, en ningún momento dudó de que yo fuera su hija, y se quedó asombrado de que fuéramos gemelas. Tenemos dos hermanos más, Saúl, que es el mayor, y Andrés, el más pequeño. El mayor de ellos estudia aquí, en Madrid, y se gradúa el viernes, así que van a acudir todos. Me ha pedido que te dijera que quiere conocerte a ti también, que nos necesita en su vida y quiero saber tu opinión al respecto.

—Claro que quiero conocerlo —dijo su hermana entre lágrimas, y Luna se acercó y la abrazó.

—Eso es fantástico, hija, y yo quiero ir también, no para nada sentimental —dijo mirando a Víctor, que se había quedado blanco como el papel —, que eso pasó a la historia hace muchísimo tiempo, sino para pedirle perdón por no buscarlo más, por hacer que se perdiera veinticinco años de la vida de sus hijas.

—Me parece un gesto precioso, María. Su mujer es un encanto, amable, y muy guapa. Que vaya Víctor también, y así estaréis más tranquilos todos —le dije a mi suegra, que asentía con la cabeza.

—Además, así se entera de los primeros de que va a ser abuelo —dijo mi cuñada Sol y, al principio como que no nos dimos cuenta, pero luego, se nos puso a todos los ojos como platos.

—¿Qué estás diciendo, hija? ¿En serio me vas a hacer abuela? —preguntó María dando saltos.

—Héctor, al final, tanto decir que no, tanto protestar, y has caído, amigo. El primer bebé de la familia —le dije, levantándome para darle un abrazo.

—¡Ay! ¡Qué vamos a ser tíos! —exclamaba mi chica, que también estaba muy emocionada.

—Enhorabuena, chicos. Héctor, me alegro de que por fin me hayas hecho caso y nos vayas a hacer abuelos, ahora solo falta que sean dos niños, o niño y niña, para empatar —dijo Víctor, acercándose a los dos, para darles un beso y un fuerte abrazo a cada uno.

—Tenemos que ir pensando en comprarle el coche, y la cuna, y montarle el cuarto, que puede ir en el antiguo de tu hermana, que tiene mucha luz, y …

—Vale, vale, mamá, que tan solo estoy de doce semanas, tenemos mucho tiempo por delante, no hay que correr tanto —le dijo Sol, y vi la cara de orgullo de mi chica, en la que también se reflejaba la alegría y el cariño por su hermana.

—Ahora solo faltamos nosotros —le murmuré en el oído, y ella dio un respingo, no puedo decir si por el susto de lo que le había dicho o porque no se esperaba que se lo fuera a decir, pero, aun así, la abracé por detrás, dejándole una serie de besos en el cuello.

—¿Qué tal ha ido todo? —me preguntó en el mismo tono, sabía que no quería que ni su madre, ni Víctor, se dieran cuenta de lo que había pasado.

—Todo perfecto, creo que puedo afirmar que ha desaparecido de nuestras vidas.

Nos sentamos todos a cenar, pues con la emoción de la noticia del embarazo, todavía estaba toda la comida en la mesa, sin tocar, y yo me estaba muriendo de hambre.

Capítulo 37

Luna

Llegó el día en el que mi hermano se graduaba, y mi padre ya había llegado a Madrid con su familia. Podía haber quedado con Saúl durante toda esa semana, pero preferimos conocernos el día que estuviéramos todos juntos. A la ceremonia de graduación fueron mi padre con su mujer y mi hermano Andrés, pero quedamos a la salida de la universidad, desde donde saldríamos hasta el restaurante en el que nos estarían esperando mi madre y mi hermana con sus respectivas parejas.

—Papá, estamos aquí —le dije haciendo gestos con la mano para que nos vieran.

—Ya os había visto, hija. La verdad es que estoy muy nervioso, no sé cómo me va a recibir tu hermana —dijo al acercarse, dándome un beso en la frente y un abrazo a Sebas, detrás venía el resto de su familia, de la que parte era también la mía.

—Hermanita, que guapa te veo. Cuñado, tú tampoco te quedas atrás —dijo Andrés al llegar hasta nuestra altura, de una manera muy zalamera, tal y como era él.

—No me seas pelota, que te voy a querer igual —le dije, dándole un abrazo y revolviéndole el pelo, gesto que él correspondió con una carcajada, era como un niño pequeño, aunque medía casi metro ochenta.

—Hola, yo soy Saúl, y tu debes ser mi hermana mayor, Luna. Bueno, según me ha dicho papá, una de las dos, porque tienes una gemela, ¿no? —dijo mi otro hermano, que me dio un abrazo y un beso en la mejilla. Si yo fuera más pequeña o él más mayor, podríamos pasar por mellizos, porque éramos totalmente iguales.

Fuimos dando un paseo hasta el restaurante, que no quedaba lejos, y por el camino estuvimos hablando de su carrera, había estudiado Magisterio en Educación Especial, decía que le encantaban los niños, sobre todo si necesitaban de cuidados específicos. Lo había hecho por vocación, y eso se notaba. También nos contó que, en el colegio donde había realizado las prácticas, tenían una vacante, en principio por una baja maternal, y que se la habían ofrecido, pero que todavía no tenía claro que iba a hacer, le habían dado hasta la próxima semana para contestar.

—Es que no sé qué hacer, Luna. Por un lado, me siento tentado de aceptar esa oferta, porque sería un sueño, acabado de terminar la carrera, trabajar de lo que he estudiado y que me encanta. Pero por otro, me resulta muy difícil estar aquí solo, sin mi familia, y eso me echa para atrás —me decía Saúl, y le hablé con el corazón.

—Para empezar, solo no estarías, porque estamos tus hermanas y nuestras familias, que no dejaríamos que echaras de menos nada. Pero eso es algo que tienes que decidir tú, ni yo ni nadie somos quién para influir en tu decisión. Entiendo que te puede resultar muy duro estar separado de tus padres, pero también te digo que, en el lugar en el que vives no va a ser posible que desarrolles tu carrera, porque no vas a tener medios, por lo que, más tarde o más temprano, tendrás que marcharte de allí. Llevas varios años aquí, estudiando, y deberías aprovechar que ya estás acostumbrado para empezar tu vida laboral, pero como te he dicho, eso tienes que decidirlo tú —le dije, y me incliné a darle un beso en la mejilla, que él aceptó de buen grado.

Allí, en la puerta del restaurante estaban los cuatro esperándonos, veía a mi hermana Sol bastante nerviosa, no paraba de retorcer las manos, y ese era un gesto que hacía inconscientemente cuando los nervios la estaban superando.

—Luna, ¿esa es tu madre? —me preguntó mi padre, y yo asentí con la cabeza. Cuando estaban a pocos pasos de distancia, ambos se miraron, era una mirada limpia, de cariño, de un amor que una vez se tuvieron y que no dejaron florecer. No por ello significaba que ninguno de los dos no amara a su pareja, ni mucho menos, pero era como si tuvieran ese final como pareja pendiente.

Tanto mi padre, como mi madre, salieron corriendo en dirección al otro, y se dieron un abrazo entre lágrimas, cada uno lloraba por un motivo

diferente, pero en ningún caso era por un amor reencontrado, sino por todo lo que tenían que decirse y que no se habían dicho aún.

—Saúl, perdóname. Te pido perdón por no saber imponerme a mis padres y correr a decirte que íbamos a tener un hijo, en este caso dos. Por mi propia comodidad, te he privado de vivir la infancia de tus hijas, de verlas crecer, y ahora me pesa como no te puedes imaginar —dijo mi madre, entre lágrimas, con sus manos unidas a las de él, y con toda la sinceridad que requería ese momento.

—No, María, el que te tiene que pedir perdón soy yo. A mis oídos y a los de mis padres llegó el rumor de tu embarazo, e intentamos dar contigo, pero ahora que lo pienso, hubiera sido tan sencillo como preguntarles a tus amigas del pueblo cual era tu dirección, y haberme plantado allí, pero no sé si fue el miedo el que me paralizó, o que coño fue, pero el caso es que no lo hice, y por ello me perdí la infancia de mis hijas. Solo espero que, a partir de este momento, no me aparten de ellas nunca más —fue la respuesta de mi padre, que tampoco soltaba sus manos.

Todos los que estábamos a su alrededor, llorábamos con la escena, porque no podía ser más emotiva, en especial mi hermana, Sol, que tenía las hormonas revolucionadas, y a la que solo le faltaba eso para llorar como una magdalena.

—Papá, no solo no te vamos a apartar de nuestras vidas, sino que quiero que estés, bueno, que estéis, tú y toda tu familia, en el día a día de la nuestra. Te perdiste nuestra infancia, pero no quiero que te pierdas la de tu nieto o nieta, quiero que ejerzas como tal —le dijo mi hermana Sol a

nuestro padre, cogiéndole las manos y poniéndoselas en su vientre, donde estaba creciendo esa vida que todos estábamos deseando de ver crecer y mimar.

—¿Me estás diciendo que voy a ser abuelo? —decía mi padre, que a estas alturas de la película lloraba a mares, pero de alegría, al igual que lo hacía mi madre y su mujer, mientras que mi hermana asentía con una sonrisa —Es una de las mejores noticias de mi vida.

—Yo soy Saúl, tu hermano mediano, y ahora sí que tengo claro lo que voy a hacer. Esta noticia ha sido el revulsivo que necesitaba, espero que a mí también me permitas ejercer de tío —le dijo este, que la abrazó fuertemente.

Se fueron presentando todos, y pasamos al salón del restaurante, donde habíamos reservado la mesa para cenar. La conversación giró en torno a nuestros planes futuros y la boda de mi madre, que sería en una semana. Por supuesto, estaban todos invitados, y Víctor les comunicó que podían quedarse en su casa el tiempo que necesitaran, que había habitaciones suficientes.

Si la conexión que sentí con mi hermano Andrés fue especial, no os podéis imaginar la que teníamos mi hermano Saúl y yo, era como si nos entendiéramos tan solo con mirarnos, y todos se dieron cuenta. A la hora de los postres, vi como Sebas se levantaba y pedía la atención de la familia.

—Un momento, por favor, me gustaría decir unas palabras —dijo, bebiendo un sorbo de agua para aclarar la voz —. Tenía previsto hacer esto en otro momento, en el que estuviéramos a solas, pero ya no puedo aguantar

más. Luna, sé que nuestra relación ha sido un cúmulo de acontecimientos, pero todos ellos nos han llevado a reforzarnos como pareja, y han contribuido que nuestro amor sea más fuerte. Por todo ello, me muero por hacerte esta pregunta: ¿me harías el honor de pasar el resto de tus días junto a mí, como mi esposa? —me dijo, sacando una cajita del bolsillo de su chaqueta y arrodillándose a mis pies.

—Sí, sí quiero —le dije a media voz, porque no me salían las palabras, para fundirnos en un beso que lo decía todo.

—Cuñado, yo padre y tú un hombre casado. Si nos lo llegan a decir hace un año, habríamos salido corriendo, yo por lo menos —dijo Héctor, acercándose a nosotros y abrazándonos a los dos a la vez.

—Papá —llamó la atención mi hermano Andrés esta vez —, sé que lo que voy a decir os va a coger por sorpresa, porque nunca he expresado nada en ese sentido. En septiembre empiezo la universidad, y me gustaría hacerlo aquí, cerca de mis hermanos, y de mi sobrino, que espero que no sea el único y que me llenéis de enanos a los que malcriar y enseñar a hacer trastadas.

Todos nos quedamos sorprendidos, sobre todo sus padres, que eran los que más lo conocían, pero se miraron entre ellos y con esa mirada se entendieron a la perfección, y esa vez fue su madre la que habló.

—Pues si toda la familia va a estar en Madrid, no hacemos nada en Conil, dejaremos la casa de allí para las vacaciones y nos vendremos a vivir aquí

—dijo Mónica, cuya mano estaba agarrando la de mi padre, en un gesto cómplice.

—¿Y tu trabajo, papá? —preguntó Sol, que había verbalizado lo que los demás pensábamos.

—Como bien sabéis, soy policía en el departamento de delitos informáticos. En realidad, mi puesto está aquí, en la comisaria número cuatro de Madrid, pero como casi todo mi trabajo lo puedo desarrollar desde mi propia casa, decidimos instalarnos en Conil, para que los niños disfrutaran de una infancia de mayor calidad, en la que estuviéramos presentes los dos. Ahora, que ya son mayores, y han decidido quedarse en la capital, tan solo tenemos que hacer la mudanza, porque casa tenemos, ya que mis suegros nos dejaron una enorme en la Plaza Mayor, y que teníamos tan solo para la época de universidad y las temporadas en las que mi trabajo requería mi presencia aquí —dijo mi padre, y todos sonreímos.

—Falta por que conozcáis al resto de la familia, porque no solo somos nosotros. La familia de Sebas también está muy implicada en nuestro día a día, incluso una vecina que tenemos, ya mayor, y que se ha autoproclamado abuela de todos… —le dijo Víctor, y pasamos a relatarles como era la familia, quien estaba emparejado con quien, la presencia de Nerea en nuestro día a día, que iba de una casa a otra como si de la misma se tratara, ya que a todos nos veía como parientes cercanos, nuestro trabajo y el de mi hermana y mi cuñado. En fin, que no dejamos nada al azar.

—Tengo una idea —dijo mi madre, que llevaba un rato muy callada, pensando en algo, que conoceríamos en ese mismo momento —. Hagamos

mañana sábado una barbacoa en casa, donde nos reunamos todos, y que así se puedan conocer antes de nuestra boda. Algo así como una despedida de solteros.

—Me parece una idea magnifica, María. Prepararemos todo para pasar allí el fin de semana, aunque los chicos se vuelvan a la capital, los demás podemos pasarlo allí —dijo Víctor a mi madre, que le sonreía en señal de que le agradaba la idea.

—No queremos molestar, de verdad. Demasiado que nos habéis abierto los brazos en cuanto supisteis que veníamos —dijo Mónica, bastante apurada. Era una mujer excepcional, mi padre tenía mucha suerte, no podría haber encontrado una mejor compañera de vida.

—No es ninguna molestia, todo lo contrario. Estaremos encantados de hacer de anfitriones, nos encanta un sarao de estos, donde juntarnos todos y en el que las risas estén presentes —le dijo mi madre, que había congeniado con ella a la perfección.

Hay quien dice que las parejas, cuando se separan o cuando se les acaba el amor, también terminan con la amistad, pero en mi familia había varios casos que demostraban que eso no era cierto, y que con respeto al cariño que se han tenido y a la vida que han compartido, se puede tener una bonita amistad después de ello.

Capítulo 38

Sebas

Cuando les dijimos a todos los demás lo que había pasado y que queríamos que conocieran a la familia del padre de Luna, ninguno puso impedimento para ello, más bien todo lo contrario, estaban deseando poder hacerlo y si había una barbacoa por medio, pues mejor que mejor.

—¿Habéis dicho que va a ser como una especie de despedida de solteros? —dijo mi abuela Amelia, con una sonrisa en los labios que indicaba que ya estaba dispuesta a hacer una de las suyas.

—Abuela, no se te vaya a ocurrir hacer nada fuera de lo normal, por favor te lo pido —le supliqué, porque ya la conocía y sabía que lo estaba pensando.

—Yooo, desde luego que hay que tener mala lengua. Pepa, mira lo que dice el niño, que voy a preparar algo fuera de lo normal para la despedida de solteros de sus suegros —metió a mi vecina en la conversación. Últimamente, estas dos, eran como Pili y Mili, donde estaba una, estaba la

otra. Si por separado me daban miedo, juntas no os podéis ni imaginar el pavor que me causaban.

Nos dirigíamos hasta el chale de Víctor, que ya nos había dicho que no era necesario llevar nada. El padre de Luna y su familia venía detrás nuestra, en su coche, porque no conocían el camino, y no queríamos que se perdieran, así que quedamos con ellos debajo de mi casa para salir todos juntos.

—Mi abuela y Pepa están tramando algo, estoy seguro de ello —le dije a Luna, que giró la cabeza para mirarme como la niña del Exorcista.

—No me seas mal pensado, Sebas, ¿que van a tramar…? Además, si no les ha dado ni tiempo, las avisamos anoche y ya estamos de camino. Si fuera en unos días, yo también desconfiaría, pero con tan poco margen, no las veo capaces —me dijo ella, que confiada era y cuan equivocada estaba.

Llegamos a la casa, donde ya estaban mis padres con sus parejas y mi hermana pequeña, mi abuela y Pepa vendrían en el coche con Héctor y Sol, porque ambas habían salido a cenar la noche anterior y se quedaron a dormir en casa de mi madre, aprovechando que ella pasaría la noche en casa de Ata, su pareja.

—¿Sois trillizos y no me he enterado? —dijo mi hermana pequeña al ver a Saúl, el hermano de Luna, y es que, a simple vista, lo parecían.

—No, enana, este es Saúl, el hermano mediano de Luna y Sol, y aquel, es Andrés, su hermano pequeño —le dije, mientras que ellos se acercaban y le daban un beso cada uno, en el que el peque se demoró un poquito más.

—Me he enamorado… —dijo Nerea, sacando a relucir su vena dramática y haciendo como que se desmayaba —Necesito otro beso de mi príncipe.

—Oh, mi amada se ha desmayado, voy a darle un beso a ver si soy capaz de despertarla —dijo Andrés, siguiéndole el juego. No sabía quién era más niño de los dos, pero estaba claro que no sabía lo que estaba haciendo, no se la iba a quitar de encima ni con agua caliente.

Los dejamos a los dos interpretando el papel de sus vidas, mientras que a los demás nos sacaron una carcajada. Otros dos que, juntos, nos iban a dar momentos inolvidables… En ese mismo momento vimos como llegaba el coche de Héctor, y al ver bajar a mi abuela y a Pepa, no supe si reír o llorar.

Venían las dos con una camiseta que decía: *"Yo no me caso, la que se casa es esta, a mí se me pasó el arroz"*, junto a la palabra esta había una foto de María, y una diadema con lucecitas. Afortunadamente, no habían cogido una de esas que tienen un pene a modo de antena, más que nada por la niña, por lo menos habían tenido dos dedos de frente antes de elegirlas. Sol también lucía otra igual, pero en vez de se me pasó el arroz, ponía: *"yo estoy esperando el tren, o algo parecido".*

Ahí no quedó la cosa, porque a Héctor también le habían puesto otra en la que el lema era: *"Que nunca te digan que eres pitopaúsico, que a mi edad también me caso",* junto a una foto de Víctor.

—No preocuparse que traemos para todos —decían las dos, la mar de orgullosas. Mónica, la mujer de mi suegro, bueno de uno de mis suegros,

que ahora tenía dos, no se podía tener en pie, le entró una risa de esas contagiosas que fue incapaz de reprimir, contagiando a todo el mundo.

—Con que no eran capaces de hacer nada con tan poco margen de tiempo, ¿no? —le dije a Luna, que estaba de espaldas y todavía no se había dado cuenta de nada. Al volverse, su cara era un poema, pero no tuvo otra opción que partirse de la risa.

—Son únicas, dos especímenes en extinción, te lo juro —decía Mónica, que seguía riendo —. Me da la impresión de que, con vosotros, me lo voy a pasar de lujo.

El padre de Luna sacó la cámara de foto, y las inmortalizó en ese momento, en el que las dos levantaban los brazos en señal de victoria y que decían que iban a imprimir y a enmarcar para ponerla en el salón. Mis cuñados pequeños, no sabían a donde mirar, porque lo que menos se esperaban era ver a dos señoras de avanzada edad, bajarse del coche de esa guisa, y para más inri, sacaron un altavoz del bolso de una de ellas, lo conectaron al móvil de Pepa, y pusieron Maluma, pero a toda pastilla.

—*Vamos a ser feliz, vamos a ser feliz, felices los cuatro…*—cantaban y bailaban a pleno pulmón.

—No podíamos elegir otra canción, esta le viene al pelo a esta familia, y si no, fijaros. Por un lado, tenemos a María que se va a casar con Víctor, pero que tiene dos hijas con Saúl, que a su vez está casado con Mónica, y tiene dos hijos con ella. Pero por otro, tenemos a Marta, que es pareja de Ata, y que tiene un hijo con Manuel, que está casado con Carmen, y que

tiene una hija con ella. Vamos, felices los cuatro —dijo Pepa muy seria, analizando a nuestra familia y sus relaciones amorosas.

Nos miramos todos, porque razón no le faltaba, pero es que parecía una de esas presentadoras de la televisión que intenta explicar el árbol genealógico de alguna casa real, lo único que no estaba era la pizarra blanca con las fotos, y de pensar tan solo en esa imagen, de imaginármela, me entró una risa floja, que provocó que todos estallaran en una carcajada.

Hicieron que todos nos pusiéramos las camisetas, y las chicas, además las diademas, y Saúl corrió a programar la cámara para que nos sacara una foto a todos juntos, y de esa guisa, incluso a Nerea le pusieron una, pero la de ella ponía que no se casaba porque estaba buscando el chupete, con la total indignación de mi hermana, por supuesto, que salió en la foto con el entrecejo fruncido, lo que nos provocó que las risas fueran todavía mayores.

Pasamos un día de lo más divertido, en el que las risas fueron la banda sonora que sonó durante toda la jornada, sobre todo por las ocurrencias de mi abuela y de Pepa.

—Pepa, ahora nos vamos a un boys de esos, que no se entiende una despedida de soltera sin un estriptis —le dijo mi abuela a la amiga, que asentía con la cabeza.

—Tened cuidado, y llevaros la pastillita de debajo de la lengua, no vaya a ser que de la emoción os vaya a dar un infarto y tengamos que hacer como en la película, pero en este caso una boda y dos funerales —soltó Andrés,

otro que no se quedaba atrás, y que se sentía con la suficiente confianza como para hacer ese tipo de comentarios.

—Muy bueno ese, cuñado. Te quiero cerquita de tu sobrino o sobrina, que entre los dos lo vamos a hacer el rey o la reina de los memes —le dijo Héctor a nuestro cuñado pequeño, chocando la mano con él.

—Yerno, tú sigue dándole bola a este, que lo veo de ocupa en tu casa —le dijo nuestro suegro, que le había dado una colleja a su hijo por tal comentario, pero ni mi abuela ni Pepa se molestaron por él.

Veía a mi chica feliz, como nunca antes la había visto, y eso me llenaba el corazón, no lo podía remediar, así que me fui hasta donde estaba sentada ella, levantándola y sentándola en mi regazo.

—¿Sabes que la felicidad te sienta muy bien? —le susurré en el oído, mientras que le dejaba un beso en el cuello.

—No te puedes imaginar como me siento, ahora estoy completa. No sé cómo explicarlo, pero hasta hace nada, tenía como un vacío en el estómago, como si me faltara algo o alguien, y ahora ya no. Tengo todo lo que se puede tener, y encima se llevan a las mil maravillas todos, no puedo pedirle más a la vida —me respondió, dándome un beso en los labios, esos que mordí como si no hubiera nadie a nuestro alrededor, y es que así me sentía con ella, como si en cualquier lugar solo estuviéramos nosotros dos.

—Arriba hay habitaciones —gritó mi abuela desde el otro lado del jardín, sacándonos de la burbuja en la que nos habíamos metidos casi sin darnos

cuenta, y provocando que nos sonrojáramos los dos.

—Déjalos abuela, que van a fabricar un bebé, que ya la tía Sol me va a dar un sobrino, pero yo quiero uno de verdad, que sea de mi hermano de sangre, no de mi hermano postizo —dijo mi hermana, haciéndose un lío con los parentescos, pero es que era normal, ¿quién era el guapo que no se lo haría con la de cruces que había en nuestra familia?

Había anochecido, y al final, decidimos quedarnos todos allí, durmiendo como podíamos. Mi abuela y Pepa, lo harían en el sofá cama del salón; Héctor y Sol, al igual que nosotros y su madre con Víctor, en nuestras habitaciones, porque, aunque no vivíamos allí, teníamos unas asignadas. Mi padre con Carmen y la niña, en otra de ellas y mi suegro con su mujer en la otra. Nuestros dos cuñados pequeños lo harían en la biblioteca, en dos colchones hinchables que tenían para esas ocasiones. Ata y mi suegra lo hicieron en la casa del jardín, que en realidad no era más que otra habitación que Víctor hizo allí, con baño integrado, para los días que hacían alguna fiesta fuera, no tener que subir hasta arriba en caso de haber bebido más de la cuenta.

Allí, con mi chica entre mis brazos y al cobijo de la intimidad que nos daba esa habitación, no me pude resistir, y decidí que yo también quería tener más, quería tener un hijo, y así se lo hice saber.

—¿Sabes lo único que nos falta? —le pregunté, y me miró extrañada.

—A mí no me falta nada, pero tú dirás, lo mismo y no había pensado en ello —me contestó.

—Un pequeño o pequeña saltando en nuestra cama por la mañana, despertándonos con un beso mientras que nos llena la cara de babas. Tengo que reconocer que he sentido envidia de tu hermana y de Héctor, y yo también quiero experimentar esa sensación, ese miedo que es tener un hijo. ¿Qué me dices, empezamos a buscarlo? —su respuesta fue un beso, de esos que empiezan de una manera dulce y que, poco a poco, se van convirtiendo en algo salvaje. Y por supuesto que empezamos a buscarlo, a ver si teníamos suerte y lo encontrábamos prontito.

Epílogo

Quince años después…

Luna

Aquí estábamos, preparándonos para la Comunión de nuestro hijo pequeño, ese que llevaba el nombre de mi padre, Saúl, y que era un trasto al igual que lo era su tío Andrés, pero mejor será que empiece por el principio…

¿Os acordáis de esa noche en la que Sebas me dijo que quería que empezáramos a buscar un niño? Pues nos lo encontramos, a la primera, a pesar de que seguimos practicando por si se nos olvidaba. Tal y como habéis leído, si señor, nos quedamos embarazados en esa primera ocasión en la que no pusimos medios, y de ese embarazo nació nuestra hija mayor, Amelia, a la que le pusimos el nombre de esa persona que fue tan importante para nosotros, con ese sentido del humor tan especial y que no llegó a conocerla, ya que una noche, se acostó a dormir y no despertó más, yo me encontraba embarazada de seis meses cuando eso ocurrió y mi hermana estaba a punto de dar a luz, con lo cual no conoció a ninguno de

los dos bisnietos, como ella los llamaba. Lo único que nos reconfortaba era que su muerte había sido muy dulce, no sufrió ni se enteró en ningún momento, y esa era una de las mejores despedidas que un ser humano puede tener.

Ese fue el revulsivo que mi suegra encontró para irse a vivir con su pareja, alquilándole el piso a mi hermano mediano, Saúl, que quería independizarse y que, con su trabajo, podía hacerlo perfectamente. Actualmente vivía con su novia, Rebeca, una chica encantadora que conoció en el colegio donde trabajaba, y que era la hermana de uno de los niños que asistían, que tenía síndrome de Down y que sentía verdadera devoción por mi hermano. Muchos fines de semana los pasaba con ellos allí, y Saúl no podía ser más feliz de tenerlo a su lado.

Mi madre se casó con Víctor, y vivían felices en su casita de las afueras, donde era muy normal que nos reuniéramos todos.

Pepa, ay mi Pepa, cuanto la echo de menos. Ella también se nos fue, pero cuando Amelia tenía dos añitos, lo que no nos esperábamos es que hiciera lo que hizo. Me nombró su heredera universal, dejándome en herencia su piso, que era contiguo al nuestro, y que juntamos al que ya teníamos, haciendo una casa mucho más grande. Le hicimos reformas y lo acondicionamos, cerrando incluso la puerta de su casa, para dejar solo una entrada, y en el que vivíamos mucho más cómodos. Mi niña contaba con cuatro años cuando llegó su hermano, no fue buscado, nos lo encontramos por el camino, pero no por ello no nos hizo felices su llegada, era la alegría de la casa, todo el día de bromas con todos y cada uno de nosotros.

Mi hermana Sol se quedó solo con su niño, que ya tenía quince años y que llevaba el nombre de su padre, Héctor. El hecho de que no tuviera más hijos no fue una elección de ellos, si no del destino. Mi hermana tuvo un parto tan complicado, en el que peligró la vida de los dos, que la dejó incapacitada para concebir más, pero para ellos no fue un problema, sino que los unió más. Mi sobrino era un niño encantador, buen estudiante y de lo más responsable, pero también sabía divertirse y se apuntaba a un bombardeo. No por ser buen estudiante dejaba de ser un chico que salía con sus amigos o que no gastaba bromas, él sabía cuándo tocaba cada cosa, y no tenía problema en decir que no cuando sabía que no se podía.

¿Quién me queda por contaros? Ah sí, claro, Venus, nuestra amiga del alma. Ella no volvió a Madrid, nada más que para las ocasiones especiales, como ese día en el que nos unimos en matrimonio mi chico y yo, el nacimiento de los niños y alguna que otra Navidad. Durante esos meses que se suponía que pasaría en Cádiz, conoció al que ella denominó el amor de su vida, y no dudó en quedarse allí, decía que no se veía capaz de renunciar a él o vivir un amor a distancia. Ella se casó poco después de nosotros, con Pablo, y tenían gemelos, Ander y Carlos, de siete años de edad, y que eran dos terremotos que traían a sus padres de cabeza. Justo ahora su madre los estaba terminando de peinar, porque si fuera por ellos, iban con los pelos de punta.

—Ya estamos todos listos, y tenemos que salir para la iglesia o llegaremos tarde —dijo mi marido, que estaba tan guapo como de costumbre.

—Marido, voy a tener que tener cuidado, que hay mucha lagarta suelta y tú estás hoy muy apetecible —le dije, colgándome de su cuello y dejándole

un breve beso en los labios.

—No me tientes, que todavía hace el niño la Comunión sin sus padres…

—De verdad, no me puedo creer que continuéis así con la edad que tenéis. Un poquito de responsabilidad, haced el favor —nos decía mi cuñada Nerea, que ya tenía veintiún años y se había convertido en una mujer preciosa.

Seguro que recordáis cuando dijo que se había enamorado de mi hermano Andrés, ¿verdad? Pues era cierto. Al principio, cuando fue una adolescente, veíamos que eran buenos amigos, pero la cara de mi niña cada vez que veía a mi hermano aparecer con una chica, lo decía todo, no salía ni de su cuarto, siempre ponía como excusa que tenía que estudiar, o que se iba a casa de una amiga con la que había quedado, hasta que cumplió los dieciochos años, en los que vimos el gran cambio que experimentó. Ahora era, al contrario, la cara de mi hermano cuando la veía con algún chico se transformaba, hasta que hablamos con él.

—Andrés, ¿por qué no dejáis ya de hacer el tonto y sois sinceros el uno con el otro? —fue lo que le dijo mi marido a su cuñado.

—Son muchos años de diferencia, Sebas, ¿y si no sale bien?

—Mira, en ese aspecto eres igual que tu hermana, deja los, “y si” para otro momento y tírate a la piscina, es innecesario que os sigáis haciendo daño.

Y eso hicieron, cuando se presentaron como pareja ante nosotros, a ninguno nos extrañó, y así seguían, llevaban ya tres años juntos, dos de los cuáles conviviendo, y estaban pensando en ampliar la familia, tan solo estaban esperando a que Nerea terminara la carrera.

Salimos en dirección a la iglesia, repartidos en varios coches, donde ya nos estaba esperando el resto de la familia, a continuación de la ceremonia, nos iríamos a un restaurante donde habíamos reservado un salón para comer todos juntos.

Mi hermana y mi cuñado nos dijeron que no nos preocupáramos de eso, que ellos se encargaban de todo, y cuando llegamos no podía estar más bonito. Todo el salón estaba decorado en tonos celeste pastel y beige, con una mesa de chuches con motivos marineros, en la que había el doble de gominolas que aquel Fin de Año en el que se les ocurrió a mi marido y a él montar una. También habían preparado una mesa en la que estaban todos los regalitos que se les iba a dar a la familia, así como una foto de las dos personas que faltaban ese día, que no eran otras que la abuela Amelia y nuestra querida Pepa, y que provocó que se nos saltaran las lágrimas.

Comimos, bebimos y bailamos lo más grande, hasta que llegó el momento de los regalos. Mi hijo era un apasionado de los juegos de mesa, así que tuvo un montón de ellos, con los que estaba segura que pasaríamos las tardes de los sábados de invierno, al cobijo de la calefacción.

—Este regalo es mío y del tío Andrés —le dijo Nerea a mi hijo, entregándole una cajita, y enseguida supimos lo que era, pero lo que más nos emocionó fueron sus palabras —. Tus padres me hicieron un regalo

mágico durante unas Navidades, y cada vez que he vuelto a ir, me ha llevado a ese momento. Quiero que tú lo vivas de la misma manera, que te disfraces allí, y que nunca dejes de mirar a la vida con los ojos del niño que eres ahora. Ellos fueron un pilar muy importante durante mi infancia, y quiero que sepas que tu tío y yo también queremos serlo para ti, que sientas que puedes contar con nosotros durante toda tu vida, te queremos mucho, Saúl.

Sebas

¿Cómo me siento en este punto de mi vida? Completo, así me siento. Aunque me faltan mi abuela y Pepa, no dejo de comprender que es ley de vida, que unos vienen y otros se van, pero ahora mismo tengo todo lo que pudiera soñar en la vida, y en todos los aspectos.

Profesionalmente, dirigía el periódico en el que entré a trabajar como redactor, y que era propiedad de uno de mis suegros. Cuando se jubiló, no dudó en dejarlo en mis manos, a pesar de que su único hijo no se lo puso fácil. Para que lo dejara en paz, le legó una importante suma de dinero en vida, ese que dilapidó en pocos meses, debido a su adicción al juego y a otras sustancias. Durante una noche, Ata recibió una llamada de la policía, lo habían encontrado en un hotel con una sobredosis. Fue muy duro para él, pero estaba convencido desde hacía mucho tiempo que ese sería su final, porque en ningún momento se dejó ayudar.

Personalmente, en este aspecto todavía me iba mejor. Tenía una mujer estupenda, que me quería con locura, como yo a ella, y dos hijos que eran una bendición, a pesar de que el pequeño, Saúl, era un terremoto que no

ideaba nada bueno, pero tenía un carácter tan alegre y gastaba bromas al igual que su tío Andrés y su tío Héctor. Era igualito a su madre, físicamente me refiero, y totalmente opuesto a su hermana Amelia, que era morena como yo.

A pesar de lo que podáis pensar, la relación de mi hermana Nerea con mi cuñado Andrés no pudo hacerme más ilusión. No había un hombre en la faz de la tierra mejor que él para cuidar a mi enana, la edad solo era un número, y se complementaban a la perfección, estaba deseando que me dieran un sobrinito o sobrinita, para malcriarlo al igual que ellos hacían con los míos.

De Patricia no volvimos a saber nada, hasta que la vimos en las noticias con Sergio, el que se suponía que era su pareja, envueltos en un escándalo sexual en el que había implicados temas de drogas y demás, habían sido detenidos y estaban en la cárcel a espera de juicio. Su ambición pudo más que ella, y la llevó a perderlo todo, hasta su persona, porque la miraba y no veía más que a un muñeco roto, con la mirada vacía, al igual que su corazón. No le deseaba nada malo, pero pensaba que el karma existía y que no estaba recogiendo más que lo que había sembrado.

Si hecho la vista atrás, y me pongo a analizar mi vida, solo puedo afirmar que bendita la hora en la que Luna se cruzó en mi camino, con el atropello correspondiente. Yo iba de culo y cuesta abajo, y convirtió ese descenso en algo maravilloso, en un tobogán de emociones que me llevó a ser lo que era hoy en día. Había dejado a mi familia a un lado, centrándome en complacer los caprichos de una mujer que no se lo merecía, que me manejaba a su antojo y que me anulaba como persona, y ella me devolvió a mi camino, me

hizo creer en mí mismo y le dio el sitio a los míos, que Patricia les había quitado.

Ojalá y hayáis encontrado o encontréis a esa persona que os complemente, que sepa tu estado de ánimo con solo una mirada, y que os haga reír cuando creíais que en vuestro mundo todo iban a ser lágrimas, porque yo la he encontrado, y no puedo ser más feliz.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora